CRITERIO

Nº 1177-78

15 de Diciembre de 1952
Año XXV

UNA PUERTA ABIERTA...

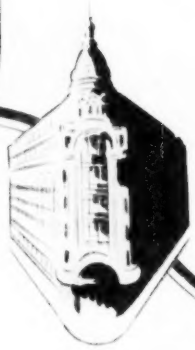
...SIEMPRE ES SEÑAL de CONFIANZA

Esa puerta abierta es, precisamente la incondicional confianza que innumeros compradores han brindado a Gath & Chaves a través de sus 69 años de intachable vida comercial. Allí radica el secreto de su poderío como institución puesta al servicio de las exigencias del bien vestir y de las comodidades hogareñas del pueblo argentino.

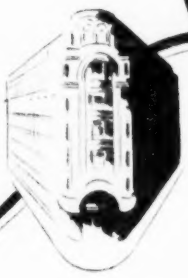
Por ella y para ella, noblemente empeñada en conservarla y merecerla, ha venido superándose continuamente hasta lograr que la bondad de sus mercaderías se hiciera proverbial.

Hoy, con legítimo orgullo, puede afirmar:

"En cada comprador contamos con un amigo
que siempre tiene su **"PUERTA ABIERTA"**
para nosotros; y esa amistad es
fruto de la confianza que
supimos retribuir"



GATH & CHAVES



CRITERIO

APARECE DOS VECES AL MES

Año XXV | Buenos Aires, 15 de Diciembre de 1952 | Nos. 1177-78

DIRECTORES: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI y Pbro. LUIS R. CAPRIOTTI

A la generosa y tantas veces probada fidelidad de los antiguos suscriptores, que a cada vicisitud —algunas no remotas— no ha sido sino reavivada.

A la serena simpatía de la joven y numerosa presencia de los abonados nuevos —800 en el presente año—, promisores de buen futuro.

A la libre solidaridad de todos

C R I T E R I O

en los umbrales de 1953 en cuyo decurso se cumplirán sus 25 años de vida periodística

D E D I C A

ESTA EDICION ESPECIAL.

INDICE

LOS OTROS OCHO MANDAMIENTOS, por *Gustavo J. Franceschi* 896
EL PAPA Y LA POLITICA, por *Tristán de Athayde* 899
LOS HIMNOS EUCARISTICOS DE TOMAS DE AQUINO, por *Francisco Luis Bernárdez* 905
UN TESTIGO DEL MUNDO MODERNO: ANDRE MALRAUX, por *Pierre de Boisdeffre* 903
UNA NOVELA DE EVELYN WAUGH: MEN AT ARMS, por *Neville Braybrooke* 909
DE LA INICIATIVA EN LA VIDA MORAL, por *Th. Deman* 911
UNA AVENTURA Y SUS REFLEJOS, por *E. A. Dughera* 914
GEORGES BRAQUE O LA PINTURA CONTEMPLATIVA, por *Stanislas Fumet* 917
ORACION DEL CREPUSCULO, por *Juan Carlos García Santillán* 918
LA INFANCIA PERDIDA, por *Graham Greene* 919
CARTA AL HIJO, por *Giovanni Guareschi* 921
BOLCHEVISMO: UNA INTRODUCCION AL COMUNISMO SOVIETICO, por *Waldemar Gurian* 924
HITLER, STALIN Y LA DIPLOMACIA PAPAL, por *Oscar Halecki* 927
LA ESENCIA DE LA CIVILIZACION CRISTIANA, por *Charles Journet* 931
EL APOSTOLADO DE LA PLUMA, por *Jacques Maritain* 938
CIVILIZACION Y CRISTIANISMO, por *Gabriel Marcel* 939
MIGUEL ANGEL CONTRA LEONARDO, por *Gherardo Marone* 942
BERNANOS Y LA PARROQUIA MUERTA, por *André Rousseaux* 947
LA VIDA AYER, HOY, MAÑANA, por *Salvador Merlino* 948
EN TORNO AL ESTADO IDEAL, por *Carlos Santamaría Ansa* 949
INTELIGENCIA MORAL Y RAZON ETICA, por *Michele Federico Sciacca* 956
LITERATURA DE SALVACION: MAXENCE VAN DER MEERSCH, por *Claude Pierre-Utard* 958
LOS SACERDOTES OBREROS Y SU REVOLUCION, por *Robert Barrat* y *Miguel Alfredo Novaues* 961

DOCUMENTOS. **El Caso Feeney** 873
XXI. Semana Social de los Católicos Italianos 875
Pastoral colectiva de los obispos alemanes sobre la situación del Catolicismo en su país 878
PENSAMIENTO PONTIFICIO. **Pío XII a un congreso científico del deporte y la gimnasia** 881
Constitución Apostólica "Exsul Familia" 884
VIDA INTERNACIONAL. **VII Conferencia General de la UNESCO** 891
La educación de base y la UNESCO 892
ORIENTACION SOCIAL. **Del precursor al propulsor de la Democracia Cristiana**, por Ambrosio Romero Carranza 964
ESCRITOS ESPIRITUALES. **El bien de la paciencia**, por San Cipriano 969
TRANSCRIPCION. **La Iglesia tras la Cortina de Hierro**, por R. Rouguette 973
TEATRO Y CINE. **El año teatral 1952. Conferencias de Ana Bielman. Ballet Claude Marchant** 978
MUSICA. **El Oratorio** 983
PINTURA. **Susana Foldes** 985
INFORMACION 955
REVISTAS 988
LIBROS 990

PORTADA. "MATER AMABILIS", por *Celso Le Van De*

Celso Le Van De, del grupo de artistas que estudió en la Academia fundada por Francia en Hanoi y luego se perfeccionó en París, es un pintor vietnamés convertido que, conservando su carácter oriental, ha cristianizado admirablemente el arte anamita, ofreciendo una obra pictórica de gran sentido espiritual y artístico.

P R O F E S I O N A L E S

ABOGADOS

Dr. Lucas F. Ayarragaray
ABOGADO
DIAGONAL R. S. PEÑA 760 T. E. 34 - 5135

Ricardo Julio Aiberdi
ABOGADO
SARMIENTO 930, 6° piso B 35 - 4800

Dr. Américo A. M. Barassi
ABOGADO
CANGALLO 466 - 4° Piso T. E. 33 - 1526

Dr. Conrado Carlos Beckmann
ABOGADO
PUEYRREDON 1280 T. E. 78 - 1396

Carlos A. Bellati
ABOGADO
LAVALLE 1605, 2° piso T. E. 35 - 2192

Dr. César Bellati
ABOGADO
LAVALLE 1605, 2° piso T. E. 35 - 2192

Dr. Juan Carlos Benedit
ABOGADO
AYACUCHO 1176 T. E. 42 - 3922

Miguel Alfredo Benedit
ABOGADO
Avda. R. S. PEÑA 760 T. E. 35 - 4848 y 6166

Dr. Luis Botet
ABOGADO
25 DE MAYO 267 T. E. 30 - 1736

Luis María Bullrich
ABOGADO
25 DE MAYO 195 T. E. 33 - 7921

César Buedo (h.)
Antonio Vázquez Vialard
ABOGADOS
Avda. DE MAYO 1365, 1er. piso, of. 618
T. E. 37 - 9984 y 9743

Mario Bottaro Castilla
ABOGADO
ARRIBEÑOS 824 T. E. 76 - 4215

Carlos Fausto Chiovino
ABOGADO
Sgo. del ESTERO 286, 3er. piso Dto. 6 — 37 - 7189

José Oscar Colabelli
ABOGADO
Avda. DE MAYO 749, 2 piso Dto. 10 — 34 - 0727

Miguel Angel Cárcano
José Manuel Saravia
ABOGADOS
RECONQUISTA 46 T. E. 34 - 8074

Luis Gervasio Drago
ABOGADO
JUNIN 1488 T. E. 84 - 3164

José Arturo Etcheverry
ABOGADO
FLORIDA 336, 4° piso 32 - 3232 y 5730

Dr. Oscar María Ferrari
ABOGADO
Avda. Pte. R. S. PEÑA 651 T. E. 34 - 3669

Dr. Angel Gómez del Río
ABOGADO
CORRIENTES 115 PARANA (Prov. de Entre Ríos)

Eduardo García Bosch
ABOGADO
FLORIDA 722 T. E. 31 - 4259

Eduardo Lucio Grandoli
ABOGADO
25 DE MAYO 401, 4° piso — 31-7092 y 4741

Rodolfo González del Solar
ABOGADO
Bdo. DE IRIGOYEN 112, 2° piso T. E. 38 - 6443

Darío Luis Hermida
ABOGADO
RIO BAMBA 496, 1er. piso T. E. 47 - 2178

Horacio Larregui
ABOGADO
SARMIENTO 722, 5° piso T. E. 34 - 6722

Ramiro Lafuente
ABOGADO
Avda. CORRIENTES 767 T. E. 32 - 6607

Estudio Lafaille
TALCAHUANO 395 - 1er. Piso T. E. 35 - 1260

Roberto H. Lanusse
ABOGADO
SAN MARTIN 232 T. E. 33 - 6289

Dr. Jorge Morixe
ABOGADO
CORRIENTES 222 - 11° Piso T. E. 31 - 2538

Dr. Mariano Moreno
ESCRIBANO LEONEL SICARDI
PARAGUAY 636 T. E. 31 - 4374

Belisario Moreno Hueyo
ABOGADO
CANGALLO 362, 3° piso 33 - 6921 y 5416

Benjamín Nazar Anchorena
ABOGADO
Avda. Pte. R. S. PEÑA 760 T. E. 34 - 3839

Manuel V. Ordóñez
ABOGADO
Avda. R. S. PEÑA 530 T. E. 31 - 3001

Manuel Miguel Padilla
ABOGADO
TUCUMAN 695 T. E. 31 - 3856

Carlos Pereyra Iraola
ABOGADO
SANTA FE 788 T. E. 31 - 0887

Jaime Potenze
ABOGADO
MEXICO 613 (3° D) T. E. 30-6835 Buenos Aires
COLONIA 1554 (3° 6) U. T. E. 40-1249 Montevideo

Eduardo A. Roca
ABOGADO
SARMIENTO 643 C A P I T A L

Agustín Rodríguez Jurado
Agustín Rodríguez Jurado (hijo)
ABOGADOS
DIAGONAL NORTE 615, 5° piso — 34-1596 y 33-3958

Roque R. Repetto
ABOGADO
SARMIENTO 930, 6° piso A T. E. 35 - 4137

Aldo Luis Rossetto
Carlos María Bourdieu
ABOGADOS
FLORIDA 229, Esc. 625 T. E. 34 - 4384

Francisco Trusso
Luis María Casares
ABOGADOS
LAVALLE 1394, 6° piso T. E. 37 - 2983

Virgilio Tedin Uriburu
ABOGADO
Avda. CORRIENTES 569, 4° piso — 31-8631 y 1685

Federico Videla Escalada
ABOGADO
TALCAHUANO 395 T. E. 35 - 1190

P. A. Yurrebaso Viale
ABOGADO
VIAMONTE 885, 2° piso T. E. 37 - 3606 y 1092

Zavalía, Gandara, Cané
ESTUDIO JURIDICO
RECONQUISTA 657 T. E. 32 - 5637

ARQUITECTOS

E. Figueroa Bunge
F. Beccar Varela
ARQUITECTOS
RECONQUISTA 657 T. E. 32 - 3987

Roberto Juan Cardini
ARQUITECTO S. C. de A.
P O Z O S 2 3 0 T. E. 38 - 9311

Vargas y Aranda
ARQUITECTOS
SAN MARTIN 683 T. E. 31 - 1211 BUENOS AIRES
C A L L E 3 1 U. T. E. 619 PUNTA DEL ESTE

Luis Vernet Basualdo
ARQUITECTO
POSADAS 1359 BUENOS AIRES

INGENIEROS

José Astelarra
INGENIERO CIVIL
LAS HERAS 1022 T. E. 741 - 2481
VICENTE LOPEZ

Rafael Ayerza
ING. CIVIL
MONTEVIDEO 434 T. E. 35 - 9041

Enrique Balestrini
ING. CIVIL
TALCAHUANO 736 T. E. 42 - 2808

Francisco D'Arcángelo
ING. CIVIL
M O R E L O S 1 7 T. E. 66 - 2439

Aristóbulo A. de Seta
ING. INDUSTRIAL
GARIBALDI 129 T. E. 243 - 4212
LOMAS DE ZAMORA

Emilio M. C. Devoto
ING. CIVIL
P A M P A 3 6 5 4 C A P I T A L

M. Roberto Gorostiaga
ING. CIVIL
P I E D R A S 3 8 3 T. E. 34 - 2222

Luis M. Gotelli
ING. CIVIL
V E R B A L 1 7 6 T. E. 60 - 3446

Sebastián Enrique Guiroy
ING. CIVIL
HIPOLITO IRIGOYEN 850 T. E. 34 - 1221

Sabas Luis Gracia
ING. MECANICO Y ELECTRICISTA
ARENALES 1149 T. E. 42 - 2704

Antonio R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 T. E. 33 - 6283

Fernando R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 T. E. 33 - 6239

Javier M. Laurenz
INGENIERO CIVIL
Avda. CORDOBA 1351 T. E. 41 - 8141

Rafael Lanusse Gelly - Jorge A. Storni
ING. CIVIL AGRIMENSOR U. N. B. A.
Avda. R. S. PEÑA 555 T. E. 33 - 3769

Roberto Leggiero
ING. CIVIL
BELGRANO 3252 T. E. 39 - 3179

Máximo Mantel
ING. CIVIL
MONTEVIDEO 1685 T. E. 41 - 9019

Rómulo M. Noya
INGENIERO CIVIL
Avda. LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN 2630
T. E. 72 - 7647

Carlos E. Olivera
ING. CIVIL
Cemento Armado
Avda. DE MAYO 1370 T. E. 38 - 4549

Ricardo M. Puelles
INGENIERO AGRONOMO
PARANA 1231 T. E. 42 - 7253

Esteban Pérez
ING. INDUSTRIAL
TREINTA Y TRES 40 T. E. 62 - 4393

Eckhardt Rathgeb
ING. CIVIL
DIAGONAL NORTE 760 T. E. 34 - 8129
Ofic. 77 - 3er. piso

Pablo D. Ricagni
INGENIERO CIVIL
AMENABAR 37 - Dto. 2 T. E. 72 - 9268

Raúl F. Torreguitar
ING. INDUSTRIAL
SUPERI 1825 T. E. 73 - 3910

Eduardo Saubidet
ING. CIVIL
TALCAHUANO 1090 T. E. 42 - 2173

Jorge A. Scotto
ING. CIVIL
BOLIVAR 177 T. E. 33 - 3730

Silvio Pablo Uberti
ING. INDUSTRIAL
Bdo. DE IRIGOYEN 128 T. E. 38 - 3432

Basilio Uribe
ING. CIVIL
9 DE JULIO 1953 T. E. 741 - 0560
OLIVOS

Antonio J. Vilá
ING. INDUSTRIAL
MALABIA 2364 T. E. - 4768

MEDICOS

Dr. José Daniel Aráoz
ESPECIALISTA EN OIDO, NARIZ Y GARGANTA
Ex Jefe del Servicio del Hospital Bosch
CORDOBA 3371 T. E. 86-4001
Particular: 44-4730

Dr. Iván J. L. Ayerza
MEDICO
Traumatología y Ortopedia
JUNCAL 2573 T. E. 78 - 2533

Dr. Antonio Balcazar Morrison
CLINICA MEDICA
Avda. LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN 2538
Pedir hora T. E. 71 - 9433

César Cardini
MEDICO
CHARCAS 785 CAPITAL

Alejandro M. Braceras
MEDICO
Enfermedades de la Piel
ARENALES 1611 Pedir hora T. E. 44 - 1703

Dr. Héctor Colmegna
Enfermedades de las Vías Respiratorias
SARMIENTO 839 — T. E. 35-0257 — Part. 44-3380
Pedir hora

SANATORIO FLORES
INSTITUTO DE CLINICA NEUROPSIQUIATRICA
Director: Prof. Dr. GONZALO BOSCH
Tte. Gral DONATO ALVAREZ 350 - T. E. 63-0027
BUENOS AIRES

Dr. Felipe de Elizalde
MEDICO DE NIÑOS
Avda. LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN 946
Pedir hora T. E. 42 - 5602

Dr. Jorge Galarraga
MEDICO CIRUJANO
Ginecología y Obstetricia
Matrícula 03025
Lunes, Miércoles y Viernes
ESMERALDA 634, 4º Piso — T. E. 35 - 3720

Juan Layera
ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DE GARGANTA - NARIZ Y OIDO
Lunes, Miércoles y Viernes de 15 a 17 hs
CALLAO 1618 — T. E. 44 - 1796

Dr. Carlos A. Llambías
MEDICO
Avda. CALLAO 569 — T. E. 35 - 3355
Solicitar hora

Carlos Jorge Lotti
Clínica Médica - Aparato Digestivo
MELO 1994 — T. E. 73 - 5152
Pedir hora

Miguel F. Méndez Trongé
MEDICO OCULISTA
ARENALES 2117 — T. E. 44 - 5997

Dr. Rafael Sitler
BILLLINGHURST 2084 — T. E. 78 - 0605

Dr. Luis María Baliña
ENFERMEDADES DE LA PIEL
MAIPU 975 — T. E. 31 - 2253

Dr. Ovidio Bianchi
CIRUGIA GENERAL
AVELLANEDA 2175 — T. E. 66 - 6278

CLINICA Y SANATORIO CORDOBA, S. A.
MATERNIDAD - CIRUGIA - ESPECIALIDADES
Avda. CORDOBA 3371 — T. E. 86 - 4001

Dr. Jorge Nocetti Fasolino
MEDICO DE NIÑOS
VIAMONTE 1716 — T. E. 35 - 5557
Pedir hora

Dr. Germán C. Rillo Cabanne
OCULISTA
Martes, Jueves y Sábado - Pedir hora
CANGALLO 1968 — T. T. 48 - 0258

Dr. Aurelio E. Serantes Lasserre
UROLOGO
Lunes, Miércoles y Viernes, de 14 a 16 hs.
SOLIS 1361 — T. E. 23 - 5265

Dr. Jorge Olivera
MEDICO

Dr. Jorge Tamini
ENFERMEDADES DEL PULMON
Lunes, Miércoles y Viernes de 15 a 20 hs.
RIO BAMBA 118 - 1er piso — T. E. 48 - 5072

Dr. Ramiro C. Rodríguez
DERMATOLOGO
OBLIGADO 3127 — T. E. 70 - 6371
Pedir hora

Dr. Guillermo Zorraquín (hijo)
MEDICO CIRUJANO
JUNCAL 1188 — T. E. 42 - 0469

Dr. Sebastián Alberto Rosasco
MEDICO CIRUJANO DE NIÑOS
CORDOBA 3371 — T. E. 86 - 4001

Raúl A. Devoto
CLINICA MEDICA
MELO 1994 — T. E. 44 - 2029
Consultas: Lunes, Miércoles y Viernes de 18 a 20 hs.
Pedir hora

Dr. Carlos J. García Díaz
MEDICO DE NIÑOS
Avda. CALLAO 531 — T. E. 71 - 1210
Reservar hora

Dr. Juan Agustín Etchepareborda
CLINICA MEDICA
JOSE E. URIBURU 1267 — T. E. 41 - 7634
Solicitar hora

VARIOS

Dr. Carlos H. Campi
BIOQUIMICO
Análisis Clínicos
LIBERTAD 893 — T. E. 44 - 3849

Mario L. G. Costantini
AGRIMENSOR
CALLAO 626 — T. E. 44 - 2474

Federico R. Lanusse
CONTADOR PUBLICO NACIONAL
SAN MARTIN 232 — T. E. 30 - 0061

Dr. Juan Carlos Puelles
CIENCIAS ECONOMICAS
Avda. CALLAO 1707 — T. E. 44 - 3969

Rosario Estrada
TRADUCTORA PUBLICA NACIONAL
Inglés - Francés
CALLAO 1046 — T. E. 42 - 4365

José María Lacoste
CONTADOR PUBLICO NACIONAL
Larroque 232 — T. E. 242 - 3038 — Banfield
Carlos Pellegrini 1262 — T. E. 41 - 0203 — Capital

DOCUMENTOS

EL CASO FEENEY

Resolución doctrinal de la Suprema Congregación del Santo Oficio sobre la necesidad de pertenecer a la Iglesia para salvarse

EL colegio de la Compañía de Jesús, en Boston (Boston College), fué agitado en abril de 1949 por una controversia doctrinal. Tres profesores laicos, Fakhri Maluf, Charles Evvaskio y James R. Walah, fueron excluidos del cuerpo docente por el rector, R. P. William L. Keleher, por haber enseñado una doctrina errónea. Pretendían, en efecto, que todos los que explícitamente no son miembros de la Iglesia visible estaban condenados y, acusaban de herejía a todos aquellos que la negaban.

El asunto adquirió caracteres de escándalo cuando el R. P. Leonard Feeney, S. J., hizo en un diario la defensa de los profesores exonerados y de su doctrina. El P. Feeney que era desde 1942 director del Centro San Benito de Cambridge, hogar de estudiantes de la Universidad Harward, acordó protección a los tres citados profesores, quienes se hicieron conferenciantes de dicho centro.

Ante la actitud del P. Feeney, el arzobispo de Boston, Mons. Richard J. Cushing se vió obligado a publicar las medidas tomadas con respecto del citado sacerdote: desde hacía varios meses no se sometía a las órdenes de sus superiores en la Compañía de Jesús y, desde el 1º de enero de 1949 le habían sido retirados los poderes de oir confesiones en la arquidiócesis. Al mismo tiempo, el arzobispo ponía en interdicto al P. Feeney y condenaba las actividades del Centro San Benito.

El 8 de agosto de 1949, la Congregación del Santo Oficio dirigió a Mons. Cushing una carta, cuyo texto fué mantenido en reserva.

Desde entonces, el P. Feeney ha hecho del Centro San Benito la sede de una sociedad, cuyos miembros se titulan Esclavos del Inmaculado Corazón de María y se esfuerzan por propagar la doctrina condenada, a tiempo que acusan de herejía al arzobispo de Boston y a los otros católicos.

El Santo Oficio, que ha estudiado de nuevo el caso del P. Feeney, acaba de ordenar que se publique el texto de su carta del 8 de agosto de 1949. Lo que ha sido cumplido por el arzobispo de Boston con fecha de 4 de septiembre de 1952.

Publicamos a continuación la carta de la Suprema Congregación del Santo Oficio y las comunicaciones de Mons. Cushing.

CARTA DE LA SUPREMA CONGREGACION DEL SANTO OFICIO

"A S. Exc. Rvma. Richard James Cushing. Excmo. Señor: Esta Suprema Sagrada Congregación ha seguido atentamente el comienzo y el curso de la seria controversia, provocada por algunos asociados del **St. Benedict Center** y del **Boston College**, concerniente a la interpretación de la máxima: "Fuera de la Iglesia, no hay salvación".

Después de haber examinado todos los documentos necesarios o útiles sobre este punto —entre otros, el expediente remitido por vuestra cancillería, los recursos e informes en que los asociados del **St. Benedict Center** exponen sus opiniones y reclamaciones, y, además muchos otros documentos referentes a esta controversia recogidos por vía oficial—, la Sagrada Congregación ha adquirido la certeza de que esta desgraciada cuestión ha sido provocada porque el principio "fuera de la Iglesia no hay salvación" no ha sido bien comprendido ni examinado y que la controversia se ha enconado por causa de una seria falta de disciplina, proveniente del hecho de que algunos miembros de las asociaciones mencionadas han rehusado respeto y obediencia a las autoridades legítimas.

En consecuencia, los Eminentísimos y Reverendísimos cardenales de nuestra Suprema Congregación han decretado en sesión plenaria, el miércoles 27 de julio de 1949, y el Soberano Pontífice, en la audiencia del jueves siguiente 28 de julio de 1949, se ha dignado aprobar, el envío de las explicaciones doctrinales, de la invitación y de las exhortaciones siguientes:

Estamos obligados por la fe divina y católica a creer todas las cosas que contiene la Palabra de Dios, Escritura o Tradición, y que la Iglesia propone a la fe como divinamente reveladas, no solamente por una definición solemne, sino también por su magisterio ordinario y universal (Denzinger, N. 1792).

Ahora bien, entre las cosas que la Iglesia ha predicado siempre y no cesará de enseñar, existe también esta declaración infalible en la que se dice que no hay salvación fuera de la Iglesia.

Sin embargo, este dogma debe entenderse en el sentido que le atribuye la misma Iglesia. El Salvador, en efecto, ha confiado la explicación de las cosas contenidas en el depósito de la fe, no al juicio privado, sino a la enseñanza de la autoridad eclesiástica.

Pues bien, en primer lugar, la Iglesia enseña que en esta materia existe un mandato muy estricto de Jesucristo, quien ha encomendado explícitamente a sus apóstoles enseñar a todas las naciones a observar todas las cosas que él mismo había ordenado (Mat. XXVIII, 19-20).

No es el menor de estos mandamientos el que nos ordena incorporarnos por el Bautismo al Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia, y de permanecer unidos con El y con su Vicario por quien El mismo gobierna aquí abajo su Iglesia de manera visible.

Por lo cual nadie se salvará si, sabiendo que la Iglesia es de institución divina por Cristo, rehusa, a pesar de eso ,someterse a ella o se separa de la obediencia del Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra.

No solamente nuestro Salvador ha ordenado que todos los pueblos entren en la Iglesia; ha decretado además que ese es un medio de salvación sin el cual nadie puede entrar en el reino eterno de la gloria.

En su infinita misericordia, Dios ha querido que, puesto fe que se trata de medios de salvación ordenados al fin último el hombre no por necesidad intrínseca, sino únicamente por institución divina, sus efectos saludables puedan igualmente ser obtenidos en ciertas circunstancias cuando estos medios son solamente objeto de "deseo" o de "voto". Este punto está claramente establecido por el Concilio de Trento, tanto a propósito del sacramento del Bautismo como del de la Penitencia (Denzinger, N. 797 y 807).

Ha de decirse otro tanto, en su plano, de la Iglesia en cuanto medio general de salvación. Por lo cual, para que una persona obtenga su eterna salvación, no siempre es requerido que ella sea de hecho incorporada a la Iglesia a título de miembro, sino que ha de estarle unida, al menos, por deseo o voto.

Libros infantiles
para las
próximas fiestas

Los Niños de Fátima

La narración del famoso milagro de la aparición de la Santísima Virgen del Rosario de Fátima, escrita en forma de cuento para niños. Un volumen encuadernado con hermosas ilustraciones en colores ..... $ 15.—

Mis Oraciones

Encuadernado, ilustraciones en color de Carmen Navarra ..... $ 8.—

De venta en la
LIBRERIA DEL COLEGIO
ALSINA 500 - Buenos Aires

Una obra excepcional

LA EDITORIAL GUADALUPE
PRESENTA EN HOMENAJE AL
SUMO PONTIFICE PIO XII LA

COLECCION COMPLETA DE

Encíclicas Pontificias

Un volumen de 1.864 páginas
Formato 16 x 22 cms., impreso sobre papel Biblia

Contiene un siglo de enseñanzas pontificias, pues abarca desde la Encíclica "Summo Jugiter" (28-V-1832) de Gregorio XVI, hasta la Bula Dogmática sobre la Asunción de la Santísima Virgen María, "Munificentissimus Deus" (1-XI-1950) de Su Santidad Pío XII.

En total son 146 documentos pontificios, que se han reunido. Un extenso índice sistemático permite consultar fácilmente el pensamiento de conjunto de los Sumos Pontífices en esta riquísima colección.

PRECIO $ 150.—

EDITORIAL GUADALUPE
MANSILLA 3865 BUENOS AIRES

Sin embargo, no siempre es necesario que este voto sea explícito, como en el caso de los catecúmenos. Cuando alguien está en ignorancia invencible, Dios acepta un **deseo implícito**, así llamado porque está incluído en la buena disposición del alma, por la cual desea conformar su voluntad con la de Dios.

Estas cosas son claramente expresadas en la Carta dogmática publicada por el Soberano Pontífice Pío XII, el 29 de junio de 1943, "sobre el Cuerpo Místico de Jesucristo" (A. A. S., vol. XXXV, ann. 1943, p. 193 y sig.). En esta Carta, efectivamente, el Soberano Pontífice distingue con claridad los que están **actualmente** incorporados a la Iglesia como miembros y los que le están unidos por solo el deseo.

Hablando de los miembros que aquí abajo forman el Cuerpo Místico, el mismo augusto Pontífice dice: "Solo hacen parte de miembros de la Iglesia los que han recibido el Bautismo de regeneración y profesan la verdadera fe y que, por otra parte, para su desgracia, no se han separado del conjunto del Cuerpo o no han sido cortados de él por la autoridad legítima, a causa de faltas muy graves".

Hacia el final de la misma Encíclica, invitando a la unidad, con el mayor afecto, a aquellos que no pertenecen al cuerpo de la Iglesia Católica, menciona a los que "por un cierto deseo y voto inconsciente, se encuentran ordenados al Cuerpo Místico del Redentor". De ningún modo los excluye de la salvación eterna, pero afirma, por otra parte, que se encuentran en un estado "en el cual nadie puede estar seguro de su eterna salvación" y, asimismo que están privados de tantos y tan grandes auxilios y favores celestiales, de los que no se puede gozar sino en la Iglesia Católica".

Por estas palabras, el Papa condena tanto a los que excluyen de la salvación eterna a los hombres que no están unidos a la Iglesia **sino por el deseo implícito**, como a los que erróneamente afirman que todos los hombres pueden salvarse, a título igual, en todas las religiones (cf. Papa Pío IX, **Singulari quadam**, Denz. 1641 s., Pío XI, **Quanto conficiamur moerore**, Denz. 1677).

No debe creerse, sin embargo, que sea suficiente para la salvación cualquier especie de deseo de entrar en la Iglesia. El deseo por el cual alguien adhiere a la Iglesia debe estar animado de caridad perfecta. Un deseo implícito no puede tampoco producir su efecto si no posee la fe sobrenatural, "pues aquel que se acerca a Dios debe creer que existe y que remunera a los que lo buscan" (Hebr. XI, 6). El **Concilio de Trento** declara (sesión VI, c. VIII): "La fe es el principio de la salvación del hombre, el fundamento y la raíz de toda justificación. Sin ella, es imposible agradar a Dios y de contarse entre sus hijos" (Denz. 801).

De lo que precede, es evidente que las ideas propuestas por el periódico **From the Housetops** (n. 3) como enseñanza auténtica de la Iglesia Católica, están lejos de serlo y son muy peligrosas, tanto para los que están en la Iglesia como para los que viven fuera de ella.

De esta exposición doctrinal dimanan algunas conclusiones tocantes a la disciplina y a la conducta, que no pueden desconocer los que defienden con vigor la necesidad de pertenecer a la verdadera Iglesia y de someterse a la autoridad del Pontífice Romano y de los obispos "que el Espíritu Santo ha designado para gobernar la Iglesia" (Act. XX, 28).

Por lo cual es inexplicable que el **St. Benedict Center** pueda pretender ser un grupo católico y desee ser considerado como tal y al mismo tiempo no se conforme a las prescripciones de los cánones 1381 y 1382 del **Código de Derecho Canónico**, y continúe siendo una causa de discordia y de rebelión contra la autoridad eclesiástica, y de turbación para muchas conciencias.

Además, es difícil de comprender que un miembro de un Instituto religioso, el P. **Feeney**, se presente como "defensor de la fe" y, a la vez, no vacile en atacar la enseñanza dada por las autoridades legítimas y no tema asimismo incurrir en las graves sanciones con que lo amenazan los sagrados cánones por sus graves violaciones de sus deberes de religioso, de sacerdote y de simple miembro de la Iglesia.

Finalmente, no es prudente tolerar que algunos católicos reivindiquen para sí mismos el derecho de publicar un periódico, con intención de exponer en él doctrinas teológicas, sin el permiso de la autoridad eclesiástica competente, que se llama **imprimatur** y que es prescripto por los sagrados cánones.

Aquellos, pues, que se exponen al grave peligro de oponerse a la Iglesia, deben meditar seriamente que una vez que "Roma ha hablado", no pueden pasar más allá, ni aun por razones de buena fe. Su vinculación con la Iglesia y su deber de obediencia son, ciertamente, más estrictos para ellos que para los que adhieren a ella "solamente por un deseo inconsciente". Que comprendan que son los hijos de la Iglesia, afectuosamente sostenidos por ella con la leche de la doctrina y los sacramentos, y que, después de haber oído la voz de su Madre, no pueden ser excusados de ignorancia culpable. Que comprendan que el principio siguiente se aplica sin restricción a ellos: "La sumisión a la Iglesia Católica y al Soberano Pontífice es necesaria para la salvación".

Dirigiéndole la presente carta, expreso a S. E. mis sentimientos de profunda estima y abnegación. F. Cardenal Marchetti Selvaggiani, A. Ottaviani, asesor. Palacio del Santo Oficio, 8 de agosto de 1949".

COMUNICACIONES DEL ARZOBISPO DE BOSTON

I

"La Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio ha sometido a nuevo examen el caso del P. Leonard Feeney y del **St. Benedict Center**. Luego de examinar cuidadosamente las publicaciones de este Círculo y consideradas todas las circunstancias del caso, la Sagrada Congregación ha ordenado que sea publicada íntegramente la carta que me ha enviado con fecha 8 de agosto de 1949.

El Soberano Pontífice, S. S. el Papa Pío XII, ha dado su entera aprobación a esta decisión. En total obediencia, publicamos íntegramente el texto latino de esta carta, tal como ha sido recibido del Santo Oficio, con una traducción inglesa aprobada por la Santa Sede.

Dada en Boston (Massachusetts), 4 de septiembre del año del Señor 1952. Richard J. Cushing, arzobispo de Boston. Walter J. Furlong, canciller".

II

"En mi calidad de pastor espiritual de la arquidiócesis de Boston, mi corazón desborda de afecto por el P. Feeney y por aquellos que han sido extraviados por ideas erróneas. Espero vivamente, que ahora que la suprema autoridad de la Iglesia ha hablado, el P. Feeney y los que lo siguen, se comportarán como hijos leales de la Iglesia y de nuestro Santo Padre el Papa Pío XII.

Con esta intención, invito a todos los fieles a unirse a mis oraciones. Richard J. Cushing, arzobispo de Boston".

XXV Semana Social de los católicos italianos

Publicamos a continuación la carta que Mons. Montini, sustituto de la Secretaría de Estado ha dirigido a nombre de S. S. Pío XII al arzobispo de Génova, presidente de la XXV Semana Social. Transcribimos, además las conclusiones de la misma Semana realizada en Turín desde el 21 al 27 de septiembre ppdo.

EXCELENCIA Reverendísima: Cumplo con la honrosa misión de participaros que Su Santidad ha tomado conocimiento, con paternal satisfacción, del programa de trabajos que se efectuarán en el curso de la XXV Semana Social de los católicos italianos, desde el 21 al 27 del corriente.

El tema, "La empresa en la economía moderna", constituye una importante materia de consideración y estudio y refleja el deseo, mucho más, la necesidad de la contribución que los católicos italianos deben aportar a la solución de los problemas que preocupan vivamente a los espíritus y las conciencias en un dominio determinado y, en un momento histórico dado, de la vida política, social, económica y moral de la nación.

Por lo cual, la Iglesia, siempre preocupada aún del bien temporal de la humanidad, no puede dejar de alabar y de alentar los esfuerzos generosos de todos los que, animados de sinceras intenciones y con justo conocimiento de los principios social-cristianos, procuran apresurar la realización de la armonía necesaria que debe reinar entre las diversas clases sociales y fundarse sobre los postulados de la justicia y de la fraternidad cristianas.

Se puede pues, recordar como de utilidad algunas de las enseñanzas de los Soberanos Pontífices sobre este tema específico de la Semana.

Como se sabe, la disciplina de la producción y de la distribución de la riqueza es un problema fundamental de la vida económica que debe ser resuelto conforme a la justicia y al bien común y de manera de salvaguardar la integridad y el desarrollo de la persona humana.

Ahora bien, quien sobre este punto, recorra las enseñanzas pontificias puede notar tres aspectos característicos de la empresa: la relación entre máquina y trabajador, la posición jurídico-social de los obreros, la relación entre la empresa y el Estado.

Si, en el curso de los últimos decenios, se comprueban sustanciales mejoras en los medios del trabajo, sin embargo queda todavía, el grave aspecto de la relación entre máquina y trabajador. El descubrimiento, la adopción y la aplicación de la máquina representan, ciertamente, una conquista del progreso humano. Pero, este grandioso fenómeno encierra un lado negativo, en el sentido de que los modos de producción, por sus articulaciones en una sucesión de fases casi siempre idénticas, amenazan hacer perder al trabajo toda vibración de humanidad, para reducirlo a un simple movimiento mecánico.

De ahí la necesidad de estudiar medidas particulares allí donde la máquina pueda aumentar el paro; de ofrecer al trabajador una instrucción profesional adecuada que lo haga consciente de la contribución específica que aporta a la realización del bien (y, a este respecto es digna de agradecimiento la acción de las autoridades públicas por el establecimiento y desarrollo de cursos de reclasificación profesional); de procurar el mejoramiento de la conciencia moral y del sentido social, que le darán la convicción de que su trabajo equivale también a un servicio hacia el prójimo; y, especialmente de reforzar el sentimiento religioso, gracias al cual el trabajador considera su obra como una colaboración a la acción creadora y redentora de Dios y, por lo tanto, como un medio para su propio perfeccionamiento espiritual.

El Santo Padre Pío XII se ha referido, además en varias oportunidades, a la posición jurídico-social del personal en las empresas, precisando lo que entra en la esfera del derecho natural y lo que forma parte de las aspiraciones de las clases obreras y que puede, pues, ser buscado como un ideal y con medios lícitos. El Santo Padre, en efecto, advertía que: "un peligro se presenta cuando se exige que los asalariados que pertenecen a una empresa tengan el derecho de cogestión económica, especialmente cuando el ejercicio de ese derecho depende, de hecho, directa o indirectamente, de organizaciones dirigidas desde el exterior de la empresa. Ahora bien, ni la naturaleza del contrato de trabajo ni la naturaleza de la empresa comportan necesariamente por sí mismas un derecho de esta especie. Es indiscutible que el trabajor asalariado y el empleador son igualmente sujetos, no objetos, de la economía de un pueblo. No puede discutirse esta paridad; es un principio que la política social ya ha hecho valer y que una política organizada sobre el plano profesional

Biblioteca de Autores Cristianos

Sagrada Biblia, de Bover-Cantera, 2ª edición	$	63.—
Sagrada Biblia Vulgata Latina, Columba Turrado (2 tintas)	„	63.—
Nuevo Testamento, Bover	„	21.—
Nuevo Testamento, Nacar-Columba	„	18.—
Vida de Nuestro Señor Jesucristo	„	35.—
Comentarios al Evangelio de San Mateo	„	39.—
Comentarios a los Evangelios de San Marcos y San Lucas	„	42.—
Comentarios al Sermón de la Cena	„	25.—
Tratado de la Santísima Eucaristía	„	31.—
Tratado de la Virgen Santísima, 3ª edición	„	49.—
La Asunción de María, 2ª edición	„	28.—
Actas de los Mártires	„	56.—
Padres Apostólicos	„	46.—
La Evolución Homogénea del Dogma	„	42.—
El Cuerpo Místico de Cristo	„	46.—
Textos Eucarísticos Primitivos	„	53.—
Las Vírgenes Cristianas en la Iglesia Primitiva	„	45.—
Santa Teresa de Jesús. Obras completas. Tomo I	„	42.—
San Alfonso María de Ligorio. Obras ascéticas. Tomo I	„	49.—
San Anselmo. Obras completas. Tomo I	„	49.—
San Ignacio de Loyola. Tomo I	„	24.—
San Bernardo. Obras	„	42.—
Santo Domingo de Guzmán	„	28.—
San Juan de la Cruz 2ª edición	„	42.—
Fray Luis de Granada	„	35.—
San Francisco de Asís. 2ª edición	„	35.—
Fray Luis de León. Obras completas. 2ª ed.	„	66.—
San Vicente de Paul	„	39.—
Raimundo Lulio. Obras literarias	„	35.—
Nacimiento e Infancia de Cristo. 304 láminas	„	42.—
Cristo en el Evangelio. 255 láminas	„	42.—
La Pasión de Cristo. 303 láminas	„	42.—
El Sacrificio de la Misa. 2ª edición	„	53.—
Etimologías de San Isidoro	„	39.—
Teología de San Pablo	„	33.—
Código de Derecho Canónico. 4ª edición	„	56.—
Historia de la Iglesia Edada antigua	„	39.—
Historia de la Iglesia Edad moderna	„	46.—
Obras completas del Beato Juan de Avila. Tomo I	„	53.—
La Evolución Mística de Juan G. Arintero	„	50.—
San Agustín. 9 volúmenes	„	330.—
San Buenaventura. 6 volúmenes	„	175.—
Balmes. 8 volúmenes	„	280.—
Místicos Franciscanos Españoles. 3 vol.	„	105.—
Summa Theologica. S. Thomae Aquinatis. Latín. 5 volúmenes	„	262.—

(también se venden los tomos sueltos de estas series)

Solicite Catálogo detallado a:

Antonio de Urivelarrea M:ra

Balcarce 251 - T. E. 30 - 7314 - Buenos Aires

Dándolo & Primi, S. A.

Com. e Ind.

FABRICANTES

E IMPORTADORES DE

ALFOMBRAS

•

DEPOSITO Y LIMPIEZA

The Carpet Cleaning Co.

Avda. Lib. Gral. SAN MARTIN 6354

T. E. 73-4652 - 73-0583 - 76-0928

Casa de Ventas:	FABRICAS EN
CALLAO 264	**Villa Ballester**
T. E. 47 - 2372	**San Andrés de Giles**
T. E. 48 - 5055	**Carmen de Areco**
T. E. 47 - 2971	**Chacabuco**

hara valer más eficazmente todavía. Mas no hay nada en las relaciones de derecho privado tales como las regula el simple contrato de salario, que esté en contradicción con esta paridad fundamental. La sabiduría de Nuestro predecesor Pío XI lo ha mostrado con claridad en la encíclica **Quadragesimo anno**, y en consecuencia niega en ella la necesidad intrínseca de ajustar el contrato de trabajo sobre el contrato de sociedad" **(Discurso del 3 de Junio de 1950)**.

En principio, pues, un verdadero derecho a la codirección no es acordado al obrero; pero no está prohibido a los empleadores de hacer al obrero partícipe de ella, en una cierta forma y medida, como nada impide también que el Estado confiera al trabajador el poder de hacer oír su voz en la gestión de ciertas empresas determinadas y en casos precisos en los que la ultra-potencia del capital anónimo dejada a sí misma perjudique manifiestamente a la comunidad. Y en el radiomensaje de 1º de septiembre de 1944, el augusto Pontífice enseñaba que "la pequeña y mediana propiedad agrícola, artesana y profesional, comercial, industrial, debe ser garantizada y favorecida; las uniones cooperativas deberán asegurarle las ventajas de la gran explotación. Y allí donde la gran explotación continúe mostrándose más exitosamente productiva, debe ofrecer la posibilidad de temperar el contrato de trabajo por un contrato de sociedad".

Mas Su Santidad, con paternal insistencia, ha llamado la atención sobre los profundos cambios a realizarse para humanizar y vivificar las relaciones entre subordinados y dirigentes en el seno de las empresas. He aquí, en efecto, en qué términos se ha expresado Su Santidad en un discurso a los empleadores cristianos: "Este deber, este ideal, acabamos de decirlo, es la marcha plena, elevada, cristiana de vuestra empresa, penetrada de sentimientos humanos en la más amplia y más alta acepción de la palabra. Este sentimiento humano, es necesario que penetre, como la gota de aceite en el engranaje, en todos los miembros, todos los órganos de la empresa: los jefes, los colaboradores, los empleados, los trabajadores de todas las categorías, desde los artesanos y los obreros más calificados hasta el más humilde de los peones.

Si estas empresas, realmente penetradas de este sentimiento verdaderamente humano se multiplicaran, uniéndose a vos una después de otra, si ellas se convirtieran como en otras tantas grandes familias, no contentas de vivir aisladas como en vaso cerrado, se unieran entre sí, entonces todas juntas tenderían a formar una sociedad fuerte y feliz.

Vosotros (...) marcháis por el único camino seguro, el que tiende a animar las relaciones personales con el sentimiento de la fraternidad cristiana, camino que en todas partes es practicable y rodea ampliamente el plan de la empresa. Esta disposición de vuestra parte os hará ingeniosos y capaces de obrar de manera que la dignidad personal de los trabajadores, muy lejos de pervertirse en la organización general de la empresa, no sólo procure a ésta mejores resultados en el orden material, sino también y sobre todo, le confiera el valor de una verdadera comunidad" **(Discurso de S. S. Pío XII a la U.C.I.D., 31 de enero de 1952)**.

Una vez transformada la atmósfera en el seno de las empresas, serán posibles y facilitadas las innovaciones que, en un momento dado, las capacidades profesionales y el sentido de responsabilidad de los trabajadores, la viva y activa sensibilidad de los empleadores, como también las exigencias del bien común, podrían permitir o reclamar.

Claro, finalmente, es la doctrina de la Iglesia concerniente a la relación entre la empresa y el Estado. Si la concepción llamada liberal se apoya sobre diversos principios erróneos, no menos erróneo y peligroso es la doctrina que atribuye al Estado una planificación integral del mundo económico, por la razón también de que de ello resultaría la compresión y la supresión de los derechos humanos fundamentales: "Que esta servidumbre, como expresaba sabiamente Su Santidad, derive del poder del capital privado o del poder del Estado, el efecto es el mismo. Mucho más, bajo la presión de un Estado que todo lo domina, que regula toda la esfera de la vida pública y privada, que penetra en el dominio de las ideas y las convicciones de la conciencia, esta falta de libertad puede tener consecuencias más graves todavía, como la experiencia da manifestación y testimonio" **(Mensaje de Navidad de 1942)**.

El mundo económico es, ante todo, una creación de la libre voluntad de los hombres; incumbe pues, al Estado crear las condiciones que permitan desenvolverse a la iniciativa privada en los límites del orden moral y del bien colectivo.

Por lo cual, la Iglesia siempre ha mirado con benevolencia y alentado las formas de empresa en las cuales se encuentra posibilidad de afirmarse y de extenderse la iniciativa personal de todos los que en ella despliegan su propia actividad; tales son, por ejemplo: la empresa artesana, la empresa agrícola familiar, la empresa cooperativa (Radiomensaje del 1º de septiembre 1944). No obstante, la Iglesia admite también que pueda convenir al buen orden que la empresa de grandes dimensiones —cuando no se oponen a ello razones evidentes de bien común— permanezca en la espera de la iniciativa privada (Discurso de Su Santidad a la U.N.I.A.P.A.C., 7 de mayo 1949). Se lo podrá tanto mejor obtener cuanto que los responsables de las citadas empresas conozcan mucho más sus derechos y deberes, tanto hacia la comunidad civil como hacia sus subordinados, y que las clases laboriosas, más conscientes de los aspectos negativos del super capitalismo de Estado, sean más admitidas a tomar sus propias responsabilidades en la vida profesional y en el seno de los mismos organismos productores. Por otra parte, en el discurso del 11 de marzo de 1945, Su Santidad subrayaba que la exacta concepción y el sentimiento activo de la fraternidad cristiana deberían contribuir a esta solución: "Ha llegado el momento de abandonar las frases huecas y de pensar, con la encíclica **Quadragesimo anno**, en una nueva ordenación de las fuerzas productivas del pueblo. Es decir, que por encima de la distinción entre empleadores y empleados, los hombres deben saber discurrir y reconocer esta más alta unidad que une entre sí a todos que colaboran a la producción, establece su entendimiento, su solidaridad en la tarea que les incumbe de proveer juntos al bien común y a las necesidades de la comunidad entera. ¡Que esta solidaridad se extienda a todos los brazos de la producción, que venga a ser el fundamento de un orden económico mejor, de una sana y justa autonomía, que abra a las clases laboriosas el camino que lleva a su participación honrosamente adquirida de la responsabilidad en el funcionamiento de la economía nacional!

De esta manera, merced a esta armoniosa coordinación y cooperación, a esta unión más íntima del trabajo y de los otros factores de la vida económica, el trabajador alcanzará por su actividad la obtención de una ganancia segura y suficiente para su existencia y la de su familia, experimentará además en su alma una verdadera satisfacción y sentirá un poderoso estímulo para su propio perfeccionamiento".

Formulando los mejores votos para que la Semana Social sea fecunda en resultados, el Santo Padre envía paternalmente a V. E. R., a los promotores y a todos los participantes la reconfortante Bendición Apostólica implorada, como prenda de gracias y de luces celestiales.

Soy feliz de aprovechar esta ocasión para besar vuestro santo anillo y de expresaros mis sentimientos de respetuosa devoción. J. B. Montini, sustituto.

Conclusiones de la XXV Semana Social

1) La iniciativa personal, fuente originaria del mundo **económico**. — El mundo económico es, ante todo, creación de la libre iniciativa de los hombres en acción o individualmente o libremente asociados.

2) **Armonización del interés privado con las exigencias del bien común**. — El hombre es naturalmente sociable: en el desarrollo de su actividad económica está obligado a conciliar los intereses propios con los ajenos, en armonía con las exigencias del bien común. La actividad económica hay que verla también como un servicio prestado a la comunidad.

3) **Intervención del Estado en el campo económico**. — Con el fin de salvaguardar y actuar el bien común, el Estado tiene el derecho y el deber de intervenir en el campo económico. La intervención del Estado en el campo económico se concreta de ordinario a una acción coordinadora de orientación, de estímulo, de integración. La amplitud y la cualidad de su intervención no pueden determinarse "a priori", estando en relación con la concreta contingencia histórica.

El Estado, por tanto, está obligado en el campo económico a informar su intervención con el principio de subsidiario, esto es, lo que los simples ciudadanos aislados o libremente asociados realizan en el ámbito del bien común, no ha de pretender el Estado de ley ordinaria, cumplirlo por sí mismo.

4) **La empresa**. — En el campo económico, el hombre desarrolla la iniciativa propia en la empresa, armónica combinación de los factores de la producción, con la fi- está caracterizada por el afirmarse de la empresa de la economía en el plano de la convivencia social. La Naturaleza y la dimensión de la empresa varían con el cambio de las contingencias históricas. La Edad Contemporánea está caracterizada por el afirmarse de la empresa de grandes dimensiones.

5) **Empresa artesana**. — La empresa artesana se caracteriza por el hecho de que en una sola persona o en un número limitado de personas, si se trata de una sociedad, están concentrados el trabajo, la organización, financiera y el capital, y porque en el producto aparece destacada la personalidad del artesano. La empresa artesana es escuela de responsabilidad y de singulares capacidades técnicas, es elemento de estabilidad y de cohesión con la vida familiar y social, es valiosa preparación para los empleos civiles. Para conseguir estos resultados sirven de gran ayuda las variadas formas asociativas y organizativas que reúnen las empresas artesanas.

La política económica debe pretender tutelarla y favorecerla en armonía con el progreso económico social.

6 **La empresa agrícola con dimensiones familiares**. — En los países económica y socialmente más desarrollados se ha afirmado y extendido cada vez más la empresa agrícola de dimensiones familiares, que presenta incontestables ventajas de orden moral y social.

La empresa agrícola con dimensiones familiares para ser eficaz es necesario que esté dispuesta a absorber las capacidades de trabajo de la familia y a producir un rédito suficiente que le asegure un tenor de vida decoroso, el cual exige, además, para estar en armonía con el progreso de la ciencia y de la técnica, que los trabajadores sean instruidos profesionalmente y organizados sindical y económicamente y asistidos técnicamente. Exige una política económica adecuada a las necesidades de desarrollo y de la economía social y general.

7) **La empresa de cooperativa**. — La empresa cooperativa en la economía moderna surge como una corrección de los daños que nacen del exacerbado espíritu de lucro y como instrumento de tutela de los sujetos económicos más débiles. La empresa cooperativa permite en los diversos sectores una mayor valoración del trabajo y una más eficaz tutela del consumidor. Desarrolla además una función integradora indispensable en relación con la hacienda artesana y con la agrícola de dimensiones familiares. En Italia la cooperación está destinada a ejercer una función insustituible en el ámbito de la reforma agraria. La empresa cooperativa contribuye a desarrollar en sus miembros el sentido de la sociabilidad y lo prepara para la asunción de responsabilidades en el campo económico, técnico, administrativo. La empresa cooperativa exige una política económica que favorezca el desarrollo en armonía con las exigencias de la economía contemporánea.

8) **La empresa capitalística**. — La empresa capitalística en las proporciones con que se ha afirmado y desarrollado a partir de la época de la revolución industrial desde el siglo XX, debe considerarse como uno de los factores que han contribuido al progreso económico realizado en la Edad Moderna y a la consiguiente elevación del tenor de vida de los pueblos, no obstante el aumento sin precedentes de población. Pero el ambiente institucional impregnado de individualismo, en el cual la empresa vivió y prosperó, determinaba además un trato no humano con perjuicio para la clase trabajadora y originaba discordias e injusticias sociales que hoy todavía esperan ser eliminadas. Esto parece exigir en la presente evolución histórica una creciente apertura a formar de participación en la vida de la empresa, que permitan en el ejercicio de apropiadas responsabilidades la afirmación y el desarrollo de la personalidad del trabajador.

9) **Aspectos particulares de la gran empresa**. — Las recientes transformaciones del sistema económico, determinadas también por la evolución de las empresas, han dado lugar a deficiencias en el sistema mismo en cuanto dice relación a su capacidad para realizar sus naturales objetivos de bienestar económico y social.

Por tanto, parece oportuna la adopción de las medidas más apropiadas a la consecución de tales finalidades, a las cuales debe estar ordenada especialmente la política de los grandes conjuntos económicos.

Por lo que respecta a las empresas de grandes dimensiones, con forma de sociedades por acciones, el acrecentamiento de poder en los dirigentes sin el correspondiente control y sin oportunas responsabilidades jurídicas, y las grandes acumulaciones de capitales que fácilmente pueden traducirse en daño de la colectividad, son fenómenos específicos que deben considerarse atentamente para tutela del trabajo, para garantía del ahorro, para defensa del consumidor y para salvaguardia de la vitalidad de las empresas de proporciones modestas.

A la luz de estos conceptos ha de ajustarse también la revisión de la legislación sobre sociedades por acciones.

10) **Empresa pública**. — Razones de bien común pueden aconsejar o exigir en determinadas circunstancias que el Estado o un ente público asuma funciones de empresario por medio de una empresa pública o nacionalizada o mixta.

Entre las razones de bien común se indican: a) La conveniencia de asegurar la disponibilidad de bienes y servicios para beneficios de la totalidad o de grandes zonas de la población en condiciones de precio o de otro género distintas de las que resultarían en el caso de ejercicio privado; b) la necesidad de impedir la formación de monopolios privados cuando no sea posible ejercitar sobre ellos un control eficaz para defensa de la colectividad; c) razones particulares de seguridad pública y de eficiencia económica; d) insuficiencia de la iniciativa privada.

En el caso de nacionalizaciones o bien de expropiación de la empresa privada es obligatoria la congrua indemnización.

Las empresas públicas o nacionalizadas no deben asumir tales características en el sistema económico que constituyan motivo de mortificación para la iniciativa personal.

11) **Las relaciones humanas en la empresa**. — Cualquiera que sea la naturaleza de la empresa privada o pública debe ponerse todo cuidado por parte de todos los interesados para humanizar las relaciones entre las personas que operan en ella. La posición de extrañeza y de ejecución pasiva en la cual se encuentran todos los trabajadores de la mayoría de las empresas, causa de incom-

Pastoral colectiva de los Obispos alemanes sobre la situación del catolicismo en su país

Una semana antes de la Jornada Católica de Berlín vuestros Obispos se han reunido junto a la tumba de San Bonifacio, en Fulda. Hemos examinado en común la situación de la cristiandad en todas las regiones alemanas. Se os comunican ahora algunos aspectos bajo los cuales se ha presentado a vuestros Obispos la situación externa e interna de la Iglesia en las regiones alemanas. De ello resulta casi automáticamente aquello que Nuestro Señor Jesucristo espera de nosotros y de vosotros.

I — SITUACION EXTERNA

Considerando la situación externa ¡qué variedad de condiciones! Hay regiones en las que recientemente se ha proclamado y sancionado en forma solemne el derecho de los padres sobre sus hijos por medio de consultas al pueblo, mediante disposiciones constitucionales y leyes de enseñanza. ¡Demos gracias a Dios! Ha de tenerse, sin embargo, presente que aun estos felices acontecimientos, a veces sólo parciales, no se han logrado sino después de duras luchas.

Existen otras regiones en las que, contrariamente a todo derecho, se ha hecho imposible a los padres enviar a sus propios hijos a las escuelas católicas. Estamos desolados por la congoja de todos aquellos que, aun confesándose seguidores de la democracia y de la dignidad humana, no se dan cuenta de que, poniendo límites a la educación religiosa de los niños, hacen el juego al ateísmo organizado. ¿No comprenden que la fe en Dios es en el corazón de los hombres el último bastión contra la esclavitud y la sujeción de los individuos, y que cada uno que redujese la resistencia abriría el camino a la catástrofe? ¿Y no es una ironía el pretender obrar así en nombre de la libertad? ¿No es un verdadero envilecimiento el hecho de que, sólo por citar un ejemplo, los valerosos hombres y mujeres de Oldemburg, que en la tercera década de este siglo sostuvieron por la fe de sus hijos una lucha que despertó la admiración de todo el mundo, que estos mismos hombres y mujeres, en el año 1952, sean obligados a reanudar la misma lucha contra una "democracia"?

Existen, finalmente, regiones en las que no se contentan con dejar a los niños en las escuelas casi totalmente privados de enseñanza religiosa, sino que se pretende obligar a los padres a inscribir a sus hijos en organizaciones juveniles antirreligiosas, y esto sirviéndose de métodos muy conocidos por nosotros desde la época recientemente transcurrida.

Hay Obispos a quienes se les ha permitido visitar a sus fieles, predicar y administrar el sacramento de la confirmación. Pero hay otros Obispos que son impedidos o al menos obstaculizados para recorrer su propia diócesis, predicar en ella y confirmar. ¡Nosotros protestamos ante Dios de que el padre espiritual de la diócesis no pueda visitar a sus hijos e hijas! En ciertos distritos es obligatorio incluso comunicar de antemano a la Policía la celebración de las sagradas funciones. En este caso, según ellos, no se trataría de providencias contra la Iglesia, sino simplemente de la aplicación de medidas para la Iglesia según la legislación general del Estado. ¿Quién no piensa, ante esto, en ciertas definiciones en uso durante una época pasada y no muy lejana! Además de los movimientos políticos, religiosos, influyen sobre la situación de la Iglesia causas económicas y sociales. Los grandes movimientos políticos, religiosos, influyen sobre la situación de los prófugos, la carencia de viviendas, la prolongada separación de muchas familias y otras consecuencias de la guerra, han tenido repercusiones también en la vida religiosa. De todo esto, sin embargo, no hablaremos en la presente carta pastoral.

II — SITUACION INTERNA

Pasando a la situación interna, debemos primero mirar el reverso de la medalla. Queridos diocesanos, ¿sabéis cuál es el más importante y más fatal acaecimiento de nuestros días? Hemos asistido a hechos y evoluciones terribles y, sin embargo, no son sino indicios de tal acontecimiento: nos referimos al alejamiento del hombre de su Dios, y esto como fenómeno general. En muchas épocas y civilizaciones existieron algunos incrédulos. Pero desde el siglo pasado en adelante, ya primero en Francia, se alejaron, cada vez más, grandes masas de Dios y de la fe. Tal fenómeno se encuentra incluso en el mundo pagano, por el que se acuñó el dicho de la "muerte de los dioses". Este proceso de secularización de los corazones en su terrible significado no ha sido siquiera advertido por muchos y sus consecuencias no se pueden prever todavía. Lo que no significa que la Humanidad se escindirá en dos frentes, en creyentes e incrédulos; más bien se tiene a menudo la impresión de algo así como si la verdad del otro mundo,

---

prensión entre las partes interesadas y de frecuentes conflictos, ha de modificarse cuidadosamente y superarse con la introducción de oportunas iniciativas y favoreciendo un nuevo clima social. Sobre todo se debe tender a que tales relaciones estén informadas de una solidaridad consciente y una colaboración eficaz, y que cada trabajador económico, en el desarrollo de su actividad específica, encuentre un incentivo para afirmar y desarrollar la personalidad propia.

12) **La actividad económica y la ley moral**. — La ley moral debe regir todo el mundo de la economía, ya estableciendo los límites dentro de los cuales puede desarrollarse la actividad dirigida a la ganancia, ya guiando positivamente la conciencia en la elección concreta que se presentará constantemente al actuar los juegos económicos. En un clima cristiano, la actividad económica debe inspirarse en la ley del amor al servicio de aquellos que se confiesan hermanos y en los cuales está presente Cristo mismo. Sólo así la actividad económica puede alcanzar su completa perfección.

13) **La responsabilidad del empresario**. — En armonía con las responsabilidades que competen a todos los factores personales que cooperan en la empresa, el empresario, a la luz del pensamiento católico, está obligado a asegurar la eficiencia de la empresa, a informar de justicia y solidaridad todas las relaciones que se entrecruzan en la misma, a llenarla con el espíritu del amor cristiano, a esforzarse para que cada trabajador, a través del desarrollo de su propia actividad, afirme y desarrolle su personalidad y eleve su condición económica y social, a dedicarse seriamente a la transformación gradual de su empresa en una comunidad de personas inspirada en el principio de que todos sus miembros, iguales por naturaleza, participan de la dignidad de hijos de Dios.

Casa MIRAS

Fundada el año 1883

AMBULANCIAS "CRUZ DE ORO"
T. E. 44, Juncal 6000

Automóviles - Servicios Fúnebres
T. E. 44, Juncal 0062

CORDOBA 1800

CALLAO Y CORDOBA

BUENOS AIRES

del mundo de Dios, se oscureciese a los ojos de casi todos.

Examinémonos a nosotros mismos. ¿Está Dios para nosotros, creyentes, de tal manera vivo y real que en nuestro obrar y en nuestras omisiones nos preocupemos de buscar primero cuál sea su voluntad? ¿Es todavía la ley divina en el matrimonio católico aquella fuerza que nos señala realmente la conducta a seguir? ¿No debemos deplorar que muy pocos jóvenes sientan vocación hacia el sacerdocio y hacia la vida claustral, que son muy pocos aquellos que con magnánima resolución se dediquen enteramente y de una vez para siempre a Cristo y a la Iglesia? ¿No seguirá quizá a la secularización de los corazones la de las casas, es decir, de nuestras instituciones católicas, y que entonces nuestras Ordenes y nuestras asociaciones religiosas se verán obligadas a abandonar o a cerrar los hospitales y los hospicios para niños y viejos por falta de vocaciones? El pueblo tiene nuevas divinidades, ofrece sacrificios a sucios dioses. Si la gente que va todavía a la Iglesia ofreciese para una sola misa cuanto gastan los frecuentadores del cine para una sola película, serían insuficientes las oficinas eclesiásticas y las asociaciones para la recaudación de fondos, y la reconstrucción y edificación de una iglesia sería tan fácil como la de un cine. En ciertas regiones de Alemania el pueblo gasta tanto en distracciones, fútbol y radio que el montante de cada uno de estos gastos supera la suma necesaria para el culto divino. Cada vez que se ha de construir una campana o un órgano hay quien pregunta por qué no mejor construir viviendas. ¿Con qué dinero? Se avergüenza uno como Obispo de no poder llevar a término la construcción de una iglesia... Pero no hemos oído nunca que nadie saliese de un espectáculo deportivo diciendo: "¿Por qué no se construyen, en lugar de campos, viviendas?", aunque un solo espectáculo de ese género venga a costar lo que la construcción de tres iglesias. No pretendemos oponernos al moderado uso de las diversiones y mucho menos a las buenas transmisiones radiofónicas, a las buenas películas y a la discriminada actividad deportiva. Queremos solamente poner de relieve que se han desviado ciertos puntos de vista. A los nuevos dioses se concede todo. No sería tanta la popularidad de una estrella de cine o de un púgil si el mundo comprendiese que bastaría uno solo de sus sueldos anuales para construir diez viviendas.

A este propósito convendría citar las palabras de San Pablo: "Por ello les abandonó Dios a la concupiscencia de sus corazones" (Rom. 1, 24). La decadencia se propaga en todas sus formas; es decir, las fuerzas que sojuzgan al hombre se descomponen, la predicación de todo aquello que es realmente sano y puro se malogra. El hombre pierde la orientación y el apoyo y, en su abandono angustioso, no le importa dejarse arrastrar por la masa. Se convierte en suprema norma "lo que todos hacen", que sustituye a la opinión personal y a la voz de la conciencia. La filosofía no busca ya la verdad, sino que se dedica a desfigurarla moviéndose dentro de un ciclo, "el existencial". El arte se complace en representar muy a menudo lo deforme. La literatura, incluso la más elevada, se balancea no raramente en la aridez y la futilidad. Los pueblos se muestran inseguros en el campo de su derecho para afirmarse y defenderse por sí solos; éstos no quieren crecer más y matan a sus hijos incluso antes de que nazcan. En el campo de la religión nadie se arriesga por excesivo temor de molestar a alguien o de afirmar la verdad, y menos aún de convertir o desarrollar actividad proselitista o misionera como no sea entre los pueblos primitivos. La descomposición ha avanzado tanto que en muchas mujeres se ha apagado el sentimiento de la maternidad, en muchos hombres el de la paternidad, en tanto que se desperdician la capacidad y la fuerza de amar. El hombre, desvinculado de Dios, no pose la facultad de individualizar a Satanás, a pesar de que el infierno tenga, según las palabras de Nuestro Señor, sus evidentes signos distintivos: la mentira y el odio. Quien no lo reconoce ha perdido su vista interior.

Por último, nosotros, los Obispos alemanes, hemos dirigido nuestra mirada en particular sobre el matrimonio y sobre la juventud, sobre el estado de la cura de almas y de la diáspora. Pero no hablaremos aquí de esto.

Sería, sin embargo, injusticia e ingratitud hacia Dios si no se tuviese en cuenta también el lado positivo de la situación en el territorio de nuestra Iglesia alemana. Hay tanto de positivo, que puede hacer creer que la mitad de cuanto más arriba se ha expuesto quede desmentido. Ha de considerarse el lado negativo con el positivo conjuntamente. No toca a nosotros, sin embargo, hacer el balance y pronunciar una sentencia sobre nuestra época. Pertenece a otro este cometido. Dios sabe lo que entre nosotros es verdadero pecado y lo que es verdadera santidad. El sólo sabe de qué modo el hombre de hoy hubiera vivido hace un siglo y cómo un hombre de entonces viviría hoy. Si la historiografía del futuro debiese, por acaso, servirse solamente de los datos positivos, la nuestra vendría definida como una de las más grandes épocas de la Iglesia.

Cuando a usted le agrade un champagne verifique la marca y

EXIJALA SIEMPRE

BENEGAS HNOS. & CIA. LTDA.

No obstante la indiferencia frente a la Iglesia, las masas de nuestro pueblo católico alemán están hasta hoy en un cierto modo ligadas a la fe. La mayoría de los padres, incluso los no practicantes, insisten de modo impresionante en que sus hijos sean educados católicamente. Casi todos los niños de padres católicos reciben los santos sacramentos del bautismo, de la penitencia, de la eucaristía y de la confirmación. Casi todos los matrimonios de católicos se celebran ante el altar. La extremaunción raramente es rechazada y el funeral religioso es deseado siempre. El número de aquellos que asisten a la misa y de los que reciben la comunión pascual promete superar al de la anteguerra. Repugna mucho el abandonar definitivamente la Iglesia. Y si más arriba se ha aludido a las nuevas divinidades a las que el pueblo ofrece sacrificios, no es menos cierto que el tributo a la Iglesia y los dones voluntarios son todavía tales que permiten la reconstrucción y la edificación de iglesias, alojamientos para jóvenes y jardines de infancia, obras de volumen sorprendente. La tirada de los periódicos religiosos, de las revistas misioneras y de otras publicaciones religiosas semanales y mensuales se eleva a millones de ejemplares. Estos hilos que ligan a veinte millones de católicos alemanes con la Iglesia nos traen a la mente la exhortación del Señor a no dejar extinguir la antorcha aun si arda sin llama y a no cascar la caña aunque se doble. La gran mayoría, comprendidos los titubeantes y los indiferentes, nos pertenecen no sólo por el bautismo, sino también por aquel más o menos antiguo rescoldo de su fe. No olvidamos nunca que tenemos hacia éstos un mayor deber de interceder con nuestra oración y de darles pruebas de vida ejemplar, de amor cristiano y de celo apostólico.

Prescindiendo de esto podemos distinguir todavía estadios de vida católica. Con la palabra "estadios" no nos referimos a la totalidad de nuestro pueblo católico, sino a grupos y movimientos dignos de atención y de confianza.

Existen entre nosotros muchos matrimonios sanos, probos e inclinados a la prole. Que tales matrimonios existan en medio de tanta decadencia es casi un milagro. A este propósito nos vienen a la mente las palabras de San Pablo: "En medio de una generación depravada y perversa debéis resplandecer como estrellas" (Phil. 2, 15). Cuando los párrocos se ocupan de los esposos, de las jóvenes, de los viejos y de las familias, contribuyen a la

Papeles para
ARTES GRAFICAS

Casa Iturrat

SOCIEDAD ANONIMA COMERCIAL

Alsina 2228-52 - Bs. Aires - T. E. 47-0021

Prefiérala al efectuar sus compras

Sucursales en:

ROSARIO - CORDOBA - MENDOZA - SANTA FE
TUCUMAN - BAHIA BLANCA - MAR DEL PLATA
RESISTENCIA

creación de islas de pureza en el pantano que actualmente envuelve a nuestro pueblo. Son la esperanza de nuestro futuro. Y si bien encontramos escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas, el hecho de que en la atmósfera corrompida en que vive nuestra juventud surjan todavía no pocas vocaciones, debe ser acogido con grato estupor. El hecho nos demuestra qué fuerza posee la gracia de Dios.

No hemos de pasar en silencio el cambio que se realiza ante nuestros ojos en los ambientes académicos y en los llamados centros escogidos que se orientan siempre hacia la fe. A tal hecho se ha de atribuir especial importancia, dado que también las ideas están sujetas a una ley de gravedad, es decir, el ateísmo invadió en primer lugar los llamados centros escogidos; de las aulas universitarias se difundió a través de periodistas y oradores sobre diarios y en las reuniones populares, donde más tarde fermentó en las masas. Ahora se da el proceso inverso. El ateísmo no está ya de moda. Otros hechos semejantes positivos han sido también tomados en consideración por nosotros los Obispos. De particular satisfacción para nosotros y para todo el pueblo católico de Alemania son las relaciones que llegan a nosotros los Obispos sobre el alistamiento de los fieles en las filas de la juventud en aquellos territorios donde se persigue la fe. Como ciertas medidas de la parte adversaria, así el alistamiento heroico de aquella juventud católica, enardecen en nosotros el recuerdo del llamado III Reich.

No nos olvidamos de los santos que hay entre nosotros. ¿Qué época de la historia de la Iglesia conoció tantos testimonios por Cristo? ¿Cuántos de entre nosotros llevan, bajo increíbles sufrimientos, una vida inmaculada según los principios cristianos! ¡Al lado de tanta falta de pensamiento y de tanta crueldad, cuán sublime y activa caridad!

La situación de la cristiandad en Alemania no puede ser reducida a un denominador común, ni por su aspecto externo ni por el interno. Sólo Dios puede interpretar este cuadro y leer en él la línea del futuro. Nosotros entretanto podremos discernir y testimoniar que en ésta nuestra situación actual se ha revelado milagrosamente el poder de Dios y continúa manifestándose. De ese poder está escrito: "Yo soy el que fui, el que es y el que será." Sí. El será cuando todo aquello que se le opone haya pasado y caído en el olvido.

¡Porque Dios vive!

Pero vosotros, queridos hijos e hijas en Cristo, no olvidéis vuestra misión. Vosotros sois la isla de la pureza en

PENSAMIENTO PONTIFICIO

Pío XII a un congreso científico del deporte y la educación física

El 8 de noviembre, el Santo Padre recibió en Castelgandolfo a ochocientos profesores de educación física y médicos del deporte italiano, a los cuales dirigió el siguiente discurso sobre el deporte y la gimnasia ante la conciencia religiosa y moral:

DE todo corazón os damos la bienvenida, ilustres señores, convocados por un común y noble ideal en la Ciudad Eterna, y guiados hoy por un idéntico sentimiento filial ante Nuestra presencia para presentarnos vuestro homenaje y al mismo tiempo para renovar en Nos la gran satisfacción que siempre sentimos al encontrarnos en medio de escogidas asambleas d especialistas en todos los ramos del saber, que tienen por objeto al "hombre".

Vuestro Congreso científico nacional, dedicado a las actividades gimnástico-deportivas, responde, sin duda, a una necesidad del tiempo presente, oportunamente advertida por la sensibilidad de vuestra conciencia, la cual conoce bien lo que el deporte y la gimnasia significan especialmente para un pueblo moderno, lo muy difundido que está su ejercicio en todas las clases, el entusiasmo que ellos suscitan en todas partes, las importantes y múltiples repercusiones que de ellos derivan, tanto para las personas como para la sociedad. Basta señalar las variadísimas formas que abarca el ejercicio del deporte en toda su vasta extensión: gimnasia de salón, gimnasia escolar, ejercicios a cuerpo libre, ejercicios con instrumentos, carreras, salto, escaladas y gimnasia rítmica, marcha, equitación, esquí y demás deportes invernales, natación, regatas, esgrima, lucha, pugilato y otras muchas aún, entre las cuales las tan populares del fútbol y el ciclismo. El interés con que se cultiva y sigue tan intensa actividad está demostrado por la prensa. Se puede decir que no hay ningún periódico que no tenga su página deportiva, mientras que son muchos los destinados exclusivamente a estas actividades, sin hablar de las frecuentes emisiones de radio, que informan al público de los acontecimientos deportivos. El deporte y gimnasia además no se practican sólo individualmente, hay también asociaciones especializadas, concursos y fiestas, algunas locales, otras nacionales o internacionales, y finalmente los restablecidos Juegos Olímpicos, cuyas justas son seguidas con vivo interés por el mundo entero.

¿Qué fin persiguen los hombres con tan amplia y difusa actividad? El uso, el desarrollo, el dominio —mediante el hombre y al servicio del hombre— de las energías encerradas en el cuerpo. La alegría que nace de este poder y de este obrar no difiere de la que siente el artista cuando dominándolo, se sirve de su instrumento.

¿Qué ha querido vuestro Congreso? Investigar y poner de manifiesto las leyes a que deben ajustarse el deporte y la gimnasia, para conseguir su fin; leyes que se toman de la anatomía, de la fisiología y de la psicología, según las conquistas más recientes de la biología, de la medicina y de la psicología, como ampliamente lo demuestra vuestro programa.

Pero, habéis querido igualmente que Nos añadiésemos una palabra sobre los problemas religiosos y morales que se derivan de la actividad gimnástico-deportiva, y que indicásemos las normas aptas para regular tan importante materia.

---

el pantano; vosotros sois la esperanza de la Iglesia en medio de la desolación; vosotros sois, a despecho de las apariencias, los verdaderos artífices del futuro. Y cuando la profesión de la fe se hace fácil, el ejercicio del amor cristiano requiere sacrificios, la perseverancia en la castidad y en la fidelidad exige duras luchas, recordad que el mismo Señor os ha puesto en esta situación externa e interna. De esta forma os expresa El su confianza, a fin de que, con su fuerza, podáis conquistar la nación y el pueblo para El y para su Reino. Que Dios Omnipotente os de fortaleza para esta empresa. Y os bendiga el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

En éste, como en otros casos, para llegar a claras y seguras conclusiones, debe ponerse como fundamento el principio siguiente: todo lo que sirve para la consecución de un fin determinado debe sacar su regla y su medida del mismo fin. Ahora bien: el deporte y la gimnasia tienen, como fin próximo, educar, desarrollar y fortificar el cuerpo desde el punto de vista estático y dinámico; como fin más remoto, la utilización, por parte del alma, del cuerpo así preparado para el desarrollo de la vida interior y exterior de la persona; como fin todavía más elevado, el contribuir a su perfección; por último, como fin supremo del hombre en general y común a toda forma de actividad humana, acercar el hombre a Dios.

Establecidos de este modo los fines del deporte y de la gimnasia, se deduce que se debe aprobar en ellos todo lo que sirve para conseguir los objetivos indicados, naturalmente en el lugar que a ellos conviene; se ha de rechazar por el contrario cuanto no conduce a estos fines o aparta de ellos o sale fuera del orden que les está asignado.

Queriendo descender ahora a las aplicaciones concretas de los principios enunciados, creemos oportuno considerar por separado los factores principales que intervienen en las actividades gimnástico-deportivas, y que se pueden parangonar, como lo hemos indicado, y no obstante las muchas diferencias, a los que concurren en el ejercicio del arte. En éste se deben distinguir el instrumento, el artista y la utilización del instrumento. En la gimnasia y en el deporte el instrumento es el cuerpo viviente; el artista es el alma, que forma con el cuerpo una unidad de naturaleza; la acción es el ejercicio de la gimnasia y del deporte. Consideremosios por consiguiente bajo el aspecto religioso y moral, y veamos qué enseñanzas pueden sacarse para el cuerpo, para el alma y para su actividad en el campo gimnástico-deportivo.

EL CUERPO

Lo que es el cuerpo humano, su estructura y su forma, sus miembros y sus funciones, sus instintos y sus energías, lo enseñan luminosamente las ciencias más variadas: la anatomía, la fisiología, la psicología y la estética para no mencionar sino las más importantes. Estas ciencias son cada día más ricas en nuevos conocimientos, y nos conducen de sorpresa en sorpresa, mostrándonos la maravillosa

Silvo limpia suavemente
su preciada platería,
conserva su lustre
y alarga su vida.

La platería es preciosa...

Silvo es seguro

Goffre, Carbone y Cía

VIAMONTE 1549 — BUENOS AIRES

T. E. 41 - 0051

estructura del cuerpo y la armonía de sus partes, aun las más pequeñas, su inmanente teleología, que manifiesta al mismo tiempo la constancia de sus tendencias y la amplísima capacidad de adaptación; descubriéndonos centros de energía estática junto al impulso dinámico de moción e ímpetu hacia la acción; revelándonos mecanismos, si así puede llamárselos, de una finura y de una sensibilidad, pero también de una potencialidad y de una resistencia, como no se encuentra en ninguno de los más modernos aparatos de precisión. En lo que se refiere a la estética, los genios artísticos de todos los tiempos, en la pintura y en la escultura, por más que hayan conseguido acercarse magníficamente al modelo, ellos mismos han reconocido el indecible hechizo de belleza y de vitalidad con que la naturaleza ha enriquecido el cuerpo humano.

El pensamiento religioso y moral reconoce y acepta todo esto. Pero va mucho más allá: enseñando a relacionarlo con su primer origen, le atribuye un carácter sagrado del que las ciencias naturales y el arte no tienen de suyo ninguna idea. El Rey del universo, como digna corona de la creación, formó de una u otra manera, del lodo de la tierra la obra maravillosa del cuerpo humano y le inspiró en su faz un soplo de vida, que hizo del cuerpo la habitación y el instrumento del alma, que es lo mismo que decir, elevó con ello la materia al servicio inmediato del espíritu, y por lo mismo acercó y unió en una síntesis, difícilmente accesible a nuestra mente, el mundo espiritual y el material, no sólo con un lazo puramente externo, sino en la unidad de la naturaleza humana. Elevado de esta manera al honor de ser habitación del espíritu, el cuerpo humano estaba preparado para recibir la dignidad de templo mismo de Dios, con las prerrogativas, incluso también superiores, que se refieren a un edificio a El consagrado. Por cierto, según la palabra explícita del Apóstol, el cuerpo pertenece al Señor, los cuerpos son "miembros de Cristo". "¿No sabéis —exclama— que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual tenéis recibido de Dios, y no sois vuestros?... Glorificad a Dios y llevadlo en vuestro cuerpo" (1. Cor. 6, 13, 15, 19, 20).

Es muy cierto que su presente condición de cuerpo mortal lo asocia a la ley general de los demás seres vivientes que corren irrefrenablemente hacia la descomposición. Pero, el retorno al polvo no es el destino definitivo del cuerpo humano, ya que aprendemos de la boca de Dios que será llamado nuevamente a la vida —esta vez inmortal— cuando el designio sabio y misterioso de Dios, que se desarrolla de una manera semejante a lo que acontece en los campos, tendrá realización sobre la tierra. "Se siembra (el cuerpo) en corrupción y resucita en incorrupción. Se siembra en ignominia y se levanta en gloria; se siembra en flaqueza y se levanta en poder; se siembra un cuerpo carnal y se levanta espiritual" (1 Cor. 15, 42-43).

La revelación, por consiguiente nos enseña con relación al cuerpo del hombre verdades excelsas que las ciencias naturales y el arte son incapaces de descubrir por sí mismas, verdades que confieren al cuerpo nuevo valor y más elevada dignidad y por lo tanto mayor motivo para merecer respeto. El deporte y la gimnasia no tienen, ciertamente, nada que temer de estos principios religiosos y morales rectamente aplicados; sin embargo es necesario excluir algunas formas que contrastan con el respeto ahora mismo indicado.

La sana doctrina enseña a respetar el cuerpo, pero no a estimarlo más de lo justo. El principio es este: cuidado del cuerpo, fortalecimiento del cuerpo, sí; culto del cuerpo, divinización del cuerpo no; como tampoco divinización de la raza y de la sangre con sus presupuestos somáticos o elementos constitutivos. El cuerpo no ocupa en el hombre el primer lugar, ni el cuerpo terreno y mortal como es ahora, ni el glorioso y espiritualizado, como será un día. Al cuerpo sacado del barro de la tierra no le corresponde la primacía en el compuesto humano, sino que le toca al espíritu, al alma espiritual.

No menos importante es otra norma fundamental contenida también en otro pasaje de la Escritura. En la Epístola de San Pablo a los Romanos se lee en efecto: "Siento otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros" (Rom. 7, 23). No se podría describir más al vivo el cotidiano drama de que está entretejida la vida del hombre. Los instintos y las fuerzas del cuerpo se hacen sentir y, sofocando a la voz de la razón, prevalecen sobre las energías de la buena voluntad desde el día en que su plena subordinación al espíritu quedó perdida con el pecado original.

En el uso y ejercicio intensivos del cuerpo ha de tenerse en cuenta este hecho. Del mismo modo que hay una gimnasia y un deporte que con su austeridad concurren a refrenar los instintos, existen otras formas de deporte que los despiertan, ya con fuerza violenta ya con las seducciones de la sensualidad. También desde el punto de vista estético, con el placer de la belleza, con la admiración del ritmo en la danza y en la gimnasia, el instinto puede inocular su veneno en las almas. Hay además en el deporte y en la gimnasia, en la rítmica y en la danza, un cierto desnudismo que no es necesario ni conveniente. No sin razón, hace algunos decenios, dijo un observador del todo imparcial: "Lo que en este dominio interesa a la masa no es la belleza del desnudo, sino el desnudo de la belleza". Ante semejante manera de practicar la gimnasia y el deporte el sentido religioso y moral pone su veto.

En una palabra, el deporte y la gimnasia no deben mandar y dominar, sino servir y ayudar. Es su oficio y por ello se justifican.

EL ALMA

En realidad, ¿a qué servirían el uso y desarrollo del cuerpo, de sus energías, de su belleza, si no estuvieran al servicio de algo más noble y duradero, como es el alma? El deporte que no está al servicio del alma, no será más que vana agitación de miembros, una ostentación de caduca hermosura, un efímero placer. En su gran discurso de Cafarnaum, queriendo arrancar a sus oyentes de sus bajos sentimientos materialistas y levantarlos a una concepción más espiritual, Jesucristo formuló un principio general: "El espíritu es el que vivifica; la carne de nada aprovecha" (Jo. 6, 64). Estas divinas palabras, que encierran una máxima fundamental de la vida cristiana, valen también para el juego y el deporte. El alma es el factor determinante y definitivo de toda operación externa, de la misma manera que no es el violín el que determina el desprendimiento de las melodías sino la pulsación genial del artista, sin el cual el instrumento, aun el más perfecto, quedaría mudo. Del mismo modo, el factor principal y determinante de los ritmos armónicos de los miembros en la gimnasia, de los movimientos ágiles y calculados en los juegos, los fuertes estrujones de los músculos en la lucha, no es el cuerpo sino el alma; si ésta lo dejara el cuerpo caería como cualquier otra masa inerte. Esto es tanto más cierto cuanto más estrecho es el lazo que los une: en el hombre es una unión substancial, en virtud de la cual ambos constituyen una sola naturaleza, aunque muy distinta de la relación de asociación, que existe entre el artista y su violín. En el deporte y en la gimnasia, pues, como en la acción del artista, el elemento principal dominante, es el espíritu, el alma; no el instrumento, el cuerpo.

Fundada sobre tales principios, la conciencia religiosa y moral exige que en la apreciación del deporte y de la gimnacia, en el juicio sobre la persona de los atletas, en la admiración de sus empresas, se tenga como criterio fundamental, el respeto de esta jerarquía de valores, de forma que no se aprecie más a quien posee músculos más ágiles y fuertes sino a quien demuestra también capacidad más rápida de someterlos al imperio del espíritu.

Una segunda exigencia del orden religioso y moral, fundada en la misma escala de valores, prohibe, en caso de conflicto, sacrificar a favor del cuerpo los intereses intangibles del alma. Verdad y probidad, amor, justicia y equidad, integridad moral y pudor natural, obligado cuidado de la vida y de la salud, de la familia y de la profesión, del buen nombre y del honor verdadero, no deben quedar subordinados a la actividad deportiva, a sus victorias y a sus glorias. Lo mismo que en otras artes y oficios, así también en el deporte es ley inmutable que el éxito feliz no es una garantía segura de rectitud moral.

Una tercera exigencia se refiere al grado de importancia que corresponde al deporte en el cuadro de las actividades humanas. No se trata pues, ya de considerar y estimar el cuerpo y el alma dentro de los límites del deporte y de la gimnasia, sino de colocar a estos últimos en el marco mucho más amplio de la vida, y de examinar entonces qué valor sea conveniente reconocerles. Bajo la guía de la recta razón natural, y mucho mejor de la conciencia cristiana, cada uno puede llegar a la norma cierta de que el entrenamiento y el dominio del cuerpo ejercidos por el alma, la alegría por la conciencia de la energía que se posee y por las empresas deportivas llevadas a feliz término no son ni

el único, ni el principal elemento de la acción humana. Son ayudas y accesorios ciertamente dignos de aprecio; pero no valores indispensables de vida, ni necesidades morales absolutas. Elevar la gimnasia, el deporte, la rítmica con todos sus anexos, a objetivo supremo de la vida sería en verdad demasiado poco para el hombre cuya grandeza está constituida por aspiraciones, tendencias y dotes mucho más elevadas.

Por ello, es deber de todos los deportistas el conservar esta recta concepción del deporte; no ya para turbar o disminuir la alegría que éste les proporciona, sino para preservarse del peligro de descuidar deberes más altos que conciernen a su dignidad y al respeto debido a Dios y a sí mismos.

No queremos terminar esta consideración sin dirigir una palabra a una particular categoría de personas, cuyo número se ha aumentado desgraciadamente después de las dos desplazadas guerras que han afligido al mundo; es decir, a aquellos a quienes defectos físicos o psíquicos hacen inhábiles para la gimnasia o el deporte, y por lo cual, con frecuencia, en especial los más jóvenes, sufren amargamente. Mientras hacemos votos por que el antiguo adagio "Mens sana in corpore sano" se realice cada día más en la presente generación, es deber de todos el detenerse con particular y compasiva atención en aquellos casos en los que la suerte terrena es diferente. Con todo, la dignidad humana, el deber y su cumplimiento no están ligados a esa divisa. Muchos son los ejemplos que presenta la vida de todos los días, además de los diseminados a lo largo del curso de la historia, que demuestran como nada impide el que un cuerpo enfermo o mutilado pueda albergar un alma sana, a veces grande, hasta genial y heroica. Cualquier hombre, por enfermo que esté, y por lo mismo inepto para cualquier deporte, es no obstante, un verdadero hombre, que cumple, aun en sus defectos físicos, un particular y misterioso designio de Dios. Si él abraza con buena voluntad esta dolorosa misión, cumpliendo la voluntad del Señor y llevado por ella, estará en condiciones de recorrer con mayor seguridad el camino de la vida trazado para él sobre sendero pedregoso y cubierto de espinas, y cuya renuncia forzosa a los goces del deporte no será la menor de sus alegrías. Será su particular título de nobleza y magnanimidad dejar sin envidia que los otros gocen de su fuerza física y de sus miembros, y aun de participar generosamente de su alegría; por otra parte, en fraternal y cristiana correspondencia, las personas sanas y robustas deben ejercitar y demostrar al enfermo comprensión íntima y cordialidad benévola. Que el enfermo "lleve el peso" de los otros, y éstos, que en la mayor parte de los casos, si no en todos, tienen no sólo los miembros sanos sino también —no lo dudamos— su cruz, gocen en poner sus energías al servicio del hermano enfermo. "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumplid plenamente la ley de Cristo" (Gal. 6, 2). "Y si padece un miembro, juntamente padecen todos los miembros; y si se goza un miembro, juntamente se gozan todos los miembros" (1 Cor. 12, 26).

LA PRACTICA DEL DEPORTE

Queda por decir una palabra en torno a la práctica del deporte, esto es, acerca de sus medios concretos, para que vuestra actividad consiga sus objetivos, mantenga sus valores y evite los abusos que acabamos de indicar.

Todo cuanto se refiere al aspecto higiénico y técnico, las exigencias derivantes de la anatomía, de la fisiología, de la psicología y de las demás ciencias especiales biológicas o médicas, entran dentro de vuestra competencia, y han sido objeto de vuestras profundas discusiones.

En cambio, en lo que se refiere al punto de vista religioso y moral, el principio de finalidad, ya anteriormente expuesto, os da la clave para la solución de los problemas, que podrán surgir en el fuero de vuestra conciencia. Pero en la actividad ordinaria recordad que toda acción (u omisión) humana cae bajo las prescripciones de la ley natural, de los preceptos positivos de Dios y de la autoridad humana competente: triple ley que en realidad es una sola, la voluntad divina manifestada de diversas maneras. El Señor respondió brevemente al joven rico del Evangelio: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos". Y ante la nueva pregunta "¿Cuáles?" el Redentor lo remitió a las bien conocidas prescripciones del Decálogo (Mat. 19, 17-20). Así que se puede también decir: ¿Queréis actuar rectamente en la gimnasia y en el deporte? Cumplid los mandamientos.

Dad ante todo a Dios el honor que le es debido, y sobre todo santificad el día del Señor, puesto que el deporte no exime de los deberes religiosos. "Yo soy el Señor tu Dios" —decía el Altísimo en el Decálogo— "Tú no tendrás otro dios que a mí" (Ex. 20, 2-3), esto es, ni siquiera el propio cuerpo en los ejercicios físicos y en el deporte: sería como una vuelta al paganismo. Igualmente el cuarto mandamiento, (Ib. 12) expresión y tutela de la armonía establecida por Dios en el seno de la familia, recuerda la fidelidad a las obligaciones familiares, que deben anteponerse a las supuestas exigencias del deporte y de las sociedades deportivas.

Con los mandamientos divinos queda también protegida la vida propia y ajena, la salud propia y la de los demás, las cuales no es lícito exponer inconsideradamente a peligro grave con la gimnasia y el deporte (Ib. 13).

De ellos reciben igualmente fuerza aquellas leyes, ya conocidas por los atletas del paganismo, que los auténticos deportistas mantienen con razón como leyes inviolables en el juego y en las competiciones, y que son otros tantos puntos de honor: sinceridad, lealtad, caballerosidad, en virtud de las cuales juzgan como tacha infamante, el empleo de la astucia y del engaño y el buen nombre y el honor del adversario les es tan querido y respetable como el suyo propio.

La competición física se convierte de este modo casi en una ascesis de virtudes humanas y cristianas; y en tal debe convertirse, por muy duro que sea el esfuerzo exigido, a fin de que el ejercicio del deporte se supere a sí mismo, consiga uno de sus objetivos morales y sea preservado de desviaciones materialistas, que rebajarían su valor y nobleza.

He aquí brevemente lo que significa la fórmula: ¿Queréis actuar rectamente en la gimnasia, en el juego, en el deporte? Cumplid los mandamientos —los mandamientos en su sentido objetivo, simple y claro.

Creemos que os hemos expuesto lo esencial de todo cuanto la religión y la moral tienen que decir sobre el tema general de vuestro Congreso: "Edad evolutiva y actividad física". Cuando se respeta cuidadosamente el contenido religioso y moral del deporte éste está llamado a encuadrarse en la vida del hombre como elemento de equilibrio de armonía y de perfección, y como poderosa ayuda en el cumplimiento de los otros deberes suyos.

Poned, pues, vuestro gozo en la práctica correcta de la gimnasia y del deporte. Llevad incluso en medio del pueblo su benéfica corriente a fin de que florezca cada día más la salud física y psíquica y se vigoricen los cuerpos al servicio del espíritu; sobre todas las cosas, finalmente, no olvidéis, en medio de la frenética y embriagadora actividad gimnástico-deportiva, lo que vale más en la vida: el alma, la conciencia, y, en la cumbre suprema, Dios.

Formulando el voto de que la Providencia con su gracia proteja, ennoblezca y santifique al deporte y sus actuaciones, os damos de corazón, en prenda de Nuestra paternal benevolencia, la Bendición Apostólica.

(Texto confrontado con el publicado por L'Osservatore Romano en su edición semanal francesa del 14 de noviembre de 1952)

Constitución Apostólica "Exsul Familia"

CONSTITUCION APOSTOLICA
DE NUESTRO SANTISIMO SEÑOR PIO
POR LA DIVINA PROVIDENCIA PAPA XII
SOBRE LA CURA ESPIRITUAL DE LOS EMIGRANTES

PIO XII,
SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS PARA PERPETUA MEMORIA

LA familia de Nazaret desterrada: Jesús, María y José, emigrantes a Egipto y refugiados allí para sustraerse a las iras de un rey impío, son el modelo, el ejemplo y el consuelo de los emigrantes y peregrinos de todos los tiempos y lugares y de todos los prófugos de cualquiera de las condiciones que, por miedo de las persecuciones o acuciados por la necesidad, se ven obligados a abandonar la patria, los padres queridos, los parientes y a los dulces amigos para dirigirse a tierras extrañas.

Había decretado el Dios omnipotente y misericordioso que su Hijo consustancial "in similitudinem hominum factus et habitu inventus ut homo" (Phil. 2, 7), juntamente con su inclita Madre Inmaculada y su piadoso Custodio fuese también en este género de angustias y trabajos el primogénito de muchos hermanos, recorriendo El primero el camino.

Para que estos argumentos de consuelo en las adversidades y estos ejemplos no dejasen de tener eficacia, sino que produjesen consuelo en los trabajos de los desterrados y emigrantes y suscitasen la esperanza cristiana, fué necesario que la Iglesia los corroborase con peculiar cuidado y asidua asistencia, con lo cual se alimentase la práctica de una vida morigerada y se conservase íntegra la fe transmitida por los mayores.

Era igualmente necesario hacer frente con remedios adecuados y eficaces a las nuevas dificultades, no previstas ni conocidas aún, de los emigrantes a regiones extranjeras, particularmente para salir al paso de las insidias de los hombres perversos que impíamente, por desgracia, les salen al encuentro de sus necesidades buscando su ruina espiritual más que su provecho material.

¡Cuántos motivos de angustia hubiesen existido y existirán si hubiese faltado o faltase este ministerio evangélico! Tendríamos que lamentarnos mucho más que en los tristes tiempos de San Agustín, cuando el Obispo de Hipona exhortaba vehementemente a los sacerdotes para que de ningún modo, a medida que más urgían las dificultades, dejasen a la grey sin pastor, recordándoles cuántos bienes se seguirían si permanecían con sus ovejas y cuántos males inevitables si las abandonaban. "Donde faltan los ministros, ¡qué ruina se abate sobre aquellos, que salen de este siglo, o no regenerados o ligados (por el pecado)! ¡Qué desgracia la de los fieles ligados a ellos, que no podrán tener con ellos el descanso en la vida eterna! Finalmente, ¡cuántos gemidos de todos y qué graves blasfemias de algunos por la privación de los ministerios y la ausencia de los ministros!

"Mirad lo que trae consigo el temor de los males temporales y cuántos males eternos provienen de él. Pero si hay ministros, con las gracias que el Señor les da se hace frente a todas las necesidades: unos se bautizan, otros se reconcilian; ninguno es defraudado en la comunión del Cuerpo del Señor; todos son consolados, edificados, exhortados a rogar al Señor, que puede apartar todos los males que nos amenazan" (S. **Agustín**, epistola 228, 8; Migne, PL. 33, 1.016).

TITULO PRIMERO

Maternal solicitud de la Iglesia por los emigrados

La Santa Madre Iglesia, impulsada por su vehemente amor a las almas, se esforzó por cumplir el mandato salvífico universal que Cristo le ha confiado, cuidando espiritualmente de un modo especial de los peregrinos, forasteros, desterrados y de todos los emigrantes sin ahorrar esfuerzo alguno y valiéndose para ello en primer lugar de los sacerdotes, los cuales, con la administración de los carismas, de la gracia y con la predicación de la palabra divina, trabajan con toda solicitud en confirmar a los fieles de Cristo en la fe con los vínculos de la caridad.

Es bueno, pues, recordar brevemente todo lo que la Iglesia, desde los tiempos más remotos, ha hecho en este sentido, tratando más ampliamente lo que a nuestros tiempos se refiere.

En primer lugar, recordemos los hechos y palabras de San Ambrosio, cuando aquel ilustre pastor de Milán, para poder redimir a los infelices que habían sido llevados cautivos, después de la derrota del emperador Valente en Andrianópolis, quebró y enajenó los vasos sagrados para poder precaver a aquellos infelices de los daños materiales y librarlos de los peligros, más graves aún, espirituales que les amenazaban. "¿Quién será tan duro —escribía San Ambrosio—, cruel e insensible que no quiera que los hombres sean redimidos de la muerte y las mujeres de los impuros ultrajes de los bárbaros, que son aún más graves que la muerte; que las jóvenes, los adolescentes y los niños sean preservados del contagio de los ídolos, al que se hubieran visto obligados con amenazas de muerte? Nosotros hemos tomado esta causa no sin motivo; pero cuando después la hemos realizado entre el pueblo hemos comprendido, y así lo confesamos abiertamente, que es mejor salvar almas para el Señor que conservar objetos de oro" (S. Ambrosius, **De officiis ministrorem**, II, 28, 136; Migne, PL. 16, 148 ss. [ed. 1880]).

Brilla igualmente el celo de los pastores y el entusiasmo de los sacerdotes que llevaron con su esfuerzo a los habitantes de lejanas regiones el beneficio de la verdadera fe juntamente con la convivencia civil y las relaciones sociales, mientras que a los pueblos bárbaros invasores se esforzaren en hacerles asimilar a un mismo tiempo la religión cristiana y la pacífica convivencia con las poblaciones civilizadas.

Debemos también recordar a las egregias Ordenes religiosas fundadas para redimir a los cautivos, cuyos miembros, a fuer de hombres apostólicos, no dudaron en tolerar graves tribulaciones por los hermanos prisioneros con el fin de hacerles retornar a la libertad o al menos confortarlos en la prisión.

Cuando después se descubrieron y explotaron nuevas tierras en la otra parte del globo, no faltaron sacerdotes de Cristo que se unieron celosamente a los colonizadores de aquellas regiones para ayudarles a mantenerse en la práctica de la moral cristiana e impedirles que con las riquezas de las nuevas tierras se llenasen de orgullo y también para transformarse en seguida en misioneros de los indígenas, carentes hasta entonces completamente de la luz de la fe, e instruirles en el Evangelio, haciéndoles vivir en la fraternidad cristiana.

Ni podemos dejar en el silencio a los heraldos de la Iglesia que se consagraron a asistir y ganar para Cristo a los esclavos negros arrancados cruelmente de sus tierras y sometidos a un vil mercado en los puertos de América y Europa.

Queremos también hacer mención, aunque sólo sea brevemente, de la asidua actividad realizada durante la Edad Media en todas las regiones cristianas, pero muy especialmente en esta santa ciudad por las piadosas asociaciones erigidas para atender a los peregrinos. De estas asociaciones tuvieron origen innumerables hospitales, hospicios, iglesias y hermandades nacionales, de las cuales aún quedan no pocos vestigios. De ellas son dignos de especial mención las Escuelas de Peregrinos sajones, longobardos, francos y frisones, las cuales fueron erigidas

EL REGALO IDEAL
PARA UNA MADRE:
LA
EDUCACION
DEL HIJO
POR CONSTANCIO C. VIGIL

ya en el siglo VIII en el Vaticano junto al sepulcro de San Pedro, príncipe de los apóstoles ,para atender a los forasteros que peregrinaban a Roma de las regiones trasalpinas para venerar la memoria de los apóstoles. Estas escuelas estaban dotadas de iglesia y cementerio propio y allí se sostenían sacerdotes y clérigos de sus respectivas naciones para que cuidasen material y espiritualmente de sus connacionales, principalmente de los enfermos y pobres. En siglos sucesivos se les añadieron monasterios con un asilo anejo para los peregrinos; esto es, para los etiopes y abisinios, para los húngaros y armenios. Todo lo cual es un bello eco de las palabras del apóstol Pablo exclamando: "...necessitatibus sanctorum communicantes, hospitalitatem sectantes" (Rom. 12, 13).

Lo que había demostrado esta experiencia, es a saber: que el sagrado ministerio entre los extranjeros y peregrinos resulta mucho más provechoso si se ejerce por sacerdotes de la misma nación y lengua, principalmente cuando se trata de gentes rudas y apenas instruídas en la doctrina cristiana, lo confirmó solemnemente el Concilio Lateranense IV cuando, en el año 1215, decretó "Puesto que en no pocos lugares, dentro de una misma ciudad y diócesis, se hallan mezcladas gentes de diversas lenguas que, bajo una misma fe, tienen diversos ritos y costumbres, ordenamos categóricamente que los Obispos de dichas ciudades o diócesis provean varones idóneos que les celebren los divinos oficios según los diversos ritos y lenguas y les administren los sacramentos, instruyéndolos a un mismo tiempo con la palabra y el ejemplo." (Concilio Lateranense IV, a. 1215, c. IX, Mansi. Sacrorum Conciliorum Collectio XXII, p. 998. Venezia, 1778). Todo lo cual la Iglesia lo ha conservado fielmente hasta nuestros días, particularmente con la creación de parroquias para los fieles de diversas naciones y ritos.

Todos conocen la utilidad que tales parroquias, asiduamente frecuentadas por los peregrinos, han reportado a las diócesis y a las almas y todos las tienen en grande y merecida estima. Por lo cual el Código de Derecho canónico no dejó de fijarles el régimen (Codex Iuris Canonici, can. 216, § 4), y así con la sucesiva aprobación de la Santa Sede, han ido surgiendo numerosas parroquias nacionales, especialmente en América, hasta las últimas que por decreto de la Sagrada Congregación Consistorial, por no aducir otros ejemplos, se han erigido en las islas Filipinas para los chinos (S. C. Consistorialis, Rescriptum 510/52 quo ex audientia Ss.mi diei 10 Iunii 1952). Rescripto con el cual se le concede al Arzobispo de Cebú indulto apostólico para erigir en su ciudad arzobispal una parroquia nacional para 15.000 emigrados chinos.

Más aún: teniendo en cuenta la variedad de ritos, se han creado a veces hasta diócesis como a continuación exponemos.

("L'Osservatore Romano" advierte que en este lugar la Constitución Apostólica sigue con una difusa exposición histórica, que ocupa 30 páginas en el texto oficial latino ,en las cuales se exponen las realizaciones y providencias de mayor importancia realizadas por los Sumos Pontífices León XIII, Beato Pío X, Benedicto XV y Pío XI hasta las de Pío XII, felizmente reinante)

Después la Constitución Apostólica sigue de la siguiente manera:

Todas estas oportunas providencias de la Sede Apostólica y de los pastores realizadas con la entusiasta cooperación de los sacerdotes, religiosos y fieles —cuyos nombres, si bien es verdad que, por lo general, no figuran en las páginas de la Historia, están, sin embargo, escritos en el cielo— eran muy dignas de que se recordasen aquí y se narrasen, aunque nada más brevemente, para que aparezca con toda claridad la universal y benéfica obra de la Iglesia realizada con los emigrantes y exilados de todo género, a los cuales la Iglesia, sin ahorrar ningún trabajo, ha atendido siempre con su asistencia religiosa, moral y social.

Todo lo cual era necesario recordar particularmente en estos tiempos en que la próvida actividad de la Madre Iglesia es atacada tan satánicamente por los adversarios, olvidando y despreciando sus obras aun en la misma región de la caridad en la cual ella fué la primera en desbrozar el terreno y se la dejó después frecuentemente sola en el trabajo.

Las frecuentes noticias que estos últimos tiempos hemos recibido Nos directamente por correspondencia y todas las que cada día se registran en los periódicos y revistas indican que cada vez crece más el número de extranjeros en Europa y América y recientemente en Australia y en las islas Filipinas. Ahora bien, si es verdad que muchas asociaciones e instituciones civiles, nacionales e internacionales se han esforzado y se esfuerzan con emulación en ayudar a los extranjeros en sus necesidades materiales y morales, Nos, en virtud de nuestro supremo y universal ministerio apostólico, no podemos dejar de intensificar nuestro grande amor hacia estos hijos, que se hallan en tribulaciones y en las calamidades del exilio

VISITE MAS CIUDADES
CON EL
Touristop
NUEVO PLAN DE VIAJE

Air France, que siempre ofrece una ventaja mas, ahora le brinda un nuevo plan de viaje, el "TOURISTOP".

Con el "TOURISTOP" Ud. puede utilizar rutas no directas, sin aumento en el costo de su pasaje, que le permitirán visitar más países, conocer más ciudades, haciendo más deleitoso su viaje.

Utilice Ud. el nuevo plan de viaje de Air France, ampliando su itinerario con el "TOURISTOP"

AIR FRANCE

y sin dejar aparte, dentro de lo que nos es posible, el socorro material, nos esforzamos con todo nuestro interés en procurarles principalmente el consuelo de la asistencia espiritual.

Se da, además felizmente la circunstancia de que muchos venerables hermanos nuestros Arzobispos y Obispos, entre los cuales no faltan varios eminentísimos Cardenales, los cuales, impulsados por el celo de las almas, por trámite de nuestro venerable hermano el Cardenal de la S. I. R. Adeodato Juan Piazza, Obispo de Sabina y Poggio Mirteto, secretario de la Sagrada Congregación Consistorial, nos han pedido que promulguemos nuevas disposiciones con el fin de que se organice mejor dentro del régimen de la diócesis la cura espiritual de los extranjeros.

Tales demandas corresponden plenamente con nuestras intenciones, pues esperábamos con deseo una ocasión oportuna para impartir a los ordinarios normas adecuadas y no opuestas a la legislación del Código de Derecho canónico, sino concordes a su espíritu y tradición y para dar además a los ordinarios las facultades oportunas para que puedan atender a la cura espiritual de los extranjeros, extraños y peregrinos en una forma proporcionada a sus necesidades y no menos eficaz que aquella de la cual gozan los demás fieles en su diócesis.

Por lo cual hemos creído que aprovechará mucho al bien de las almas y al incremento de la disciplina eclesiástica el dar una breve síntesis histórica de las obras más importantes realizadas en este campo por la Santa Madre Iglesia católica y de las normas hasta ahora vigentes promulgadas sucesivamente desde finales del siglo XIX hasta nuestros días para la cura espiritual de los emigrantes. Pero, sobre todo es necesario presentar en una colección sistemática las leyes —acomodadas a las circunstancias actuales de tiempo y lugares, previa la abrogación, modificación o integramiento de la precedente legislación— con las cuales intentamos proveer a la cura espiritual de los emigrantes e inmigrantes de cualquier condición, cuidado que queremos que permanezca peculiarmente confiado a la Sagrada Congregación Consistorial, según su competencia en los fieles de rito latino. Tratada ya la primera parte pasamos ahora a la exposición de la segunda.

TITULO SEGUNDO

Normas sobre la cura espiritual de los emigrantes

CAPITULO I

De la competencia de la Sagrada Congregacion Consistorial sobre los emigrantes

Reconociendo, aprobando y confirmando cuanto Nuestros antecesores de f. m., y principalmente el B. Pio X, establecen, aunque cambiándolo algo según la necesidad lo pida establecemos y determinamos para el futuro las leyes siguientes:

1.—§ 1. Pertenece a nuestra Sacra Congregación Consistorial y a ella exclusivamente le compete buscar y preparar todo aquello que ceda en bien espiritual de los emigrantes de rito latino, a cualquier sitio donde éstos se dirijan, de acuerdo con la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental, o con la Sagrada Congregación de Propaganda Fide si los emigrantes se dirigen a territorios sujetos a esta o aquella Congregación.

§ 2. De la misma manera pertenece a la Sagrada Congregación Consistorial buscar o preparar todo lo que ceda en favor de los emigrantes de los ritos orientales, de acuerdo igualmente con la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental, siempre que emigrantes de uno u otro rito oriental se dirijan, a lugares no sujetos a dicha Sagrada Congregación y no haya disponible un sacerdote del rito propio.

2.—§ 1. De los sacerdotes de rito latino emigrantes únicamente se ocupará la Sagrada Congregación Consistorial.

§ 2. Los sacerdotes de rito latino, sujetos a la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental o a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, que deseen emigrar a territorios no sujetos a dichas Sagradas Congregaciones, salvos los derechos de estas Sagradas Congregaciones, quedan también obligados a someterse a las normas que sobre estas materias haya dado o tal vez en el futuro dé la Sagrada Congregación Consistorial.

§ 3. A estas normas deberán someterse también los sacerdotes de los ritos orientales que emigren a territorios no sujetos a la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental, quedando en pie las leyes y permaneciendo íntegro el derecho de dicha Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental.

3.—§ 1º Corresponde únicamente a la Sagrada Congregación Consistorial conceder permiso para marchar y permanecer allí o estar por algún tiempo considerable a los sacerdotes que desde Europa o desde las tierras mediterráneas deseen emigrar a las regiones extranjeras transmarinas por tiempo breve, largo o indefinido o perpetuamente.

2º Los Nuncios, Internuncios y Delegados apostólicos podrán conceder dicho permiso a los sacerdotes de la nación en la cual desempeñan de un modo estable la legación, con tal que dicha facultad les haya sido concedida y reservada.

§ 2. 1º Este permiso deberán obtenerlo los sacerdotes de los cuales se habla en § 1, n. 1º, para incardinarse, cumplido todo lo demás establecido por el Código, en otras diócesis de las regiones transmarinas.

2º Dicho permiso lo necesitan también los religiosos, a no ser que se trate de aquellos que son destinados por los superiores a otras casas de su Congregación de la misma manera, los exclaustrados durante el tiempo de la exclaustración, y también los secularizados, recibidos pura y simplemente o a modo de experimento por un Obispo benévolo.

§ 3. Este permiso, firmes las demás leyes contenidas en el decreto **Magni Semper** (S. C. Consistorialis, Decretum de Clericis in certas quasdam regiones demigrantes, A. A. S., XI, pp. 39-43), no se conceda si no consta con certeza:

1º Del testimonio de buena vida del postulante.

2º De la justa y razonable causa de la emigración.

3º Del consentimiento del Obispo de origen "a quo" o del superior si se trata de religiosos, y del destino "ad quem".

4º Del indulto de la Sagrada Congregación del Concilio, si se trata de párrocos que hayan de ausentarse de la parroquia por más de dos meses.

§ 4. Los sacerdotes que, prescindiendo del cumplimiento de estas leyes, temeraria y arrogantemente emigren, incurren en las penas establecidas por el decreto **Magni Semper** (l. c., III, 16; A. A. S., XI, p. 43).

4.—Unicamente la Sagrada Congregación Consistorial puede conceder indulto apostólico, a tenor del canon 216, § 4, C. I. C., para que se puedan erigir parroquias de diversas lenguas o naciones en provecho de los emigrantes.

5.—§ 1. Corresponde igualmente a la Sagrada Congregación Consistorial:

1º Aprobar, previo testimonio sobre la vida, costumbres

e idoneidad y previo consentimiento del Ordinario, a los sacerdotes, seculares o regulares, que deseen dedicarse a la cura espiritual de los emigrantes de la propia nación o lengua y de aquellos que emprenden un viaje marítimo o por cualquier causa se hallan en las naves o a ellas están ligados de uno u otro modo; y nombrar por peculiar rescripto a dichos sacerdotes misioneros o capellanes o de emigrantes o de navegantes, destinarlos, cambiarlos, aceptar su renuncia del oficio y, si fuese necesario, destituirlos.

2º Elegir y constituir en cada nación moderadores o directores de los misioneros para los emigrantes de una misma nación o lengua.

3º Elegir y constituir moderadores o directores de los capellanes de los navegantes.

4º Dirigirles y vigilarles, bien sea por medio de los Ordinarios del lugar, bien por medio del delegado para la obra de la emigración o bien por otros eclesiásticos deputados para este oficio.

§ 2. 1º La concesión del rescripto del cual se trata en § 1, n. 1º, será comunicada con los dos Ordinarios "a quo" y "ad quem".

2º Los moderadores o directores designados, la Sagrada Congregación Consistorial los comunicará en seguida a los Obispos de la nación o lengua a la cual se envían.

6.—§ 1. Aprobamos con nuestra autoridad las peculiares juntas o comisiones episcopales constituídas para la asistencia espiritual de los emigrantes en muchos lugares de Europa y América, y una vez constituídas estas juntas y deseando que se creen también en otras regiones, decretamos que los sacerdotes designados por los Obispos o que desempeñen en dichas comisiones el cargo de secretario puedan ser nombrados por la Sagrada Congregación Consistorial directores de las obras de la emigración para cada una de las naciones.

§ 2. Donde no se han constituído aún dichas comisiones podrá ser elegido por la Sagrada Congregación Consistorial un director entre los presbíteros de la nación presentados por los Obispos.

7.—§ 1. Para que más fácilmente pueda ser dirigida la obra para los emigrantes, por las presentes erigimos y constituímos en esta Sagrada Congregación Consistorial un **Consejo Supremo para la Emigración.**

§ 2. Dicho Consejo lo presidirá el asesor de esta Sagrada Congregación, y el secretario del Consejo será el delegado para la obra de la emigración.

§ 3. A este Consejo podrán ser agregados:

1º Aquellos sacerdotes que en su nación desempeñan el cargo de secretario de la mencionada comisión episcopal para la asistencia espiritual de los forasteros o por mandato de los Obispos se dedican a dicha asistencia.

2º Los sacerdotes residentes en Roma, seculares o regulares, que se destaquen por la pericia en estas cuestiones y por el celo de las almas.

8.—§ 1. En la misma Sagrada Congregación queremos que funcione otra Comisión o **Secretariado General Internacional** para la dirección de la **Obra del Apostolado del Mar**, cuyo oficio principal es fomentar la ayuda espiritual y moral de los marineros, esto se, de todos aquellos que gobiernan o sirven en las naves o están en los puertos para el servicio y preparación de los viajes marítimos.

§ 2. El régimen de este Secretariado lo ejercitará el asesor de la Sagrada Congregación Consistorial, como presidente, y el delegado para la obra de la emigración desempeñará el cargo de secretario.

§ 3. A este Secretariado podrán ser agregados:

1º Aquellos eclesiásticos que en cada nación son designados por los Obispos para directores de esta obra.

2º Los demás sacerdotes, beneméritos por su trabajo, a los cuales pueda dárseles un testimonio digno de alabanza.

CAPITULO II

El delegado para la obra de la Emigración

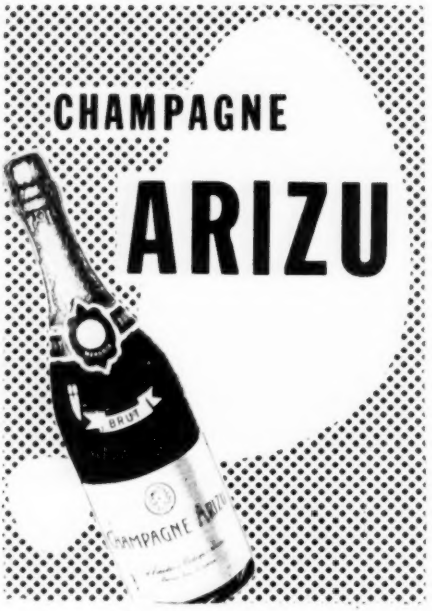
9.—Instituímos en la Sagrada Congregación Consistorial el oficio de **delegado para la obra de Emigración.**

10.—§ 1. Es oficio del delegado cuidar y favorecer, con todos los medios que parezcan más aptos, el bien, principalmente espiritual, de los fieles emigrantes de cualquier lengua, estirpe o nación que sean, y también, guardadas las normas de derecho, de cualquier rito, y tomando para ello los contactos necesarios con nuestra Secretaría de Estado y con los magistrados e instituciones civiles.

§ 2. Para este fin el delegado, en nombre y por mandato de la Sagrada Congregación, con el trabajo y con el consejo, ayudará y asistirá a todas las asociaciones, instituciones y obras católicas, ya internacionales ya nacionales, e inclusive —salvo el derecho de los ordinarios— diocesanos y parroquiales, que persiguen este mismo fin.

11.—§ 1. El delegado será el prefecto de todos los misioneros de los emigrantes y capellanes de los navegantes seculares y regulares y de sus directores.

§ 2. A todos ellos, por mandato de la Sagrada Congregación Consistorial, los dirigirá, vigilará y, siempre que la necesidad lo pida, no dejará de dar cuenta de ellos.



12—Será también oficio del delegado buscar y presentar a la Sagrada Congregación sacerdotes que deseen dedicarse a la cura espiritual de los emigrantes o emigrados y de aquellos que emprenden viajes marítimos o por cualquier causa se encuentren en las naves o estén agregados a ellas.

13—§ 1. Los sacerdotes aprobados para este ministerio y nombrados por rescripto de la Sagrada Congregación Consistorial misioneros de los emigrantes o capellanes de los navegantes serán enviados a la misión o la nave por el delegado.

§ 2. A todos ellos el delegado les atenderá asiduamente en todo lo que necesiten, bien sea directa o inmediatamente él mismo, bien indirectamente por medio de otros eclesiásticos intermediarios y principalmente por los directores.

14—El delegado tendrá al tanto a los ordinarios y directores sobre los emigrantes que hayan de llegar nuevos.

15—El delegado cuidará con empeño de organizar y dirigir todo aquello que pueda contribuir a dar incremento a la celebración del día anual por los emigrantes.

16—Al final de cada año el delegado presentará a la Sagrada Congregación Consistorial una relación sobre el estado material y espiritual de las misiones y sobre la observancia de la disciplina eclesiástica por parte de los misioneros de los emigrantes y de los capellanes de los navegantes.

17—§ 1. Abolimos y suprimimos y por las presentes declaramos abolido y suprimido el oficio de Prelado para los emigrantes italianos (S. C. Consistorial. Notificación acerca de la constitución de un Prelado para la emigración italiana. **Estudios en Italia**, 23 oct. 1920. AAS. XXI, pp. 534-535).

§ 2. De igual modo declaramos que quedan cesantes en su cargo los visitadores o delegados de cualquier lengua o nación constituidos anteriormente para el bien espiritual de los fieles emigrantes o prófugos Por Europa y América.

CAPITULO III

Sobre los directores, misioneros de los emigrantes y capellanes de los navegantes

18—§ 1. Los misioneros de los emigrantes y los capellanes de los navegantes y sus directores desempeñarán su cargo bajo la dirección de la Sagrada Congregación Consistorial y su delegado para la obra de la emigración.

§ 2. El cargo de misioneros de los emigrantes y capellán de los emigrantes y lo mismo el cargo de director no produce excardinación, ni confiere exención alguna, ni del propio ordinario o superior regular, ni del ordinario del lugar en el cual se encuentren.

19—Los directores de los misioneros de los emigrantes y capellanes de los navegantes no podrán ejercer jurisdicción alguna ni territorial ni personal por razón del cargo, exceptuados los casos abajo consignados.

20—Es principalmente derecho y oficio de director:

1º Ponerse de acuerdo con los Obispos de la nación o lengua en la cual están los misioneros de modo estable de todas aquellas cosas que dicen relación al bien espiritual de los emigrados de la nación o lengua.

2º Dirigir en todo, salvo el derecho del Ordinario, a los misioneros y capellanes.

21—§ 1. Deberá, por lo tanto, enterarse el director:

1º Si los misioneros y capellanes llevan una vida conforme a las normas de los sagrados cánones y cumplen diligentemente sus deberes.

2º Si ejecutan los decretos dados por la Sagrada Congregación Consistorial y Ordinario del lugar.

3º Si celebran las sagradas funciones según las leyes litúrgicas prescritas y los decretos de la Sagrada Congregación de Ritos; si administran diligentemente los bienes eclesiásticos y cumplen fielmente las cargas anejas, especialmente las cargas de misas; si escriben y guardan rectamente los libros parroquiales de los cuales se trata en el n. 25, § 3, y n. 36, § 2.

§ 2. Para enterarse bien de todo esto el director debe visitar frecuentemente las misiones y naves.

§ 3. Incumbe también al director, tan pronto como se entere que algún misionero o capellán ha enfermado gravemente, cuidar para que no se vea privado de los auxilios materiales y espirituales y de un digno funeral, si fallece; y cuidar, mientras la enfermedad y después de la muerte, que no se pierdan o se lleven a otro lugar los libros, documentos, ajuar sacro y demás cosas pertenecientes a la misión.

22—El director podrá por razones justas aprobadas por la Sagrada Congregación Consistorial, convocar a todos los misioneros o capellanes, si es posible, alguna vez, con el fin principal de que puedan hacer juntos los ejercicios espirituales y tener conversaciones o conferencias sobre cosas de interés para su ministerio.

23—Una vez al año, al menos, el director dará fielmente cuenta a la Sagrada Congregación Consistorial sobre los misioneros y capellanes y sobre el estado de las misiones; y expondrá no solamente lo que dentro del año ha marchado bien, sino también todos los males acaecidos, remedios usados para combatir esos males y todo lo que parezca apto para bien e incremento de las misiones.

24—Los misioneros o capellanes de los emigrantes se dedicarán a la cura espiritual de los fieles de su lengua o nación, bajo la jurisdicción del Ordinario del lugar y según las normas propuestas por la Sagrada Congregación Consistorial.

25—§ 1. Es oficio de los capellanes de los navegantes atender durante el viaje marítimo a la cura de almas, exceptuadas las cuestiones matrimoniales, de todos aquellos que por cualquier causa se encuentran en la nave.

§ 2. Los capellanes, sin perjuicio de lo prescrito por el canon 883 C. I. C., serán instruidos por la Sagrada Congregación Consistorial con especiales normas y facultades.

§ 3. Están obligados a llevar libro de bautizados, confirmados y de defunciones, y un ejemplar de ellos, juntamente con la relación de todo lo realizado, lo presentará a su director al final de cada viaje marítimo.

26—Si en la nave hay oratorio legítimamente erigido, los capellanes de los navegantes, ajustándose a lo conveniente, se equipararán a los rectores de iglesias.

27—§ 1. Los capellanes pueden celebrar los divinos oficios, aun los solemnes, en el oratorio de la nave, con tal que se observen fielmente las normas canónicas y litúrgicas y con el cuidado de que dichos oficios se tengan a las horas más acomodadas para los navegantes.

§ 2. De la misma manera:

1º Anuncien a los navegantes los días festivos y los ayunos.

2º Tengan la instrucción catequística, particularmente a los adolescentes, y hagan la explicación del Evangelio.

28—Vigilen los capellanes de nave:

1º Para que se tengan en el oratorio los divinos oficios debidamente según las prescripciones de los sagrados cánones y para que a los sacerdotes que celebran misa, alejado todo peligro de que se derramen las sagradas especies o el cáliz, les sirva otro sacerdote, si lo hay, vestido con sobrepelliz.

2º Para que se conserve bien el ajuar sacro y por el decoro del oratorio.

3º Para que no se haga nada que repugne a la santidad del lugar y a la reverencia de la casa de Dios, y para que de ninguna manera el oratorio, el altar o los sagrados ornamentos sirvan para sectas acatólicas.

29—§ 1. Sin licencia, al menos presunta, del capellán

nadie puede celebrar misa en el oratorio de las naves, administrar sacramentos, predicar o tener otras funciones sagradas.

§ 2. Esta licencia debe darse o negarse a tenor del derecho común.

30.—El derecho de eregir y bendecir el oratorio en una nave pertenece al Ordinario del lugar en cuyo territorio está el puerto en el cual ancla habitualmente la nave.

31.—Se permite a los misioneros y capellanes, con el consentimiento del director y, además, del superior si se trata de religiosos, ausentarse de la misión o del barco por un mes, con tal que queden atendidas las necesidades de los emigrantes o navegantes por un sacerdote provisto de un congruente rescripto de la Sagrada Congregación Consistorial. Lo mismo se permite a los directores con licencia de la Sagrada Congregación Consistorial, y con el consentimiento del superior si se trata de religiosos, con tal que en su lugar pueda quedar un sustituto aprobado por la misma Sagrada Congregación.

CAPITULO IV

Sobre la cura de almas que han de ejercer los Ordinarios en los extranjeros

32.—Por lo que respecta particularmente a la cura de almas que ha de ser ejercida por los Ordinarios sobre cualquier clase de extranjeros, bien sean advenedizos, bien peregrinos, siempre que por una u otra causa no parezca conveniente recurrir a la Sagrada Congregación Consistorial con el fin de pedir indulto para la erección de una parroquia para diversidad de lengua o nación, establecemos que en adelante los Ordinarios procuren cumplir fielmente las siguientes prescripciones.

33.—Cada Ordinario se esforzará cuanto pueda para encomendar el cuidado espiritual de los extranjeros e inmigrantes a los sacerdotes seculares o regulares de la misma lengua o nación; es decir, a los capellanes o misioneros coemigrantes, dotados de peculiar mandato de la Sagrada Congregación Consistorial, como arriba se ha dicho.

34.—Del mismo modo, cada Ordinario se esforzará en conceder a dichos capellanes o misioneros la potestad de ejercer **la cura de almas** en los fieles advenedizos o peregrinos de la misma lengua o nación, oída la Sagrada Congregación Consistorial y guardadas las demás normas de derecho.

35.—§ 1. Dicha potestad parroquial es personal, y se ha de ejercer solamente en los extranjeros o inmigrantes.

§ 2. Dicha potestad será acumulativa, según derecho, con la potestad parroquial del lugar, aunque se ejerza en una iglesia o capilla o en un oratorio público o semipúblico encomendados al capellán o misionero.

36.—§ 1. El capellán o misionero dotado de dicha potestad se equipara al párroco en el ejercicio de la cura de almas; y, por lo tanto, goza de las mismas facultades en provecho de las almas y está sometido a las mismas obligaciones, ajustándose a lo conveniente, de que gozan y a las que están obligados los párrocos a tener el derecho común.

§ 2. Por consiguiente, tenga el capellán los libros parroquiales de los cuales se habla en el canon 470 C. I. C., de los cuales enviará un ejemplar auténtico al final de cada año al párroco del lugar y a su director.

37.—§ 1. Se asignará, siempre que sea posible, a cada capellán o misionero, para el ejercicio del sagrado ministerio, alguna iglesia o capilla u oratorio público o semipúblico.

§ 2. De lo contrario, el Ordinario del lugar dictará normas por las cuales le sea lícito a dicho misionero o capellán, libre y plenamente, desempeñar su ministerio en otra iglesia, no exceptuada la parroquial.

38.—Los capellanes o misioneros, mientras dure su cargo, están completamente sujetos a la jurisdicción del Ordinario del lugar, lo mismo en lo que respecta al ejercicio del ministerio que a la disciplina, suprimido todo privilegio de exención.

39.—Todo extranjero, advenedizo o peregrino goza de plena facultad para dirigirse, con el fin de recibir los sacramentos, no exceptuado el del matrimonio, al capellán o misionero de su lengua o al párroco del lugar.

40.—Se entiende por advenedizos o peregrinos, para el efecto de que se trata:

1º Todos los extranjeros —no exceptuados los emigrantes que provienen de las colonias— que se encuentren en territorio ajeno por cualquier espacio de tiempo y por cualquier causa, incluída la de estudios.

2º Los descendientes de éstos, aunque hayan adquirido los derechos de nacionalidad.

CAPITULO V

Sobre la asistencia espiritual que han de prestar los Obispos de Italia a los emigrantes

41.—Ya que esta Sede Apostólica acostumbró, sobre todo, a vigilar más especialmente por los italianos, cuyo número de emigrantes es mayor que el de los demás

¡Sensacional!

NO necesita agua

NO se desparrama

NO engrasa los dedos

Angel Face

de POND'S

maquillaje en seco

Angel Face, viene en 6 cautivantes tonos: Rubio - Rosado - Moreno Bronceado - Gitano - Tostado. Exquisitamente perfumados. Elija el suyo.

Cada caja con su cisne

Angel Face, moderno maquillaje en seco - polvo con base - se aplica fácilmente, sin mojar el cisne. Angel Face no reseca el cutis ni lo engrasa. No forma sombras ni parches. Y embellece el cutis horas enteras ¡maravillosamente!

L'OSSERVATORE ROMANO
Edición semanal argentina
Florida 876 T. E. 31-1310 Buenos Aires

Por benigna disposición de la Secretaría de Estado de Su Santidad (Of. N° 266.60) del 26-III-1952 y 277.703 del 29-V-1952) **la publicación OBSERVADOR ROMANO, ha pasado a ser L'OSSERVATORE ROMANO, edición semanal argentina.**

La selección y traducción del material corresponde a la Dirección Vaticana de L'OSSERVATORE ROMANO.

Jefe de Redacción: **Pbro. F. Rotger**

(B. Pius X, motu proprio **Iam pridem**, 19 martii 1914, A. A. S., VI, pp. 173, 176), por las presentes letras apostólicas confirmamos y recomendamos con todo interés y de todo corazón al celo, ya por Nos conocido, de los Obispos italianos aquellas normas peculiares que promulgaron nuestros antecesores para los emigrantes de Italia que emprenden camino al extranjero, y aprovechando esta ocasión, exhortamos vehementemente a dichos Ordinarios para que se esfuercen en cumplir nuestros deseos.

42.—Tengan presentes, como norma de trabajo a realizar, aquellas palabras con las cuales el B. Pío X recomendaba los **comités y patronatos** "... los llamados **comités o patronatos** para los emigrantes existieron abundantemente en Italia y muchos de ellos instituidos por los Obispos, por el clero y por los mismos laicos, siempre sumamente generosos y preocupados de los intereses cristianos" (l. c., p. 174).

43.—Procuren, pues, los Ordinarios que, fundandolos y rigiéndolos ellos, con la cooperación de las Asociaciones de Acción Católica y demás Asociaciones católicas para la asistencia religiosa, moral y social de los obreros y trabajadores, se constituyan **comités** y **subcomités** de la emigración y estén principalmente en las diócesis donde sea más abundante la emigración.

44.—Cuiden igualmente, con todo el interés que sea necesario, para que los consejos constituídos para las emigrantes cumplan bien los fines a ellos encomendados y se esfuercen en procurar el mayor bien posible a las almas.

45.—§ 1. No dejen los Ordinarios de recomendar a los párrocos para, que cumpliendo su ministerio con singular diligencia, prevengan a los fieles contra los peligros espirituales que desde el primer momento de la salida de casa, de la familia o de la patria suelen amenazar.

§ 2. Con este fin, los párrocos tendrán a los fieles que hayan de emigrar la oportuna instrucción catequística.

46.—De igual modo, no vacilen los Ordinarios en exhortar a los párrocos para que acompañen con su solícitud pastoral a sus fieles emigrados.

47.—Se guarde religiosamente lo preceptuado por la Sagrada Congregación Consistorial: "Los ordinarios de Italia, principalmente por medio de los párrocos y patronatos que cuidan de los emigrantes, se esfuercen para que los peregrinos o **emigrantes** se provean antes de partir de la **Tessera ecclesiastica**" (S. C. Consistorialis, Communicati, 26 ianuarii 1923, A. A. S., XV, pp. 112-113).

48.—Esfuércense cuanto puedan, y usando todos los medios que puedan parecer más útiles, para que se celebre próspera y felizmente el **Día anual por los emigrantes en Italia** y la colecta para la asistencia espiritual de los emigrantes, que se enviará después a la Sagrada Congregación Consistorial (S. C. Consistorialis, litterae circulares ad R.mos ordinarios Italiae, de spirituali emigratium cura, 6 decembris 1914, A. A. S., VI, pp. 699 s.).

49.—§ 1. Felicitamos a los Obispos de aquellas diócesis que, fuera de Italia, pertenecientes a Europa o a las naciones transmarinas, por medio de obras nacionales o diocesanas y consejos o comités trabajan con esfuerzos para que los huespedes peregrinos exiliados reciban oportunamente las ayudas necesarias espirituales y materiales y los consideran como suyos, y deseamos de todo corazón que en las parroquias donde todos o la mayor parte son fieles oriundos de Italia se esfuercen en celebrar el **Día anual por los emigrantes italianos** y procuren enviar a la Sagrada Congregación Consistorial el dinero recogido en favor de la obra de los emigrantes italianos (S. C. Consistorialis, Litterae ad R.mos Americae Ordinarios, 22 Februarii 1915).

§ 2. Esto, combinando las cosas como es conveniente, podrá hacerse también de igual modo en favor de los emigrantes de otras naciones o lenguas.

50.—Procuren, finalmente, los ordinarios de Italia urgir oportunamente a los párrocos para que durante el año apliquen una misa por las intenciones del Sumo Pontífice en lugar de por el pueblo y los exhorten para que frecuentemente, con toda libertad, hagan esta permutación en favor de los emigrantes italianos.

CAPITULO VI

Sobre el Pontificio Colegio de Sacerdotes para los italianos emigrantes al extranjero

51.—Reconocemos y confirmamos nuestro Colegio de Sacerdotes instituido para atender a los italianos emigrantes al extranjero (B. Pius X, motu proprio, **Iam pride**, 19 martii 1914, A. A. S., VI, p. 173 ss.; Benedictus XV, **Notificatio sacerdotum collegium**, 26 maii 1921, A. A. S., XIII, p. 309).

52.—§ 1. Queremos que este Colegio dependa permanentemente —salvo la jurisdicción del Cardenal Vicario de Roma— de la Sagrada Congregación Consistorial.

§ 2. Pertenece a dicha Sagrada Congregación Consistorial:

1° Regir el Colegio y vigilarlo en lo que se refiere a la observancia y disciplina, a los problemas domésticos y a la administración de los bienes.

2° Darle leyes.

3° Nombrar el rector y demás superiores.

53.—Puesto que el fin peculiar del Colegio es preparar sacerdotes jóvenes italianos del clero secular para atender y cultivar moral y religiosamente a los italianos emigrantes a tierras extranjeras (S. C. Consistorialis, **Collegio de sacerdoti, per gli emigranti italiani, regolamento generale**, 24 giugno 1914), y este fin concuerda totalmente con el fin de la Pía Sociedad de Misioneros de San Carlos para los emigrantes italianos, concedemos benignamente que el rector y demás superiores y profesores se escojan entre los sacerdotes de dicha Pía Sociedad, a la cual, por lo mismo, encomendamos generosamente dicho Colegio a beneplácito nuestro y sin perjuicio de lo establecido en el número precedente.

54.—Mandamos, además, que en adelante no se encomiende el cuidado de los fieles emigrantes italianos a ningún sacerdote que por un congruente espacio de tiempo no se haya instruido convenientemente en dicho Colegio y haya sido reconocido digno de tan importante encargo por sus virtudes, doctrina, pericia en el hablar, buena salud y demás dotes.

55.—Sepan los Obispos, principalmente los de aquellas diócesis de donde salen más emigrantes, que aprovechará mucho a la religión y harán una cosa muy grata para Nos si envían a dicho Colegio sacerdotes jóvenes distinguidos por la virtud y celo de las almas que deseen entregarse plenamente a la obra de los emigrantes.

56.—Finalmente, en los demás lugares o naciones de emigración fuera de Italia, donde acaso falte una oportuna asistencia espiritual a los emigrantes católicos de dicha nación, harán sin duda alguna muy bien los Ordinarios si, según las peculiares circunstancias del lugar, solícitamente procuran realizar toda esta obra propuesta para los emigrantes italianos, explanada abundantemente en las Actas de los Romanos Pontífices y aprobada por Nos para el presente.

Considerada muy atentamente toda esta cuestión y movidos por los ejemplos de nuestros predecesores, tomado el consejo de nuestro venerable hermano el Cardenal de la S. R. I. Adeodato Juan Piazza, Obispo de Sabina y Porto Mirggeto, secretario de la Sagrada Congregación Consistorial, establecemos y prescribimos todas estas cosas, decretando que las presentes disposiciones y todo lo en ellas contenido no puedan ser impugnadas ni siquiera en el caso de que alguien no esté de acuerdo con ella por tener o creer tener de alguna manera intereses creados en este asunto y que no hayan sido consultadas u oídos, o por otra razón cualquiera; sino que siempre y perpetuamente permanecen y permanecerán firmes, válidas y eficaces y producirán y obtendrán todos sus efectos plenos e íntegros y deberán ser sufragadas y respectiva e inviolablemente observadas por todos aquellos a quienes corresponde o corresponda por determinado tiempo, y será nulo y sin valor todo lo que contra estas letras se haga por cualquiera, aun dotado de autoridad, a sabiendas o por ignorancia.

No obsta en contrario, dentro de lo que es posible, ninguna de las constituciones y ordenaciones apostólicas dadas por los Romanos Pontífices predecesores nuestros, según arriba hemos dicho, y las demás, aun las dignas de particular y especial mención y derogación.

A ningún hombre le sea lícito atacar o contrariar con audaz temeridad alguna página de nuestra constitución, ordenación, abrogación, mandato, copilación, admonición, inhibición, precepto o voluntad. Y si alguno presumiere atentar contra esto, sepa que incurre en la indignación del Dios Omnipotente y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.

Dada en Castelgandolfo, junto a Roma, el año del Señor 1952, el 1 de agosto, en la fiesta de San Pedro Apóstol Advincula, el año XIV de nuestro pontificado.

PIO PAPA XII

VIDA INTERNACIONAL

VII Conferencia General de la UNESCO

Enviado por el Centre Catholique Internacional de Coordination auprès de l'UNESCO, publicamos el siguiente comunicado de prensa sobre la apertura y los primeros trabajos de la VII Conferencia General de la UNESCO, que se celebró en París desde el 12 de noviembre al 10 del corriente.

LA apertura de la VII sesión de la Conferencia General de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) se realizó el 12 de noviembre, en París, con asistencia de representantes de 65 Estados miembros de la Organización, delegados de Estados no miembros, de las Naciones Unidas y de observadores de Organizaciones no gubernamentales.

La apertura de la Conferencia fué precedida de una misa celebrada en la iglesia Saint-Pierre de Chaillot, el mismo día 12, por monseñor Roncalli, nuncio apostólico en Francia y jefe de la delegación de la Santa Sede a la Conferencia de la UNESCO.

La Secretaría de Estado de Su Santidad ha designado, en efecto, para representar a la Santa Sede, la siguiente delegación: Monseñor Roncalli, nuncio apostólico en Francia, observador permanente de la Santa Sede ante la UNESCO; Mons. A. Pedroni, observador adjunto; Mons. Xavier von Hornstein, profesor de la Universidad de Friburgo; R. P. Maurice Queguiner, director del Bureau Catholique d'Education de Base; Jean A. Larnaud, secretario general del Centre Catholique International de Coordination auprès de l'UNESCO.

La Conferencia ha elegido como presidente al jefe de la delegación de la India, sir Radhakrishnan, vicepresidente de la república india.

Durante la discusión del informe de actividades de la UNESCO en el año pasado, los jefes de muchas delegaciones expresaron sus opiniones sobre los trabajos y el programa futuros. Varios de ellos destacaron el deseo de sus países en la cooperación de la UNESCO y las misiones religiosas en el dominio de la educación de base. En esta ocasión, el representante yugoslavo precisó que "ni la gran sombra del Aguila de Meaux, ni cualquier otra sombra, deberían oscurecer la luminosa ruta, que inspirada por las necesidades vitales de los pueblos, sigue la UNESCO en su marcha hacia los grandes objetivos de la paz, de la libertad y de los progresos de la humanidad". Esto era, evidentemente, una réplica a la seguridad dada por la Comisión Internacional para una Historia Científica y Cultural de la Humanidad, que la gran sombra de Bossuet estará siempre presente en los debates de los historiadores a los cuales la UNESCO ha confiado la redacción de la obra. El mismo delegado yugoslavo lamentó, por otra parte, "una cierta tendencia a reunir alrededor de la UNESCO un número cada vez más importante de organizaciones de carácter religioso, más o menos abiertamente expresado".

Entre otros hechos salientes, señalamos que la Asamblea General de la UNESCO, después de varios días de hesitación, por 44 votos contra 4 y 7 abstenciones, admitió a España, lo que eleva a 68 el número de miembros de la Organización.

La 8ª Conferencia General de la UNESCO se celebrará en Montevideo en 1954.

Otro hecho saliente ha sido la renuncia del director general, señor Torres-Bodet. El presupuesto preparado para dos años recomendaba 20 millones de dólares para los trabajos de la UNESCO, pero la mayoría de las delegaciones se pronunció por una reducción a 18 millones, lo que fué la razón de su dimisión. Esta actitud fué seguida por el señor Carneiro, presidente del consejo ejecutivo, y por el señor Ribnikar, representante yugoslavo, que aprovechó esta ocasión para protestar nuevamente contra la admisión de España.

En esta atmósfera turbada, se desarrollaron los trabajos técnicos de la comisión del programa, presidida por monseñor Maroun (Líbano) y la comisión administrativa, presidida por el señor Evans (EE. UU.).

Señalamos, finalmente, que monseñor Roncalli ofreció el 25 de noviembre, una recepción en los salones de la nunciatura, a la cual concurrió la mayoría de las delegaciones y el arzobispo de París, Mons. Maurice Feltin, acompañado de varios prelados.

Si es
COTY
hay recíproca complacencia!

Porque el placer de obsequiar
PRODUCTOS COTY
es idéntico al que
produce recibirlo...

EXTRACTOS
POLVOS
LOCIONES
COLONIAS
BRILLANTINAS

Coty
PARIS Bs. AIRES

Ernest

La educación de base y la UNESCO

Artículo de candente actualidad publicado en "Ethnologie et Chrétientés" por el R. P. Queguiner, de las Missions-Etrangères de Paris, ex misionero en la India y miembro de la delegación de la Santa Sede a la VI Conferencia General de la UNESCO.

El término "educación de base" es relativamente nuevo. Parece haber sido empleado por primera vez en la primera sesión de la Conferencia general de la UNESCO en 1946. No obstante, en el pasado, la prefiguraban, por así decir, ciertas realizaciones: las reducciones establecidas por los jesuitas en el Paraguay, la obra admirable del obispo Vasco de Quiroga hace 400 años en Méjico, las campañas nacionales de lucha contra el analfabetismo como en Méjico (de 1944 a 1951 más de dos millones y medio de personas han aprendido a leer y escribir), en la India, en China, en Jamaica, en diversas grandes ciudades europeas ...

Sin embargo, es a la UNESCO y, en particular a su director general, señor Torres-Bodet, que corresponde el mérito de haber elaborado un plan de conjunto que coordina los esfuerzos diseminados y financia proyectos que ya comienzan a producir sus frutos. Tanto más importante tomar conocimiento de ello cuanto que la "educación de base" no pretende limitarse a la instrucción primaria.

NOCION GENERAL DE LA EDUCACION DE BASE

El secretario del consejo económico y social, en su informe de febrero de 1951, señalaba que alrededor de dos tercios de la población mundial no disponía sino del 15 o o de la renta mundial y que la desigualdad en la repartición de esta renta entre los diferentes países no hacía sino acrecentarse. Por otra parte, el retardo económico de los países insuficientemente desarrollados va siempre acompañado de subalimentación, de estado sanitario defectuoso, de formas sociales poco evolucionadas y de ignorancia. Planteados así los problemas, están en general tan estrechamente ligados que no comportan soluciones distintas ni fragmentarias. Es evidente, sin embargo, que el progreso económico y social no puede ser impuesto a una población llevada mediante planes de desarrollos completamente hechos; no será efectivo y durable sino cuando se cumpla con la cooperación consciente y espontánea de la masa del pueblo, si penetra en los espíritus gracias a la educación, en el sentido más amplio del término.

Fuera, por otra parte, de toda referencia a su valor de factor económico y, en consecuencia de su dignidad propia, "toda persona, leemos en el artículo 26 de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo que concierne a la enseñanza elemental y fundamental. La enseñanza elemental es obligatoria. La enseñanza técnica y profesional debe ser generalizada; el acceso a los estudios superiores abierto, en plena igualdad, en función de su mérito ..." Fundándose, pues, sobre la necesidad de la educación para elevar el nivel de vida y sobre la obligación moral de las Naciones Unidas de conformarse a la Declaración de los Derechos del Hombre que han votado, la XIV Conferencia Internacional de Instrucción Pública, convocada en Ginebra en 1951, recomendaba a los ministros de instrucción pública de los diversos países generalizar la escolaridad obligatoria "en los países donde el problema se plantee y eso en el plazo más breve posible".

Vano sería, sin embargo, pensar que simples medidas legislativas bastarían para construir una organización escolar suficiente. Sin una renovación de las condiciones económicas y sociales y un previo aumento de la renta nacional, ¿cómo procurarse, en países atrasados, equipos y locales escolares? ¿Cómo formar, sobre todo, un personal docente allí donde no existe ninguna buena enseñanza normal? De cualquier manera, serán necesarios tiempo y planes. Pero, en el intervalo que nos separa de la realización de los programas y de la extensión universal de la escolaridad no se puede abandonar a su suerte a la masa siempre creciente de los analfabetos. Las medidas urgentes requeridas por esta fase de transición son el objetivo de la educación de base. Preludia la educación escolar, facilita su advenimiento. No consiste solamente en enseñar la lectura y la escritura. En la medida en que la ignorancia forma parte de una situación global, en que las causas económicas y sociales, sanitarias y alimentarias cumplen toda su función, la educación de base viene a modificar el conjunto de este estado de hecho. Viene a romper el círculo que hace de la ignorancia a la vez la causa y el efecto de la miseria. Este amplio dominio le han asignado la Conferencia General de la UNESCO y los representantes de diversas instituciones especializadas cuando han aceptado la definición oficial:

"La educación de base es este "mínimum de educación general que tiene por finalidad ayudar a los niños y los adultos, privados de las ventajas de una instrucción escolar, a comprender los problemas del medio en que viven, a hacerse una idea justa de sus derechos y deberes, tanto cívicos como individuales, y a participar más eficazmente en el progreso económico y social de la comunidad de que son parte. Tiene, igualmente, una tarea de formación que cumplir en vista de despertar la conciencia y la dignidad de la persona humana y de desenvolver el sentimiento de la solidaridad cultural y moral de la humanidad".

Es **de base** en el sentido que confiere el mínimum de conocimientos teóricos y técnicos indispensables para alcanzar un nivel de vida suficiente. Sin ella, la actividad de los servicios especializados (higiene, agricultura, etc.) no podría ser plenamente eficaz. Es **general** en el sentido de que los conocimientos teóricos y técnicos no son comunicados simplemente por sí mismos. Recurre a métodos activos, concentra el interés sobre los problemas del medio, y haciendo esto trata de desarrollar a la vez la personalidad del individuo y la vida social.

Concierne a los niños que no pueden beneficiarse de una enseñanza primaria suficiente y a los adultos que no han tenido ocasión de instruirse; emplea todos los medios propios para favorecer su desarrollo, gracias al esfuerzo individual y la vida en sociedad.

El estado de base tiene, igualmente, una tarea formativa que cumplir, en vista de despertar la conciencia y la dignidad humana y de desarrollar el sentimiento de la solidaridad cultural y moral de la humanidad.

Agreguemos que la educación de base recurre a métodos activos; toma al hombre, la mujer, el niño en su medio concreto de vida, se dirige mucho menos al individuo que a la colectividad, o más exactamente, a la comunidad que es, con la familia, al medio natural de vida. Encara, sobre todo, las regiones, y se la encuentra más o menos en todos los continentes, en la mayor parte de los países, donde el círculo vicioso del analfabetismo, de la enfermedad y de la miseria limita las posibilidades de progreso humano, es decir, los países económicamente poco desarrollados.

LUGAR DE LA EDUCACION DE BASE EN UN SISTEMA DE ENSEÑANZA

a) Relaciones con la enseñanza primaria

Un buen sistema de enseñanza primaria, que asegure a la vez la posibilidad para todos los niños de frecuentar la escuela y una frecuentación escolar efectiva, constituye la consecuencia lógica de la educación de base. Por tanto tiempo como la enseñanza primaria no satisfaga estas condiciones, la instrucción de los niños en edad de concurrir a la escuela primaria dependerá de la educación de base.

b) Relaciones con la enseñanza secundaria y la superior

Las escuelas secundarias y las universidades son las únicas con capacidad para proveer los maestros y demás personal docente —reclutados a veces en países distintos a aquel donde ejercerán su actividad—, que exige una campaña de educación de base. En particular, las universidades, por sus actividades extra-muros, pueden aportar a una campaña de este género una contribución de capital importancia. En cambio, la educación de base pone los fundamentos de una enseñanza secundaria y superior. Estos dos órdenes de enseñanza están, pues, ligados a la educación de base, sin formar parte de ella.

c) Relaciones con la enseñanza técnica y profesional

La educación de base tiende a asegurar, en interés inmediato del individuo y de la sociedad, la indispensable comprehensión y los conocimientos técnicos elementales, sin los cuales la vida, en un medio determinado, no podría ser verdaderamente fecunda. La educación de base no comporta ningún programa metódico de formación profesional y técnica; pero, con frecuencia, en el cuadro de tales programas se han formado los especialistas que ella necesita (personal de dirección y de ejecución sobre el lugar).

A menudo, la educación de base constituye, de hecho, una primera etapa indispensable del desenvolvimiento de la formación profesional y técnica. Estimula la asimilación de ideas y de técnicas simples que, a su turno, facilitarán la adopción de mejores métodos de producción agrícola, la explotación de recursos naturales, el mejoramiento de la vida doméstica, de la salud y de la higiene. En las regiones rurales, podrá llevar a la aparición o al perfeccionamiento de ciertas producciones artesanas o de pequeñas industrias. En las regiones industriales permitirá, quizás, aceptar mejores métodos de producción.

d) Relaciones con la educación de los adultos.

La educación de base se confunde, en gran parte, con la educación de los adultos, en el sentido que ella se dirige a los adultos. Sin embargo, es a un tiempo más estrecha y más amplia —más estrecha por cuanto no tiende a llevar la instrucción de los adultos más allá del mínimo de conocimientos teóricos y técnicos sin los cuales el hombre no podría vivir plenamente— más amplia por cuanto algunas veces (ver a) se dirige a los niños.

La UNESCO ha tomado la iniciativa:

a) de precisar nuevos métodos, tanto por las técnicas audiovisuales modernas (camión cinematográfico, radio, etc), como por las experiencias de lengua vernácula.

b) de centralizar y difundir todas las informaciones obtenidas a través del mundo sobre la educación de base (centro de clearing en París y publicación de libros y revistas).

c) de organizar misiones de expertos y de consejeros técnicos a pedido de los gobiernos. Las conclusiones de estos expertos suelen tomar fuerza de ley en los siguientes países: Birmania, Filipinas, Siam, Afghanistan, India, Siria, Bolivia, Ceylan, Pakistán, etc.

d) de organizar experiencias-pilotos: ciudades testimonios (Marbial-Haití, Minerija-Ceylán y China).

e) de apoyar las empresas asociadas de educación de base en gran número de países: Viani en Colombia, Colegio Universitario Rural en Delhi, Comité de Educación Social en Bombay, etc.

f) de dirigir estadas de estudio regionales y nacionales para la educación de base, por ejemplo: Caracas 1948, Quitandinha 1949, Montevideo 1950, Mysore 1949.

g) de suministrar bolsas de estudio a los especialistas que deben formarse o especializarse en la educación de base.

Sin embargo, el mayor esfuerzo de la UNESCO está en la **red mundial de seis centros regionales de educación de base**. Proyecto ejecutable en doce años, que debe formar 4.200 especialistas y 6.000 expertos en cada uno de los seis centros.

Los centros regionales tienen por objeto:

1º formar un personal docente, enviado por los gobiernos de tal región del globo. Los residentes, una vez terminados los estudios y de regreso a sus patrias respectivas, fundarán centros nacionales, en los cuales formarán monitores.

2º elaborar material de enseñanza apropiado a la región.

El primero de los seis centros funciona desde principios de 1951 en Patzcuaro, Méjico.

Han sido enviados residentes por cada uno de los Estados miembros de la UNESCO en la América Latina, es decir por todos los Estados de este continente, salvo Chile y Paraguay. Estos residentes, formados por profesores procedentes de seis países, trabajan en equipo, especializándose en los dominios de la salud, de la educación social, de la organización de las horas libres, de la economía rural, de la enseñanza doméstica, etc. El centro edita textos y manuales en español y lengua indígena, así como films, guías, folletos, afiches, discos, etc.

Un cierto número de católicos se encuentra entre los residentes y el cuerpo docente.

El segundo centro será inaugurado este año cerca del Cairo para los países de Medio Oriente y ulteriormente serán fundados los cuatro centros restantes, posiblemente en Africa, India, Extremo Oriente y América del Sur.

COLABORACION ENTRE LA UNESCO Y LOS ESTADOS MIEMBROS PARA LA DIFUSION DE LA EDUCACION DE BASE

Además de este proyecto mundial de red de centros de educación de base, la UNESCO se propone estimular y

Revestido de oro, estuche standard... $ 7.80
Otros modelos desde ..... $ 20
Unicos distribuidores The River Plate Supply Co. S. A. C.

AMERICANO
GAMBINA

valorizar los centros nacionales, de una manera general perfeccionando los métodos de educación de base y, de una manera más particular, aportando ayuda directa a las iniciativas de sus Estados miembros.

El perfeccionamiento de los métodos se hará principalmente sobre los puntos siguientes:

1º **Elección de lenguas que convengan mejor a la enseñanza y su adaptación a este fin**: reunión internacional de expertos realizada en noviembre de 1951; estudios previstos sobre el lugar en Africa de lengua inglesa y en Asia meridional.

2º **Métodos de enseñanza de la lectura y la escritura**: cuestionario a todos los Estados miembros y a todas las organizaciones y personalidades competentes; envío de cinco misiones de encuesta a diferentes regiones comenzando por América latina y el Medio Oriente.

3º **Preparación del equipo y del material de enseñanza destinados a campañas contra el analfabetismo**: resultado de experiencias de producción ya efectuados en la India, Estados Arabes y Jamaica.

4º **Preparación y empleo de auxiliares visuales para la educación de base**: cotejo de resultados obtenidos en diferentes sitios y lanzamiento de una experiencia de producción de films y de films-fijos.

5º **Empleo de la radio para la educación de base**: emisiones de la Tribuna rural de Canadá; formación de personal especializado en el cuadro de las realizaciones excepcionales de P. Salcedo, en Sutantaza, en América latina.

6º **Función de las bibliotecas y museos en materia de educación de base**: estada proyectada en un territorio autónomo del Oeste africano; estada de estudio en los museos y la educación, en Nueva York en 1952.

7º **Desarrollo de la cultura popular por la educación de base**: preparación de un folleto sobre las exposiciones, sus resultados.

8º **Desenvolvimiento del sentido de las responsabilidades cívicas en los planos local, nacional e internacional por la educación de base**: resultados obtenidos en las experiencias asociadas y los centros regionales.

9º **Apreciación de los resultados de las empresas de educación de base, gracias al empleo de métodos de las ciencias sociales y de las técnicas estadísticas**. Prever: una encuesta preliminar, la definición de los objetivos en función de los métodos, la constitución de archivos, encuestas sucesivas sobre el valor de los resultados y de los métodos, una encuesta final sobre la persistencia de los resultados obtenidos.

En lo que concierne a la ayuda directa a las empresas asociadas de los Estados miembros, es interesante notar que a principios de 1952, quince gobiernos habían iniciado empresas de educación de base, con la cooperación de expertos enviados a título del amplio programa de asistencia técnica. Los Estados miembros tienen la facultad de solicitar ayuda directa de la UNESCO en favor de empresas o de programas de educación de base propias para contribuir al desenvolvimiento económico (zonas de demostración, proyectos, pilotos, institutos para la producción del material de desarrollo).

ALGUNAS REALIZACIONES CONCRETAS

Los fondos necesarios proceden de fuentes diversas:

1º Presupuesto ordinario de la UNESCO (8 millones de dólares); 2º Presupuesto extraordinario de la UNESCO (20 millones de dólares previstos para un período de doce años); 3º Asistencia de la Organización de las Naciones Unidas (14 o/o de su presupuesto); 4º De las donaciones privadas, como Fundaciones, Ford, Rockefeller, etc.

A título de modelo ha sido inaugurado a 400 kilómetros al Oeste de Méjico, en mayo de 1951, el centro testimonio de Patzcuaro, en el que se quiere formar 10.000 especialistas de la educación de base para la América latina, así como poner al día el material escolar mejor adaptado para estas regiones. La primera promoción está constituida por 50 alumnos procedentes de nueve países: Bolivia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, Méjico, Perú y Salvador. Están distribuidos en cinco equipos que tienen que ocuparse particularmente de los estudios (documentación y misión), producción (material, film y radio), formación (salud, agricultura, artesanado rural, economía doméstica y rural, educación de base general, actividades recreativas), producción del material, formación del personal. La duración de la residencia ha sido llevada de 8 a 18 meses y la de las promociones podrá elevarse a 110.

Todo esto será facilitado si se obtiene la colaboración de muchos expertos que posean:

1º una formación universitaria y técnica en esas variadas disciplinas; 2º cualidades físicas y psicológicas eminentes, especialmente talento de adaptación a las condiciones materiales y culturales; 3º experiencia práctica de las regiones insuficientemente desarrolladas desde el punto de vista económico.

Con frecuencia, no necesitarán sino de un complemento de formación especializada. Puede muy bien imaginarse grupos de tres o cuatro personas, sacerdotes y religiosas, que tomen a su cargo un grupo de poblaciones o un medio social determinado, con la ayuda y la aprobación de las autoridades competentes.

COMO COLABORAR PRACTICAMENTE CON LA UNESCO

1º Obrar junto con los diferentes gobiernos, pues a UNESCO es esencialmente un organismo intergubernamental.

2º En las Universidades y Escuelas Católicas, así como en las administraciones eclesiásticas, hacer conocer estos programas de la educación de base.

3º Insistir ante los misioneros y organizaciones internacionales católicos para que no descuiden de ningún modo esta fuerza naciente.

4º Crear en la opinión pública católica un clima favorable a los problemas de la educación de base.

5º Estudiar la adaptación posible de los métodos radiovisuales de educación de base a las necesidades misionales.

Sería muy útil, por otra parte, hacer llegar al Centre Catholique de l'UNESCO, 22 Cours Albert 1er, los nombres de expertos católicos en educación de base y las informaciones relativas a las realizaciones católicas en este dominio.

Recordemos, por último, para poner en luz las virtualidades católicas de educación de base en países subdesarrollados, que en 600 circunscripciones eclesiásticas de esos países trabajan 25.000 misioneros y 60.000 hermanas misioneras; tenemos allí 40.000 escuelas elementales, 3.800 escuelas medias, 1.170 escuelas superiores, 740 escuelas profesionales, 307 escuelas normales, 46 centros universitarios. Sin hablar de nuestros hospitales, dispensarios, centros de servicio social, colonias agrícolas, etc., instituciones todas que constituyen con nuestras escuelas una red virtual de centros de educación de base (formación de expertos, profesores, maestros, producción de material escolar: libros, films, afiches, etc.).

CONCLUSION

Es un hecho que la UNESCO tiende cada vez más a convertirse en un ministerio, sino mundial, al menos internacional de la educación y que ella se ha fijado como una de sus tareas principales la educación de las masas. Directamente por su acción propia o indirectamente por intermedio de los diversos gobiernos y organizaciones internacionales, ha pasado a la acción. Dispone por sí misma de medios no despreciables y puede poner en movimiento otros de un alcance infinitamente más considerable. Ante la magnitud y la importancia de semejante empresa ¿pueden los católicos permanecer indiferentes?

EXCURSIONES CULTURALES DE

Gran turismo de "Mundus"

PARA 1953

EUROPA en PRIMAVERA

Francia - Inglaterra - Suiza - Italia

"EVA PERON" - 10 de Febrero

•

con el Dr. Martín Aldao (h)

España - Francia - Suiza - Italia

EUROPA y MEDIO ORIENTE

Italia y Sicilia - Egipto - Líbano - Siria - Tierra Santa

"G. CESARE" - 28 de Marzo

•

CORONACION DE LA REINA ISABEL II

Inglaterra - Escocia - Noruega - Suecia - Dinamarca
Alemania - Holanda - Bélgica - Francia

"ALBERTO DODERO" - 12 de Mayo

"PANAIR" - 30 de Mayo

•

"Estados Unidos y Canadá con Crucero a Alaska"

"EVITA" - 15 de Mayo

•

en preparación Excursión a los Fjords Noruegos y el Sol de Medianoche **CONTE BIANCAMANO - 27 de Julio**

Folletos y Reservas

MUNDUS

25 DE MAYO 574 T. E. 32 - 7531 32 - 7532

BUENOS AIRES

LOS OTROS OCHO MANDAMIENTOS

GUSTAVO J. FRANCESCHI

TRANQUILICENSE mis lectores, no he de darles una lección de catecismo, por lo menos tal cual se les proporciona a los niños doctrinos que concurren a nuestros establecimientos. No me avergonzaría de hacerlo, si viniere a caso, antes bien lo tendría por gesto de maravilloso apostolado; pero no es esta la finalidad a que viene consagrado CRITERIO. Mi propósito no va más allá de fijar la atención sobre el valor proporcional que, especialmente desde el punto de vista colectivo, otorgan ciertos cristianos a los diversos mandamientos, y examinar si entre aquellos no ha penetrado un poco de lo que en inglés se llama *bigotery*, o sea santurronería, que tiene en cuenta más lo exterior que lo interior. Con ello se explica el título impuesto a las cuartillas que siguen, quizás no totalmente inútiles.

Los Mandamientos de la Ley de Dios, como lo saben todos los cristianos y hasta muchos hombres que no lo son, suman diez. Amar a Dios sobre todas las cosas, no jurar su Santo Nombre en vano, santificar las fiestas, honrar padre y madre, no matar, no fornicar, no hurtar, no levantar falso testimonio ni mentir, no desear la mujer del prójimo, no codiciar los bienes ajenos: así los aprendí en los remotos días de mi niñez, y así o en términos equivalentes son enseñados en todos los idiomas del mundo. Dicho se está que tales fórmulas, extremadamente sintéticas, contienen mucho más de lo que materialmente significan, y que así por ejemplo el "honrar padre y madre" abarca todas las relaciones no sólo familiares sino también entre superiores y súbditos de cualquier género; que en el "no matar" se incluyen igualmente la prohibición del suicidio y cuantos excesos puedan inferir grave daño al propio cuerpo; que en "no desear la mujer del prójimo" se contiene también el no alimentar un apetito equivalente por el marido de la prójima y, en general todas las formas del adulterio, aun simplemente deseado. Nuestro Señor Jesucristo nos enseña además que los Mandamientos se resumen en dos: "Amarás a tu Dios, amarás a tu prójimo" y que ellos están conexos de manera tan íntima que en realidad constituyen dos aspectos de un mismo precepto. Y los Mandamientos no son sólo una especie de Código penal destinado a vedar bajo amenaza de castigo tales o cuales actos ya internos ya externos, sino ante todo un camino cuya observancia positiva, inspirada en el amor, conduce a la justicia espiritual, y convierte a cada persona que se le atiene en un modelo y parangón de la especie humana.

Puestos tan sencillos antecedentes, entremos en materia.

SIEMPRE me ha llamado la atención el antojadizo e irracional criterio con que suele *el mundo*, o lo así llamado, justipreciar los actos que, quiérase lo o no, van contra los Mandamientos. Así por ejemplo agotará su vocabulario condenatorio para con quien se apodera astutamente de la cartera o el reloj del prójimo, pero derrochará tesoros de indulgencia para con quien seduce a una pobre vendedora y la abandona luego con la posible carga de un hijo en perspectiva y por lo menos con el peso de una vida desgarrada: para él es despreciable el ladrón hurtador de bienes, pero no el tenorio hurtador de honras. Y así también los ciudadanos conscientes ayudarán a la policía para capturar al asaltante que hirió a un transeúnte, pero muy pocos salones se cerrarán a la abortadora notoria, es decir a la madre que mató a su hijo indefenso. El empleado de banco que falsifique un asiento es considerado criminal, pero quien organiza un monopolio, arruine mediante él a multitud de pequeños comerciantes, y acumula una fortuna enorme, es respetado como hábil hombre de negocios, y a veces (conozco casos concretos), condecorado por cancillerías beneficiadas. Todo lo cual es perfectamente sabido, y son casi innumerables los escritores, católicos o no, que ya en tono burlón e incisivo ya con frases severas y reprobatorias han estigmatizado tales procedimientos. En modo alguno se me ocurre afirmar que hacen mal quienes tales cosas proclaman, puesto que dicen verdad, y ésta es buena de difundir sobre todo cuando el orden moral es tan manifiestamente atropellado. Pero...

Pero, creo oportuno pedir que volvamos la mirada hacia nuestro campo con el propósito de averiguar si, desde el punto de vista citado, nada hay que enmendar entre nosotros. Mi convicción de que ello es necesario se funda en innumerables conversaciones oídas, y en una cantidad no menor de crónicas literarias, teatrales y cinematográficas leídas, en todo lo cual va implícita una sorprendente clasificación de los Mandamientos y de los pecados cometidos contra ellos, donde sobresale en verdad un desconocimiento absoluto de la doctrina cristiana más elemental. Veámoslo.

Por de pronto no cabe duda de que, para muchísimos cristianos, los pecados de mayor entidad, que superan en gravedad y alcance a todos los demás, son los carnales. Cuando se habla de los peligros que amenazan a las almas individuales, o de los colectivos que se ciernen sobre las sociedades, aquellas faltas son las primariamente mencionadas y las más enérgicamente condenadas, hasta el punto de que, si bien no se lo afirma explícitamente, se relega de hecho todo lo demás a un plano secundario. Los trajes impúdicos, las actitudes procaces, las relaciones ilícitas, los gestos obscenos, los libros y espectáculos incitantes, en síntesis la vida licenciosa, he aquí lo que despierta las iras, —no digo que en sí injustificadas—, de muchos moralizadores, acumulándose sobre ello la casi totalidad de las reprobaciones, como si lo demás fuera poco menos que baladí. Para convencerse de cuán verdad sea esto basta examinar con alguna perseverancia ciertas críticas teatrales o cinematográficas, o determinados estudios sobre la producción novelística: la alabanza y la condenación tienen en cuenta sobre todo y hasta casi exclusivamente lo relativo a los dos Mandamientos sexto y noveno: resultan a manera de pararrayos que, atrayendo la tempestad, libran de ella a los campos vecinos.

Esta actitud, que por lo demás no es absolutamen-

te nueva, tiene una explicación sumamente llana, y que me contento con indicar.

En primer lugar, los pecados de la carne son los más inmediatamente observables, para el común de las gentes, ya que se realizan por medio de los sentidos y constituyen un asunto que con éstos se percibe. Se los califica de *escandalosos* ya que, como lo indica su origen etimológico, el vocablo *escándalo* significa el tropiezo colocado en el camino ajeno, y lleva por característica el meterse por los ojos y los oídos, como lo hace de por sí la falta carnal. Es necesario a veces toda una existencia para descubrir la hipocresía de una persona o la secreta maldad de una conducta: un canto procaz, en cambio, o un gesto torpe, se notan instantáneamente. Por ello los novelistas ramplones no salen de este tema que exije un esfuerzo mínimo tanto en orden a lo imaginativo cuanto a lo descriptivo; mientras los de vuelo más elevado acometen el estudio de ciertas pasiones cuyo análisis resulta muchísimo más arduo. Otro tanto acontece con los críticos: la tendencia a la facilidad existe en todos los terrenos, especialmente en el de la censura.

En segundo lugar, y refiriéndome ya a nuestra época, no cabe duda de que si en otros tiempos la impureza se envolvió en un manto de hipocresía, hoy día se despoja de todo velo y hace gala de casi insuperable cinismo. Sobreabundan los ejemplos. Días pasados, para mencionar un solo caso, con motivo de la terminación de los cursos escolares, al lado de manifestaciones regocijadas y exentas de malicia, hemos podido observar en plena calle espectáculos de todo punto lamentables, en que la ausencia de pudor llegó a extremos inconcebibles, revistiendo aspectos no sólo torpes sino provocativos: niñas ebrias en compañía de estudiantes de gesto desenfadado, clamores impúdicos lanzados a altas horas de la noche, y otros hechos equivalentes que significaban, a la par de la decadencia espiritual, la absoluta capitulación de ciertos padres de familia. Pero, —y he aquí lo gravísimo—, todo ello, y mucho más que podríamos citar, se coordina con un ambiente de sensualidad que va emponzoñando al mundo. El fenómeno, la dolencia cabría decir, no lleva carácter local sino estrictamente universal, por lo menos dentro de lo que suele llamarse civilización occidental: se respira en teatros y cines, se manifiesta en la procacidad de los gestos y de los trajes, es favorecido por la palabra hablada y escrita, fomentado por las excusas que se encuentran para el vicio, inoculado en las costumbres públicas y privadas, y considerado ya como simple y legítima consecuencia del hecho de vivir puesto que se afirma de cien maneras que la absoluta pureza es físicamente imposible. No cabe duda de que las cosas han llegado a un punto tal que viene a la memoria esa ley que nadie ha puesto en claro con precisión mayor que Gratry en su obra *La morale et la loi de l'histoire*: "los pueblos impuros pagan sus faltas con sangre". Comprendo entonces muy bien que en las personas que tienen en mucho la virtud, o el porvenir del país a que pertenecen, exista una tendencia a irritarse ante la decadencia de las costumbres, y a lanzar imprecaciones contra los responsables. Ni siquiera hace falta ser cristiano para adoptar esa actitud, ya que frente al desorden moral de su tiempo la asumieron paganos como Cicerón, Séneca y Juvenal.

Y en tercer término, ¿por qué omitir un hecho cuya realidad es indiscutible? Los hombres verdaderamente virtuosos pero intensamente tentados, los que experimentan con formidable violencia esa lucha entre el ángel y la bestia que existe en cada uno de nosotros, y que no triunfan sino a costa de esfuerzos heroicos, si tienen oportunidad de exteriorizar ese combate del que salen vencedores sólo a fuerza de sangre y lágrimas, lo harán naturalmente imprecando con terrible encono contra la causa de su brega interior y contra las ocasiones que, de por sí exteriores, aprovechan las ventanas de los sentidos para penetrar en la conciencia y allí renovar la lucha. El que sabe cuánto le cuesta la propia castidad es quien generalmente con más dureza atacará todo lo que pueda herir la castidad ajena.

PERO, admitido cuanto antecede, cabe formular una pregunta. ¿Por qué las campañas moralizadoras que van contra esas múltiples formas de impudicia que es inútil enumerar porque nadie las desconoce, consiguen normalmente tan escasos resultados? En efecto, la verdad es que a todas esas exhortaciones, a veces elocuentísimas, la inmensa mayoría de las gentes hace oídos sordos: lo cual llama la atención tanto más cuanto que en otras épocas, por ejemplo en los primeros siglos cristianos, la perseverante acción apostólica logró, si no extirpar totalmente el vicio, por lo menos reducir inmensamente sus alcances. ¿Cuál es la causa del fracaso actual? Porque alguna ha de haber, no atribuible tan sólo a dureza de corazones ni a una irresistible acción del ambiente, no peor de seguro al de la Atenas o la Roma paganas. Hace falta no contentarse con hacer crónica de los hechos, es preciso un análisis que permita remontar a sus orígenes. Y tengo para mí que éstos fincan especialmente en la predominancia misma otorgada a los pecados de la carne sobre todos los demás, hasta el punto de considerarlos en la práctica como independientes de los demás aspectos de la vida espiritual, siendo así que llevan muchísimas veces la índole de *consecuencias*, y que su cantidad e importancia serían mucho más pequeñas de no existir otras fallas más profundas y trascendentales.

En una página de su *Journal* compara Mauriac a numerosos hombres, —a la mayoría de ellos—, con ciertos propietarios de castillos que por causas diversas, de ordinario la pobreza o la dejadez, mantienen abiertas y habitadas nada más que unas pocas habitaciones de sus moradas, y guardan obstinadamente clausuradas a las otras, de modo que acaban por no saber ya qué hay en ellas, olvidando que pueden producirse allí en muros y pisos ciertos desperfectos que acabarán por arruinar al edificio entero. El examen de la conciencia propia, y también el del ambiente general, hecho solo en torno a dos Mandamientos, con práctico olvido de los demás, produce los efectos señalados por el ilustre novelista: muchas veces el fariseísmo, la ausencia de generosidad espiritual, la vida mezquina y sin caridad verdadera, la soberbia secreta y casi inconsciente porque se oculta bajo gestos tradicionalmente cristianos, el egoísmo profundo que se busca a sí mismo hasta cuando realiza actos de ilusorio desprendimiento, equivalen a esas habitaciones sombrías en que el dueño no penetra, pero que serán causa del desmoronamiento final. Tengo para mí que si en determinados sectores del campo católico se siente por Mauriac una antipatía rayana en odio, es porque, dejando de lado los fáciles y menospreciables amores mundanos que proporcionan tema a tantos novelistas, ha abierto habita-

ciones normalmente cerradas, y mostrado como ciertas personas de vida correcta, de costumbres inobjetables, de trato digno, constituyen sin embargo verdaderos monstruos morales, que serán quizás materialmente castos durante la mayor parte de su existencia, pero en quienes y como consecuencia de sus otras fallas pueden desencadenarse pasiones que ellos mismos han tornado irresistibles. E imaginar entonces que se combatirá el vicio público o el privado nada más que con ataques que van directamente contra él con tal énfasis que practicamente dejan de lado casi por completo las causas profundas, constituye un error y lleva a los fracasos que cada uno de nosotros puede comprobar.

Es que las ideas mismas están falseadas en lo que se refiere a los valores morales. Imaginemos a San Agustín, desempeñando su cátedra de retórica en Milán, cristiano ya y listo a separarse del mundo, pero constreñido todavía por sus obligaciones profesorales a concurrir a ciertos espectáculos de literatura clásica. Una compañía teatral da sucesivamente *Lisistrata* de Aristófanes y *Medea* de Eurípides. ¿Cuál de las dos obras será acreedora a una reprobación mayor? La primera es una anécdota escandalosa, una crónica, si se quiere, de la vida licenciosa de Atenas; la segunda es el drama de la venganza implacablemente procurada, es en cierto modo su justificación, y hasta su aceptación por parte de los dioses. Estoy persuadido de que, condenando enérgicamente la procacidad de *Lisistrata*, S. Agustín consideraría *Medea* como más opuesta al espíritu cristiano, y más peligrosa para las conciencias por cuanto va contra la primera ley del Evangelio, la del amor y por ende del perdón. Contra la primera de estas obras habría levantado Sócrates la voz; pero sólo la de Cristo mostró hasta qué punto se aleja el alma de Dios cuando admite, y fomenta, y protege contra toda atenuación el odio, y finalmente ejecuta sus obras.

Pero trasladese el hecho a nuestros días. He aquí dos films; el uno exhibe desnudeces que van tan lejos como las de *Lisistrata*, el otro es una nueva versión del *Conde de Montecristo*. ¿Cuál de ambos será más duramente criticado? Según todas las probabilidades el primero. Y si es una de tantas comedias amenas, en que no existe una sola procacidad propiamente dicha, en que no figura ningún baile descocado ni divorcio escandaloso, pero que muestra una vida sin aspiraciones, sin grandeza profunda, sin abnegación, en una palabra sin alma ¿qué calificativo se le dará? No faltará quien la juzgue *apta para todo el mundo*, sencillamente porque no ofende los dos Mandamientos consabidos.

Hallamos en San Pablo una frase que por una parte es expresión de la doctrina cristiana y por otra corresponde a una verdad experimental cotidianamente observable: *la carne lucha contra el espíritu*. Las tendencias pecaminosas de aquella son reprimidas por éste; pero cuando el segundo cede, cuando pierde vigor y se coloca en el camino del mal, no debe sorprendernos que la primera se desencadene. El pecado fundamental es el cometido contra la caridad, entendida no como simple beneficencia sino como amor de Dios y *consecuentemente* del prójimo, amor en que lo sobrenatural desempeña una función primaria. Si el alma se retrae sobre sí misma considerando al mundo entero y hasta al Omnipotente *en función de su propio bien*, muy pronto se sentirá impotente contra las rebeldías de la carne. Para muchos, la salvación es un *negocio*, dando a esta palabra un sentido de trueque en virtud del cual el alma se atiene a las limitaciones impuestas por los Mandamientos, en compensación de lo cual logrará la bienaventuranza eterna. De ahí una mezquindad, una comercialización, podríamos decir, de la vida, un empuñar constantemente la vara de medir para no dar un centímetro menos pero tampoco un centímetro más de lo estrictamente debido. Es bien sabido que los seres de esta categoría acostumbran compararse internamente con los pecadores notorios, y fomentan hasta inconscientemente en sí mismos un orgullo intenso: son semejantes al fariseo del Evangelio que, satisfecho de su minuciosa observancia de la ley, menosprecia al publicano: "yo no soy como este". El orgullo, en casos extremos, llega a momificar en cierto modo la carne, y son bien conocidos los casos semejantes al de Lamennais, que abandona el sacerdocio, porque no acepta las orientaciones doctrinarias de la Iglesia, pero que cuida de mantenerse carnalmente intachable —como lo consiguió—, para que nadie pudiera atribuir su apostasía a motivos inferiores. Sin ir hasta estos ejemplos, es indiscutiblemente verdadero que el egoísmo, la pequeñez de espíritu, el afán de combinar habilidosamente las facilidades del mundo con las obligaciones del cristiano, llevan a ciertas almas a un equilibrio inestable que cualquier empujón imprevisto destruye. Pero aun cuando no se llegue hasta ahí, la verdad es que se observa en muchos espíritus una deformación en virtud de la cual *solo y de exclusiva manera* los pecados del orden carnal pueden revestir, en el orden práctico, una gravedad mortal, no pasando los demás de la venialidad sino en casos extraordinarios y que podríamos llamar excepcionales.

Hace muy poco he recibido un libro excelente, obra de los PP. L. J. Lebret y Th. Suavet, intitulado *Rajeunir l'examen de conscience* (*Les éditions ouvrières*, París). En él, como dice el prólogo, "no se trata de poner en tela de juicio los principios generales e inmutables de la ética natural y de la moral cristiana, sino de explicitar algunas de sus aplicaciones a las condiciones actuales de la opción moral". Al parecer este volumen no incluye más que una serie de exámenes de conciencia adaptados a las diversas circunstancias concretas de la vida contemporánea; pero a través de estas prácticas que los superficiales tacharán de escasamente interesantes, se columbra mucho más. La existencia humana es siempre rica en aspectos, ninguno de ellos escasa a la ley moral, y todos están íntimamente trabados entre sí. Sobre tal complejidad es indispensable arrojar una luz que permita juzgar simultáneamente cada uno de los elementos en sí y las relaciones de causa a efecto que los vinculan. La vida cristiana tiene una importancia tan grande para cada hombre, y también para la comunidad, que bien vale la pena consagrarle una atención algo mayor que la dedicada a los acontecimientos políticos o al deporte. A esta labor se consagra el libro.

Todo ello nos lleva a una conclusión: no basta concentrarse por entero a combatir la marea, indiscutiblemente mefítica y creciente, de los pecados carnales en sí; hace falta restablecer los diversos planos y valores de la vida cristiana, y para ello insistir en la importancia trascendental, irreemplazable, de *los otros ocho Mandamientos*. ❖

EL PAPA Y LA POLITICA

TRISTAN DE ATHAYDE

Rio de Janeiro.

COMO ya lo dijera Pio XI en su Encíclica *Charitate Christi compulsi*, Pio XII repite que la crisis religiosa de nuestro tiempo es la más grave, tal vez, que la humanidad haya atravesado, desde los orígenes del Cristianismo. (1)

Y para hacer frente a esa crisis, no basta que la Iglesia permanezca en el terreno puramente sobrenatural. La separación entre lo natural y lo sobrenatural comenzó a manifestarse a fines de la Edad Media, con la teoría de las "dos verdades".

Poco a poco, ese paralelismo fué evolucionando hacia una eliminación gradual del plano sobrenatural, de modo que la mayoría de las filosofías del mundo moderno, y por tanto de sus sistemas políticos y económicos —pues todos ellos reposan, en última instancia, sobre una concepción general de la vida— se confinaron cada vez más en un estrecho naturalismo, cuyas consecuencias vimos claramente en el proceso de descomposición del Derecho. (2)

Sucedió con ello, que *el mundo* y *la Iglesia* se disociaron cada vez más. Los fieles, trabajados por la creciente secularización de las instituciones renovaban la teoría de las dos realidades, o bien creaban en sí una doble conciencia: la del hombre particular, religioso y la del hombre público, agnóstico, o bien condenaban las actividades públicas y se aislaban en un privatismo que en la práctica se traducía en indiferencia respecto de la cosa pública y en una ausencia desdeñosa y farisaica.

El Mensaje de Roma rechaza formalmente ese separatismo entre los dos planos y esa condenación sumaria del *mundo* como elemento esencialmente maléfico.

"Pretender trazar una línea de separación nítida entre la religión y la vida, entre lo sobrenatural y lo natural, entre la Iglesia y el mundo, como si no tuviesen nada de común entre sí, como si los derechos de Dios no tuviesen relación integral con la realidad multiforme de la vida contemporánea, humana y social, es completamente contrario al pensamiento católico; es abiertamente anticristiano". (3)

Querer entregar el mundo a su propia suerte, como si él no fuera más que el dominio del mal, el reino del "Príncipe de este mundo", es fruto de una filosofía maniqueista de la vida y no de una filosofía católica de la existencia.

La Iglesia ejerce en este mundo una función positiva y militante.

"Cuanto más agravan su presión, cuanto más se esfuerzan las potencias de las tinieblas por eliminar a la Iglesia y a la Religión del mundo, se torna más necesaria, por parte de la propia Iglesia, una acción tenaz, perseverante, para reconquistar y someter todos los dominios de la vida humana al dulcísimo imperio de Cristo, para que su espíritu sople allí en forma todavía más amplia y más victoriosamente triunfe su amor. He ahí lo que se entiende por el Reino de Cristo. Esa tarea de la Iglesia es bien ardua, pero no pasan de desertores inconscientes o llenos de ilusiones aquellos que, en homenaje a un sobrenaturalismo mal entendido, querrían forzar a la Iglesia a que se confinara en el dominio *puramente religioso*" (4).

Referiremos un episodio de la vida del mayor de los filósofos católicos contemporáneos, Jacques Maritain, quien por basar su filosofía política en las enseñanzas de la Iglesia, chocó en tal forma a la masa de los católicos habituados al ausentismo o al conservadorismo rutinario, que se le llegó a acusar de herejía lamennaisiana o de liberalismo y de hacer la "política de la mano tendida".

Un día, hacia 1925, Maritain pidió una audiencia a Pio XI. En el transcurso de la misma, éste se refirió a las nubes que se acumulaban en el horizonte y a los peligros que provenían de los gobiernos totalitarios de Rusia y de Italia y del movimiento nacional-socialista de Alemania. A la salida, le pidió el Papa que volviese al día siguiente. Le habló entonces al filósofo, hasta entonces ocupado en el problema metafísico, acerca de la necesidad de que los católicos reestudiaran la filosofía política, a la luz de los acontecimientos modernos y de los principios eternos de la política, dentro de la filosofía tradicional del espíritu humano.

De allí provino el nuevo rumbo impreso por Maritain a sus meditaciones filosóficas, y los nuevos caminos que él vino a abrir genialmente en el plano de la filosofía política y de la acción social, para combatir ese "sobrenaturalismo mal entendido", del cual nos habla Pio XII, y para construir una nueva Suma Política, a la luz de las relaciones de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, con el Estado moderno, cuerpo político de cristianos y no cristianos.

La política no es una actividad desligada de las demás y entregada al puro juego de las fuerzas naturales. Por su parte, la vida sobrenatural no es una fuga del mundo, sino una participación aún más profunda de la naturaleza de las cosas, *donde no hay discontinuidad*. Lo natural y lo sobrenatural se complementan. Por eso la Iglesia, aún conservándose fuera y por encima de la acción política partidaria, tienen un papel decisivo que representar en la vida pública civil, y los católicos, de ser verdaderamente fieles a su propia condición humana y cristiana, no tienen el derecho de rehuir la participación en las luchas políticas. El Reino de Dios no nace en esta tierra; se extiende a ella, y la finalidad de toda vida apostólica, que fluye naturalmente de la condición católica, es extender el Reino de Dios, como nos lo recuerda el Vicario de Cristo en aquel documento.

La función de la Iglesia no es la de seguir a *remolque* de la sociedad o del Estado, sino la de precederlos. Más de una vez hemos recordado lo que ya fué dicho sobre el papel de la Iglesia como guía y como piloto. Su función es marchar, avanzar, preceder.

"La obra de Cristo no estaba totalmente realizada en el momento de su muerte. En cierto sentido, no estaba sino iniciada... Por eso anunció a sus discípulos que iba a construir una Iglesia... Dióles el mandato divino de ir al frente (*sic*) y de enseñar

---

Del capítulo del libro *Roma Mensaje de Hoy* (ediciones Fides-Criterio), cuyos derechos se ha reservado esta Revista y cuya primera edición ha sido realizada en colaboración con la editorial y distribuidora Fides (Chacras 1823, Buenos Aires).

(1) Alocución de S. S. Pio XII a los miembros del "Renacimiento Cristiano", 28-I-47, en *Doc. Cath.*, 2-III-47.
(2) Cap. anterior de este mismo libro. (N. de R.)
(3) *Ibid.*
(4) *Ibid.*

a todos los hombres de todas las naciones. Ella sería el sustentáculo y el principal apoyo de la verdad" (5).

La función de la Iglesia, pues, es la de anticiparse, caminar adelante, anunciar nuevos caminos. En épocas como la nuestra, de transición de una sociedad vieja hacia un nuevo orden social, aumenta enormemente el papel de la Iglesia como elemento de vanguardia, como indicadora de caminos. Se torna, por lo tanto, más incomprensible la posición de aquellos que se obstinan en hacer de la Iglesia una fuerza regresiva, un elemento que traba el progreso, que teme los nuevos horizontes.

Este punto es de importancia capital, por cuanto existe a su alrededor un gran equívoco. Ya nos ocupamos de él largamente y no perdemos oportunidad de mostrar, en los documentos pontificios, la confirmación de esa concepción dinámica de la Iglesia, que no es una opinión personal (como no pretende serlo nada de lo que está en este libro) que puede pecar por incapacidad de comprender el Mensaje de Roma o los términos de los documentos auténticos, pero que quiere basarse única y exclusivamente *en la Palabra del Papa* y, en cuanto sea posible, en la del Papa "gloriosamente reinante", como se suele decir, para reflejar mejor y más fielmente el pensaminto de la Iglesia militante ante las perplejidades del mundo fluctuante en que vivimos.

El mismo Pío XII nos dicta nuestro deber como católicos ante la realidad de la política contemporánea y de esa "incertidumbre (que) continúa siendo el carácter dominante del momento presente"(6).

No tenemos el derecho de ser *desertores* ni *indiferentes*, sino *reconstructores* a partir del orden contingente.

Esa es la palabra de orden, expresada en una alocución tan decisiva para nuestros días, como lo fuera a fines del siglo pasado la palabra de "ralliement" que León XIII dirigiera a la nobleza francesa que continuaba ligando la Iglesia al Trono y rehusando reconocer la legitimidad del régimen republicano.

Pío XII, en esa alocución de enero de 1947, se dirige al patriciado romano. Por los términos del discurso se advierte que la situación era muy semejante a la de la aristocracia francesa. Ambos continuaban aferrados al viejo prejuicio de que la república y la democracia son regímenes anticristianos y que la Iglesia los repudia en virtud de su doctrina política, y sólo apoya a los regímenes monárquicos.

El problema tiene ya más de un siglo de vida y ha sido definitivamente resuelto en países como los Estados Unidos de Norte América, donde fué extinguido con rapidez.

En la vieja Europa, no obstante, de civilización cristiana bimilenaria, es natural que las rutinas políticas también estuvieran mucha más enraizadas.

Cuando, despues de la Revolución Francesa, el grupo de Ozanam, al cual antes nos refiriéramos, propuso la conciliación de la Iglesia con la democracia, la agitación de los tradicionalistas fué enorme. Y los "innovadores", si bien no fueron condenados por la Santa Sede, lo fueron por los católicos conservadores, que formaban la gran mayoría.

Pío XII habla a la nobleza italiana, como León XIII lo hiciera a la nobleza de Francia hace medio siglo.

Y como, mucho antes, León XII hablara a Chateaubriand (7). Y ante la resistencia que aquella está ofreciendo al movimiento de democratización y republicanización de la política moderna y de reforma social de la economía, viene a mostrarle que, sin abandonar sus convicciones políticas, pues la Iglesia no obliga a ninguna conciencia a ser republicana o monárquica —asunto de técnica política, ajena al dominio moral de la Iglesia— recuerda a todos sus deberes personales. Y esos deberes son de participación en el orden contingente, con espíritu realista y no de añoranza o farisáico.

¿Cómo obrar?

"El primero de esos modos de obrar es inadmisible: es el del *desertor*, de aquel que fué justamente llamado el *emigré de l'intérieur*".

Esta denominación está en francés en el original italiano y muestra con claridad la alusión que el Papa de hoy quiere hacer a una situación idéntica de hace cincuenta años, resuelta *del mismo modo* por su predecesor León XIII. Y prosigue:

"Aún menos digna en la *abstención, cuando se realiza como consecuencia de una indiferencia indolente y pasiva*".

¿Cuál es entonces el deber positivo del cristiano en la hora en que ve desmoronarse la sociedad en la cual se habituó a vivir, y que consideraba como el orden eterno deseado por Dios en la tierra? Tengamos presente que ésta era la situación de la mayoría absoluta de los nobles italianos. Vieron desmoronarse la monarquía, y la minoría que adhiriera al fascismo había visto desmoronarse el régimen que le parecía asegurar la libertad de la Iglesia y la civilización cristiana.

Pues bien, ante ese espectáculo de ruinas y de desilusión, ante lo que les parecía el orden cristiano del mundo —semejante a lo que fuera para muchos católicos en Brasil la caída del Imperio—, ¿qué les dice el Papa?

Primero: es preciso permanecer firmes en medio de la catástrofe.

"Sólo el bloque sólido que se incorpora a la roca fundamental opone a la avalancha una resistencia victoriosa y puede contener, al menos, su curso devastador".

Mas no basta.

"Si ese hombre es un cristiano, no se contentará con permanecer de pie, impasible en medio de las ruinas: ha de sentirse obligado a resistir y a impedir el cataclismo, o por lo menos a limitar sus perjuicios. Si no pudiera impedir la obra destructora, estará presente, a pesar de todo, para reconstruir el edificio abatido, para recuperar de nuevo el campo

(5) *Ibid.*
(6) *Ibid.*
(7) En el oficio que Chateaubriand, embajador de Francia ante la Santa Sede, envió desde Roma al conde de La Ferronays, Ministro de Relaciones Exteriores, queda relatada una interesantísima conversación entre el gran escritor francés y el Papa, que nos muestra cómo el equívoco entre la Iglesia y la Democracia podría haberse resuelto satisfactoriamente, de no haber existido la presión de los reaccionarios. La entrevista se realizó el 2 de enero de 1829; Chateaubriand expuso así al Papa el malentendido entre los católicos y las nuevas instituciones democráticas derivadas de la revolución francesa:

"El mal provino, en su origen, de un equívoco del Clero: en vez de apoyar las nuevas instituciones o por lo menos guardar silencio respecto a ellas, dejó escapar palabras de censura, por no decir más, en normas y discursos. La impiedad se apoderó de esas palabras y de ellas hizo un arma. Proclamó que el catolicismo era incompatible con las libertades públicas y que existía una guerra mortal entre la Constitución (*la Charte*) y los Sacerdotes".

A lo que el Papa respondió: "Estoy de acuerdo con usted. La religión católica prosperó en el seno de la república como en el seno de la monarquía; ella ha realizado progresos inmensos en los Estados Unidos".

Esa visión realmente profética de León XII, en 1829, fué igualmente compartida por su sucesor, Pío VIII, en 1830. En su Breve del 29 de septiembre de 1830, al Clero de Francia —documento de alto relieve y precursor del de León XIII a los monárquicos franceses en 1895, y del de Pío XII a la aristocracia romana, también obstinada en ligar el trono al Altar— en ese Breve de 1830 decía Pío VIII que no veía "ningún inconveniente en que la Iglesia francesa aceptase lealmente al nuevo gobierno (republicano). La misión de la Iglesia es mal alta y de orden distinto a la que cabe a los poderes civiles de un país. Lo importante, a los ojos de la Iglesia, no es que los ciudadanos acepten tal o cual régimen político, sino que ella pueda cumplir, en el seno del mismo, su función sobrenatural".

(Apud Henri Guillemin, *Histoire des catholiques français au XIX Siecle*, ed. Au Milieu du Monde, 1947, págs. 67-83).

devastado. Tal debe ser vuestra conducta. Ella consiste —sin que para eso renunciéis a la libertad de vuestras convicciones y de vuestros juicios sobre los acontecimientos humanos— en aceptar el orden contingente de las cosas tal como es (*sic*) y dirigir su actividad hacia el bien, no de una clase determinada, sino de toda la comunidad".

Estas últimas sentencias son de importancia considerable.

Es preciso partir *de la realidad*. Es preciso partir del "orden contingente de las cosas tal como es", dice el Papa a la nobleza italiana perpleja. Pues bien: cuando Maritain hace esto, no faltan reaccionarios que lo acusen de "liberalismo".

Lo que llamamos *univocismo*, error tan común entre católicos, es precisamente la negativa a partir del orden contingente de las cosas, que debe ser tenido en cuenta, aunque sin sacrificar los principios. Y el error contrario a la obstinación en partir de un orden pasado y superado, que fué vigoroso hace mil quinientos años y que la añoranza insiste en indicar como orden eterno: "Fué así en la Edad Media, cuando la civilización cristiana alcanzó su auge; luego, así debe ser eternamente".

Univocismo, añoranza, preconceptualismo, negativa a partir del orden contingente tal como es, son errores frecuentes en nuestros días. Lo que pasó, pasó. No hay medio de volver hacia atrás en el tiempo. Ninguna situación social se repite. Ningún régimen político se renueva tal como fué. Ninguna época histórica reproduce los rasgos de otras eras, sino sólo semejanzas más o menos vagas. Todo es nuevo, aunque nada sea nuevo. Nada es nuevo ante Dios; todo es nuevo ante la historia.

Es preciso partir de la realidad social presente. Si hoy nos encontramos ante pueblos y naciones *divididos religiosamente*, no podemos organizarlos políticamente, *cual si ellos continuasen religiosamente unidos*, como en la Edad Media, antes del Renacimiento, de la Reforma, del Enciclopedismo, de la Revolución Francesa o Inglesa, de la Democracia y del Socialismo. No es posible desandar la historia. La característica de las sociedades modernas, en oposición a la sociedad medieval, como lo dijo Henry Adam, es "la multiplicidad frente a la unidad". Quien no parta de ese dato fundamental podrá hacer buena política para el siglo XIII pero hará pésima política para el siglo XX.

"Hay que tener en cuenta el orden contingente de las cosas tal como es".

Principio fundamental del Mensaje de Roma, para la actividad política de los católicos del mundo moderno. Consecuencia natural de aquel *realismo* que, como vimos, es esencial a este Mensaje. No se trata de oportunismo. Se trata de política científica, para usar una terminología que agrada al hombre moderno, de una política de observación o aún, si se quiere, aunque el término sea antiguo y con razón haya sido repudiado por Pasteur para las ciencias sociales, de una política experimental.

Esta política debe partir de la realidad y no de la razón pura. La política es una ciencia social. Y toda ciencia social parte de la realidad, de los datos de la experiencia, de la observación de los hechos. Fuera de eso, caemos en el terreno del subjetivismo, del idealismo y de la utopía.

Es preciso partir de la realidad. Pero *partir*. No quedarse en ella. Si permaneciéramos, pasaríamos del realismo al oportunismo, de la ciencia de observación al pragmatismo.

Es preciso *partir de la realidad* para alcanzar, no el bien individual de cada uno o el bien parcial de una clase, de un grupo privilegiado, si el *bien común*. El bien común es la medida de toda política sana y verdadera.

Bien Común y Libertad son dos términos complementarios, como son interdependientes *Comunidad* y *Personalidad*, dos fundamentos de toda ciencia política. Como agrega el Padre Santo:

"Ese bien común, es decir, el establecimiento de condiciones públicas normales y estables, de modo que no sea difícil a los individuos y a las familias la vida digna, regular y feliz, llevada según la ley de Dios, ese bien común es el fin y la regla del Estado y de sus órganos" (8).

La base de toda política digna de tal nombre es el bien común, el bien de todos, el bien basado en la justicia, en el derecho, que da a cada uno lo que le pertenece y no permite la explotación de unos por otros, ni el desnivel exagerado de las condiciones sociales.

Este bien común es un compuesto de *Orden* y de *Libertad*.

"Los hombres —tanto los individuos como la sociedad humana— y su bien común están siempre ligados al orden absoluto de los valores establecidos por Dios. Ahora bien, para realizar precisamente esa unión de modo digno de la naturaleza humana fué dada al hombre la libertad y la protección de esa libertad es el fin de todo orden jurídico digno de tal nombre". (9).

¡Cuánto se clamó —en los medios católicos y fuera de ellos— contra la libertad! ¡Cuánto se continúa clamando! Si hay algún valor hoy que esté amenazado por todos lados es el de la libertad. Tanto se exaltó la libertad en el siglo pasado, tanto se usó y abusó de ese *slogan*, que los hombres del nuevo siglo, particularmente los jóvenes y los revolucionarios se dieron a ridiculizar el antiguo ideal, calificándolo de mito sin sentido. Los viejos y los que viven de añoranzas han retomado la bandera, pero con intenciones reaccionarias. Quieren la libertad para volver al liberalismo burgués y nada más.

No vamos a desarrollar aquí la teoría de la libertad cristiana. Queremos demostrar cómo el Mensaje de Roma, lejos de reflejar esa desconfianza moderna hacia la libertad, viene a mostrarnos que la libertad es fin de todo orden jurídico. La vida política tiene como un fin la libertad humana. La *auténtica* libertad y no la "libertad incondicional" que el mismo documento condena seguidamente, pues en ese caso "no se reconocería el derecho de la verdadera y pura libertad, sino que se legalizara la licencia, permitiendo, por ejemplo, a la prensa y al cinematógrafo el derecho de minar los fundamentos religiosos y morales de la vida del pueblo".

Siempre el equilibrio cristiano. Autoridad, pero no autoritarismo. Libertad por encima de la autoridad, pero no licencia, ni libertad incondicionada.

Libertad y Comunidad no se contradicen. El Mensaje de Roma nos coloca en materia política ante las coincidencias o mejor dicho, la combinación complementaria de esos dos valores. Si la libertad es, en la palabra del Papa, el fin del orden social —ya que la sociedad existe para el hombre y para la realización de su personalidad— la Comunidad es el propio modo de ser de la convivencia política. La política es la ciencia de la Comunidad humana y es el arte de lograr esa comunidad de tal modo que sirva a la libertad en vez de usurparla.

Estamos lejos de aquel corporativismo y colectivismo que hace de lo *propio* una corrupción de lo común e impelen al individuo contra la comunidad.

La comunidad, en el sentido cristiano del término, es un *medio*, no un fin. La personalidad no es

(8) Disc. cit. a la Aristocracia italiana, 8 de enero de 1947, *apud Doc. Cath.*, 16-II-1947, pág. 195.
(9) *Ibid.*

un producto de la comunidad. Pero la comunidad es un *medio esencial* para que la personalidad se perfeccione y se afirme en su plenitud.

El termino *comunidad* aparece muchas veces en la ensenanza politica pontificia.

Cuando un enviado del movimiento *Economia y Humanismo* en audiencia privada con el Santo Padre, le hablo de la solucion *comunitaria*, Pio XII le dijo: —"Si, es la unica que puede salvarnos". (10).

Anteriormente, en el discurso que el Papa pronunció ante los miembros del Congreso de los Agricultores Italianos, el 15 de noviembre de 1946, dijo textualmente:

"Vuestras familias no son solamente una comunidad de consumo de bienes, sino tambien y principalmente una comunidad de produccion". (11).

Esa comunidad existe en funcion de la personalidad.

En el Mensaje de Navidad de 1942, tal vez más que en ningún otro documento pontificio, Pio XII dejo bien claro ese punto fundamental del personalismo cristiano:

"El origen y el fin esencial de la vida social tiene que ser la conservacion, el desarrollo y el perfeccionamiento de la persona humana".

Y un poco más adelante desenvuelve el pensamiento analitico y aun con mayor énfasis:

"Quien desee que la estrella de la paz nazca y que se detenga sobre la sociedad, contribuya por su parte a devolver a la persona humana la dignidad que Dios le concedio desde el principio; opongase al agrupamiento excesivo de hombres, como si fuesen masas sin alma; a la inconsistencia económica, social, politica, intelectual y moral; a la falta de principios solidos y de profundas convicciones; a la superabundancia de excitaciones instintivas y sensibles y a su volubilidad; favorezca, por todos los medios licitos, en todos los campos de la vida, aquellas formas sociales en las que se torna posible y se gana una plena responsabilidad personal, tanto en el orden terreno como en el eterno; apoye el respeto y la actuacion practica de los siguientes

Derechos fundamentales de la Persona

1º El derecho de mantener y desenvolver la vida corporal, intelectual y moral y particularmente el derecho, en principio, a una formacion y educacion religiosa.

2º El derecho al culto de Dios, particular y público, incluida la accion caritativa religiosa.

3º El derecho al matrimonio y a la consecucion de su objeto.

4º El derecho a la sociedad conyugal y domestica.

5º El derecho al trabajo, como medio indispensable para el sustento de la vida familiar.

6º El derecho a la libre eleccion de estado y, por consiguiente, tambien del estado sacerdotal y religioso.

7º El derecho al uso de los bienes materiales, consciente de sus deberes y de las limitaciones sociales". (12).

El espectaculo de la sociedad totalitaria, fascista, neofascista o comunista, basto para que comprendiéramos que los derechos y deberes estan indisolublemente entrelazados y que la sociedad está sufriendo por exceso de Autoridad mal entendida más que por exceso de Libertad bien comprendida. Es el totalitarismo confesado o disfrazado, quien domina en nuestro siglo, asi como el individualismo domino en el siglo pasado.

Personalidad y Comunidad, son, pues, dos columnas básicas para toda politica racional, tal como nos lo recomienda el Mensaje de Roma.

¿Como se comporta ese Mensaje ante los regimenes politicos modernos?

Veamos lo que nos dice Pio XII del Totalitarismo, del Autoritarismo y de la Democracia, que representan las tres fuerzas modernas de la politica, en su organización concreta.

Sabemos que la Iglesia no tiene régimen politico propio que imponer como un dogma de fe a la obediencia de los cristianos. Ella concede plena libertad a los fieles en materia de regimenes, como se desprende del discurso de Pio XII a los patriarcas romanos. ¿Quedara indiferente ante el problema de los totalitarios que llenan y dominan nuestro tiempo, o no nos dirá nada respecto del debatido tema de la democracia?

Examinaremos la palabra autentica del Papa. El plan que hemos adoptado consiste en tomar un documento pontificio actual y analizarlo detenidamente, en lugar de acumular textos en forma superficial. No es la cantidad de textos lo que importa, sino su sentido profundo. Cuanto más de cerca acompanamos la palabra del Papa, mejor comprobamos como ella es rigurosa en sus detalles, aunque se trate de un documento de categoria menor, como el discurso que analizamos en el capitulo VI. (...).

Usamos, pues, el procedimiento de escoger un documento e ir al fondo y seguirlo en sus meandros, sin preocuparnos por la cantidad, sino por la calidad. Y no nos arrepentimos. Creemos, aún, que muchas criticas formuladas con ligereza al estilo del Mensaje de Roma, desaparecerian o se atenuarian, si tuviésemos el cuidado de *leer mejor*, menos literariamente, de modo menos osado y superficial esos documentos destinados a *toda la humanidad*, sin acepción de patrias, de clases ni de fidelidad religiosa. El Papa se dirige *al ser humano*. Por eso decíamos antes que el Mensaje de Roma es un documento que refleja *la naturaleza humana*. Dirigese a lo que hay en todos los hombres de Hombre Eterno, de ese Hombre a quien Joseph de Maistre decia no haber encontrado nunca —en su nominalismo inconsciente— pero que existe, en cierto modo, y es la imagen de Dios, y tambien la imagen del demonio en nosotros. Pues no sólo el bien es permanente en el hombre. También lo es la cicatriz o llaga del mal, que el Pecado Original — el ridiculizado y cada vez más actual Pecado de Adán — dejó en cada uno de nosotros.

Tomemos, pues, un documento poco conocido pero que me parece contener mejor que otro cualquiera el pensamiento politico de Pio XII y por tanto el Mensaje de Roma en su aspecto más actual.

Me refiero al discurso que el Papa pronuncio el 2 de octubre de 1945, inaugurando el nuevo año judicial del Tribunal de la Rota (13).

(10) Copie d'une lettre de M. Philippe Jarraud de Veyrac à un religieux, de *Economie et Humanisme*. "Rome, le 21 mai 1947. *Mon Père, Le Saint Père tout à l'heure m'a donné gralement sa bénédiction pour "Economie et Humanisme". J'ai pu lui parler à peu près 30 minutes en audience spéciale. J'ai insisté sur le travail des communautés chrétiennes de Prêtres et laïcs qui s'organisent dans le cadre d'E. H. Le Saint Père m'a paru très intéressé et éveillé, il m'a demandé si nos efforts trouvaient un profond écho en France.*

Lorsque je lui ai dit qu'entre le Marxisme et le Capitalisme nous combattions pour la solution communautaire, il a ajouté "Oui, la seule qui puisse nous sauver".

Sur le témoignage des Prêtres et des laïcs, a t-il dit "oui, cela est très difficile, correspond à une vocation spéciale à encourager prudemment.

L'impression que le Pape m'a faite, abstraction faite de tout l'appareil, est énorme, par son immense simplicité... Philippe, 2 Avenue Hugo[illegible], Paris 16e".

(11) Discurso de Su Santidad Pio XII a los miembros del Congreso de los Agricultores Italianos, el 15 de noviembre de 1946. (*Acad. Doc. Cath.*, 22-XII-1946, col. 1445.).

(12) Mensaje de Navidad de 1942, apud *Problemas da Guerra e da Paz*, op. cit., pags. 341-342.

(13) Discurso de Su Santidad Pio XII, del 2 de octubre de 1945, apud *Doc. Cath.*, 13-XI-1946, pags. 1292-1295, *et passim*.

Vamos a analizarlo un poco más de cerca, pues de él podemos extraer las lecciones más útiles en cuanto a la doctrina política de Roma, en nuestros días, ante los más candentes problemas que están desafiando la argucia y la paciencia de los hombres de hoy.

Formula, en este discurso, una comparación entre el proceso judicial civil y el proceso eclesiástico. Lejos, no obstante, de quedar en un terreno puramente judicial, se eleva a una generalización que abarca, en cierto modo, toda la doctrina política de la Iglesia, en todos los tiempos y frente a los acontecimientos de nuestro siglo.

Comienza por demostrar que las semejanzas entre los dos poderes son únicamente aparentes. Y que hay diferencias profundas entre los dos órdenes de procedimiento procesal (el civil y el eclesiástico).

Muestra después, para explicar esta diferenciación, que el poder judicial es sólo una manifestación parcial del Poder en sí, y por tanto un estudio profundo y una observación científica del poder, en su aspecto judicial, nos lleva a un juicio amplio y general sobre el Poder Político en su naturaleza profunda.

"El poder judicial es una parte esencial y una función necesaria del poder de las dos sociedades perfectas: la sociedad eclesiástica y la sociedad civil. He aquí por qué la cuestión del origen del poder eclesiástico se confunde con la del poder civil".

De esa semejanza y de esa coincidencia de poderes en las dos sociedades se ha intentado concluir, dice el Papa, confundiendo los dos. Es falso, dice él, fiel a la concepción tradicional de las relaciones entre las dos sociedades que el Cristianismo representó ante el Paganismo y el Judaísmo. El Paganismo absorbía a la sociedad religiosa en la sociedad civil, haciendo del Emperador un dios. El Judaísmo absorbía a la autoridad civil en la autoridad religiosa, dando a los sacerdotes un poder supremo sobre los reyes.

Cuando los fariseos, que representaban la tradición hebraica en su mayor pureza, quisieron confundir a Cristo, colocáronlo ante el difícil problema de las relaciones entre los dos poderes. Y cuando Cristo respondió: "Dad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios" (14), venía a entregar una solución nueva para el problema de las dos espadas. Ni sumisión de la Iglesia al Estado ni sumisión directa de lo civil a lo religioso. *Distinción* entre los dos poderes. Atribución a cada uno de aquello que le pertenece, pues cada uno tiene su naturaleza propia y su autonomía relativa. Ni teocracia ni autocracia. Armonía heterocrática entre los dos poderes, pues si todo poder, en último análisis, viene de Dios, el poder político viene directamente del Pueblo, portador de la autoridad de origen divino y legítimo delegante de esa autoridad en el Poder político a constituirse por el consenso popular.

Pío XII, a veinte centurias de distancias, viene a recordar a los hombres del siglo XX esa inmemorial posición de la cristiandad.

No existe confusión entre poder civil y poder religioso. Hay, cuando mucho, analogía. Pero basada en diferenciaciones radicales que se manifiestan en las tres modalidades más corrientes del Poder de nuestro siglo: el *totalitarismo*, el *autoritarismo* y lo que se les opone: la *democracia moderna*.

El Papa no confunde totalitarismo y autoritarismo. Hace una distinción formal entre ambos. Y en vez de limitarse al problema inmediato que se propuso, el de las semejanzas o contrastes entre los dos poderes, va más allá y hace una crítica sumaria, pero extremadamente justa, de los regímenes dominantes en nuestro tiempo, de gran valor para comprender el aspecto político moderno del Mensaje de Roma.

"Es indiscutible que una de las exigencias vitales de toda comunidad humana y por tanto igualmente de la Iglesia y del Estado, consiste en asegurar de modo duradero la unidad en la diversidad de sus miembros".

He aquí una afirmación preciosa. Fin de la política es realizar la unidad en la diversidad. Este principio es fundamental. Y gran parte de los males del mundo moderno proviene de su olvido. Unos, obcecados por la *unidad*, sólo piensan en la comunidad. Otros, obcecados por la *diversidad*, sólo piensan en el individuo. Es la lucha de todos los días. Es el centro *doctrinario* del mayor choque político concreto e internacional o mejor inter-hemisférico de nuestros días: el choque entre Rusia y los Estados Unidos.

Para innumerables conciencias modernas, el choque entre los dos colosos es un choque entre los dos principios: el de la *libertad individual* y el de *la comunidad social*.

Rusia, campeona del socialismo. Los Estados Unidos, campeones del individualismo. Estos, apoyados en los beneficios de la Iniciativa Privada; aquélla, basada en los beneficios de la Superintendencia Estatal. Las acusaciones recíprocas se basan en esa *disociación* de los dos principios: el de la Unidad y el de la Diversidad.

Los partidarios de la libertad individual acusan al Sovietismo de esclavizar al hombre a la colectividad. Los partidarios del socialismo estatal acusan al Capitalismo de... esclavizar el operario al patrono, el pobre al rico.

Esta división del mundo en dos hemisferios, que para muchos es la realidad más viva de nuestros días, está basada en una simplificación que no acepto, pero que registro como existente y muy divulgada: Socialismo o Capitalismo; Libertad Económica o Economía Dirigida; Política Liberal o Política Socialista.

Pues bien, el Mensaje de Roma nos enseña que, en ese como en todos los puntos, el *unilateralismo* es una falsificación de la verdad. Fin de la política consiste en "asegurar de modo duradero la unidad en la diversidad de sus miembros". No basta obtener un equilibrio momentáneo. Es preciso asegurarlo *de modo duradero*. Ha de garantizarse a la sociedad una organización estable. El estado precario en que vivimos, el estado de mudanza continua, de revolución permanente, de amenaza constante de modificaciones de estructuras, es un estado poco humano. Es preciso que la política procure obtener una organización estable y duradera. Y que esa organización se base simultáneamente en los derechos de la Comunidad y en los derechos de la Personalidad. Unidad y variedad. No unidad sin variedad, o variedad sin unidad. Orden y libertad. No solamente *orden*, lo cual sería opresión, o solamente *libertad*, lo que equivaldría a anarquía.

Ese equilibrio entre los derechos del todo y los derechos de cada parte es el fundamento de toda organización política inspirada en el Mensaje de Roma.

¿Acaso los regímenes propuestos por el siglo XX —totalitarismo o autoritarismo—, atienden a esa exigencia básica de la política racional y cristiana?

No, responde perentoriamente el Papa, a quien cedo la palabra:

"El *totalitarismo* no es nunca capaz de satisfacer esa exigencia (de garantir de modo durable la uni-

(14) Reddite ergo quae sunt Caesaris, Caesari et quae sunt Dei, Deo. (Mat., XXII, 21.)

dad en la diversidad), porque da al poder civil una extensión injusta, porque determina y fija, en cuanto a su objeto y a su forma todos los sectores de la actividad y, de ese modo, comprime en una unidad o colectividad mecánica, marcada por el sello del Estado, de la Raza o del Partido, toda vida propia legítima, personal, local y profesional" (15).

Este párrafo es uno de aquellos *solitarios* a los que me referí antes, que brillan de modo excepcional en su engarce, que en este caso también es de oro fino. Es una síntesis maravillosa de la crítica serena y objetiva que la Iglesia formula, con toda valentía, al totalitarismo moderno. Queda, en definitiva, establecido este otro principio: el Mensaje de Roma es radicalmente *antitotalitario*.

El totalitarismo no es ya un problema entregado a nuestra libertad de opinión. El totalitarismo es formalmente anticatólico.

Un católico no puede ser totalitario, ni comunista, ni fascista. Y el Papa explica en seguida lo que entiende por totalitarismo: la absorción por el Estado, o por la Raza, o por el Partido, de las libertades individuales y grupales, que él designa por los términos: "vida propia legítima, personal, local y profesional".

La sociedad cristiana tiene que ser una sociedad *pluralista*, variada, en la cual cada elemento tenga su autonomía familiar, municipal, sindical, partidaria. Toda sociedad constituida políticamente a la luz de los principios auténticos del Mensaje de Roma, tiene que ser *autonomista, gremialista, pluralista*. Y debe ser construida a imagen de la vida. Si no quisiéremos emplear cualquier término en *ismo* o en *ista* (que el Papa siempre elude cuidadosamente y como evitando de intento fijarse en un *sistema*, y con ello escapar a la fidelidad debida a las variadas exigencias de la realidad) permanezcamos, como lo hace el Padre Santo, en los términos que indican la multiplicidad de la vida, la autonomía de cada elemento, la libertad de acción de cada factor de la sociedad.

Magnífica y fundamental es esa afirmación de que la política, lejos de ser una actividad que *imponga un molde*, que trace un plan, que caiga desde lo alto como un esquema o una fórmula sobre la masa muelle de las cosas, es y debe ser una actividad que estimule las fuerzas espontáneas, que fecunde las actividades propias, que suba, no que descienda, que se eleve, como la vegetación, desde abajo hacia arriba, desde el suelo social hacia el terreno de la convivencia humana. Y el conjunto, dominado por los derechos de la personalidad humana.

Este texto merece ser leído y releído, meditado y aplicado en conciencia por todos aquellos que confunden libertad con liberalismo y hacen de la doctrina social de la Iglesia una disciplina de hierro, aplicada a un cuerpo de esclavos.

Ella es exactamente lo opuesto. La política verdaderamente católica está basada en la libertad, en la multiplicidad, en la autonomía de las partes, en los derechos del hombre y de sus grupos naturales, desde el doméstico hasta el internacional.

Este realismo político, este pluralismo político, es fundamental en la concepción política de Roma, que es la del buen sentido, la de la libertad y de la convivencia *humana* y no *mecánica*.

Bien sabemos que a la Iglesia no le compete construir la sociedad civil. Pero nos incumbe a nosotros, hombres integrados en las dos sociedades, la civil y la religiosa, aprender las lecciones de sabiduría política que la Iglesia nos da, para aplicarlas *por cuenta nuestra*. Aun en eso, la Iglesia es eminentemente *autonomista*. Uno de los principios metodológicos que la Encíclica *Quadragesimo Anno* estableció, y al cual llamó "principio de la función supletoria", afirma que todo lo que pueda ser hecho por una sociedad menor, no debe ser hecho por una sociedad mayor (16).

Lo que el hombre puede hacer por sí, no se debe entregar a un grupo. Lo que una familia es capaz de hacer, no debe ser entregado a la empresa. Lo que la empresa pudiere hacer, no debe ser entregado al municipio. Lo que el municipio pueda hacer, no debe ser entregado al Estado.

El principio general atribuye a cada círculo social la autonomía de su propia capacidad, que debe combinarse jerárquicamente con la actividad de los otros círculos, sin que jamás los mayores absorban a los menores. El *totalitarismo* es exactamente opuesto a ese *pluralismo*. De ahí su condenación, tanto teórica como práctica, por el Mensaje de Roma. Pues el totalitarismo es la *uniformidad*, y esta es la negación de la verdadera *unidad*.

Si el *totalitarismo*, comunista o fascista, no consigue asegurar la unidad en la variedad, que es el objetivo final de toda verdadera Política, ¿podrá hacerlo el *autoritarismo?*

Sabemos cómo se ha desenvuelto, en nuestro tiempo, el culto de la Autoridad. Nuestra generación comenzó por oponer autoridad a libertad, cuando vió la libertad bajo el signo del liberalismo burgués. Por antiburguesismo capitalista, muchas veces fuimos extremados en nuestra actitud antiliberal. La realidad nos enseñó a distinguir. El tiempo es siempre, o casi siempre, un gran maestro de las proporciones. Cuando jóvenes, solemos ser impacientes y extremados. La vida nos va enseñando a ser proporcionados. Muchas veces va más allá. Y nos enseña a ser mediocres, apáticos, resignados, conformistas. Es el abuso de una virtud. Así como el autoritarismo es el exceso de un valor positivo y eterno: la autoridad.

Vivimos en un siglo autoritario y enemigo de la libertad. Muchos acusan a la Iglesia de ser así y de estar muy de acuerdo con nuestro tiempo. Ciertas simpatías espurias justifican, hasta cierto punto, esas acusaciones. El reaccionarismo, el autoritarismo, el derechismo, el integrismo, continúan siendo para muchos, la expresión política de la posición de la Iglesia ante el mundo moderno. Numerosos católicos, de buena fe, apoyan diversas formas de neofascismo, por motivos políticos aparentemente muy justos, como el de oponer una barrera fuerte a la ola del colectivismo rojo, de la dictadura comunista, del totalitarismo soviético o balcánico, cuya expansión imperialista en el Extremo Oriente y en el Occidente es uno de los fenómenos más catastróficos del mundo moderno. Pues nada es más caracte-

(15) Discurso al Tribunal de la Rota, *cit.*, 10-XI-46.

(16) Es verdad, sin duda, que la historia ofrece amplios testimonios de este hecho: que antes se pedía a las asociaciones de menor envergadura lo que hoy hacen poderosas colectividades. No por eso es menos indiscutible que no podemos mudar ni conmover este principio tan grave de la filosofía social: así como no se puede quitar de los particulares para transferir a la comunidad las atribuciones que pueden llenar por su iniciativa y por sus propios medios, así también, sería una injusticia el perturbar, de modo pernicioso, el orden social, retirar de los grupos de orden inferior, para confiarlas a una colectividad más vasta y de categoría más elevada, las funciones que esos grupos menores pueden ejercer por sí mismo. El objeto natural de toda intervención, en materia social, es auxiliar a los miembros del cuerpo social y no destruirlos ni absorberlos. Que la autoridad pública deje, por lo tanto, en manos de grupos de nivel inferior el cuidado de negocios de menor importancia, donde su esfuerzo se dispersaría en exceso; ella podrá entonces, de modo más libre, poderoso y eficaz, cumplir las funciones que le competen: dirigir, superintender, estimular, contener, según las circunstancias y las necesidades. Que los gobernantes se persuadan: cuanto más se realiza el orden jerárquico en los diversos grupos, según este principio de la función supletoria de toda la colectividad, mayores serán la autoridad y la potencia sociales, más feliz y más próspero el estado de los negocios públicos. (Encíclica *Quadragesimo Anno*, 15-V-1931.)

risticamente *totalitario* y *autoritario*, nada más auténticamente antidemocrático, nada más esencialmente opuesto al pluralismo cristiano del Mensaje de Roma, que ese imperialismo stalinista del cual están impregnados todos los partidos comunistas o paracomunistas del mundo entero.

El imperialismo soviético, polaco o balcánico, es una peste que amenaza al mundo moderno, y contra el cual no encontramos la solución en los mensajes del neofascismo, sino en el Mensaje de Roma, en la lucha por una regeneración cristiana de la democracia, a la luz de los principios de ese Mensaje, aunque sin ninguna pretensión de confundirse con esa lucha, como lo quiere hacer el neo-fascismo, que se juzga campeón único de la "civilización cristiana" o de la "cristiandad".

Roma no tiene partido.

Ni es "demócrata cristiana"

Ni es "totalitaria".

Pero nos enseña cosas que serán perfectamente *compatibles* con una verdadera "democracia", e *incompatibles* con el totalitarismo y con el autoritarismo.

También contra este último se manifiesta el Papa, en ese mismo documento.

"La otra concepción del poder civil, que puede ser designada con el nombre de "autoritarismo", está bien lejos de responder a esa exigencia (la unidad en la diversidad) ya que excluye a los ciudadanos de toda participación o influencia eficaz en la formación de la voluntad social. Ese autoritarismo divide a la nación, por consiguiente, en dos categorías: la de los dominadores o señores y la de los dominados, cuyas relaciones recíprocas vienen a ser puramente mecánicas, bajo el imperio de la fuerza, o tienen una base puramente biológica. Ahora bien, ¿quién no ve que, de tal modo, la verdadera naturaleza del poder del Estado queda profundamente trastornada? Ese poder, en efecto, tanto por sí mismo, como por el ejercicio de sus funciones, debe tender a que el Estado sea una verdadera comunidad, íntimamente unida al fin último: el bien común. Pero en este sistema se torna tan débil el concepto de bien común y aparece tan claramente como un pretexto engañoso, inspirado por el interés unilateral del dominador, que un "dinamismo" legislativo desenfrenado excluye toda seguridad jurídica y, de ese modo, suprime un elemento fundamental de todo verdadero orden judicial" (17).

Y después de criticar así, arrasadoramente, a todo "autoritarismo", el Papa excluye toda clase de semejanza de ese poder envenenado en sus fuentes, con la disciplina eclesiástica:

"La naturaleza del poder eclesiástico nada tiene en común con ese "autoritarismo", en el cual, por tanto, no se puede reconocer ningún punto de semejanza con la constitución jerárquica de la Iglesia".

No es posible ser más franco. No es posible ser más tajante. Nada hay de común entre la Autoridad Eclesiástica o el "principio de autoridad", invariablemente prestigiado por la Iglesia, y ese "autoritarismo" moderno, o eterno (pues no es privilegio de nuestros días), que "niega a los ciudadanos toda participación o influencia eficaz en la formación de la voluntad social".

Muchas veces hemos oído la afirmación de que el poder nada debe a los "ciudadanos", y que éstos sólo sirven para disminuir la autoridad, para anarquizar al Estado. En el texto de Heine, citado en uno de los primeros capítulos de este trabajo, vimos cómo trataba al *pueblo* ese genial revolucionario. "Tengo horror de todo lo que se hace por la multitud y no puedo soportar el mínimo contacto con ella. Amo al pueblo, pero lo amo a la distancia. Siempre combatí por la emancipación del pueblo; ese fué el gran tema de mi vida. Mientras tanto, en lo más encendido de la lucha, siempre evité el menor contacto con las masas... No, el pueblo no es bello; al contrario, es feo; pero su fealdad viene de su inmundicia y desaparecerá en cuanto se establezcan baños públicos, donde su majestad el pueblo se pueda bañar gratuitamente. El pueblo no es bueno: en realidad es malo. Si muerde, no obstante, es porque tiene hambre. Es preciso darle de comer. Y entonces ese muchachón malévolo se tornará muy gentil y gracioso, y sonreirá como los reyes después de una buena cena. El pueblo tampoco es inteligente... pero si estableciéramos escuelas gratuitas, donde el pueblo pudiese ser instruído, donde recibiese alimento para su espíritu, veríais entonces cómo esos animales feroces se humanizarían, cómo se tornarían inteligentes" (18).

Heine confundía *pueblo* y *masa*. Pío XII los distingue en un fragmento que ya se ha tornado famoso (19) y que explica las contradicciones de un texto como el del gran poeta alemán. Esa contradicción entre el sentimiento del valor del pueblo y el escepticismo con relación a él, es fruto de la ausencia de una distinción como esa entre *pueblo* y *masa* que el Mensaje de Roma, por intermedio de Pío XII, iluminó en forma tan admirable. También entre nosotros oímos, a cada paso, ese mismo escep-

(17) Discurso de S. S. Pío XII al Tribunal de la Rota, *op. cit.*, 10-XI-46.

(18) Heinrich Heine: *De l'Allemagne*, op. cit., vol. II, pg. 195.

(19) "Pueblo y multitud amorfa o, como se acostumbra decir, "masa", son dos conceptos diversos. El pueblo vive y se mueve por vida propia, la masa es de por sí inerte, y no puede moverse sino por intermedio de un agente externo. El pueblo vive de la plenitud de la vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales —en el propio lugar y del propio modo— es una persona consciente de las propias responsabilidades y de las propias convicciones. La masa, por el contrario, espera una influencia externa, es un juguete fácil en la mano de quien juegue con sus instintos e impresiones, lista a seguir, hoy ésta, mañana otra bandera. De la exuberancia de la vida de un verdadero pueblo, la vida se difunde, abundante y rica, en el Estado y en todos sus órganos, infundiendo en ellos, con vigor incesantemente renovado, la conciencia de la propia responsabilidad y del verdadero sentido del bien común. El Estado puede servirse de la fuerza elemental de la masa, hábilmente manejbrada y usada: en las manos ambiciosas de uno sólo o de varios, artificialmente agrupados por tendencias egoístas, el propio Estado puede, con el apoyo de la masa reducida a no ser más que una simple máquina, imponer su arbitrio a la parte mejor del verdadero pueblo, el interés común queda entonces, gravemente, por largo tiempo, malogrado y la herida es frecuentemente de curación difícil.

De aquí surge otra conclusión: la masa, tal como la acabamos de definir, es la principal enemiga de la verdadera democracia y de su ideal de libertad e igualdad.

En un pueblo digno de tal nombre, el ciudadano siente en sí mismo la conciencia de su personalidad, de sus deberes y de sus derechos, de la propia libertad conjugada con el respeto a la dignidad y a la libertad ajenas. En un pueblo digno de tal nombre, todas las desigualdades que no sean arbitrarias, sino derivadas de la misma naturaleza de las cosas: desigualdades de cultura, de posición social, de posesiones (sin perjuicio, bien entendido, de la justicia y de la caridad) no son de ningún modo obstáculo para la existencia y el predominio de un auténtico espíritu de comunidad y fraternidad. Por el contrario, lejos de lesionar de algún modo a la igualdad civil, le confieren su legítimo significado, esto es: que frente al Estado, cada cual tiene el derecho de vivir honradamente su vida personal, en el lugar y las condiciones en los cuales los designios de la Divina Providencia lo hubieren colocado.

En contraste con ese cuadro del ideal democrático de la libertad e igualdad en un pueblo gobernado por manos honestas y providentes, ¡qué espectáculo ofrece un Estado democrático entregado al capricho de la masa! La libertad, en cuanto deber moral de la persona, se transforma en una pretensión tiránica, para dar desahogo libre a los impulsos y apetitos humanos, en detrimento de los demás.

La igualdad degenera en nivelación mecánica, en una uniformidad monocroma: los sentimientos de verdadera honra, actividad personal, respeto de la tradición, dignidad, en una palabra, todo lo que da a la vida su valor, poco a poco se pierde y desaparece. Sobreviven apenas, por una parte, las víctimas ilusionadas por la fascinación aparente de la democracia, ingenuamente confundida con el espíritu de genuina democracia y con la libertad y la igualdad; y por otra parte, los aprovechadores más o menos numerosos, que supieron, por medio de la fuerza del dinero o de la organización asegurar para sí mismos por sobre los otros, una condición privilegiada y aún el mismo poder" S. S. Pío XII, Radio-Mensaje de Navidad de 1944.

LOS HIMNOS EUCARISTICOS DE TOMAS DE AQUINO

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Córdoba.

ENTRE los poetas litúrgicos que iluminaron con su genio los tiempos finales de la Edad Media, pocos han de haber poseído un don musical tan alto como el que demostró el un día famoso y hoy poco menos que olvidado Adam de Saint-Victor, cuya influencia se extendió, no sólo a los escritores de su siglo y del inmediato (sin excluir, entre estos últimos al autor de la *Divina Commedia*), sino también a muchos de las subsiguientes centurias. Nacido en la décimosegunda, el célebre canónigo regular de la abadía de Saint-Victor-lez-Paris ilustró su época (madura ya para la frutal eclosión renacentista) con una obra en la que las virtudes de naturaleza rítmica y melódica llegaron a esferas confinantes con lo verdaderamente prodigioso. Toda excelencia de orden sonoro tuvo en ella plena y cabal representación. Las más inusitadas homofonías, las más audaces aliteraciones, las más sorpresivas similicadencias y similidesinencias florecieron allí con extraordinario esplendor, proporcionando a las prosas, a los himnos y a las secuencias en que se fueron insertando un aspecto de verdaderos catálogos del ingenio y de la gracia verbales, en los que a la susodicha esquisitez musical se unía un maravilloso refinamiento de dibujo y de color. Basta leer piezas como *De Sancto Spiritu*, que comienza con aquellos concentrados versos que dicen:

Lux jocunda, lux insignis,
Quâ de throno missus ignis...;

ticismo democrático, ligado al sentimiento invencible de lo que representa el pueblo. La contradicción no es de hoy. Encontrámosla, hace cincuenta años, en el Heine brasileño del parnasianismo, en Olavo Bilac. Cuando clamamos hoy, con razón, contra nuestra incuria cívica, contra nuestro escepticismo electoral, aún después de la desastrosa experiencia de la dictadura, deberíamos releer fragmentos como los que voy a citar, para ver cómo el mal viene de lejos, cómo no fueron nuestra generación ni el régimen dictatorial los que lo enseñaran a las nuevas generaciones, sino que ellas lo recibieron de la generación anterior a la nuestra. Olavo Bilac escribía, en 1903, comentando las elecciones municipales:

"¿Habrá quien sea bastante necio para quebrar lanzas y degollarse y sacrificarse, con el solo fin de conquistar o de conservar la *soberanía* del Rey de Senegambia, o la del *Papa de los Locos*, o la del Emperador Divino, o la del tenor que canta la parte de Francisco I en "Rigoletto"? La soberanía que la ciudad de Río de Janeiro quiere conservar no es tan ridícula como esas, pero tampoco es de las más envidiables. Ser soberano, ¿para qué? ¿Para ver el dinero público desbaratado en pura pérdida? ¿Para ver cómo la basura aumenta en las calles y el pan falta en las casas? ¿Para entregarse con las manos atadas a la incuria, a la desmoralización o a la fiebre amarilla? Y ¿qué soberanía es esa que se deja anular por la influencia del primer jefe político que dispone de algunos miles de pesos y algunos necios? Nadie puede tener la inocencia o la bobería de creer que, reformado el sistema electivo municipal, estén heridos de muerte todos los vicios de nuestras elecciones. La elección de hoy va a ser una elección como las otras: la mitad del electorado quedará en casa y la otra mitad irá simplemente a fingir que está votando... Es cierto, ciertísimo, que de las urnas sólo saldrán electos los ciudadanos indicados por el gobierno. ¿Cuál es la utilidad de esa comedia? Ninguna: las comedias nunca tienen utilidad práctica. Sólo sirven para hacer reír. ¡Pero lo esencial, para esta ingenua ciudad, es que no le roben la soberanía! Ella no quiere avenidas, no quiere escuelas, no quiere limpieza, no quiere civilización, no quiere arte: lo que ella quiere es ser soberana" (20).

Bilac era la voz del pesimismo democrático en Brasil, como la de Eça de Queiroz, que tan profunda influencia ejercía sobre él, lo era en Portugal. Y voces geniales como esas prepararon el terreno para el totalitarismo moderno. Para "la eficiencia en vez de la libertad", como dice Sobral Pinto acerca de la era getuliana. Se cuenta hoy una anécdota de tres perros que se encontraban en París: uno inglés, uno francés y uno ruso. El inglés dijo que estaba allí para ver si comía, porque en Inglaterra el racionamiento era intolerable. El francés dijo que estaba allí porque no podía salir. Y el ruso alegó que en la patria de Stalin había comida al por mayor. "¿Entonces por qué estás aquí?", le preguntaron los otros. Y él respondió: "Para ladrar".

Bilac aprobaría esta anécdota y tal vez hoy no permanecería en su pesimismo.

El Mensaje de Roma es optimista, dentro de su eterno realismo. Hace la distinción entre pueblo y masa, pero nos muestra que todo poder del cual está ausente la participación de los gobernados es la negación de la autoridad, con lo que estarían de acuerdo Heine y Bilac, los poetas apasionados por las cosas públicas y desencantados por los abusos del poder o por el lado *masa* del pueblo. El autoritarismo es, pues, condenado formalmente por el Mensaje de Roma. Véase con qué cuidado está redactada esa condenación. Previendo la objeción de los "autoritarios" que dicen no ser exacto que los ciudadanos no participen de la voluntad social, pues la *voz del Pueblo*, de las *masas*, de los plebiscitos, acompaña siempre a la demagogia autoritaria, el Papa incluyó aquel adjetivo —*eficaz*— para mostrar que no basta una influencia nominal. Es preciso una influencia *eficaz* de los ciudadanos en el poder para que el gobierno no sea "autoritario" y por tanto, divida en lugar de unir.

Resta examinar la tercera forma de los gobiernos modernos a que alude Pío XII en ese documento: "la forma democrática del poder civil".

Ahora el tratamiento es otro. Lejos de lanzar una condenación, como en los casos mencionados, el Papa distingue entre *auténtica* y *falsa* democracia. Transcribamos el documento que estamos comentando; sus términos son más elocuentes que cualquier comentario (21). ❖

(20) Olavo Bilac, *Crítica e Fantasia*, Lib. A. M. Teixeira, Lisboa, 1904, pág. 115.

(21) Y continúa el Cap. VIII sobre el Papa y la política a lo largo de 16 páginas más, esclareciendo la distinción pontificia entre verdadera y falsa democracia.

basta repasar prosas como la dedicada a la Asunción de la Santísima Virgen, que se inicia con aquellas limpias líneas que cantan:

Salve, mater Salvatoris,
Vas electum, vas honoris,
Vas coelestis gratiae:
Ab aeterno vas provisum,
Vas insigne, vas excisum
Manu sapientiae...;

basta acercarse a parafrasis como *Laudes Crucis attollatur*, donde pueden apreciarse tercetos tan tersos como el que reza:

Nulla salus est in domo
Nisi crucc munit homo
Superliminaria...;

basta, en fin, poner los ojos (asistidos, naturalmente, por los oídos) en cualquier composición de Adam de Saint-Victor, para comprobar hasta qué punto fué grande, intensa y variada la maestría técnica del admirable poeta. Claro está que este virtuosismo llevaba aparejado un gran peligro con respecto al alcance estrictamente conceptual de la poesía así realizada, y claro está, asimismo, que tan impresionante despliegue de recursos retóricos acabó por reflejarse negativamente en ella. A fuerza de mostrarse rica en accidentes estilísticos, en atuendo verbal, en "fermosas coberturas", la obra del deslumbrante monje se presenta a veces como un agobiante complejo de opulencias exteriores destinado a vestir, más que a expresar, un cuerpo doctrinal y sentimental infinitamente más pequeño... La desproporcionada acumulación de elementos materiales impide a menudo la fluencia normal del pensamiento poético, que en ciertas realizaciones de Saint-Victor, y principalmente en algunas de sus secuencias, se desenvuelve con un paso excesivamente tardo y difícil, al que sólo de tanto en tanto estimula un verso ceñido a sus palabras necesarias o una línea atenida a sus estrictas conveniencias expresivas. Con todo, y aun en lo atañedero a su contenido ideal, la poesía en cuestión puede figurar entre las mejores de los tiempos medios, y no es aventurado asegurar que constituyó una genuina cantera de la que extrajeron sus materiales muchos de los creadores que más tarde intentaron el arduo género litúrgico. Adelantándose a todos estos, cabe decir que Santo Tomás de Aquino (discípulo el más ilustre de Adam de Saint-Victor) se benefició, desde el principio de su carrera, con las experiencias del autor del *Salve dies*. Es cosa generalmente admitida que el genial dominico bebió en las fuentes del fulgurante secuencista, y que sobre las conquistas expresivas de éste levantó sus espléndidas construcciones poético-teológicas. Hombre avezado a las escuetas formulaciones de tipo filosófico, Santo Tomás de Aquino no incurrió, por cierto, en los excesos retóricos de su maestro. Utilizando lo que en la vasta labor de Saint-Victor le parecía utilizable, y desechando lo que en ella era manifiestamente entorpecedor de lo conceptual, el arquitecto de la *Suma Teológica* logró una poesía que, desde temprano y para siempre, se mostró como la más apta para el canto deprecatorio, tanto por la claridad y la nitidez de su hilo doctrinal como por la turgencia de sus formas verbales, que se adaptan perfectamente a los imperativos de la función coral. Lo que primero sorprende en las composiciones aquinenses es el vigor silogístico de su pensamiento, que se desarrolla en miembros rítmicos y prosódicos de extraordinaria precisión. Lo que en seguida deslumbra en ellas es la gracia fresca, espontánea y conversacional de su aparato estilístico, que, aunque subordinado al mensaje que transmite, no exhibe en ningún momento señales de estar constreñido, ni mucho menos distorsionado, por las exigencias de su trasfondo nocional.

En su conjunto, esta severa poesía presenta el aspecto de una expresión castigada hasta extremos casi heroicos, de una expresión para la cual la comunicación exacta del mensaje está antes que todo, sin excluir de este todo ni siquiera esas inocentes morosidades en que suele complacerse el ingenio aun en los creadores más austeros. Sin concesión alguna a lo ornamental, los profundísimos esquemas de Santo Tomás parecen cristalizaciones rotundas de sus respectivos temas, categorizaciones terminantes de esta o aquella proposición poética, perlas en que han llegado a cuajar, después de infinitas operaciones, los confusos materiales líricos inmersos, como en un ansioso océano, en la milenaria conciencia religiosa de la humanidad. Por todo ello, y sobre todo por su pureza, ninguna poesía podía haber más apropiada para cantar el misterio de la Sagrada Eucaristía. Así lo comprendió la Iglesia por medio de su Pontífice Urbano IV, que fué quien encargó al discípulo de Santo Domingo la preparación del Oficio del Santísimo Sacramento. Y así lo reconoció también San Buenaventura cuando, con un gesto digno, por su humildad, de un auténtico hijo de San Francisco, hizo pedazos lo que acababa de escribir acerca de Jesús-Hostia no bien escuchó de labios de Santo Tomás los primeros versos del *Pange lingua*. Este estupendo himno (que en el citado oficio corresponde a Vísperas) y los no menos admirables *Sacris solemnis* y *Verbum supernum* (que se cantan respectivamente, a las horas de Maitines y Laudes) forman el tríptico himnológico con que la Iglesia celebra líricamente en la festividad de Corpus Christi uno de sus fundamentales misterios. En tales piezas, así como también en la magnífica secuencia *Lauda Sion*, el genio poético de Santo Tomás alcanzó una plenitud que ningún himnólogo cristiano logró después, y que sólo San Ambrosio y Prudencio conocieron antes. Publicada hace unos meses en "La Nación" mi traducción castellana del *Pange lingua*, me complazco ahora en ofrecer a los lectores de CRITERIO las que hice del *Sacris solemnis* y del *Verbum supernum*. Las tres forman parte de mi libro en prensa "Himnos del Breviario Romano", el cual está dedicado a S. E. R. monseñor doctor Fermín E. Lafitte, Arzobispo de Córdoba, con motivo de sus bodas de plata episcopales.

SACRIS SOLEMNIS

SUMANDO nuestro gozo al de esta fiesta
Elevemos cordiales alabanzas,
Y que todo lo viejo se renueve:
Corazones, acciones y palabras.
Hoy se recuerda la postrera cena
En que Jesús, conforme al viejo rito,
Se dignó repartir a sus hermanos
El cordero y los ázimos prescriptos.
Una vez acabado aquel banquete
Y después de comido aquel Cordero,
Creemos que fué el mismo Jesucristo
Quien se dió a todos, igualmente entero.
Como a flacos les dió a comer su cuerpo,
Como a tristes les dió a beber su sangre,
Cuando les dijo: —Recibid, amigos,
Lo que os doy con amor en este cáliz.
Así dejó instituido el sacrificio
Y encomendó tan sólo al sacerdote
Celebrar el oficio respectivo
Y distribuir el pan que El mismo come.
El angélico pan que se vuelve humano
Y las figuras llegan a su término.
¡Oh maravilla! El pobre y el esclavo

UN TESTIGO DEL MUNDO MODERNO: *André Malraux*

PIERRE DE BOISDÉFFRE

París.

ANDRE Malraux nació en París en noviembre de 1901. Su niñez fué marcada por la guerra de 1914-1918, primera etapa de la decadencia de Europa. Cuando se produjo el armisticio, Malraux, cuya familia estaba arruinada, cuyo padre se había suicidado, condenó en su corazón a una patria cuyos hijos habían sabido morir, pero que no sabían sobreponerse a su victoria. Como en un sueño, vio sus ciudades destruidas, anunciadoras de otros desastres, de las prisiones y de los crematorios. En Francia no se pensaba sino en gozar de la paz recuperada: el joven Malraux no pensaba sino en la guerra. Había descubierto que "en el corazón del mundo occidental hay un conflicto sin esperanzas: el del hombre y de lo que él ha creado, el de Europa y de su civilización". *¿Qué hacer de un alma*, se preguntaba con angustia, *si no existen Dios ni Cristo?*

Se fué pues a Oriente en busca de la aventura. A través de la selva de Cambodge donde la lepra vegetal termina de roer los templos sepultados, descubrió algunas de las más hermosas estatuas khmers, después estuvo en Hong-Kong, rebelada contra el ocupante británico, Cantón, donde se jugaba la suerte del Kuo-Min-Tang, Shanghai, donde un proletariado se despertaba a los acordes de la *Internacional*. Al lado de Borodin, entre los atentados y la fusilería, vivió el mismo Apocalipsis que, seis años antes, había hecho de la Santa Rusia un imperio de nuevo tipo. Cuando volvió a Europa, había hecho su cosecha: contra lo eterno había escogido la historia, contra la sabiduría la acción. Pero también había comprobado aterrorizado esa intuición de su infancia de que el hombre nada puede contra la muerte.

Durante diez años iba a aturdirse, y mezclarse en todos los conflictos del siglo: en Moscú con Stalin, en Berlín para salvar a Dimitrov (que moriría siendo dictador de una Bulgaria sovietizada), en Madrid a la cabeza de la aviación republicana. De allí traería esos libros confusos y grandiosos que se llaman "La Condición Humana", "El Tiempo del Desprecio", "La Esperanza". "El mundo se parecerá un día a mis libros", había escrito en la época de su orgullosa juventud. Se daba cuenta con estupor que efectivamente el mundo se hacía parecido a sus libros, llenos de guerras, de angustias y de espanto. En 1940, herido en su tanque, hecho prisionero, Malraux se evadía, pasaba, dos años más tarde, a la Resistencia, comandaba en la Liberación la célebre brigada Alsace-Lorraine, llegaba a ser ministro, se unía en la oposición con el general de Gaulle, a quien seguiría en el seno de la Reunión del Pueblo Francés.

Contrariamente a lo que se oye decir a menudo, Malraux no ha sido nunca comunista, pero ha sido uno de los más ilustres compañeros de ruta del comunismo, mientras pudo ver en él un dique opuesto al fascismo. Pero la elección profunda de Malraux no es una elección política: es la búsqueda desesperada de un orden imposible de encontrar que le permita finalmente prescindir de Dios. "Por destruir a Dios y después de haberlo destruido, comprobaba hace veinte años, el espíritu europeo ha aniquilado todo lo que podía oponerse al hombre: llegado al término de sus esfuerzos, como Rancé ante el cuerpo de su amante, no encuentra sino la muerte". Ni la acción, ni la aventura, ni la revolución, han podido llenar en él ese vacío, apartar su mirada de la obsesión de la muerte. Pero poco a poco, el aventurero va a descubrirse afectado por valores que al principio había negado: el sufrimiento, la dignidad humana, la comunión y, finalmente el arte. En la guerra de España, había tomado violentamente partido contra el movimiento nacionalista y contra la Iglesia, porque "no se enseña a tender la otra mejilla a personas que nunca han recibido sino bofetadas. La fe ¡pero no es la ausencia de amor! La esperanza, pero no es adorar como un fetiche ese crucifijo de Sevilla al que han llamado el *Cristo de los Ricos* (nuestra Iglesia no es herética, es simoniaca). ¡También hay orden en la cárcel! La caridad, pero no son los sacerdotes navarros que dejaban fusilar en honor de la Virgen, son los sacerdotes vascos que... han bendecido en las cuevas de Irum a los anarquistas que habían quemado sus iglesias... la Iglesia de España, pero contra ella me apoyo sobre toda mi fe... Estoy contra ella en nombre de las tres virtudes teologales... Sólo Dios conoce las pruebas que impondrá a su sacerdocio, pero creo que es necesario que el sacerdocio llegue a ser otra vez difícil... Lo mismo, quizás, que la vida de cada cristiano".

A partir de esta época, se preguntaba cómo conciliar humanismo y rebelión; el respeto del hombre, con la revolución marxista. Por un momento había creído que el comunismo podría restituir al individuo su *fertilidad*. "Romano del Imperio, cristiano, soldado del Ejército del Rin, obrero soviético, el hom-

Comen el cuerpo de su propio dueño.
Oh Deidad trina y una: te rogamos
Que te dignes bajar a nuestra vida,
Y que nos lleves por tus derroteros
Hasta la misma claridad que habitas.

VERBUM SUPERNUM

SIN dejar la derecha de su Padre,
Y para consumar su obra divina,
El suma Verbo, que ha venido al mundo,
Llega al fin a la tarde de su vida.
Antes de ser (por uno de los suyos)
Dado a quienes la muerte le darían,
En el vital banquete del Cenáculo
Se dió a los suyos como vianda viva,
Se dió a los suyos, bajo dos especies,
En su carne y su sangre sacratísimas,
A fin de alimentar en cuerpo y alma
A cuantos hombres este suelo habitan.
Se dió, naciendo, como compañero;
Comiendo se entregó como comida;
Muriendo se empeñó como rescate;
Reinando, como premio se nos brinda.
Hostia de salvación que abres las puertas
Celestes de la gloria prometida:
Fortalece y socorre a nuestras almas
Asediadas por fuerzas enemigas.
Glorificada eternamente sea
La perpetua Deidad, que es una y trina,
Y que ella finalmente nos conceda
En la patria sin fin vida infinita. ❖

(Traducción del latín por Francisco Luis Bernárdez)

UNA NOVELA DE EVELYN WAUGH: "*Men at Arms*"

NEVILLE BRAYBROOKE

Londres.

SENTADOS en los sillones de sus clubes, con cigarros y coñac a mano, hay un momento al atardecer en que los viejos coroneles que hablan con los oficiales jóvenes, echan una ojeada a las noticias del día y dicen: "El mundo está superpoblado. Necesita un baño de sangre de vez en cuando. Las guerras son terribles, pero deben existir. Nosotros ya las hicimos. Pronto les tocará a ustedes". Si este secreto, que se ha ido transmitiendo de generación en generación, es profesional, por lo menos tiene el mérito de ser un secreto a voces, y por más fácil que sea reírse de él, encierra una gran dosis de sentido, aún cuando éste pueda ser considerado por algunos

---

bre está ligado a la colectividad que lo rodea," escribía. Alejandrino, escritor del siglo XVIII, se ha separado de ella. Es difícil ser un hombre. Pero no es más difícil llegar a serlo profundizando su comunión, que cultivando su diferencia". Lo que había llamado "la orden mendicante de la Revolución" le había permitido experimentar esta fraternidad, escapar provisoriamente a la impotencia de una civilización que "desde que ha perdido la esperanza de encontrar en las ciencias el sentido del mundo, está privada de toda finalidad espiritual".

Pero todos los ídolos son engañosos: la aventura, la Revolución, la historia, y hasta el arte. "El deseo frenético de dejar sobre la tierra una cicatriz" no basta para llenar una vida, y si el hombre no fuera sino "la suma de sus actos" su existencia sería bien vana. El hombre jamás encuentra en sí mismo una convicción capaz de ordenar el mundo. "Transformar en conciencia la experiencia más amplia posible" es insuficiente: es la experiencia la que debe plegarse a las exigencias de la conciencia. Todo esto lo siente confusamente hoy Malraux y seguramente está más cerca del Cristo de lo que nunca ha estado. Por un momento ha creído encontrar en Nietzsche, Spengler y Fröbenius los elementos de una filosofía de la historia donde este eliminada toda idea de redención, la que nos ha expuesto de un modo sugestionante en *Les Noyers de l'Altenburg*, uno de cuyos héroes exclama: "el hombre es un azar y, en lo esencial, el mundo está hecho de olvido". Pero ha encontrado el arte, y como el arte es una forma de eternidad, le ha revelado a Dios. Ha oído las *Voces del Silencio*, esas voces imperecederas que, desde los templos khmers hasta las catedrales, atestiguan algo que, en el hombre, sobrepasa infinitamente al hombre.

Malraux descubría con sorpresa que todas las grandes artes de la historia eran artes *sagradas*, que una misma experiencia interior había inspirado sus figuras a la India de Buda, a la China de Confucio y de Lao-Tse, a la Europa medieval. Había comenzado su inventario con un brillante homenaje a Grecia: "Grecia, arte del mundo reducido a la tierra... la fatalidad de los Atridas, es el final de las grandes fatalidades orientales... En el destino del hombre, el hombre comienza y el destino termina..." Pero, ¿qué es la Grecia ante el *Quattrocento*? ¿Qué es un Apolo ante el *Pantocrator* bizantino, el *Bodhisattva* o el *Beau Dieu* de Reims? Por eso el academismo, esa voluntad de anexar el mundo al individuo en lugar de transfigurar al hombre y al mundo, le parece una intoxicación. "Moribunda o no, pero con seguridad amenazada, Europa parece pensarse menos en palabras de libertad que en términos de destino".

Pero el verdadero arte supone una conversión, "la ruptura de una relación anterior entre el hombre y el mundo", gracias a la cual el hombre, liberado de sí mismo y de sus fatalidades, llega al descubrimiento de un secreto simple y sagrado. Así, al final de su *Psychologie de l'Art*, Malraux pretende desembocar en una conclusión metafísica:

> "El oscuro encarnizamiento de los hombres por recrear el mundo no es vano porque nada vuelve a ser presencia más allá de la muerte, con excepción de las formas recreadas... El humanismo no consiste en decir: "Lo que yo he hecho, ningún animal lo habría hecho", consiste en decir: "He rehusado lo que quería en mí la bestia y me he convertido en hombre sin la ayuda de los dioses". Indudablemente, para un creyente, este largo diálogo de las metamorfosis y de las resurrecciones se une en una de las voces divinas; pero quizás sea hermoso que el animal que sabe que debe morir, contemplando la implacable ironía de las nebulosas, le arranque el canto de las constelaciones... En el atardecer donde aún dibuja Rembrandt, todas las sombras ilustres... fija la mano titubeante que prepara su nueva supervivencia... y esa mano... tiembla del honor de ser hombre..."

El arte le parece hoy a Malraux la única resurrección que haya sido prometida al hombre: *lo que el Absoluto restituye*, ese vínculo que permitiría por fin al hombre "no ser más un accidente del universo": "el arte es un anti destino... la totalidad de la historia del arte tendría que ser una historia de la liberación... "Sin embargo, Malraux casi no cree en el arte por el arte. ¿El arte para el hombre? ¿Pero para qué hombre? Eso es lo que no nos dice. Este es todo el problema de lo sagrado sin Dios que plantea su obra más reciente. Por lo pronto ha recusado la jerarquía cristiana: "Ciertamente hay una fe más alta, decía. Es amor, y la paz está en ella: la que proponen todas las cruces de las aldeas. No la aceptaré jamás". Después ha reconocido la insuficiencia del "humanismo" marxista. ¿Llegará a encontrar el orden misterioso de la Redención? Ya ha sobrepasado la estéril rebelión de sus veinte años. No se si se hará alguna vez cristiano, pero su obra más reciente suscita conclusiones que no están lejos de las nuestras, y los valores que defiende son los de la herencia cristiana. Cuidémonos de una "anexión" peligrosa: es preferible un Malraux agnóstico sincero que viniendo al cristianismo por razones secundarias. Su actual tentativa de divinizar el arte, después de la historia sólo puede conducirlo a un fracaso. Porque no basta con exaltar al hombre, además hay que saber adonde conducirlo. Malraux acaba de penetrar en un mundo casi hermano del nuestro: el mundo de lo sagrado sin la gracia, un mundo donde Dios está cercano aunque todavía no sea visible. ¿Hay todavía una esperanza para el hombre? Esta es la pregunta que Malraux se plantea y nos plantea desde hace treinta años. Se necesitaría un milagro para que esta esperanza se haga carne. Porque, a la inversa de Pascal, Malraux todavía no ha encontrado al Cristo. ❖

como un sentido primitivo y animal. Porque sugiere un cuadro del mundo como podría serlo hoy si no se hubiera efectuado la Encarnación, y visto desde ángulos diferentes, este es un tema que ha interesado a Evelyn Waugh en las últimas dos décadas.

En *Vile Bodies* (1930), se encuentra este primer planteo "¿Qué guerra?", dijo abruptamente el Primer Ministro. "Nadie me ha hablado de ninguna guerra. Creo que deberían haberme informado. Maldito sea", dijo en tono desafiante, "si es que creen que puede haber guerra sin consultarme. ¿Para qué sirve un gabinete si no hay más confianza mutua que esa? ¿Y en todo caso, para qué quieren una guerra?"

"Esa es la cuestión. Nadie habla de ella y nadie la quiere. Nadie habla de ella *porque* nadie la quiere. Todos temen decir una sola palabra sobre ella".

"Pues entonces, si nadie la quiere, ¿quién va a hacerla? "Las guerras no se inician hoy día porque el pueblo las quiera. Queremos la paz y llenamos nuestros diarios con conferencias sobre desarme y arbitraje, pero hay una inestabilidad radical en nuestro orden mundial, y pronto marcharemos todos nuevamente hacia las fauces de la distrucción, protestando nuestras pacíficas intenciones".

Pero en los clubes, los viejos coroneles no temen referirse a la guerra delante de los oficiales jóvenes porque todo es parte de su profesión mutua —profesión que, aceptamos al cazador y al guerrero como tempranos antecedentes, es antigua como el hombre. Porque si el Coronel Blimp se ha convertido en una figura divertida de music-hall, muchos de los chistes tétricos que tanto hacían reír en 1930, se han convertido en realidades dolorosas en los últimos quince años. Siempre ha habido algo de Coronel Blimp en Waugh, pero en lo fundamental siempre ha sido la parte mejor del blimpismo —la de la fuerte creencia e insistencia en el ordenamiento jerárquico de cualquier sociedad digna de tal nombre.

Es peligroso profetizar que harán los escritores en el futuro, pero *Men at Arms*, primera de una trilogía, es una novela sobre la vida militar, y el hecho de que lo sea no es una sorpresa exagerada: "es parte de una aventura amorosa", confiesa el autor, "llena de vicisitudes, entre un civil y el ejército" y la mayor parte de su primer capítulo parece un refrito de temas que ya han sido tocados. Digamos que es un libro de ecos, de acuerdo a los cánones de Waugh.

Su primera novela, *Decline and Fall* (1929) tenía esta nota en el prefacio: "Hay que tener siempre en cuenta que este libro trata de ser divertido". Lo fué, y aunque en esta última novela hay escenas tan graciosas como en cualquiera de sus primeros libros, esta vez están mucho más espaciadas, pareciendo —en esta etapa del plan revelado en *Men at arms*— largos trozos de prosa narrativa, de tono más bien grave, y carentes de una tensión sostenida. Sin embargo, los trozos humorísticos son tan agudos como siempre, y en la cuarta página encontramos uno que podría haber salido de su "novela para periodistas" *Scoop* (1933):

> El pueblo cambió algo, pero ni el ferrocarril ni la carretera tocaron a esa feliz península (Santa Dulcina, Italia). Algunos extranjeros construyeron allí sus villas. La posada se agrandó, instaló servicios sanitarios y un cafe-restaurant, y adoptó el nombre de "Hotel Edén" que durante la crisis abisinia fué cambiado subitamente por "Albergo del Sol".

Sin embargo, este prólogo de cuarenta y cuatro páginas tiene una atmósfera de tono cansino y es tan tedioso —aunque por razones diferentes— como lo fué gran parte de *Helena* (1950). Los buenos momentos que tiene desaparecen demasiado rápidamente, como pájaros al vuelo —símil bastante acertado, quizá, porque aquí (como en *Helena*) hay pasajes en que Waugh escribe con la graciosa precisión que tienen los pájaros en su vuelo. Un pasaje semejante abre el relato:

> Cuando los abuelos de Guy Crouchback, Gervase y Hermione, vinieron a Italia en luna de miel, tropas francesas dirigían las defensas de Roma, el Soberano Pontífice salía en carruaje descubierto y los Cardenales hacían sus ejercicios en sillas de montar femeninas en el Monte Pincio.

Unas cuantas cláusulas más separadas por comas, y la deuda de Waugh al Henry James de los primeros tiempos sería aún más evidente. Y lo mismo podría decirse de los ecos estilísticos...

Los ecos en lo que se refiere al tema, aparte de los militares que se encuentran en todos sus libros, vienen principalmente de *A Handful of Dust* (1934) y *Brideshead Revisited* (1945). Guy Crouchback considera que la Segunda Guerra Mundial es una cruzada, así como sus antepasados habían pensado al alistarse en la lucha contra los infieles por la Fé. Cuando se enrola, lleva consigo una medalla de Nuestra Señora de Lourdes, y si se me permite una conjetura, sospecho que en los dos volúmenes que faltan esta medalla ejercerá cierta influencia en alguna azaña de comandos a la que Guy podría ser destinado, y sobre su posición marital (su esposa Virginia se ha divorciado de él). Guy no parece un personaje simpático, y la violenta acusación de Virginia de que es "un presumido, afectado, obsceno, ostentoso, asexuado y lunático" tiene un halo de veracidad. Carece de la magnanimidad de corazón de su padre —bellamente retratado— y es lo que podría llamarse un ser antipático. En Santa Dulcina lo respetan pero no pueden quererlo, y el mismo destino le aguarda como oficial.

> Guy conocía todos los nombres. La dificultad estaba en identificarlos. Cada uno tenía tres rostros: una máscara inhumana y más bien hostil cuando estaba firme y atento; una expresión vivaz y variable, por lo general payasesca, a veces furiosa, a veces dolorida, cuando los veía entre sus compañeros, fuera de servicio o de centinelas, yendo a la N.A.A.F.I. o discutiendo en las filas de la compañía; y en tercer lugar una mueca reservada pero amable cuando les hablaba personalmente en estas ocasiones o cuando estaban de guardia.

Guy no sufre de dejirios: no cree que en tiempos de crisis las clases trabajadoras automáticamente aceptan a los individuos de su propia clase, sino más bien que los treinta hombres que componían su pelotón tenían cierto aprecio por él. Sin embargo, aunque estaba preparado para morir por cualquier de ellos en acción y "conocía todos los nombres", no podía distinguirlos como individuos. Esto también puede aplicarse a sus relaciones con Virginia después del divorcio, y muy bien pudo haberlo causado. Porque si su comportamiento con ella es muy humano, o por lo menos comprensible, es sencillamente la actitud corriente hacia alguien a quien jamás se ha considerado un ser humano en posesión de su propio derecho. Porque la religión que practica sugiere un Juicio Final en el que los hombres serán juzgados más bien por las leyes que acatan que por el espíritu con que las cumplen. En su concepción de Dios, el acento está puesto en la justicia y en la retribución antes que en la misericordia y perdón. Sin embargo es juicioso reservar un veredicto final sobre estos rasgos de su carácter recordando que hasta ahora sólo se conoce un tercio de su vida de soldado. La declaración de Waugh de que la novela

DE LA INICIATIVA EN LA VIDA MORAL

TH. DEMAN

Friburgo (Suiza).

CASI no se tiene el hábito de considerar la vida moral como una empresa, de la cual poseemos la iniciativa. Parécenos, más bien, que toda nuestra tarea consiste en cumplir los deberes que nos son impuestos, cuya sujeción sufrimos con cierto disgusto. Sea que la obligación tome una forma negativa (no debes mentir), sea que se presente como positiva (pagarás tus deudas), en ambos casos mantiene una autoridad a la cual no correspondemos de otro modo que por la obediencia y la sumisión. Nos gusta, ciertamente, concebir un proyecto e introducir en el mundo, poniéndolo en ejecución, una nueva realidad de la que somos autores; pero, de ordinario, no estimamos que esta especie de creación concierna al orden moral.

¿No pondríamos, sin embargo, mayor solicitud en el cumplimiento de nuestros deberes si lográramos convertirnos a la idea que acaba de ser recordada? Esta conversión, en verdaad, está llamada a alcanzar hasta la noción misma de deber y de obligación que espontaneamente ponemos en juego cuando hablamos de moralidad. Nosotros solemos reducir el conjunto de los actos morales al ejercicio de la justicia. Muy cierto que la justicia se define por el deber y por el derecho. Pero no es más que una de las virtudes de que está hecha la vida moral. ¿No podemos adquirir la templanza y la fortaleza, la gratitud y la liberalidad, la piedad y la religión? ¿No podemos acceder a mayor fe, a más esperanza y más amor? Bien mirado, esas diversas virtudes conciernen, no a la satisfacción de algún derecho, sino o bien al orden que cada uno establece en sí mismo, o a loables relaciones mantenidas con otros más allá de las estrictas exigencias de la justicia, o a la

"está completa en sí" no puede tomarse al pie de la letra ya que de ser así no habría necesidad de los tres volúmenes prometidos: la novela está solamente completa en el sentido que da un retrato completo, Apthorpe: Apthorpe Gloriosus, Furibundus e Inmolatus.

Apthorpe es una de las mejores creaciones cómicas de Waugh hasta la fecha. Entre todos los oficiales reclutados con Guy, es el único que tenía aspecto de soldado desde el primer día. Corpulento, tostado por el sol africano, conoce la lengua franca militar de abreviaciones de atrás para adelante. Tiene pasión por sus armas y arreos, y la mayoría de sus aventuras, dentro y fuera del campamento, se refieren a su preservación; pero la parte más conmovedora de su historia ocurre cuando yace moribundo, semi-delirante, en un hospital militar. "No se dan cuenta de lo enfermo que estoy. Me siguen trayendo rompecabezas y jueguitos. La maldita mujer de un soldado vecino se ofreció a enseñarme a hacer crochet". Y luego, cuando cede su irritación, pide a Guy un favor: "No me importa morir. Todo es cuestión del deseo que tenga uno de vivir". Debe poner todos sus asuntos en regla y hace prometer a Guy que en caso de morir hará que sus enseres más preciados no sean enviados a su tía, sino a un amigo, Chatty Corner. Lo demás puede ir a mano de la tía. Es muy posible arreglar eso, aunque quizá no sea estrictamente legal, y uno queda con el recuerdo de Apthorpe contento y feliz, riéndose complacido de su propia inteligencia "como Mr. Toad en *The Wind and the Willows*".

El papel de Apthorpe en el libro, cuando la trilogía esté terminada, puede asumir proporciones que sobrepasen la nota cómica, porque en toda esta primera parte, se usan párrafos y frases sueltas para escudriñar en tiempo y lugar de manera que la acción se traslade de lo particular a lo general y viceversa. He aquí un ejemplo: la noche anterior a la licencia comienza:

> Finalmente (en la mesa de los oficiales) cuando el mantel fué retirado para servir el postre, los bronces partieron y las cuerdas bajaron de la galería de los negros y se detuvieron ante la ventana. Hubo un silencio entre todos los comensales mientras los músicos saludaban inclinando sus cabezas. Todo parecía estar muy lejos de las excursiones de Tony por la tierra de nadie, y más, inconmensurablemente más lejos de la frontera del Cristianismo donde se había combatido y perdido la gran batalla; de aquellos bosques secretos por donde pasaban los trenes, mientras los Halberdiers y sus invitados se divertían bebiendo al son de la música, rodando hacia el este y el oeste con sus predestinadas cargas.

La fusión del pasado y el presente, lo civil y militar, la música y la guerra está cuidadosamente construida y en la última frase del párrafo se contrasta la relativa paz de los regimientos militares (aún bajo la amenaza del fuego) con lo que estaba ocurriendo en Europa, pero que no se supo del todo fuera del continente hasta una fecha posterior. El telescopio del tiempo brinda una perspectiva histórica de manera que, el novelista que escribe una década después, puede mostrar el movimiento de marea por el cual, en grados diferentes, las acciones de los malos pueden ser equilibradas por las acciones de los buenos; sugerir ese plan Divino por el que metafóricamente hablando y en sentido literal, los malvados pueden regenerarse. Porque las guerras son un reflejo de la naturaleza del hombre en la que luchan perpetuamente el bien y el mal por su dominio cuya causa es el pecado original. Por ello, aunque los hombres proclamen sus intenciones pacíficas, llenando sus periódicos con conferencias sobre desarme y arbitraje, los viejos coroneles arrellanados en los sillones de sus clubes saben que la paz eterna es una vana esperanza; y su desprecio por tal esperanza no es tanto el resultado de un sentido común primitivo y un olvido de la Encarnación, cuanto una aceptación indirecta de la naturaleza caída del hombre antes de Cristo. Las guerras pueden ser terribles y ellos pueden saber que los pueblos no las quieren: pero también saben instintivamente que aunque los pueblos "desean la paz, no desean las cosas que conducen a la paz". Es cierto que su lenguaje no se parece al de Tomás de Kempis, y que sus comentarios son mucho más crudos y ásperos, pero sin embargo pertenecen a la misma tradición. Porque en lo que se refiere a la realidad, la comprensión del soldado no suele ser muy distinta de la del monje. ❖

conveniente actitud que observamos hacia aquellos de los cuales dependemos, o a la adhesión que acordamos a la Verdad, al Poder y a la Bondad de Dios. Estas maneras de ser o de obrar pueden ser sancionadas por leyes y, por ese hecho, hacerse obligatorias, imponiéndose a nosotros a título de deberes. ¿Pero, quién no ve que antes de ser *deberes* representan para nosotros otros tantos *bienes*? Es bueno y me es bueno que discipline mis pasiones según la regla de la razón; bueno que reconozca los beneficios recibidos o que derrame sobre los otros las riquezas que poseo; bueno que reverencie a mis padres y a mi patria; bueno que tribute a Dios, como a mi Señor, el culto de mi adoración; bueno que crea en la Palabra revelada de lo Alto, que me apoye en el Brazo creador, que acoja la efusión del Corazón de Dios. Según estas virtudes y muchas otras, accedemos a otros tantos valores, por los cuales nuestro ser inicial encuentra su realización. Ni la misma justicia puede dejar de estar comprendida en los mismos términos. Tan obligatoria y estricta como es, tiene categoría de virtud, representa el bien del orden radical y primordial instituido entre los elementos de la sociedad humana. Y es posible enamorarse asimismo de la justicia. Decimos que la vida moral se propone no solamente a nuestra obediencia, sino también a nuestro entusiasmo. Se nos presenta como un campo de inmensas posibilidades y nos invita a gloriosas conquistas. Si la palabra deber suena a nuestros oídos es para dar toda su fuerza a la palabra bien.

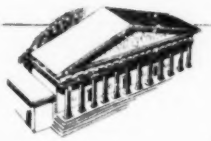
Si esto es así, ¿nos contentaremos con sufrir el dictado de los mandamientos? ¿La misma vida moral no está señalada como una empresa que se inicia en nosotros mismos y en la cual se despliegan nuestros recursos creadores? El poeta cede a una necesidad interior cuando escribe su poema. El técnico saca partido de su ciencia y de su genio cuando inventa una nueva máquina. No hay para el hombre alegría más grande que estos modos de afirmación de su ser. De ninguna manera se le pide que se prive de ellos en materia de acción moral. ¿Y cómo podría privarse si es cierto que la acción moral ordenada, como lo hemos indicado, a alguna realización del bien, constituye para quien la ejecuta una afirmación de sí incomparablemente más completa que la acción de la técnica o de la poesía? El más conmovedor de los poetas, como el más hábil de los técnicos, puede ser un mal hombre. La virtud por definición, significa un hombre cuya misma voluntad es recta. Y su rectitud llega hasta el centro íntimo e inviolable donde se refugia su libertad. Es un hombre irreprochablemente realizado, que alcanza esa perfección que los antiguos denominaban beatitud, y comparada con la cual, la feliz experiencia del poeta o del técnico no es sino lejana aproximación. La vida moral se identifica, ciertamente, con la vida bienaventurada. ¿Nos conformaremos con ser bienaventurados por mandato? ¿No tomaremos la iniciativa y no nos daremos a la práctica de las virtudes de que somos capaces?

Es cierto que los preceptos se imponen a nosotros y que a nuestros ojos la vida moral se traduce por un conjunto de deberes. De lo que precede resulta, sin embargo, que hemos de convertir, por así decir, los preceptos y deberes a los que estamos sujetos en llamados al bien y a la realización de nosotros mismos. La coerción de que van acompañados no debe engañarnos. Al escuchar sus exigencias cumplimos el voto de nuestra naturaleza y accedemos a la virtud. Sucede un poco como con las reglas a las cuales el poeta se somete, o como con las leyes que el técnico escrupulosamente respeta: compulsión, sí, pero saludable, puesto que el poema por esta razón será más bello y la máquina apta en su funcionamiento. Ninguno de los mandamientos, sean negativos o positivos, deja de prestarse a la conversión de que hablamos. A nosotros nos corresponde discernir este valor que encierran. En cambio de evitar la mentira porque esta orden nos ha sido dictada, o de pagar nuestras deudas porque estamos obligados a ello, obraremos aquí y allí en la persuación de que solamente esta conducta es buena y que adoptándola ponemos en el mundo un valor irreemplazable, que tiene por efecto necesario acrecentar nuestra propia dignidad y contribuir a esa excelencia prestigiosa que significa la palabra beatitud. En el fondo, la ciencia moral bien comprendida, filosofía o teología, no tiene otra función que demostrar la calidad virtuosa de las acciones que corresponden a nuestros diferentes deberes. Nos pone, pues, en condiciones de operar el discernimiento de que hablamos aquí y, por el mismo hecho, imprime a nuestra vida moral una fuerza, un impulso, un entusiasmo que únicamente corresponde a la verdad de la situación.

Vayamos más lejos. La vida moral no está enteramente comprendida dentro de las leyes y deberes, cuya exigencia experimentados. Si posee la significación que hemos indicado, suscitará en nosotros el sentido y el deseo de realizar ciertos bienes que no caen bajo el imperio de una obligación definida. Querremos participar en más virtudes; querremos darnos un aumento de valor: querremos alcanzar una mejor excelencia. Esta aspiración es completamente legítima. Corresponde a nuestra necesidad de vivir. ¿No se traduce con frecuencia en el dominio del conocimiento y de la excelencia intelectual? Buscamos saber; queremos extender o perfeccionar nuestros conocimientos. Nada nos obliga a ello. Pero, seguimos la impulsión de interior. ¿El orden de la virtud, cómo podría escapar a la misma condición? Hablando de este modo no tenemos en vista lo que se llama la supererogación. Esta consiste en prácticas en las que se encuentra sobrepasada la medida de observancia prescrita por las leyes. Intentamos mostrar, por el contrario, que la vida moral es de otra esencia que la observancia y la práctica. No consiste en hacer ciertas cosas, sino en realizar valores. Y puesto que nunca hemos alcanzado a nuestra plena medida de valores, queda lugar para ir más allá de la obligación. Supererogación, no; sino, diríamos, creación o invención. ¿Según qué virtudes puedo desarrollar mi fondo moral? Tal es, exactamente, la cuestión a dónde conduce la concepción más arriba establecida. De la misma manera que nos preguntamos según qué ciencias se desarrollará nuestro fondo intelectual. La respuesta justa y efectiva a la cuestión planteada en estos términos garantiza al hombre un grado de excelencia y de perfección, a donde jamás lo hubiera conducido la simple aceptación, ni aun un cierto encarecimiento por relación a prescripciones recibidas del exterior y dadas, por así decir, de antemano.

En este punto, nos encontramos con la idea de vocación moral. La carrera de la virtud es infinita. Ha de hacerse una elección. Cada uno, salvadas las conexiones que objetivamente se establecen entre las virtudes, se desarrollará en la línea en la cual tenga mayores posibilidades de triunfo. La analogía con la vida intelectual se sostiene hasta la presente observación: entre todas las ciencias, es de primordial importancia elegir precisamente aquellas para las cuales uno se sabe dispuesto. ¿Cómo no preocuparse, de igual modo, en reconocer el género de virtudes o el dominio de valores en los cuales se sobresaldrá? La vocación moral interesa el curso entero de la existencia. En una situación determinada, habitual o pasajera, regular o excepcional, hemos de saber dar prueba, igualmente, de sagacidad

Que la prédica llegue a todos...



CATEDRAL METROPOLITANA (BUENOS AIRES)

...que el mensaje de amor y de esperanza llegue y anide en todos los corazones. Ya no está reservado solo a los grandes templos el contar con un buen equipo de amplificación, que lleve la voz del predicador a todos sus ámbitos; infinidad de pequeñas iglesias de todo el mundo ya cuentan con un

IGLESIA DE BELEN (ESCOBAR Pcia. BUENOS AIRES)

EQUIPO DE AMPLIFICACION

PHILIPS

que por la alta calidad y la perfección técnica de sus elementos ofrece la más admirable reproducción de la voz humana y la música. Philips ha instalado sus famosos equipos de sonido en la Catedral Metropolitana, en las Basílicas de Santo Domingo y San José de Flores, y las Iglesias de Nuestra Señora de Pompeya, de Santa Lucía y de Belén, con las que totaliza más de cien instalaciones similares en todo el país.

SANTUARIO DE ITATI (CORRIENTES)

BASILICA DE SANTO DOMINGO (BUENOS AIRES)

Consúltenos y colaboraremos gratuitamente en el estudio y presentación de proyectos.

PHILIPS

DEPARTAMENTO DE ELECTROACUSTICA

Vedia 3892 **Buenos Aires**

UNA DESVENTURA Y SUS REFLEJOS

E. A. DUGHERA

Rosario.

CON Leonardo de Vinci ocurre lo que con tantas personas que cotidianamente atraviesan un puente romántico o un prado donde retoza una nube de niños. Algunas miran la escena sin acortar sus pasos, exigidas por estímulos serios o triviales; otras se detienen ante su poesía. Son de las primeras quienes en el artista vinciano sólo captan al multiforme artífice, al inquieto indagador de las artes y las ciencias, al autor de *La Gioconda*. De las segundas, en cambio — y son las menos —, quienes descubren al hombre bajo tales luminarias. Aspecto este de Leonardo, me atrevo a decirlo, quizá más apasionante aún que el de pintor del pintor del que nos queda poco, de escultor donde casi todo está ignorado, de arquitecto casi puro proyectista, de ingeniero donde más que nada es precursor.

El hombre. Hay una frase del maestro que aparece en uno de sus cuadernos semejante a una saeta labrando un corazón: "Leonardo mio ¿perchè tanto penate?". ¿Por qué?

Se ha dicho que Leonardo vivió acongojado por doble sentimiento: de una parte no haber visto realizado casi ninguno de sus trabajos; de otra la incomprensión y el vejamen de sus contemporáneos. Cabría agregar, sin embargo, alguna circunstancia más que cabalga, ya al principio ya al fin de su vida, anunciadora y refirmadora de un atribulado existir.

En primer lugar se nos aparece la circunstancia de su nacimiento. Leonardo no es hijo legítimo sino bastardo. Ser Piero da Vinci es su padre; su madre es una labradora y no sabemos otra cosa de ella. Mas el hecho esencial es que en numerosas ocasiones de su vida sus rivales, no pudiendo derrotarlo mediante las armas del arte, recurrieron a la triste razón de enrostrarle una culpa a la que tan ajeno era. Además, si por desgracia fué verdad lo de ilegítimo, no lo era, pero se le enrostraban de igual modo, series de leyendas sobre herejía, magia negra y hasta asesinato porque el maestro no vacilaba, en su afán de conocer a fondo la anatomía, en preparar cadáveres y desentrañar su secreto. En este recibir de injurias no se vió nunca libre de ataque ni de los mediocres ni de los otros genios como él. Recuérdese la despiadada afrenta de Miguel Angel en ocasión de competir en los cartones para los frescos que habían de representar la batalla entre florentinos y milaneses, injurias que Leonardo respondió con el más irónico, limpio y definitivo de los silencios. Y esto a más de defender, como hubo de hacerlo con mortificante pleito, genuinos derechos a la herencia paterna que sus hermanos le disputaban, para lo que hubo de recurrir a humillantes recomendaciones, según da cuenta la célebre carta al cardenal D'Este.

A ello hay que añadir su ya mentada tragedia de no acabar nunca nada porque siempre está creando. Así no termina *La Gioconda* porque le atraen las matemáticas, y el material pictórico que piensa emplear en sus frescos fracasa por carecer de tiempo para ensayarlos. Bien se ha podido decir que Lonardo poseía un excesivo genio para las pocas horas de trabajo de una vida.

Fatigaría mayor prolijidad en esta enumeración de desventuras. Ellas bastan y sirven para explicar otras más, a modo de corolario: el aislamiento, la soledad de Leonardo. Pero al respecto hay que entenderse. No solamente lo aisla su genio, su singularidad, su temperamento; lo aisla el medio, el vejamen; son ellos quienes principalmente le empujan a la soledad cumpliéndose ya entonces la sentencia de aquel pensador que observaría como todo el que luz se queda solo. ¿Y cómo es la soledad de Leonardo? Para establecerla es preciso recordar que la soledad puede ser —lo apunta Vossler— un estado de espíritu externo o una actitud del espíritu de valor psíquico para la naturaleza interior del hombre. De acuerdo. Pero en uno u otro caso —es interesante la observación— la soledad pareciera excluir toda actividad del individuo concibiéndolo dedicado a la pura contemplación. No siempre es así, sin embargo, porque el solitario puede y suele conducirse, como Leonardo, activamente. Por otra parte, ese aislamiento nunca es en realidad absoluto. El mismo Vossler ha observado que siempre queda al hombre una compañía, siquiera la del propio pensamiento, y este es el caso y la salvación de Leonardo y de su arte.

Y ahora cabe preguntarse adónde, a qué caos moral, mejor dicho, pudo haber conducido a otro hombre, en las circunstancias de Leonardo, esta soledad nada apacible a la cual se le impelía. No es

y preguntarnos conforme a qué virtud responder a la realidad. Esta actitud es totalmente diferente de como cuando uno se interroga sobre su deber. En este último caso, no se busca sino respetar una regla que se supone existente. En el caso de que tratamos, el hombre toma la iniciativa de poner acciones, de las que resultan para él un acrecentamiento de dignidad y de valor. Deliberadamente persigue el éxito de su vida. En el orden de la virtud, con la ingeniosidad y la audacia que de ordinario ponen los hombres al servicio de su suprema ambición, hace entonces hermosa y buena carrera.

Una antigua tradición de escuela quiere que el prudente gobierno de sí mismo comprenda, entre otros elementos, esa cualidad que se llama *providentia*. El término designa una tensión del espíritu hacia el porvenir, en el que se encuentran sobrepasadas tanto las informaciones retenidas por la memoria como las percepciones actualmente registradas. Se nos invita a *prever* lo que resultará de la acción en curso de examen; pero, además, según la fuerza del vocablo latino, a *proveer* al bien tal como no existirá sino más tarde y por efecto de nuestra acción. Tal cualidad no tiene empleo en una concepción en la que el hombre no cede más que a deberes que vienen de otra parte y simplemente se imponen a su conciencia. Por lo contrario, toma su entera razón de ser cuando se comprende el carácter y el destino de la vida moral. En el dominio de su libertad, cada uno está llamado a ejercer una providencia. Dios no se ha reservado tan celosamente este privilegio que nosotros no podamos, de alguna manera, participar de él. Por lo cual, el vocabulario moral, además de la palabra *conformidad*, debe hacer un lugar al término *iniciativa*. ❖

riesgoso afirmarlo: a una reacción explicable —no he dicho justificable—, tanto como la actitud opuesta que Leonardo adoptó: el resentimiento. Porque las agresiones en la vida, según Marañón, siempre producen en nosotros una reacción, fugaz o no, de dolor o de fracaso. Puede desvanecerse, puede trocarse en conformidad resignada; o afincándose en el fondo de la conciencia fermentar en ella y acabar constituyéndose en nuestra rectora. Leonardo reunía las condiciones *externas*, si vale la expresión, para ser víctima del resentimiento que puede darse cuando, como en él, es objeto de la calumnia o la agresión en cualquiera de sus formas. Pero Leonardo no reunía las otras condiciones, las *internas*, que son su caldo de cultivo porque el resentimiento, ello es elemental, no depende tanto de la calidad de la agresión cuanto de cómo es el individuo que la recibe. Para el citado Marañón el resentido, por lo pronto, carece de toda generosidad, *y Leonardo, al morir, perdona y deja una herencia a sus hermanos y a sus servidores*. Su memoria es contumaz y aguarda, si es preciso, largo tiempo para vengarse; *y Leonardo olvida al instante la afrenta de Miguel Angel y todavía dice de él: "No sólo me iguala, sino que es más fuerte que yo"*. Su inteligencia suele ser de mediana calidad, *y esto ni ha de mencionarse en el genio de Leonardo*. El resentido suele ser tímido y su acción tardía, *y Leonardo es el prototipo de la audacia científica y artística, y su rapidez ejecutiva, fulminante*. El resentido es incapaz de agradecer, y sobre ello un conocimiento elemental de los sentimientos de Leonardo bastarían para refutar la afirmación. Por ej. *las dos mitades del jardín, que cede a sus criados, agradecido a sus buenos servicios, como dice el testamento*, por no citar otras cláusulas tal vez más demostrativas. Y si se arguyera, por fin, que el resentido es siempre un fracasado en relación con su ambición, lo que es muy cierto, y por lo tanto lo sería Leonardo que poco o nada llegó a ver totalmente finiquitados sus proyectos, habría de responderse en primer término que aquel fracaso finca en la incapacidad del sujeto —lejos está Leonardo de ello— y luego que su más alta ambición era resolver problemas y en este sentido la colmó plenamente.

Ahora bien; descartado en Leonardo el resentido, ¿dónde fueron a anidar sus sentimientos? ¿Los sepultó en el fondo de su conciencia o los demostró de algún modo? ¿Hay de ellos alguna expresión en su arte? Angel Guido ha visto certera y bellamente cómo la melancolía y el amor leonardescos logran reflejarse en la tristeza fugaz de los labios de *La Gioconda* y en la mágica ternura de sus manos cruzadas. Es claro que descubrir la intimidad de Leonardo a través de la anatomía de sus retratos sólo es privilegio de un fino esteta como él. En cambio hay una alfaguara cristalina, accesible aún al profano, un vibrante documento que conocen muy pocos fuera de los especialistas y donde no esperaría uno encontrar los reflejos del dolor de Leonardo. Sin embargo, allí precisamente ha ido a volcar el de Vinci, en prosa apretada y tajante, la estela penumbrosa de su desventura en meditaciones hondas y concisas y de los contornos más variados. Ese reflejo impar de su desventura se halla estampado en el códice *Atlántico*.

Hay varias colecciones de sus manuscritos, si bien nos interesa ahora únicamente la citada. Todo el mundo ha oído mencionarlas y de ésta sabe que se le llama así a causa de las desmesuradas dimensiones de algunas hojas. No las ordenó su autor. Leonardo escribía sin método y de todo, y aunque pensaba clasificarlas, murió sin hacerlo. De acuerdo a disposición testamentaria, las recibió su amigo Melzi, y al morir éste, su hijo Horacio, quien al parecer era un botarate. Por eso abandonó el tesoro en un granero. Las lluvias y las ratas se repartieron con la humedad la tarea de destruirlas. Ciertos manuscritos, por desgracia, se perdieron; los sobrantes los regaló su dueño. Nadie les atribuyó valor alguno hasta que Pompeo Leoni tuvo el gesto de ofrecer su banca de senador a cambio de trece de ellos. Entonces, como por ensalmo, todo el mundo corrió detrás y los museos iniciaron su disputa. Se hallan en hojas de tamaños diversos. A veces los textos ilustran los dibujos, a veces ocurre al revés y a veces nada tienen que ver los unos con los otros. *El Atlántico* que ordenó Leoni en Milán, allá por 1589, trata de todo lo que el genio acometió: artillería, navegación, astronomía, física, química, geología, zoología, botánica, anatomía, geometría, aeronáutica, pintura, arquitectura, instrumentos musicales, y dispersos y arrinconados en la solemnidad de esta selva científica y artística, pensamientos, máximas, fábulas, enigmas, profecías. Estos escritos, como bien se ha dicho, reproducen observaciones inmediatas y espontáneos conceptos y conclusiones que se formaban en su mente ante la contemplación de un hecho, en la formulación de una teoría o de una ley artística y, muchas veces, bajo el estímulo del dolor. Aunque desorganizada, la colección es de excepcional importancia, ya que Leonardo no dejó de escribir hasta el día de su muerte. En un principio no se consideraban sino los dibujos y las ex-

Autorretrato de Leonardo a orillas del Loira (Col. Windsor)
Reproducción gentilmente enviada al autor de este artículo por el profesor Francesco Flora, de la Universidad de Milán

plicaciones técnicas. El inmenso acervo espiritual que su prosa pone de relieve solo se descubrió andando el tiempo mediante la fatiga de beneméritos buceadores. Toda ella es honda y profundamente significativa. Algunas páginas aparecen frívolas: profecías, fábulas ¿qué trascendencia podrán tener? Pues tanta como las que se nos muestran claramente hondas porque debajo de ellas vive patente la luminosa intención satírica humanista acerca de todo ese eterno lastre humano que es la pedantería, la ignorancia, el materialismo grosero, la maldad y la pobreza de espíritu. He ahí el campo del consuelo de Leonardo, que no enfoca blancos para herir perversamente, como lo busca el resentido, sino que es suave lamento de su corazón entristecido. Su desahogo se lo halla en el códice manifestado en múltiples haces. Abraselo al azar y se leerán, por ejemplo, agudos conceptos de moral: "Para recordar los beneficios la ingratitud no tiene memoria". O "Nada hay en el mundo tan engañoso como nuestro propio juicio". Y después: "A los ambiciosos que no se conforman con el don de la vida ni con el de la belleza del mundo, les ha sido impuesto el castigo de que no sean capaces de comprender la vida y que permanezcan insensibles a la utilidad y belleza del universo".

En algunas oportunidades, los rincones del códice *Atlántico* hablan como consumados teólogos: "La proporción entre la obra humana y la de la naturaleza es la misma que entre el hombre y Dios".

Como psicólogo resulta a veces admirable: "Nuestro cuerpo está debajo del cielo y el cielo debajo del espíritu".

Como filósofo es el equilibrio mismo. Gusta de lo experimental pero "dejo a un lado las Escrituras porque son la suprema verdad". Está lejos de la metafísica pura, pero también de un materialismo que niega la verdad eterna porque no puede probarla con su experimentación, traduciendo así la libertad humanística del Renacimiento y esa vida que recorrió entre matemáticos y astrónomos por un lado, poetas y pintores por el otro. Frente a Euclides, Dante. "No fué filósofo profesional —dijo Gentile—, pero sí por su aspiración a indagar todos los ángulos de la vida y el universo".

No deja por cierto de defenderse y de aplicar brava tollina aun a los humanistas como cuando le tratan de "omo sanza lettere": "Pueden alegar que desprovisto de conocimientos literarios, no puedo expresar bien lo que me propongo decir. Ignoran que mis obras son más el resultado de la experiencia que de palabras ajenas, y que la experiencia fué la maestra de los que escribieron y que del mismo modo yo la tomo por maestra y que en todas las ocasiones es a ella a quien recurro".

Como autor de fábulas se muestra casi siempre no ya alto prosista sino exquisito poeta, y bastaría recordar aquella de *El muro y la nuez*, delicada joyita acerca de la ingratitud, sobre la que tanto tenía el maestro que decir. Y lo mismo, en este clima, cabría hablar de esas maravillosas descripciones, verdaderas creaciones literarias, sobre cómo ha de representar el pintor a la tempestad, el diluvio o las batallas.

En el dominio de las profecías, posiblemente preparadas para entretener a la corte Sforza, Leonardo, que era "diseur" excepcional, tiene trabajos que van de la llaneza a la ironía más sutil. Así, junto a "Los animales volátiles sostendrán al hombre con sus propias plumas" (y son los colchones), escribe: "Veo a Jesucristo vendido y crucificado y de nuevo también veo vendidos y martirizados a los santos" (guay de los malos pintores). Cierto que cuando a éstos había que reprender, no siempre se andaba con perífrasis. Al referirse a los pintores sin pudor por su apetito de dinero, se burla por ejemplo del Perugino. "Perugino pinta afanosamente un tema religioso mientras su mujer le anuncia que el almuerzo está listo. Sirve la sopa —contesta el autor de *La Virgen coronada*— mientras pinte un santo más". Leonardo no. El no transige por una dádiva con la excelsitud de su arte. La prueba puede leerse en el borrador de una carta a Ludovico el Moro, de 1499, donde solicita le sea dado algún vestido o pequeña suma de dinero porque hace dos años no se le paga su salario. Mas volvamos a nuestro códice. Hemos hablado antes de la prosa de Leonardo. Ciertamente no es nuestro propósito efectuar aquí un estudio estilístico de la misma. Baste apuntar, sin embargo, que todos sus manuscritos, registrados en el códice *Atlántico* cuanto en otros, enseñan que en Leonardo la lengua propiamente es rica y dúctil con palabras que enriquecen el vocabulario italiano y tienen la virtud inventiva de su escultura y sus dibujos. A este respecto, Josefina Fumagalli ha visto en Leonardo el más singular de los líricos. Admitiendo en la afirmación de la escritora un exceso admirativo, ¿sería no obstante injusto sostener que del estudio de su prosa se deduce que Leonardo busca la verdad rodeándose de poesía? No parece aventurado ya que la poesía como forma humana del universo —ha dicho Flora— "es la verdad misma en la cual el hombre funda su propia esencia, comenzando ahí donde la naturaleza acaba. Esto pensaba Leonardo y nosotros sabemos que la conciencia humana es precisamente palabra".

Mas el hecho esencial es que todos sus manuscritos son documentos palpitantes de horas intensas de la vida de Leonardo y ecos ciertos de los azotes de su desventura, reflejos vivos de su melancolía, lecho fiel de un desahogo en quien no se podrá reconocer, porque artífice de divina hechura ninguna huella deja de resentimiento. Hay más: y es que bajo esa suave queja tan inundada de poesía, de esos cantos melancólicos de su espíritu herido, adivinamos abrirse sus brazos en un inmenso gesto de amor a la humanidad. "Leonardo mío ¿perché tanto penate?". Porque amaba mucho y a todo. El lo dijo: "A Dios, al arte, a la naturaleza, al hombre, ya que el amor es hijo del conocimiento". Y también del sufrimiento.

Vida dramática y turbulenta la suya, a otro le hubiese desesperado, otro hubiera reaccionado sumando lodo al lodo, herida a herida, agonía a agonía. Pero Leonardo, antípoda del resentido, perdona encerrando su amargura en la intimidad de sus manuscritos, cobijando su pena entre graves consideraciones sobre el vuelo de los pájaros, la aplicación del péndulo a un mecanismo de ventilador o matemáticos estudios sobre el sumergible elástico.

"Sereno morir" había dicho del suyo en el duro trance, considerándolo el mejor premio de una vida bien empleada. Pobre Leonardo. No vió esa serenidad su sepultura de San Florentino en Amboise. La Iglesia sufrió posteriormente a causa de las sucesivas guerras religiosas de los hugonotes. Más tarde, durante la Convención, se violaron las tumbas y las cajas de plomo de los ataúdes sirvieron para preparar proyectiles. Todos los huesos de los muertos que ahí descansaban fueron reunidos en un común sarcófago por orden del conde de París, que era señor del castillo de Amboise, en 1874, y depositados así en la capilla de San Uberto. Las investigaciones iniciadas después para identificar los de Leonardo fracasaron siempre, y hoy nada se sabe a punto fijo de ellos.

Pero si poco queda de la obra artística de Leonardo, si lo poco está casi destruído, y si ni su cuerpo ha podido escapar a la ley fatal de una dis-

GEORGES BRAQUE O LA PINTURA CONTEMPLATIVA

STANISLAS FUMET

París.

EL espacio visual separa los objetos entre sí, el espacio táctil nos separa de los objetos", ha escrito Braque en las admirables notas de su *Cuaderno*, y luego explica: "El turista mira el panorama. El artillero toca en el blanco". El artillero es un artista moderno... El espacio, cuando se es pintor, resulta imprescindible tocarlo.

Así este pintor siente gusto en la supresión del intervalo que separa la materia que anhela reproducir sobre su tela, como pintor, de la pintura misma —esa otra materia que extiende sobre su cuadro—. Hay escoria al pie de su estufa. La escoria lo fascina. Es una materia pobre, usada, incolora, negruzca. Se siente tentado por ese residuo de un carbón que ha quemado, por esa ceniza burda. La mezclará con su aceite, para dar consistencia, cuerpo, a su materia coloreada. Partir de la ceniza, de lo que hay de más bajo, de más inútil, y conducir eso hacia la luz y el oro de la vida... ¡Qué alquimia sublime y justa para glorificar el espíritu!

Braque me dice:

—Si se quiere tener la oportunidad de elevarse, es necesario saber partir de lo bajo.

Es el lenguaje de los místicos.

—Vea, me dice Braque, existe ese viejo vocablo francés que no se encuentra sino en el *Genesis*, en la historia de la creación. Amo esa palabra, está en la base de todo arte: el *limo*. Es del limo de la tierra que el hombre ha sido creado. Intento extraer mi obra del limo de la tierra. No he puesto sino escoria en mis cuadros. Puse arena, hacia 1912. Esa fué también la época de los montajes con recortes de papel. Se reaccionaba contra el idealismo. Hacer entrar la verdad de la materia en nuestra pintura, importaba más que perseguir esa mentira: la *verosimilitud*. Cuando se desea ser verosímil, es que se tiene necesidad de engañar, es que no se es verdadero. ¿No?

Uno de sus últimos dichos:

—A la definición de ellos, que suprime el objeto tomando su lugar, deseo responder mediante la *infinición*...

PARA Braque, el cuadro mismo no es más que un accidente. El, el más consciente de los pintores, entiende desindividualizar todo objeto material para hacer el objeto del arte; o prácticamente volver a construir, con la ayuda de las cosas más ordinarias que se tiene bajo el ojo y la mano y que es preciso apartar de su sentido usual —el del cuchillo que corta, la manzana que se come, el cepillo que cepilla— el cuerpo de una maravillosa fatalidad.

—¿Este vaso, es una mano? No tiene el aspecto, pero lo es, dice Braque. Se comenzó a beber el agua tomándola en el hueco de la mano. Luego la mano se transformó en concha. Luego la concha se cambió en taza, en copa, en una infinidad de recipientes... Lo mismo es para la mayoría de los objetos que usa el hombre. Se transforman. Así, es la poesía, la poesía creadora, que ha inventado, pero se lo olvida, todos nuestros objetos utilitarios.

Braque se apasiona, con razón, por el celerífero, abuelo de la bicicleta. La bicicleta era ridícula con su magro manubrio que a nada semejaba. El inventor, para naturalizarla un poco, volverla familiar, es decir apta para el uso humano, hizo coronar el manubrio con una cabeza de animal. Entonces el manubrio se convirtió en dos cuernos naturales, para las manos del hombre. Luego la cabeza de buey cayó, como trascendida, fuera de moda, inútil.

La poesía moviéndose, desplazándose, no pulsa sino la metáfora, que es el elemento de la metamorfosis. "El poeta tiene el derecho de escribir que una golondrina que sube contra el cielo es un puñal, y nosotros, ¿nosotros no tendremos el derecho de pintar un puñal en lugar de una golondrina?" se asombra Braque. Es sobre todo poeta, y su plástica lo es con él.

Ha dicho: "Uno no puede tener siempre su sombrero en la mano. He ahí por qué se ha inventado la percha. Yo, he encontrado la pintura para colgar de un clavo mis ideas. Lo cual permite cambiar o evitar la idea fija..."

NO se trata de que Braque tienda a ser un intelectual, es la ambición totalmente contraria la que lo anima. Cuando desea poder cambiar de ideas, es porque las ideas, para él, no hacen más que separarnos de los objetos. Nos conducen solamente a ellas. Apenas han servido, se las deja a un lado. Braque no tiene ideas preconcebidas. Está siempre en busca de la verdad, "que se protege a sí misma", asegura. Jamás pintor alguno tendió a lograr más verdad, más integridad, más absoluto, en fin. No es que su pintura, por cierto, sea inhumana. Si Braque pinta rara vez la figura viviente, que podría distraerlo de su meditación, el corazón humano siempre se encuentra presente en sus reinvenciones de la naturaleza y da espontáneamente a sus contornos un cierto temblor. Pues hoy hace naturaleza como se hace música, y hace naturaleza con el vacío conceptual como se hace música con el silencio.

El silencio reina siempre en la obra de Braque. Pero es el silencio que ya está pleno de música; no un silencio cualquiera, sino el silencio que precede al momento de tocar el acorde. Su arte es el tipo exacto de la pintura contemplativa.

UNA pintura de tal clase, sólo progresivamente llega a su poesía, que es, no obstante, su meta profunda.

—Cuando, dice Braque, aquello que es primeramente una tacha de blanco se transforme en un mantel, la plástica llegará a su *poética*.

Siempre es así como procede. Ignora, este pintor de la tabla rasa, ignora, al comenzar, que relatará su cuadro. Eso contempla a esta misteriosa tela, que no revelará más que poco a poco sus secretos. Braque cierra los ojos sobre la naturaleza, para volverla a integrar; no interroga el modelo. Pero, de

---

persión que parece consustanciada con su sino, el texto de sus manuscritos, difundidos a todos los ámbitos del mundo, ha burlado victorioso esa ley. Por eso repetirá siempre el mensaje espiritual que atesora, emanado de uno de los más insignes hombres universales que afloraron en esa gran aventura que se llamó el Renacimiento. ❖

ORACION DEL CREPUSCULO

JUAN CARLOS GARCIA SANTILLAN

¡QUÉ bueno era, Señor,
el conversar al alba en nuestra aurora!
¡Y cómo despertaba niña el alma
entre música y canto de alborada,
—coro toda la tierra (eco del cielo)—
en la tierna plegaria
del puro corazón que te adoraba!

Todo era un nacer, un crecer y un ascender
hasta el verte, gozarte y consumirse
en la amorosa llama de tu Ser.
¡Y todo tan unido en nuestro propio ser
sin la contradicción ni interna lucha,
sin dispersión en cuanta multitud
nos mata en todo aquello que no es,
con la impronta única de ser ya uno
en el Uno que es Ser de nuestro ser
Y sin echar de menos a ninguno,
pues cada uno, en el Uno,
es querido, y hallado en Tu querer!

Era la dicha de sentirse amado
y de poder querer sencillamente
Todas las lenguas eran sólo tonos
de un solo idioma música de todos
Y todos los lenguajes, el lenguaje
táctil del suave pétalo y su aroma,
del color, de la forma
y aun del sabor
y del suspiro de la dulce rosa
en el abrirse en música de pétalos,
sintonizada en estelar concierto:
¡resurrección del muerto paraíso
—ay— apenas, apenas dibujado
a la límpida vista de la infancia,
Edén de gala abierto y mejorado
en la pristina fuente
del alma sangre del amor doliente
en bálsamo vertida,
en sal y en agua fresca y cristalina!

¡Cómo duele pensar, aun sin quererlo,
que así trocado un puro corazón
hubieráte abrazado para siempre
(Qué si hay algo capaz de hacer llorar,
es el amor de un Dios que es corazón)

Pero, esto nada importa:
siempre es mejor aquello que Tu quieres.
Alcanza el alma inmensa que nos diste
vivas ondas de siglos y de mundos
y atisbos del futuro.
Jardinero del alba y del crepúsculo
—espinas en tu sien, rosas del alma—
aun las mismas espinas de tus sienes
tan sólo por la culpa son malignas.

Yo quiero en la hora triste de la tarde,
premura inevitable en la partida,
decirte las angustias del ocaso:
nuestro mal esencial es el pecado,
y fuerzas demoníacas lo imponen,
mas es parcial y efímero su imperio.
Lo vence el bien por quien respira el alma,
gracia oculta en recóndita morada.
El mismo frenesí del desenfreno
trasluce anhelo al infinito eterno:
El orden tuyo es mi insaciable anhelo:
el orden libre en tu belleza libre:
libertad superior a mi albedrío.
Del sí a mi Dios mi libertad subsiste:
la plena libertad en Ti, Dios mío.
Es cierto que el pensar lo que no hice
Ya no me deja hacer lo que me resta.
Ya sin fuerzas, sin cantos y sin ritmos,
no tengo más palabra que mi pena.

..

Va cayendo la noche
sombra de un Verbo de Último Evangelio
El mundo y yo estamos harto viejos
Y sin embargo, hoy —duda de si existo—,
como jamás sentí, ni quise, quiero.
Y aunque nadie me escuche muy de cerca,
sé que mi voz, en Ti, se oirá muy lejos.

Ni el mundo nos comprende,
ni nosotros al mundo.
Tú y yo, otra vez —y el mundo— estamos solos
Pero, no como antes,
Tú ya con tu perdón,
Y yo ya para siempre con mi herida
(Llaga que es lo más dulce de ofrecerte).

Son muchos ya mis surcos, y estoy triste
Y estoy más triste por estar tan triste,
pues no es digna de Ti
la sangre que no brinca y goza y ríe
al sólo verte, oirte y ofrecerse.
Lo menos que yo puedo es ser tu amigo
Y lo deseo más que al aire que respiro
al ver en quien me quiere y en quiero
la belleza infinita de tu amor.

No puede ser verdad
lo que hace despreciar a nuestro hermano
ni lo inhumano porque lucha y muere
ni siquiera lo humano
que, no siendo por Ti, apena o hiere
ni aquella libertad de viento y fuego,
ni la igualdad de la virtud y el vicio
ni la fraternidad sin filiación
en tu paternidad de Cielo y Cruz,
en la hora exacta: eterna Providencia
Tú jamás quieres, como fin, el mal:
ni tampoco en el medio.
Es tu verdad crisol de todo amor
Y tu amor, el crisol de la verdad.
No hay orden, paz ni espejo de belleza
que no sea tu reflejo.
Mi corazón te siente tan presente
que todo lo demás sólo es tu espejo:
y al ver al mundo con tus propios ojos

---

metáfora en metáfora, de metamorfosis en metamorfosis, la revela regiamente.

Como es el mejor artesano, el que conoce más que cualquier otro los recursos de su oficio, le digo:

—Usted ha elevado el obrero hasta el rango de príncipe. ❖

LA INFANCIA PERDIDA

GRAHAM GREENE

Londres.

TAL vez, únicamente en la infancia los libros tienen una influencia honda en nuestras vidas. Más tarde sentimos admiración, nos entretenemos y podemos modificar algunas opiniones ya formadas, pero es muy probable que nos inclinemos a encontrar apenas una confirmación de lo que ya está en nuestras mentes: así como en una relación de amor son nuestros rasgos los que reflejados con halago vuelven a nosotros.

Pero en la infancia todos los libros son libros como de adivinación que nos hablan del futuro y ellos —del mismo modo que el adivino ve un largo viaje en las cartas o la muerte por agua— influencian nuestro porvenir. Supongo que por ese motivo los libros nos excitaban tanto. ¿Qué extraemos hoy de nuestras lecturas que iguale a aquella excitación y a la revelación de esos primeros catorce años? Naturalmente me interesaría saber que una nueva novela de E. M. Foster aparecerá esta primavera, pero no podría comparar esa tibia expectativa de civilizado placer con aquel corazón de pronto en suspenso, ni la alegría aterradora que sentía al encontrar sobre el estante de una biblioteca, una novela de Rider Haggard, Percy Westerman, Captain Brereton o Stanley Weyman, no leída antes. No, es en esos tempranos años donde yo buscaría la crisis, el momento en que la vida toma una nueva inclinación en su viaje hacia la muerte.

Recuerdo con claridad que tan súbitamente como una llave gira en su cerradura, descubrí que podía leer —no sólo las oraciones de un libro de lectura con sus sílabas agrupadas como los vagones de un tren, sino un libro verdadero. Tenía una cubierta de papel con la imagen de un niño atado y amordazado que se balanceaba del extremo de una soga dentro de un pozo cuya agua llegaba arriba de su cintura —una aventura del detective Dixon Brett. Durante las largas vacaciones de verano guardé mi secreto: nadie sabría que yo podía leer. Creo que ya entonces comprendí de una manera apenas consciente que éste era el momento peligroso. Mientras no sabía leer estaba a salvo: las ruedas no habían empezado a girar; pero ahora el futuro se erguía en todos los estantes esperando que el niño eligiera —tal vez la vida de un contador público o de un funcionario colonial o de un estanciero de la China; quizás un empleo fijo en un banco o la felicidad y la miseria, y al final una forma especial de muerte. Porque sin duda como elegimos nuestro trabajo elegimos nuestra muerte: brota de nuestros actos y de nuestras evasiones, de nuestros temores y de nuestros momentos de coraje.

Seguramente mi madre debió haber descubierto mi secreto, porque en el viaje de regreso a casa me regaló un libro verdadero para leer en el tren. Era un ejemplar de "La Isla de Coral" de Ballantyne y tenía sólo una lámina para mirar, una portada en colores. Sin embargo, yo no concedería que sabía leer. Durante todo el largo viaje clavé la vista en la única ilustración y ya no abrí más el libro.

Pero allí en los estantes de mi casa (muchos, porque nuestra familia era numerosa) los libros esperaban —uno, sobre todo—. Antes de llegar a él, tomaré de la estantería otros pocos al azar. Cada uno era un cristal donde el niño soñaba que veía la vida en movimiento. Aquí sobre una tapa, dramáticamente impresa en varios colores, estaba "El Aeroplano Pirata" del Capitán Gilson. Debo haber leído ese libro por lo menos seis veces —la historia de una civilización perdida en el Sahara y de un malvado capitán yanqui, que con un avión semejante a una cometa y bombas del tamaño de pelotas de tenis, negociaba en rescate la ciudad dorada—. Un joven subalterno entonces, se escurría hasta el campamento pirata para inutilizar el avión. El héroe salvaba a la ciudad, pero era capturado por sus enemigos y veía cómo éstos cavaban su tumba. Iba a ser fusilado en el alba; entonces, para distraer su tiempo y mantener su mente libre de pensamientos pesimistas, el afable pirata yanqui jugaba con él a las cartas —al Kuhn Kan, ese apacible juego de la infancia—.

El recuerdo de aquella jugada nocturna al borde de la vida me persiguió durante años, hasta que por

(*) Este ensayo pertenece al libro "The lost Childhood and other essays" que publicamos como primicia y anticipo de su versión castellana, cuyos derechos hemos reservado, así como el "The Lawless Roads".

el mundo entero se transforma en otro.
El bien y el mal de todo ser humano
es bien y mal también de todo hermano:
en el espacio inmenso
y hasta el final del tiempo.
Los ya empeñados ojos de mi carne
no te verán quizá por muchas horas,
mas se también que te verán más tarde.
¡Dios: todo cuanto exiges de nosotros
es que aun desde esta tierra hagamos nuestra
esa felicidad que está en Tu Esencia!

Va siendo ya la hora —sin secuencia
Sombra tras sombra, estamos casi a oscuras.
Ya al canto de sirenas del Oriente
Van respondiendo estrellas de altos cielos.

Me voy... no por haberte ya servido,
más destruido dentro de mí mismo
Sólo un montón de ilusas muertas horas
manos vacías de las buenas obras
tan sólo eso, eso soy, y mi dolor

Mas, tampoco esto importa:
todo sirve al aumento del perdón
(y en él se acrece el grado de mi amor):
pues estoy comprendiendo mucho ya
—sonrisa en mueca abierta a la esperanza—
que sólo dejas manos tan vacías
con tal amor de amor al mismo Amor
para que puedan abrazarte más.
Y si aun siento no verte todavía
en el preludio de la noche oscura,
hacia otra alba en la llama de amor viva
bien sé que siempre me oye tu ternura
y en las más duras horas del hastío
seco junco en clamor de la esperanza
aun te puedo gritar con toda el alma:
¡A la vista! "Señor mío y Dios mío".

Buenos Aires

fin me liberé de él en una de mis propias novelas: una partida de poker se juega allí en circunstancias remotamente similares.

Y aquí está "Sofía de Kravonia" de Anthony Hope —la historia de una fregona que se convirtió en reina—. Una de las primeras películas que vi, alrededor del año 1911 estaba basada en este libro. Todavía hoy puedo oír en el martilleo hueco de un único piano, aquel tronar de los cañones que cruzaban el alto paso de Kravonia.

Estaba allí además "La Historia de Francis Cludde" de Stanley Weyman; y en esa época de mi vida, por encima de todo otro libro, "Las Minas del Rey Salomón".

Tal vez este libro no provocó la crisis, pero indudablemente influyó en mi futuro. ¿Habría considerado a los diecinueve años la lista de cargos del Ministerio de Colonias y casi elegido como carrera la marina de Nigeria, sino hubiese sido por aquel romántico relato de Allan Quatermain, Sir Henry Curtis, Captain Good y sobre todos la anciana bruja Gagool? Más tarde, cuando había de haber aprendido la mejor manera de actuar la extraña fijación africana persistía. En 1935 me encontré sobre un catre, enfermo y con fiebre en una choza indígena de Liberia, donde una vela se extinguía en una botella de whisky mientras una rata se movía en las sombras. ¿No fué la incurable fascinación de Gagool con su cráneo desnudo y amarillo, de piel movible y contractil como la envoltura de una cobra, lo que me llevó a trabajar durante todo el año 1942 en una oficina pequeña y mal ventilada de Freetown en Sierra Leona? No hay mucho de común entre el país de los Kakuanas —detrás del desierto y de la cadena de montañas del Sheba's Breast— y una casa con techo de lata sobre un pantano donde los buitres se movían como pavos domésticos, los gemidos de los perros me mantenían despierto en las noches de luna y las mujeres blancas, que la atebrina volvía amarillas, pasaban conduciendo sus automóviles hacia el club. De todos modos, ambos pertenecían al mismo continente y aunque entre sí distantes, pertenecían también a la misma zona de la imaginación, la zona de la incertidumbre, del no saber el camino a seguir.

En cierta ocasión estuve aún más cerca de Gagool y sus cazadores de brujas. Fué una noche en Zigita en el límite de la Guinea francesa, del lado de Liberia. Mis sirvientes se encerraron en su choza con las manos sobre los ojos; alguien golpeaba en un tambor y todo un pueblo permanecía detrás de las puertas cerradas mientras el gran diablo de la maleza, cuya sola presencia traía la ceguera, ambulaba entre las chozas.

Pero "Las Minas del Rey Salomón" no podía satisfacerme. No me daba la respuesta exacta. La llave no iba en la cerradura. Podía reconocer a Gagool. ¿Acaso todas las noches en el pasillo, cerca del cuarto de juegos no me esperaba en mis sueños, junto al armario de la ropa blanca? Y todavía me espera cuando mi mente está enferma y cansada, aunque ahora viste el ropaje teológico de la Desesperación y habla con palabras de Spenser:

> A más larga vida, más largo pecado
> Y a mayor pecado, más largo castigo.

Sí, Gagool ha quedado en mi imaginación con vida permanente, pero Quatermain y Curtis, a pesar de que yo tenía sólo diez años ¿no eran demasiado buenos para ser reales? Eran hombres de tan invulnerable integridad (sólo admitían el error para demostrar cómo podía repararse) que la personalidad vacilante de un niño no podía apoyarse durante mucho tiempo sobre hombros tan monumentales. Después de todo, un niño conoce la mayor parte del juego, sólo carece de actitud definida frente a él. Tiene conciencia de la cobardía, la vergüenza, la decepción, el desengaño. Sir Henry Curtis encaramado sobre una roca y sangrando por sus doce heridas, pero firme, junto a los Greys sobrevivientes, en su lucha contra las hordas de Twala resultaba demasiado heroico. Tales hombres eran como las ideas platónicas: no mostraban la vida como uno había empezado a conocerla.

Pero cuando saqué del estante de la biblioteca "La Víbora de Milán" de Marjorie Bowen —tendría catorce años en esa época— mi futuro golpeó realmente. Desde ese momento empecé a escribir. Todos los otros futuros posibles se desdibujaron: el funcionario en potencia, el caballero, el empleado tendrían que buscar otras encarnaciones. Mis cuadernos se poblaron con imitaciones de la magnífica novela de Miss Bowen —historias de la Italia del siglo dieciséis y de la Inglaterra del siglo diecisiete, todas ellas caracterizadas por una enorme barbarie y un romanticismo desesperante—. Era como si de una vez para siempre me hubiesen proporcionado un tema.

¿Por qué? Superficialmente "La Víbora de Milán" es sólo la historia de una guerra entre Gian Galeazzo Visconti, duque de Milán, y Mastino della Scala, duque de Verona, contada con gusto, sagacidad y sorprendente sentido pictórico. ¿Por qué penetró sigilosamente, dió color y explicó el mundo vivo de las escaleras de piedra y el dormitorio nunca silencioso? En ese mundo real no valía la pena soñar que uno podía ser Sir Henry Curtis. Era más fácil para un niño esconderse tras la careta de della Scala que al final abandonaba una honestidad sin recompensas traicionando a sus amigos y moría después, fracasado aún en la traición. Visconti, con su belleza, su paciencia, su genio para el mar y su traje negro de los domingos que olía a naftalina, había pasado a mi lado muchas veces. Su nombre era Carter. Causaba desde lejos tanto terror como una nube de nieve sobre los campos verdes. Sólo una vez y ya nunca más la bondad encontró en un cuerpo humano su forma perfecta; el mal, por el contrario ha de tener siempre su sitio en él. La naturaleza humana no es negra y blanca, sino negra y gris. Todo esto lo había leído en "La Víbora de Milán" y al mirar a mi alrededor pude ver que era así.

Allí encontré otro tema. Al final de "La Víbora de Milán" —sin duda lo han de recordar los que lo han leído— aparece la escena del triunfo: della Scala ha muerto, Ferrara, Verona, Novara, Mantua han caído; los mensajeros llegan con noticias de nuevas victorias; el mundo se derrumba y Visconti descansa y bromea en la amistad del vino.

Mis lecturas no apuntaban a lo clásico. De haberlo preferido quizás hubiese descubierto en la literatura griega lo que encontré en la novela de Miss Bowen: la condena que pesa sobre el éxito —la sensación de que el péndulo ha de empezar a oscilar.' Esto también tenía sentido; al mirar alrededor, los predestinados se veían por todas partes —el campeón de carreras pedestres había de desplomarse un día sobre la cinta de llegada; el director de escuela, pobre diablo, soportaría cuarenta años de trabajo monótono y vulgar; el estudioso... y cuando el éxito aunque tibio llegaba, se podía ya tan sólo implorar que el fracaso no tardara demasiado tiempo.

Había vivido durante catorce años en un país salvaje, en plena jungla, sin un mapa; ahora los caminos estaban trazados y naturalmente había que seguirlos. Estuvo creo, en el gusto que se delataba en Miss Bowen, el impulso que me llevó a escribir. Nadie podía leer sus libros sin pensar que escribir es vivir y gozar; cuando se descubría el error era ya

C A R T A A L H I J O

GIOVANNI GUARESCHI

Florencia.

Mi querido hijo,

después de una tremenda experiencia como la actual, la humanidad está firmemente decidida a no dejarse arrastrar a aventuras bélicas, y ésta —como todos saben muy bien— será la ultimísima guerra que afligirá al globo terráneo.

Por lo cual tú también, mi querido hijo, un buen día encontrarás en el buzón una tarjeta que te invitará a presentarte inmediatamente en un determinado cuartel, donde te proveerán de instrumentos adecuados para dañar al prójimo como a ti mismo. Y luego, por cierta sucesión de vicisitudes, quizás te encontrarás —como ahora se encuentra tu desdichado padre— en un campo de concentración.

No estoy en condiciones de precisar si el hombre que te vigilará desde lo alto de una torrecilla será inglés, ruso, francés, alemán o italiano.

Pero te puedo asegurar que, a cualquier nacionalidad que pertenezca, se preocupará con todo cuidado de colocarte una bala entre los omoplatos si intentas salir del recinto. Y esto te debe bastar. Y por esto es que considero útil explicarte, basándome en mi experiencia, cómo se puede llegar a terminar en un campo rodeado de alambre de púas.

* * *

Una mañana de otoño, vestido con mi hermoso uniforme de teniente de artillería, me encontraba formado en medio del amplio patio de un cuartel, cuando resonó el toque de atención y sucedió una cosa extraordinaria, maravillosa.

Mis tacos chocaron uno contra otro y resonó un golpe formidable.

Para apreciar este suceso en su verdadero alcance, es necesario dar un paso hacia atrás y volver a recorrer la larga y dolorosa historia de mis llamadas "escasas aptitudes militares".

Un día muy caluroso de noviembre, llegué a la ciudad más nebulosa de Italia y conseguí descubrir, no sin dificultades, el cuartel que mencionaba la tarjeta de citación.

"Desde mañana tomas el mando de la sexta batería antiaérea en formación", me dijo uno que parecía tener mucha autoridad. Y como yo le hacía notar que nunca en la vida, y ni siquiera en sueños, había tenido la dicha de ver cañones antiaéreos, dada mi especialidad de artillero de "pesada de campaña".

"No tiene importancia", me respondió el personaje, mientras que a una seña suya un suboficial me ponía entre los brazos un enorme manojo de planillas y registros.

"En cambio", continuó el personaje entregándome personal y solemnemente una pluma de escribir, "ten presente que esta es tu dotación mensual. Trata, pues, de no quemarme luego la sangre con inútiles solicitudes de suplementos".

Al abrirme la puerta para que saliera el personaje me aconsejó amistosamente que implantara de inmediato el diario de contabilidad y las listas portátiles.

"Constituyen la base de toda la faena", me explicó.

Le agradecí el consejo y le pregunté dónde podría establecerme con mis cartapacios, pero se echó a reír.

"¡En la oficina del furriel, demonios! Cada repartición debe tener su oficina".

"Y, por favor, ¿dónde está mi oficina?"

"¡Ah, estos oficiales de reserva!", gritó fastidiado el personaje. "¡Las preguntas que hacen! ¡Muévete, averigua, y encontrarás en el cuartel un local que te sirva para la oficina del furriel."

"Pero yo...", balbucee.

"¡Arréglate!", aulló dándome con la puerta en las narices.

"Crice", hizo la pluma que entretanto había caído al suelo y a la que yo acababa de aplastar con el pie.

"¡Adiós, dotación mensual", la saludé melancólicamente.

* * *

Di vueltas por todo el cuartel, siempre con mi manojo de papeles entre los brazos, pero todos se encogían de hombros cuando preguntaba si alguno conocía la existencia de un local vacío que sirviera para la oficina del furriel. Ofrecí inútilmente veinte liras al centinela del "Almacén V. E." que —según dijeron— era una autoridad en el cuartel. Expliqué en vano al suboficial encargado de la maestranza que el momento era grave, que la nación habría obtenido notables ventajas de la constitución de una nueva batería antiaérea, pero que —para constituir la batería en cuestión— era necesario un local para la oficina del furriel.

Respondió que lo más que podía —para demostrar su simpatía hacia la nación— era hacerse revocar y blanquear el local: pero el local lo tenía que encontrar yo.

En cambio, a fuerza de dar vueltas encontré un bravo joven quien me dijo que —según él— pertenecía a mi batería en formación y se ofreció gentilmen-

---

demasiado tarde. El escritor goza al escribir su primer libro. Pero de cualquier modo, ella me ha entregado mi molde —la religión podría más tarde explicarlo en otros términos, pero el molde ya estaba allí—: el mal perfecto marcha sobre el mundo y por su camino el bien no volverá a pasar. El péndulo tan sólo, asegura que al final se hace justicia.

El hombre nunca está contento. He deseado muchas veces que mi mano no hubiera ido más allá de donde estaban "Las Minas del Rey Salomón" y que el futuro que descendió hasta mí desde un estante del cuarto de juegos, hubiera sido otro: una oficina de distrito en Sierra Leona; y la dosis final de fiebre palúdica al aproximarse el peligro de la jubilación. ¿A qué conduce el deseo? Los libros permanecen allí; el momento de crisis está a la espera y nuestros hijos a su vez van bajando el futuro y abriendo las hojas. En su poema Germinal A. E. escribía:

> En antiguas sombras y viejos crepúsculos
> donde se había extraviado la infancia,
> nacieron las hondas tristezas del mundo
> y se hicieron sus héroes.
> En la perdida infancia de Judas
> fué traicionado Cristo. ❖

(Capítulo del libro *Diario Clandestino* (edición Fides-Criterio), cuyos derechos se ha reservado esta Revista y cuya primera edición ha sido realizada en colaboración con la editorial y distribuidora Fides (Charcas 1823, Buenos Aires).

te a hacer de furriel. Lo puse a mis órdenes, le pasé el montón de carpetas y continuamos juntos la búsqueda. Pero después de cierto tiempo —dándome cuenta de que no podía pretender implantar una oficina peripatética— tomé una decisión de importancia y, seguido por mi furriel ambulante, salí del cuartel.

"Esta es nuestra oficina", le expliqué, una vez que hubimos llegado a la habitación amueblada que había alquilado esa misma mañana. "Yo iré a dormir al hotel. Tú toma un soldado que de cuando en cuando vaya a llamar a los hombres que te sirven para empezar a hacer tus informes y trabaja tranquilo".

Le firmé, por si acaso, setenta permisos en blanco.

Aparte del hecho de que, a causa del continuo ir y venir de hombres de tropa, la gente sacó conclusiones arbitrarias a consecuencia de las cuales la casa de mi patrona quedó completamente desacreditada, se puede decir que el asunto funcionó magníficamente durante todo el tiempo que duró mi búsqueda en el cuartel. Pero la cosa fué calificada de "poco militar" y empezaron a mirarme con desconfianza.

Ocurrieron otros pequeños episodios que aumentaron gradualmente esa desconfianza hasta que se llegó a la famosa y deplorable "historia del café con leche".

Una mañana mis setenta hombres me comunicaron entristecidos que se habían quedado todos sin café a causa de cierta confusión ocurrida en la cocina, y a mí no se me ocurrió nada mejor que hacerlos formar, acompañarlos fuera del cuartel y ofrecerles (a mi costa) un café con leche bien caliente, ubicando quince hombres en cada uno de los cuatro cafés más cercanos.

Este hecho fué juzgado tan desfavorablemente que nació y se difundió la leyenda de mis "escasas aptitudes militares". Leyenda que me perjudicó no poco, porque incitó a las autoridades competentes a quitarme poco después el mando de la ya constituida batería antiaérea.

De manera que mientras, si me hubiesen enviado a una región de servicio activo, habría tenido la oportunidad de ver al fin un cañón antiaéreo, como me mandaron en cambio al Depósito, ya no podré tener nunca esa satisfacción. De lo que, en mi calidad de artillero antiaéreo, todavía me lamento amargamente.

Pero lo que más me amargó entonces la vida fué la cuestión del taconazo.

* * *

¿Sueñan los coroneles?

Sí: los coroneles sueñan lo mismo que los mortales comunes de la reserva. Y sueñan todo lo que puede soñar un mortal común de la reserva.

En el reglamento no hay ninguna restricción con respecto a los sueños, y por eso no es raro el caso de coroneles en Servicio Permanente Efectivo que sueñan sin más ni más con ángeles. Ángeles con cabellos de oro y alas azules; ángeles que descienden del cielo planeando suavemente como los ángeles soñados por los poetas y los niños, pero que, al aterrizar delante de los coroneles, se ponen firmes con un golpe de tacos seco y preciso.

¡Tacc!

Si existen, en este o en el otro mundo, criaturas mortales o inmortales que (por razones técnicas y artísticas) tienen que caminar descalzas, son justamente los ángeles. Pero en los coroneles es tal y tan grande el amor por el golpe de tacos, que los mismos ángeles (cuando intervienen en los sueños de algún coronel) no dejan de ponerse un buen par de botas equipadas —en el caso específico de ángeles de caballería o de la artillería— con robustas y tintineantes espuelas. Y se presentan siempre así, con un formidable taconazo.

Y bien, querido hijo mío, sabiendo la importancia que atribuyen los coroneles al taconazo, tu padre, un buen hombre, encontrándose en contacto cotidiano con un viejo coronel, ¿podía descuidar el detalle del taconazo?

Y el taconazo fué justamente mi mayor preocupación de entonces, tanto más cuanto que sabía perfectamente que, solamente con una serie adecuada de buenos taconazos, podría destruir la leyenda de mis "escasas aptitudes militares".

Pero el destino siempre me fué adverso.

Cambié tres pares de botas y seis pares de espuelas; hice blindar los tacos, solicité la autorizada opinión de un pedicuro y de un herrador, tomé lecciones particulares de un ex sargento de caballería, hice largos ensayos ante el espejo, mandé hacer un calco en yeso de mis pies para comprender mejor su posición, me entrené, estudié con cariño pero, en la práctica, era como si mis tacos fueran gelatina de pollo y mis espuelas de manteca:

Ploff...

Y a cada *ploff* aparecía en el noble rostro del señor coronel una mueca de dolor.

La prueba más tremenda —y se repetía dos veces por día— era la de la comida. Entonces no solamente era espectador de mi miseria el señor coronel, sino también toda una asamblea de brillantes oficiales.

Entraba en el comedor y, apenas me avistaban, se hacía un silencio sepulcral y todos los ojos se fijaban sobre mí, y todos los oídos estaban atentos. Saludaba levantando graciosamente el brazo, tal como se prescribía entonces, y golpeaba los tacos con una fuerza desesperada.

Como si un pedazo de manteca cayese sobre un montón de harina.

Ploff...

El señor coronel todavía movía la cabeza suspirando y todos empezaban a comer nuevamente mientras que yo veía formarse sobre la cabeza de cada uno de los presentes una de esas famosas nubecitas de las historietas para niños y, dentro de cada nubecita estaba escrito con caracteres llameantes: "Escasas aptitudes militares".

Me puse de acuerdo con un subteniente efectivo habilísimo para dar taconazos, que se sentaba en el lugar más cercano a la puerta.

Yo entraría y, mientras saludaba, él golpearía los tacos debajo de la mesa. Recurrí pues a un *doble*, pero, después de dos únicos ensayos, abandoné la empresa: la primera vez el taconazo sonó un minuto después que yo di el golpe; la segunda el taconazo sonó mientras todavía estaba caminando.

Y así continuaron mis *ploff*, y el señor coronel sufría como si, cada vez, le clavaran una aguja en el corazón.

¡Ploff! ¡Ploff! ¿Cuántas veces oí el maldito y vergonzoso *ploff*?

Pero una mañana de otoño, mientras me encontraba en medio del patio de un cuartel, resonó el toque de atención y —como decía al principio de mi historia— sucedió una cosa maravillosa.

Mis tacos chocaron y resonó un golpe formidable:

¡Tacc!

"¡Al fin!", exclamé triunfante.

Después me miré los pies y todo quedó aclarado, y me sentí menos triunfante: ya no tenía las botas de costumbre, sino dos zuecos con suelas de madera de seis centímetros de alto.

Estaba prisionero.

Así fué, hijo mío, exactamente así. Y la próxima

COMODIDAD
"A LOS PIES DE UD."...

con CALZADO DE GOMA

PIRELLI

Industrias Pirelli S. A. I. C. - 25 de Mayo 444 - Bs. As.

Fíjese que tengan esta marca.

BOLCHEVISMO: *Una introducción al comunismo soviético*

WALDEMAR GURIAN

Notre Dame, Indiana

EL ESTADO TOTALITARIO

El régimen bolchevique dice haberse iniciado como una dictadura basada en una alianza entre el proletariado y los campesinos pobres. Pretende haber sido una alianza en la cual el proletariado es el grupo dirigente, con políticas determinadas por su vanguardia, el disciplinado, bien organizado y "monolítico" partido Bolchevique.

Hoy en día, la doctrina oficial explica que en la Unión Soviética se realiza el socialismo: la economía está enteramente socializada; se ha abolido la propiedad privada de los medios de producción (y por consiguiente se ha abolido la división de la sociedad en clases), se ha introducido el planeamiento "abierto" a largo plazo, extensivo también a la agricultura. Es verdad que aun no se ha realizado un Comunismo en el cual cada uno sea remunerado de acuerdo a sus necesidades. En la fase actual, prevalece el principio de que las remuneraciones están condicionadas por la contribución del individuo a la sociedad. Pero el régimen Soviético se enorgullece de haber logrado la realización del socialismo en una época en que los socialistas moderados de occidente, meramente se han convertido en instrumentos del capitalismo, en miembros de gabinetes de coalición, época en la que los dirigentes unionistas están ayudando, no obstante sus reformas sociales y sus principios políticos, a sostener al mundo burgués. Después del estallido de la Primera Guerra Mundial, Lenin había escrito que el Gran proletariado Ruso podía cultivar su orgullo nacional, sobre la base del movimiento revolucionario Ruso anti-Zarista; los dirigentes del Soviet de la actualidad, justifican su nacionalismo con la exitosa realización del Socialismo en la U.R.S.S.

Contrariamente a las originales premoniciones y anuncios de Lenin, especialmente formuladas en su Estado y Revolución (1917), la realización del Socialismo que se alega, no fué acompañada de un marchitamiento correlativo del Estado (instrumento de coerción al servicio de los intereses de una clase). Lenin había esperado que con el progreso de la dictadura del proletariado, una vez separados del pueblo, desaparecerían los organismos del Estado tales como el ejército y la burocracia. Todos estos anuncios, premoniciones y esperanzas, no se han realizado. En la interpretación corriente que Stalin hace de Lenin, sostiene que durante la época actual, cuando las potencias imperialistas rodean a la Unión Soviética, el Estado y su maquinaria de poder son necesarios para proteger (y extender) la sociedad socialista. Stalin insiste enfáticamente en esa necesidad para que el Estado prosiga existiendo, aun después de haberse logrado la realización del Socialismo en la Unión Soviética. Esta aceptación del Estado como doctrina oficial, ha aumentado enormemente el uso del poder y la violencia. La presión se emplea a fin de que se cumpla la transformación de la Sociedad y la educación de las masas; la doctrina del necesario progreso de la Sociedad hacia los fines del socialismo y del comunismo, justifica esta presión sistemática y despiadadamente fría. El terrorismo es inevitable si se ha de forzar las masas en la dirección correcta. Aquí, los principios políticos del Bolchevismo vuelven a las típicas tradiciones de la historia Moscovita Rusa, donde la fuerza bruta se ejerce desde arriba para dar forma a la sociedad (Iván el Terrible, Pedro el Grande). Hay que contrarrestar el atraso industrial promoviendo una aceleración artificial en el desarrollo económico mediante constantes compulsas que se hacen desde arriba, prescindiendo de la voluntad y el bienestar del pueblo y de la sociedad, como lo evidencia la colectivización forzosa de la agricultura y las cuantiosas masas congregadas en los campos de trabajos forzados.

Por otra parte, es necesario un mínimo de seguridad legal, sin la cual ni las administraciones ni el planeamiento económico podrían funcionar. De ahí que las tácticas del régimen Bolchevique se hallan dominadas por el esfuerzo de combinar dos elementos contradictorios: el terrorismo y la seguridad legal. El terrorismo es necesario como demostración del ilimitado poder de los gobernantes responsables de la realización de una doctrina absolutamente cierta, porque en realidad, el terrorismo es la expresión de un poder que no está limitado por la ley. Este mismo poder demuestra que las finalidades del régimen son las que determinan el contenido y la interpretación de la ley. Darse por sometido al gobierno Comunista, priva por ejemplo de todas las garantías de los derechos individuales de la Constitución de Stalin, en forma tal que hasta dirigentes Comunistas han sido despiadadamente castigados por la justicia administrativa de la Policía Secreta (a menudo sin ningún proceso judicial) a pesar de las disposiciones de la Constitución y las reglas del partido. No obstante se insiste en la necesidad de observar una actitud estrictamente legalista; las leyes y los reglamentos deben ser observados, porque sin esa observancia no podría funcionar el sistema político-social. Por esa causa, períodos de terrorismo como el de la colectivización forzosa de la agricultura o el de la gran purga de 1935-1938, son seguidos de períodos de legalismo y estabilización. Después que Ezhov con sus arrestos y ejecuciones en masa hubo destruído entre los miembros del partido Comunista toda sensación de seguridad, Zhdanov llevó a cabo una reforma destinada a garantizar los derechos individuales de los Comunistas, reafirmando y reforzando las reglas a observarse en casos de expulsión y demás.

Pero no hay garantías tradicionales o legales—de que esas reglas serán siempre consideradas como obligatorias para los dirigentes. Siempre han fracasado las tentativas de poner a la Policía Secreta bajo estricto control legal. La Policía Secreta siem-

---

vez te contaré como llegué al patio de aquel gran cuartel polaco.

Mientras tanto saluda a la mamá, la abuela y la Carlottina, portate bien en la escuela, y aprende a contar hasta el número 6865. Que soy yo,

tu padre.

(Lectura en el diario oral "La Campana", Lager XB, Sandbostel, 1941)

Del capítulo III de **Bolshevim, an Introduction to Soviet Communism**, University of Notre Dame Press, Indiana 1952. Envío del autor especial para CRITERIO.

pre ha observado una forma de justicia puramente administrativa que presume que la burocracia policial siempre está bien y el acusado siempre mal. Tres hombres ante una mesa, utilizando ficheros en los que se han reunido denuncias y confesiones forzadas, condenan los hombres a campos de concentración, sin dar a los perseguidos ninguna oportunidad de defenderse. Esto ocurre aún hoy en día, a pesar de que la pena de muerte ha sido abolida. Los permisos que se solicitan del acusador, prescritos por la ley de la policía política, son puros formalismos; nunca se deniegan. Las autoridades gobernantes constantemente emiten órdenes y reglamentaciones generales esforzándose por contrarrestar todo procedimiento arbitrario. Lo que caracteriza al régimen Soviético, es esa contienda permanente entre tales procedimientos arbitrarios y sus esfuerzos tendientes a la seguridad legal. Lenin consideraba que el poder sin trabas era la esencia misma de la dictadura, inclusive de la dictadura del proletariado.

Como segundo de los rasgos más importantes que influencian el desenvolvimiento interno del Estado Soviético, hay que mencionar la decreciente esperanza de que las revoluciones del exterior pudieran afectar al régimen. Cada vez se volvió más débil la creencia, dominante en el transcurso de los primeros meses posteriores a la Revolución de Octubre, de que el surgimiento del régimen Soviético era una señal para la inmediata puesta en marcha de la revolución mundial. Lo que se dijo de la solidaridad de los proletarios de todos los países, degeneró en una fórmula ritualista. Lo que ocurre fuera de la Unión Soviética, se valora exclusivamente en relación a los intereses del Soviet; las espectativas y los reclamos de una revolución mundial, son contingencias determinadas por las necesidades de la política exterior del Soviet. La realización del Socialismo y del Comunismo, está subordinada a la existencia de la Unión Soviética, así se expresa en la terminología Marxista la necesidad de mantener y de extender el poder del régimen Soviético. Sus enemigos, necesariamente son enemigos del socialismo. Todas las consideraciones humanitarias, todos los derechos del individuo o de las comunidades y todas las libertades, están subordinadas al poder de la Unión Soviética. No hay derechos fundamentales que limiten este poder. Los derechos, son solamente medios puestos al servicio de la seguridad de la Unión Soviética. Todos los derechos enumerados en la Constitución de Stalin, terminan cuando se empieza a considerar en peligro la existencia del régimen Soviético o el gobierno del partido Comunista. En la Unión Soviética, no puede haber huelgas, porque una huelga va contra un régimen que siempre controla y dirige la vida económica en verdadero interés de las masas "fatigadas". Todos los diarios, publicaciones y asociaciones deben estar bajo el control del gobierno y del partido cuyos actos siempre sirven al pueblo. No puede haber uniones independientes, porque el deber de toda unión es servir los principios del gobierno Soviético, el gobierno de la población trabajadora. Se toleran las agrupaciones religiosas, solamente porque todavía no han podido extirparse las raíces sociales de las creencias religiosas; y aunque se reconozca el valor de esas propagandas, y aunque se haya vuelto a permitir la elección del Patriarca de la Iglesia Ortodoxa, solamente se admite su existencia bajo la supervisión estricta de algún organismo del Estado.

No se ha cumplido la promesa doctrinal de que se concretará una sociedad perfecta en la cual solamente habrá una administración económica que redunde en beneficio de todos, con participación de todos, sin violencia ni coerción. No ha surgido esta prometida sociedad de libertad total, que satisfaga las necesidades de cada uno. El Estado totalitario ha llegado para pasar reteniendo en sus manos todos los poderes, sobretodos los reinos de la vida. Precisamente, la creencia Marxista-Bolchevique en el progresivo debilitamiento del Estado como instrumento de coerción, es la que justifica esta expansión del poder. La dictadura del proletariado es necesaria para abolir la diferenciación de clases, y por consiguiente, entre las clases abolidas, el proletariado. El Estado totalitario aparece como necesario para que se establezca una sociedad total, auto-gobernada, sin Estado y sin coerción. Pero el advenimiento de esta sociedad se posterga para un futuro cada vez más lejano. La sociedad actual se halla dominada por el poder ilimitado del Estado totalitario —absolutamente necesario, como Stalin lo ha expresado reiteradas veces—, en un período en que la Unión Soviética está rodeada de enemigos. El Estado totalitario, también es necesario para realizar, a ritmo acelerado, la industrialización que, según la doctrina oficial, contrarrestaría el atraso agrario de la Unión. No por casualidad fueron eliminados aquellos juristas y eruditos en sociología política soviéticos, tales cual Pashukanis, que, con Lenin, insistiera en que el progresivo marchitamiento del Estado, acompañaría al progreso de la dictadura proletaria.

EL PARTIDO TOTALITARIO

El Estado total es un instrumento del partido. Para el régimen Soviético es fundamental la identificación del partido con la auténtica voluntad de las masas, voluntad expresada por el partido y que amenudo contradice los caprichos o sentimientos transitorios o los que sobreviven de las influencias perniciosas y hostiles del pasado. El partido es la vanguardia de las masas proletarias y por lo general, su línea de conducta política es correcta, aunque en el detalle pueda cometer errores. Pero es una línea en general tan infalible como en general lo fue la voluntad de Juan Jacobo Rousseau.

El partido lo dirige y lo determina todo —los soviéticos, el gobierno y su maquinaria, la doctrina (su articulado tanto como su interpretación) y finalmente hasta los mismos individuos que integran el partido. El grito de batalla de 1917 "A los Soviéticos todo poder", a cuyos ecos los Bolcheviques conquistaron Rusia, resultó la total conquista del poder para el partido. A pesar de que en la Constitución de Stalin la ficción continua, el hecho no impide que los soviéticos —hoy llamados el Soviet Supremo— posean el decisivo y ulterior poder. Este poder ulterior, en realidad yace en las manos del partido. Un congreso soviético, nunca ha actuado contra la voluntad del partido; el Supremo Soviet, nunca ha elegido un miembro del gobierno sin la previa aprobación del partido. Stalin determinó sus tácticas políticas antes de convertirse en presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo en 1941. A partir de 1917, después del aniquilamiento del block opositor de Trotsky-Zinoviev, Stalin no tenía sino una situación de contralor dentro del partido. Los miembros del órgano directivo partidario, el Politburo, determinaban las tácticas políticas a observar aún antes de ser miembros del gabinete o delegados de Stalin, jefe del gobierno. No obstante las reformas introducidas por Zhdanov después de la gran purga (1936-1938), los derechos de los Comunistas, en la práctica, se limitaban a otorgar a los miembros del partido solamente aquellas garantías legales reconocidas por comités cuyos integrantes se renuevan automáticamente, por auto-perpetuación o por

nombramientos que vienen desde arriba. Los dirigentes del partido deciden la composicion de todos los organos partidarios. Puede expulsar a sus integrantes y conforme a eso organizar la integracion del congreso del partido, el cual, como organo supremo, a su vez elige el comité central.

El comité central, que selecciona los miembros de los órganos más poderosos de accion politica —el politburo, la mesa organizadora y la secretaría—, aprueba la expulsión de sus propios miembros. De ahí que el método de que se sirvió Stalin para llegar al poder consistió, primero, en controlar a los delegados y luego en ganarse el apoyo de la mayoria del llamado "plenum" del Comité Central cuando fué convocado a reunirse. El estatuto del partido no es estrictamente observado. Aunque se ordena la reunión de un congreso partidario cada dos años, el último tuvo lugar en el año 1939.

El poder terminante de los gobernantes se disfraza en el slogan "centralismo democrático", el cual daria la impresion de que a los gobernantes elegidos se les debe obediencia. Pero dentro del partido el poder real no está determinado por el voto de los delegados del mismo o por el congreso partidario, sino por el hecho de que entre un congreso del partido y el siguiente, los organos elegidos pueden cambiar sus propios integrantes. Por consiguiente, quienquiera controle a éstos, controla todas las elecciones del partido. En la época de Lenin, el dominio de los organismos directivos sobre el partido no estaba plenamente desarrollado e irradiado, a pesar de que bajo Lenin, en el congreso partidario de 1921, se prohibia la formacion de facciones dentro del Comunismo, medida que se convirtió en fundamento de la lucha contra cualquiera critica adversa a la direccion del partido. Pero debido a su extraordinaria autoridad, adquirida no sólo por ser el fundador del partido, sino también por haber sido el hombre que exitosamente lo llevó al poder, Lenin siempre pudo dominar a los opositores sin recurrir sino muy rara vez a medios tales como el arresto. En los comienzos del régimen, evidentemente se hallaba fuera de alcance toda maquinaria para organizar purgas sangrientas. Esta circunstancia cambió cuando Stalin llegó al poder a pesar de que la generalizacion del empleo de la violencia y la presion (aplicadas en el mundo ajeno al partido), no llegó a convertirse en una práctica dentro de las filas partidarias y para sus miembros hasta años después de que Stalin hubo tomado en sus manos el control del movimiento Bolchevique.

Stalin logro su posicion de dueño sólo al cabo de luchas prolongadas y complicados manejos llevados a cabo por un grupo contra otro. Mientras Lenin estuvo en condiciones de intervenir en la vida politica (aproximadamente hasta 1922) Stalin no fué sino un sub-gobernante entre muchos otros, aunque se le usó como a una especie de lanza-disturbios. Otros colaboradores de Lenin —particularmente Trotsky— eran mucho más conocidos que Stalin, y exceptuando unos pocos grupos insignificantes que apoyaban a Stalin, Trotsky tenia en sus manos el control del ejército. La ascension de Stalin al poder comenzó en 1922, cuando a propuesta de Zinoviev se le designo secretario general. La secretaria del partido era considerada como una funcion técnica, pero Stalin supo como utilizarla para construir sobre ella una maquinaria que estuviese a su exclusiva disposicion. Los intentos de Lenin moribundo, de limitar el poder de Stalin llegaron demasiado tarde. Stalin colaboró primero con los rivales de Trotsky, Kamenev y Zinoviev; la formación del partido cambió con la incorporación de nuevos miembros, fué el llamado "Leninskis Prisyv". Kamenev y Zinoviev descubrieron demasiado tarde que Stalin ya no los necesitaba. Stalin podia permitirse el privarles de todo poder y finalmente expulsarles del partido juntamente con Trotsky, con quien ahora habian formado un block.

Pocos años después fué destruida la oposición derechista cuyos jefes, Bukharin, Rikov y Tomski, habia apoyado al secretario general en su campaña contra Trotsky y Zinoviev. Los dirigentes de todos los grupos opositores aceptaron poco más o menos humildemente la linea de conducta del partido y recibieron cargos de importancia secundaria. Trotsky fué expulsado de la Unión Soviética.

Stalin, que siguiendo el consejo de Lenin se habia negado a cruzar la linea cruenta, (se habia rehusado al pedido de Zinoviev de matar a Bukharin), no se decidió hasta 1936 a aplicar sistemáticamente el terror cruento contra los miembros dirigentes del partido. Zinoviev y Kamenev, que después del asesinato del lugarteniente de Stalin, Kirov, miembro del politburo, habian sido arrestados y sentenciados a cumplir una condena, ahora se les ejecutó previo juicio; públicamente y en la forma más abyecta confesaron sus crímenes contra el partido y el régimen Soviético. Esto fué el principio de una purga tanto en las filas partidarias cuanto en todas las ramificaciones del gobierno; sus victimas no fueron solamente los verdaderos enemigos de Stalin sino también cada uno y todos los oficiales que pudieran ser rivales en potencia o que se hubieran hecho impopulares por su actuación en la colectivización agraria, como miembros de la policia secreta o cosa semejante. La gran purga, bajo Stalin, completó cruelmente el desarrollo del partido. Fueron eliminados intelectuales y viejos emigrados que habian desempeñado un papel importante en los primeros años del régimen. Se les reemplazó con hombres de intereses prácticos y reacios a la vacilación, a la duda o a la discusión teórica. Dentro del movimiento se destruyó la sensación de bienestar y de seguridad; la lealtad y obediencia absolutas a los jefes más altos y particularmente al inamovible jefe, fueron las virtudes principales que anularon y oscurecieron todo derecho basado en méritos del pasado. Aún antes de la purga Stalin habia disuelto las sociedades de antiguos Bolcheviques que habian recibido de ellas derechos privilegiados. Después de concluida su fase cruenta, la purga prosiguió en forma de inseguridad general dentro del partido, brindando a las generaciones más jóvenes la oportunidad de obtener posiciones directivas.

El terror dentro del partido fué un antidoto para las consecuencias de su burocratización. La rutina y la aridez de la burocracia partidaria tenia que ser compensada mediante actuaciones politicas que pusieran en evidencia la limitada función de todas las reglas y tradiciones legales. El terror dentro de las filas comunistas demostraba la esencia totalitaria del régimen Soviético, la naturaleza de su poder desnudo y sin límites justificado por la doctrina oficial. La ejecución de hombres como Yagoda, que durante dieciséis años habia ejercido la dirección de la policía, probó que ningún lugarteniente o asistente de Stalin podia sentirse seguro.

Lenin habia enseñado a los intelectuales a ser revolucionarios profesionales. Stalin ahora reemplazaba a los revolucionarios profesionales con los "apparatschiks", robots brutales al servicio del poder y las directivas del partido como siendo éstas dispuestas y ordenadas por su infalible y endiosado jefe. El rasgo fundamental del terror Bolcheviqué reaparece también dentro de las filas partidarias. Este terror es un terror impersonal. El odio y la venganza personal desempeñan en la práctica un

HITLER, STALIN Y LA DIPLOMACIA PAPAL

OSCAR HALECKI

Nueva York.

LA reacción de los círculos oficiales de la Alemania Nazi ante la ascensión del Cardenal Eugenio Pacelli al trono papal, puede ser sintetizada en un editorial que publicó el "Morgenpost" de Berlín el 3 de marzo de 1939, o sea a la mañana siguiente de la reunión del cónclave. Su párrafo principal decía así: "La elección del Cardenal Pacelli no ha sido vista con buenos ojos en Alemania porque siempre se ha opuesto al nazismo y fué quien en la práctica dirigió la política del Vaticano durante pontificado de su predecesor".

Esta declaración era tan exacta como favorable para el pontífice. La elección de Pío XII, a pesar de la aparente indiferencia con que se la recibió, fué en realidad un golpe directo contra los nazis, que lo consideraban responsable en gran escala de la intransigencia de los católicos de Europa Occidental, la embarazosa resistencia en la propia Alemania de los dirigentes religiosos católicos y no católicos y la creciente simpatía por la causa de las democracias. Habían aquéllos tratado de influir en el cónclave para que eligiera a un "padre espiritual" en vez de un "político" o un "diplomático". En Eugenio Pacelli se adunaban ambas cualidades, y ellos lo sabían.

No es difícil comprender la antipatía nazi hacia el nuevo pontífice. El Cardenal Pacelli los había conocido de cerca. Había sopesado con exactitud sus miras y ambiciones, y previsto con notable seguridad las terribles consecuencias de sus bárbaros métodos y su política. Como nuncio en Munich, y luego en Berlín, Eugenio Pacelli había sido testigo de los sufrimientos y la desesperación que hicieron posible la ascensión de Adolfo Hitler al poder. Había estudiado la filosofía nazi y no concebía ninguna ilusión sobre Hitler ni los hombres que lo rodeaban.

Al contrario de lo que se cree, ni Pío XI ni el Cardenal Pacelli habían sido engañados por el deseo de Hitler de firmar el concordato que sentó todo un precedente al hacer algunas concesiones técnicamente favorables a la Santa Sede. La oferta original de acuerdo había venido de Alemania, y una negativa del Vaticano basada en sospechas sobre la mala fe de Hitler habría colocado a la Santa Sede en una posición muy desventajosa ante otros gobiernos, y, en especial, a los ojos de los católicos alemanes.

Desde los primeros actos de abierta agresión por parte de Hitler, el Cardenal Pacelli había hecho saber su opinión de que el apetito nazi por los despojos aumentaría con cada triunfo hasta la catástrofe final de la guerra. En una conversación confidencial con M. Charles Roux, embajador francés ante la Santa Sede, el cardenal puso en claro su creencia de que el Fuehrer intentaría golpes en Danzig, Memel, Austria, la Tierra Sudete, Bohemia y el corredor polaco. Aunque no estaba seguro sobre el curso de los acontecimientos, el Cardenal suponía que Austria sería la primera en caer.

Cuando comenzaron las persecuciones en Alemania se trazó una clara línea divisoria entre el nacional socialismo y la iglesia católica. Aun cuando hasta el estallido de la guerra se siguieron tácticas delicadas y varias, ni Pío XI ni su Secretario de Estado, que fué su más íntimo colaborador en el problema alemán, dejaron duda alguna sobre la posición del Vaticano. El nazismo fué condenado una y otra vez ora en el "Osservatore Romano", ora por intermedio de la Radio Vaticana, ya a través de mensajes y alocuciones personales del mismo pontífice. La cancillería de Hitler adivinó la personalidad del Cardenal Pacelli en directas acusaciones papales sobre el "culto de la fuerza", la "orgullosa apostasía de Jesucristo", la "idolatría de la raza y de la sangre" y la "opresión de la dignidad y la libertad humana" que fueron dirigidas contra los nazis y sus secuaces.

Al parecer, los nazis albergaron esperanzas de que una alianza más estrecha con el fascismo italiano obligaría a la Santa Sede a adoptar una actitud más "razonable". La prueba crucial ocurrió en la primavera de 1938 cuando las potencias del Eje organizaron una visita formal de Adolfo Hitler a Roma. Corrieron rumores de que se preparaba una maniobra que comprometería a la Santa Sede al sugerir públicamente Hitler su deseo de visitar personalmente a Pío XI durante la recepción que estaba preparando Mussolini en la Ciudad Eterna.

Cuando llegaron a la Secretaría de Estado las sugerencias extra-oficiales acerca de una visita del Fuehrer alemán al Vaticano, se hizo saber, sin aceptar ni rechazar el pedido, que como condición principal de la reunión los alemanes deberían aceptar que el primer tópico de la orden del día fuera la persecución que estaban sufriendo los católicos en el Tercer Reich. En esta materia, tanto el Pontífice como el Cardenal Pacelli estaban muy bien informados. Cuando se conoció esta condición, el "pedido no oficial" fué rápidamente retirado.

Tres días antes de la llegada de Hitler a Roma, el Papa Pío XI y el Cardenal Pacelli se marcharon a Castel Gandolfo. No quedó duda de que la partida se preparó con la intención de causar el mayor efecto posible. En su primera audiencia en la residencia veraniega, el Papa hizo saber su particular pena de que en el mismo día de la fiesta de la

gran papel; a Stalin mismo le gustaba humillar y eliminar a sus enemigos personales y a aquellos cuyos antecedentes como intelectuales (que lo despreciaban) le eran molestos. Pero es muy importante su orientación técnica: el hombre no es considerado como persona sino como material apto para mantener y para acrecentar el poderío y la dominación. El partido mismo se convierte en instrumento de este acrecentamiento, únicamente su jefe sigue siendo como una especie de punto de referencia ulterior y como un representante de la verdadera doctrina y la verdadera tradición. Lenin, el discípulo de Marx y el inventor de tácticas apropiadas para una época imperialista es el amo de Stalin que como jefe de la U.R.S.S. y de su partido, se ha convertido en maestro y conductor de la "progresiva" humanidad de nuestros tiempos. ❖

Capítulo VIII de "Eugenio Pacelli Pope of Peace", Fordham University, New York, 1951. Envío del autor especial para "Criterio".

"El mayor número posible de lectores aprendan en este libro la verdad sobre las actividades pontificias en pro de la paz duradera." (Mons. Amleto G. Cicognani, delegado apostólico en Washington).

Santa Cruz, flameara en Roma "el símbolo de otra cruz que no es la de Cristo". En la Navidad siguiente volvió a referirse a la swastica como "cruz enemiga de la Cruz de Cristo".

Cuando Pío XII ascendió al trono se produjo un notable alivio en la campaña de prensa del "Osservatore Romano" y las denuncias de la Radio Vaticana contra Alemania. Al contrario de lo que piensan círculos hostiles a la Santa Sede, esto no significó un intento de aproximación al nacional socialismo por parte del Vaticano, al que se achacó temerosa preocupación por el destino de las propiedades de la Iglesia y las vidas de los prelados en el Tercer Reich ante la alarmante expansión del poder militar nazi y la aparente parálisis de las democracias.

Lo que buscaba Su Santidad era demostrar claramente la posición de la Santa Sede como fuerza "supra nacional", en la esperanza de que antes de llegarse a la crisis final de la guerra, pudiera aquélla servir como pacificadora o por lo menos de medio de comunicación entre los beligerantes. Aunque era perfectamente notable a través de la lista de actividades vaticanas y pronunciamientos papales que la Santa Sede estaba inalterablemente en contra de todo lo que defendía el nazismo, hubiera sido insólito que la Iglesia se eliminara como instrumento posible de una paz negociada nada más que para continuar su ya extensa campaña contra un gobierno que, además de amenazar a otras naciones, era el principal verdugo del clero y el laicado católico.

La prueba suprema para la diplomacia papal vino después de la invasión nazi-soviética de la católica Polonia, cuando llegaron al Vaticano los primeros informes que describían las brutales persecuciones a los fieles. Sin embargo, a pesar de estas provocaciones, la actitud del Papa hacia Alemania durante el período de la "guerra falsa", estuvo fuertemente influenciada por la esperanza de que a pesar de los acontecimientos trágicos de Europa Oriental, que tan profundamente deploraba, el estallido de una guerra auténtica en Occidente podía ser aún evitado. Todo dependía, desde luego, del desarrollo de los eventos dentro de Alemania, de la posibilidad de un cambio político, ora a resultas el derrumbamiento de la dictadura nazi, ora a través de un giro de Hitler hacia una política más moderada.

La primera de estas esperanzas, que a principios de 1940 era compartida por los gobiernos aliados, pero que nunca cristalizó en negociaciones directas con dirigentes antinazis en Alemania, probó ser pronto una ilusión: la victoria de Hitler en la campaña polaca y la continua inacción aliada contra Alemania, había fortalecido naturalmente la posición nazi. Por la misma razón resultaba muy improbable que Hitler se aviniera a discutir condiciones de paz en términos favorables a las potencias occidentales y de conformidad con la concepción papal de una solución justa.

El 11 de marzo de 1940, Joachim von Ribbentrop, ministro de relaciones exteriores del Reich Alemán, tras un pedido formal de audiencia, fué recibido por el Papa en compañía del embajador von Bergen. Von Ribbentrop desarrolló de inmediato una exposición larga y agresiva sobre la invencibilidad del Tercer Reich, la inevitabilidad de una victoria nazi y la futilidad de una alineación papal en las filas de los enemigos del Fuehrer que, de acuerdo al canciller alemán, habrían capitulado antes de finalizar el año.

Se dice que el Pontífice escuchó paciente e impasiblemente hasta el fin la arenga de von Ribbentrop. En el curso de la visita no se habían sugerido propuestas de paz de ninguna especie, ni siquiera remotamente. Al final, el Papa abrió un enorme registro de su escritorio y en perfecto alemán comenzó a recitar un catálogo de las persecuciones infringidas por el Tercer Reich contra individuos determinados en Polonia, señalando la fecha, lugar y los detalles precisos de cada crimen.

Von Ribbentrop consideró oportuno terminar la audiencia.

En compañía de von Bergen dio el siguiente paso requerido por el protocolo, visitando al Cardenal Maglione, Secretario de Estado papal. Aquí, von Ribbentrop se encontró con la misma recepción, sin tener siquiera la oportunidad de iniciar la conferencia con un discurso propio. El cardenal leyó en voz alta un catálogo similar de atrocidades, compilado en su oficina.

Parece estar bien probado que al final de estas dramáticas entrevistas, el embajador von Bergen, sacudido y confuso por lo que había oído, se desmayó en el mismo Vaticano.

Como resultado de esta visita, el Papa y su Secretario de Estado llegaron a la misma conclusión, o sea que no había esperanza de restaurar la paz en ese momento. Esto fué claramente expresado por el Papa en su alocución a los cardenales el día del aniversario de su coronación el 12 de marzo, cuando dijo: "En este momento en que todas las previsiones humanas parecen falsas, cuando todos los métodos puramente humanos están revelando su deficiencia intrínseca, los ojos de los fieles se dirigen a las colinas eternas de donde solo puede venir la salvación".

Pero durante los meses que siguieron, Pío XII estuvo embarcado en otra empresa que no fructificó — la de mantener a Italia fuera de la guerra. En mayo, Mussolini estaba completamente bajo el influjo de las fulgurantes victorias de Hitler en Noruega, los Países Bajos y Francia.

La violación nazi de la neutralidad de Bélgica, Holanda y Luxemburgo aunque no sorprendió al Vaticano, fué un sacudimiento tal que Pío XII dió el paso excepcional de dirigir mensajes breves pero elocuentes de simpatía a los gobernantes de estos tres países, incluso a la reina protestante de la predominantemente no-católica Holanda: puntualizó que sus desgraciados pueblos habían sido expuestos a las crueldades de la guerra "contra su voluntad y sus derechos" y prometió rogar por su restablecimiento en plena libertad y justicia.

A pesar de esta abierta condenación, sin precedentes en la historia moderna del Papado, de una acción alemana moralmente indefendible, el Papa continuó observando estrictamente aquella política de neutralidad que es el principio de la actitud del Vaticano. En su alocución a los Cardenales el 2 de junio, les aseguró su amor paternal a todos sus "hijos e hijas de los pueblos germanos, siempre caros a Nos y entre los que pasamos largos días de Nuestra vida, o de los Estados Aliados a los que también estamos ligados por recuerdos agradables y sagrados, recordando también con constante solicitud a la nación polaca tan tristemente probada y tan cara a Nos o de otros nobles pueblos cuyo trágico sufrimiento rogamos al Altísimo sean prontamente aliviados". Que se refería en particular a Francia fué confirmado una semana después al recibir al nuevo embajador francés. En su discurso deploró Pío XII las "inenarrables penas" del país que había admirado tres años antes, durante su misión en Lisieux. Pero al mismo tiempo el Papa hubo de sufrir un pesar no inesperado, pero no menos personal cuando, haciendo oídos sordos a sus exhortaciones y esfuerzos diplomáticos, su propia amada Italia entró en la guerra al lado de Hitler.

El Estado neutral de la Ciudad del Vaticano había de ser durante cuatro años una isla de paz en el continente europeo dominado por los nazis, similar, en ese respecto, a Suiza, aunque era mucho más pequeño y ocupaba una posición mucho más delicada

y responsable. Aislado, perturbado y rodeado constantemente por enemigos morales y espirituales, Pío XII se negó sin embargo a suprimir las varias actividades de la Santa Sede. A través de sus alocuciones y encíclicas el Papa aclaró ante el mundo que los cambios simplemente geográficos en nada alteraban los principios morales: condenó las persecuciones y opresiones de judíos y cristianos, la deificación del materialismo, la filosofía del poder y la subordinación de la familia. Continuó clamando por soluciones pacíficas y justas a los problemas tremendos que confrontaban a Europa y el mundo. Después de la caída de Francia despachó un mensaje de consuelo y afecto a ese infortunado país y a pesar de la presión del Eje permitió que su representante continuara acreditado ante Vichy, como lo hicieron otros estados neutrales.

Cuando Hitler invadió a Rusia la guerra tomó un cariz completamente distinto. Aun antes de la invasión, los jesuítas alemanes de Roma habían recibido la noticia de que ese paso decisivo de la política de Hitler era inminente. Sin embargo, muy pocas veces, si las ha habido, en la historia de la Iglesia, tuvo un Papa que encarar un dilema similar al que creó a Pío XII la ruptura de Hitler con Stalin. Mussolini fué el primero en creer, a pesar de la creciente tensión entre el Vaticano y el régimen fascista, que había desestimado todas las advertencias del Papa, que Pío XII seguiría el ejemplo del dictador italiano y saludaría a la invasión alemana a Rusia como una "cruzada contra el comunismo" y que al fin la Santa Sede abandonaría su neutralidad. Grande fué, por lo tanto, la desilusión de Mussolini —y la de Hitler— cuando en un mensaje radiotelefónico dirigido al pueblo italiano unos días después, el Pontífice ni siquiera aludió a la invasión. Al referirse como a corrientes, en términos generales, a "la tempestad de males, sufrimientos y angustias que está asolando al mundo", intentó confortar a los fieles no mediante la esperanza de la destrucción del comunismo, sino por otro llamado puramente religioso para que confiaran en la Divina Providencia. Pío XII mantuvo esta actitud reservada ¡incluso en los días en que la victoria de Hitler sobre su antiguo aliado Stalin parecía inminente.

Parece obvio, al considerar la negativa del Vaticano a proclamar una guerra santa contra el comunismo, que la Santa Sede pensaba que el nazismo era un peligro mucho mayor para la religión y la paz que el comunismo. Aunque en cualquier caso es muy difícil elegir un mal menor, debe admitirse que el nazismo, cuya fuerza estaba concentrada en el corazón de Europa, era una amenaza mucho mayor para la civilización occidental en ese momento que Rusia Soviética. Pero también ha resultado obvio, juzgando los acontecimientos que siguieron, que a pesar de la situación desesperada de Europa, con Hitler dominando el continente, Pío XII jamás perdió de vista la amenaza a largo plazo que representaba Rusia, que era relativamente invencible ante un ataque occidental, y que eventualmente amenazaría al mundo del Oeste con su propaganda insidiosa, su implacable poder militar y su fanática doctrina política. Debido a esta amenaza el Papa deseaba que los nazis fueran derrotados en el menor plazo posible, así las fuerzas libres del mundo retenían el suficiente poderío como para afrentar el inevitable desafío del comunismo.

Al analizar la estrategia del Vaticano respecto al Kremlin es significativo recordar que sobre sus ya poderosos esfuerzos para evitar la guerra en la primavera de 1939, la Santa Sede lanzó su primer llamado directo de paz pocos días después que el canciller soviético Litvinov fué reemplazado por el agresivo e implacable Molotov. Sin embargo, para no aumentar las dificultades de las democracias occidentales en sus tratos con el nuevo aliado y para no dar apoyo alguno a Hitler en su agresión, el Papa se cuidó de no pronunciar una sola palabra que pudiera dirigirse contra Rusia, e incluso contra el comunismo. Continuó, sin embargo, condenando al totalitarismo como incompatible con la doctrina de la Iglesia y puntualizó que no podía aquél imponer un "nuevo orden fundado en principios morales". En su mensaje de Navidad de 1941, por ejemplo, al hablar de "algunos países" donde "una concepción política atea y hostil a Cristo ha logrado, a través de sus múltiples tentáculos, una absorción completa del individuo", advertía contra la ilusión que la guerra que resultaba de una concepción tal "pudiera detener este maligno desarrollo".

El giro de los acontecimientos en el frente oriental, que comenzó con la retirada alemana en Rusia, fué de las más graves consecuencias, no sólo para la política de paz de Pío XII, sino para todo el futuro de la Iglesia.

A medida que el ejército rojo se movía al oeste del Kremlin, a pesar de su propia propaganda en contrario y velados estímulos de los aliados, no se hizo nada por una reconciliación con el Vaticano. Pío XII, aunque estaba absorbido por el destino de Roma, expresó su profunda preocupación por el futuro de las naciones que estaban siendo liberadas de los nazis, sólo para caer en las garras de los comunistas.

Una de estas naciones, Finlandia, estaba luchando contra Rusia, por lo que se contaba del lado de Hitler, pero trataba ansiosamente de mantener sus objetivos bélicos completamente separados de los de Hitler y de evitar en lo posible una ruptura con los aliados occidentales. En 1942, Finlandia, que se había ganado la simpatía de todo el mundo durante su primera lucha contra el ejército rojo, estableció relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Cuando un nuevo ministro fines presentó sus credenciales al Papa en 1943, señaló que su nación —casi completamente protestante— apreciaba profundamente los esfuerzos de paz de la Santa Sede. En su respuesta, Pío XII se complació por este reconocimiento y formuló sus ardientes deseos por Finlandia, país que, después de todos sus sufrimientos, tenía derecho a una paz duradera basada en derechos iguales para todas las naciones, fueran grandes o pequeñas, fuertes o débiles.

Desafortunadamente, no sólo para Finlandia, sino para todos los países en la senda del victorioso ejército rojo, existía ahora el peligro de dominación por otro poder totalitario en contra de los deseos del Papa y de su programa de paz. La situación de Polonia era particularmente alarmante y el destino de esa nación tradicionalmente católica, conmovía a Pío XII del modo más profundo. Aprovechó, por ello, la presencia en Italia de fuerzas armadas polacas que habían contribuido en gran parte a la liberación de aquel país, para dirigirse a varios grupos polacos; y en su respuesta al desesperado llamado que le enviara durante el trágico levantamiento de Varsovia el presidente en exilio de Polonia, W. Raczkiewicz, Pío XII no sólo expresó una vez más su simpatía personal profunda por la nación polaca, sino que señaló de nuevo que todo el mundo tenía las obligaciones más serias, y aun una verdadera deuda, hacia Polonia. El Papa evidenció ampliamente estar al corriente de las nuevas amenazas a la independencia de Polonia, pero evitó toda referencia a la potencia de donde venían esas amenazas y que era ampliamente responsable por la tragedia de Varsovia: la Unión Soviética.

Si Pío XII permaneció en silencio sobre la especie de peligro que amenazaba a todas estas naciones

de Europa Oriental, no fué porque no se diera cuenta del carácter de la crisis que se avecinaba. Al contrario, no sólo no compartió jamás el Papa las ilusiones de los estadistas occidentales acerca de la Unión Soviética ni aprobó su política de oportunidad y apaciguamiento, sino que experimentó en carne propia el peligro de la propaganda comunista en 1943. Cuando el 13 de junio de ese año recibió a muchos miles de obreros de todas partes de Italia hizo una declaración que sacudió profundamente a su auditorio:

> Se está extendiendo entre el pueblo una propaganda de inspiración antireligiosa. Se dice, sobre todo a los obreros, que el Papa quería la guerra, que el Papa la mantiene y provee el dinero para su continuación, que el Papa no hace nada por la paz. Quizá jamás se haya lanzado una calumnia más monstruosa y absurda. ¿Quién es el que no ve, el que no sabe, el que no puede asegurar que nadie ha clamado por la paz más continuamente que Nos? Las sumas de dinero que la caridad de los fieles pone a nuestra disposición no están destinadas ni se utilizan para apoyar la guerra, sino para enjugar las lágrimas de las viudas y los huérfanos... ayudar a los que sufren, los pobres y los necesitados.

Al protestar con dolorida indignación sobre la campaña de calumnias, el Papa Pio XII se refirió a la evidencia irrefutable de sus esfuerzos de paz y añadió:

> Apenas las circunstancias de tiempo y las pasiones humanas permitan la publicación de documentos que todavía no han visto la luz por razones de interés público, referentes a la constante acción pacífica de la Santa Sede, sin temores a oposición alguna, durante esta horrible guerra, aparecerá a la luz más clara la estupidez de esas acusaciones que proceden de la irreligión y del desprecio a la Iglesia, antes que de la ignorancia.

Es altamente significativo que las acusaciones de belicismo hayan sido hechas mucho antes de que la guerra terminara, siendo que aquéllas son típicas de la propaganda comunista de post-guerra. Y aunque el Papa evitó en toda su alocución, una vez más, toda referencia a las fuentes de esa campaña de envilecimiento que tan profundamente repudiaba, debe haber sido obvio para todos que aquélla venía de Moscú. Pero nunca se refirió Pio XII más directamente al punto básico de la crisis mundial que se estaba aproximando con el fin de la guerra, que en su mensaje de Navidad de 1944. En todos sus mensajes previos de paz, así como en varias alocuciones, particularmente aquellas pronunciadas en los aniversarios del estallido de la guerra, el Papa había repetido su llamado a la paz basado en la justicia y la caridad. Ahora que la victoria sobre las formas fascistas y nazis de totalitarismo era inminente, continuó recomendando a los triunfadores espíritu de moderación. Pero aunque dió la bienvenida a la desaparición de la forma alemana y la forma italiana de dictadura, se alarmó sobremanera ante la posibilidad de que los rusos dictaran la paz y a través de una peligrosa confusión de ideas políticas lo hiciera bajo la pretensión de promover una forma de democracia mejor y más progresiva. Decidió, por ello, dedicar el mensaje de Navidad de 1944, que sintió sería el último de tiempos de guerra, al problema de la democracia; en la atmósfera de esperanza creada por la aproximación de la paz, consideró que una definición de democracia sería una contribución muy importante hacia el establecimiento de una paz sólida y duradera.

Tras recordar que la Iglesia no desaprueba ninguna forma de gobierno mientras ésta contribuya al bienestar de sus ciudadanos, dijo que descontaba que la democracia sería el gobierno del futuro. Pero antes de discutir las calificaciones necesarias para aquéllos que tendrían funciones dirigentes en una democracia, examinó el carácter de los ciudadanos en sí, considerando lo que llamó anhelo por "más y mejor democracia". Esta fué una alusión evidente al reclamo de la Rusia Soviética y sus secuaces, y, otra vez sin nombrarlos, les respondió en la sección más importante de su mensaje mediante una significativa distinción entre "pueblos" y "masas".

Sin mencionar al totalitarismo por su nombre, Pio XII, fiel a su eterna oposición a la concepción totalitaria del Estado, que ahora después de la caída del fascismo y el nazismo estaba representada sólo por el comunismo, puntualizó primero que "el Estado no contiene ni une mecánicamente a un territorio dado, una amorfa aglomeración de individuos. El Estado es, y en realidad debe ser, la unidad orgánica y coastructiva de un verdadero pueblo". Continuó explicando la diferencia entre un pueblo así formado y la multitud amorfa, a la que calificó de "masa", e hizo la debida distinción entre ambas concepciones. Después de haber alabado al pueblo auténtico que es el conjunto de personas que actúa libremente bajo su propia responsabilidad y de acuerdo a sus convicciones, el Papa hizo una enérgica advertencia sobre la posibilidad de que "la fuerza elementaria de la masa" fuera fácilmente mal utilizada por el Estado: "en las manos ambiciosas de un hombre o más artificialmente reunidos por tendencias egoístas, ese Estado, con el apoyo de la masa reducida a un papel de simple máquina, puede imponer su poder arbitrario sobre la mejor parte del auténtico pueblo". Pio XII no vaciló en concluir que la masa "es la principal enemiga de la verdadera democracia y de su ideal de libertad e igualdad". E hizo la siguiente descripción de "un Estado democrático abandonado al deseo arbitrario de la masa":

> La libertad, en cuanto deber humano de la persona humana, es transformada en una tiránica pretensión de dar rienda libre a los impulsos y apetitos humanos en detrimento de los otros. La igualdad degenera en una especie de nivel mecánico, en una uniformidad incolora: los sentimientos de honor, actividad personal, respeto a la tradición, dignidad, en una palabra todo lo que dá a la vida su valor, se desvanece y desaparece gradualmente.

Finalmente, Pio XII mostraba la inescapable consecuencia de tal tergiversación del verdadero significado de la palabra democracia:

> Convierte al Estado democrático, a pesar de las vanas apariencias en contrario, en un sistema puro y simple de absolutismo. El absolutismo de Estado consiste, en realidad, en el equivocado principio de que la autoridad del Estado no tiene límites y que frente a ella —cuando esa autoridad dá libre curso a sus medidas despóticas, traspasando los límites del bien y del mal— no queda apelación ninguna a una ley superior y moralmente obligatoria.

En la última parte de este mensaje, que anticipaba todas las futuras equivocaciones que se harían sobre la concepción de la democracia, Pio XII, después de discutir el problema de la organización internacional, que iba a ser tan decisivo en el período de post-guerra, insistió en la misión providencial de la Iglesia como protectora de la dignidad real y de libertad del hombre. Porque las democracias occidentales, que habían luchado por los mismos principios que Pio XII recomendara durante toda la guerra como únicas bases posibles de una paz justa y duradera, se habían rendido a su aliado comunista, cuya ayuda militar parecía indispensable para

LA ESENCIA DE LA CIVILIZACION CRISTIANA

CHARLES JOURNET

Florencia.

ES un honor pesadísimo y abrumador tener que hablar ante una asamblea tan solemne y en Florencia, de la esencia de la civilización cristiana. Necesito toda benevolencia de vuestro espíritu y la indulgencia de vuestra simpatía para que suplan a lo que faltará en una exposición demasiado desigual sobre un tema tan amplio y complejo. ¿Qué es la civilización? Según el uso corriente en los países latinos, utilizamos como sinónimos las palabras civilización y cultura. Hablando con exactitud, la civilización es el estado de desarrollo humano hecho posible por la vida social en la ciudad. Mientras que el desarrollo humano implica un fondo primario en que madura la inteligencia en la naturaleza humana, y que toma el nombre de cultura. La civilización se opone al estado salvaje, a la barbarie. Constituye, en una palabra, el esbozo de la vida verdaderamente humana, el ordenado despliegue de nuestras actividades en el dominio del obrar o de la vida moral (ética, sociología, política), en el dominio del hacer (por una parte con las artes aplicadas y el campo inmenso de la técnica, y por otra parte con las bellas artes). Por consiguiente, la religión natural, como representativa del movimiento de la vida especulativa hacia la Causa primera y el movimiento de la vida moral hacia el Bien eterno, quedará comprendida dentro de la definición de civilización, como la parte en el todo.

¿QUE ES LA CIVILIZACION CRISTIANA?

LA obra de la civilización es por sí humana y temporal. Cuando es cristiana, aunque sea poco, es otra cosa la que la colorea, purifica e ilumina. El cristianismo, la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo, no se coloca en el mismo plano que la civilización. Es la salvación de las naciones, pero no pertenece al mismo orden de cosas que las naciones; es la salvación de las civilizaciones, pero no pertenece al mismo orden de cosas que las civilizaciones. Pero no deja de haber relaciones entre el cristianismo y la civilización. Aquí es necesario aplicar la fórmula católica: "no confundir, no separar, pero distinguir, para unir". Precisamente porque está por encima de la civilización es que el cristianismo puede influir tan profunda y tan misteriosamente sobre ella. No la toca de igual a igual, sino como una causa trascendente, para vivificarla

Contribución del autor al Congreso por la Paz y la Civilización Cristiana, celebrado en Florencia (24-28 de junio de 1952).

ganar la guerra no sólo en Europa, sino también en Asia.

Mientras duró la guerra, Pío XII no hizo nada que pudiera perturbar la unidad aliada. Hubo, como de costumbre, acuerdo completo entre el Vaticano y los Estados Unidos en cuanto a la necesidad de garantizar la completa libertad de religión en todas partes. Pero el Papa anticipó que el peligro de persecuciones no había terminado con la victoria aliada y que la extensión de las doctrinas comunistas constituían una amenaza tan grande a la libertad de religión y otros derechos humanos, como lo habían sido el fascismo y el nazismo. Estas graves preocupaciones de la Santa Sede trascendían la sola cuestión de la libertad religiosa e incluían toda la estructura del mundo de post-guerra.

En la Roma liberada, el "Papa de la Paz" pudo ahora recibir a los dirigentes militares y políticos aliados, y la audiencia con Winston Churchill el 23 de agosto de 1944 fué obviamente de particular importancia. Pero aunque se anunció que en las conversaciones del Pontífice con el primer ministro británico, que "se caracterizaron por una genuina cordialidad, se discutieron varias cuestiones esenciales referentes a importantes problemas de la hora presente", no hay indicios de que Churchill haya sido influido en modo alguno por las preocupaciones del Papa. El, también, estaba bajo la ilusión de que era posible negociar con Stalin y que la continuada cooperación con Rusia debía ser comprada a cualquier precio.

El propio dictador comunista, jefe de la única potencia totalitaria que triunfó en la Segunda Guerra Mundial, se dió cuenta, desde luego, que la Santa Sede jamás abandonaría ninguno de sus principios, pero como no había sido directamente atacado en ningún pronunciamiento papal, evitó polémicas oficiales. Sin embargo, se daba cuenta del significado de las alocuciones del Pontífice y de su interpretación básicamente distinta de la paz y la democracia. Para contraatacar la influencia del Vaticano, Stalin empleó la maquinaria incomparable de la propaganda comunista mundial. Al hacerlo, continuó sencillamente con su campaña de calumnias iniciada en 1943 apenas la marea hubo comenzado a actuar a favor de la Unión Soviética.

Ya en mayo de aquel año decisivo, un diplomático de uno de los países amenazados por Rusia Soviética puntualizó en uno de sus informes las que con toda exactitud consideraba más astutas maniobras de la propaganda comunista: "El hecho de diseminar rumores de intentos soviéticos de una aproximación con el Vaticano —rumores que son, desde luego, inexactos...", pero que "son un síntoma de la agitación comunista, que intenta levantar entre las masas la convicción de una actitud liberal de los soviéticos hacia la religión".

Así pudo crear Stalin, entre los que querían ser considerados liberales, la errónea impresión de que era el Vaticano el responsable por la creciente tensión entre la Iglesia Católica y la Unión Soviética, tensión peligrosa para una futura paz. Al mismo tiempo se hicieron correr rumores de que la Iglesia de Roma, con sus concepciones de autoridad absoluta era, después de todo, secreta simpatizante con los sistemas totalitarios de "derecha", todos los que eran calificados de "fascistas". Es difícil para los políticos penetrar en la profunda diferencia —obscurecida a veces incluso por los filósofos— entre el respeto por la verdad absoluta en materia de fe y moral, tal como lo enseña la Iglesia, y el control absoluto del ser humano, que era un derecho reclamado por el Estado totalitario y siempre condenado por la Santa Sede. Pero aun desde un punto de vista exclusivamente político, debería haber sido fácil llegar a la conclusión de que el Vaticano no tenía nada en común con ningún régimen totalitario. ❖

ra como las grandes variaciones del clima han actuado, durante los periodos glaciales e interglaciales, sobre la flora y la fauna de Europa.

TRASCENDENCIA DEL CRISTIANISMO EN RELACION CON LA CIVILIZACION

En cuanto a Cristo. Viene a introducir en el mundo un reino que no es de este mundo, absolutamente trascendente en relación a este mundo, y que no pasará cuando el cielo y la tierra pasen. Y por primera vez distingue expresamente las cosas que hay que dar directamente a Dios —y que son las de su Reino— y las cosas que hay que dar directamente al César, pero a condición de que por ese camino vuelvan a subir hasta Dios. Nunca habla del progreso de la vida temporal; su falta de atención hacia las cosas de la cultura y de la civilización, del arte y de la ciencia, de la política y de la técnica, nos sorprende, casi nos escandaliza: "Dijole uno de la muchedumbre: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. Jesús le respondió: Hombre, ¿quién me ha constituido juez o partidor entre vosotros?" (Lucas XII, 14). Y sin embargo nadie influirá tal eficazmente como Cristo en el desarrollo ulterior de la cultura. El mundo moderno se ve cada vez más solicitado por dos formas extremas de humanismo, de cultura y de civilización, que se enfrentan en un combate a vida o muerte, y que se dividen, según la revelación del Evangelio: "por una parte el humanismo y la cultura cristiana, por otra el humanismo y la cultura atea".

Os recordaré la pequeña carta de San Pablo a Filemón. Devolviéndole un esclavo fugitivo, le pide que en adelante lo trate como un hermano amadísimo. Y pide al esclavo que se someta a Filemón en Cristo. En toda la carta no se habla de amo y de esclavo, no hay una palabra contra el sistema de la esclavitud. Pero introduce en el mundo un amor tan nuevo, tan inusitado, que se siente que terminará por conmover sucesivamente todas las formas de esclavitud, haciéndolas intolerables.

PRESENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA CIVILIZACION

El cristianismo, absolutamente trascendente con respecto a la realidad de la naturaleza y de la cultura, está allí íntimamente presente por su razonamiento, sea de una manera positiva, cuando el razonamiento es acogido, sea de una manera negativa, cuando es rechazado. Todo lo que se opone y lo que confirma al hombre en su naturaleza y en su cultura, todo lo que sofoca o por el contrario libera la ley de orientación profunda inscripta por el Creador en la misma constitución del ser humano, de este animal razonante, moral y político que es el hombre, choca o coincide con el cristianismo, por el hecho mismo de que, siendo su principal ambición y su principal misión elevar al hombre por encima de sí mismo hasta el consorcio de la vida divina, le incumbe defender con todas sus fuerzas la auténtica realidad humana contra todas las tentativas de desviación y de deformación. Tenemos pues aquí al cristianismo empeñado, no solamente cuando se trate de la vida divina, sino también cuando se trate de la vida humana, y no solamente cuando haya que defender los derechos de Dios, sino también cuando haya que defender los derechos del hombre.

A veces se oye hablar de la defensa del cristianismo y de la civilización cristiana. Hay que entender bien esta expresión. Por una parte será necesario distinguir entre el esfuerzo permanente del cristianismo para iluminar el orden temporal y, por otra parte, la multiplicidad existencial de las culturas. El cristianismo ilumina las civilizaciones como el sol ilumina las nubes; a medida que son iluminadas se revisten de una luz especial, una pureza y una frescura insólitas. Siguen siendo humanas en sustancia, y se hacen cristianas en el modo, en medida variable, más o menos completamente. Una civilización nunca podrá ser completa ni perfectamente cristiana; todas las que han intentado serlo han quedado impregnadas de elementos humanos no iluminados todavía por el cristianismo, y también de pesadas y numerosas impurezas. Y, además, es imposible que una civilización absorba siempre todas las virtudes iluminadoras del cristianismo de manera que pueda representar a la civilización cristiana en sí; en efecto, no hay sino un solo cristianismo que posea la virtud de purificar la civilización a la que toca y donde reside, si se quiere, la forma cristiana de las civilizaciones. ¿Con qué armas ha sido enviado en medio del mundo? Con las de los corderos entre los lobos, ha dicho Jesús. "No tenemos con nosotros otras armas que la palabra de la verdad, estando por encima de las luchas y de las pasiones públicas", decía en vísperas de la segunda guerra mundial Pío XII. Pero efectivamente en la historia hay numerosas civilizaciones, algunas de las cuales han sido parcial e imperfectamente cristianas. Y, como temporales, estas civilizaciones pueden tomar las armas para defenderse, pero el cristianismo las defiende sin tomar las armas; la luz que las ilumina y las hace cristianas proviene de la Iglesia que, según las grandes palabras de Lavigorie, triunfa muriendo y no matando. Lo que se llama "el patrimonio de la civilización cristiana", "la herencia de la cultura europea", "los principios del antiguo occidente cristiano", etc., no es una cosa sencilla: es, por una parte, un puro rayo de luz evangélica que desciende desde el reino de la caridad hacia lo temporal y, por otra parte, es una multitud de realizaciones temporales, alcanzadas por este rayo en alguno de sus elementos, hasta una profundidad variable, pero en las cuales la parte del mal y de las tinieblas sigue siendo grande. Identificar a la Iglesia con cualquier civilización, tendría consecuencias desastrosas para el futuro. En su alocución del 24 de junio de 1944, Pío XII declara: "el misionero es un apóstol de Jesucristo. Su misión no consiste en trasplantar la civilización europea a la tierra de las misiones, sino en permitir a pueblos que a veces se glorian de culturas milenarias, que acojan cómodamente los elementos de vida y de hábitos cristianos que pueden unirse sin dificultades y espontáneamente a todas las civilizaciones sanas".

Cuando se trata de comprender cómo actúa el cristianismo sobre las civilizaciones, se comprueba que las grandes verdades religiosas, cargadas de dinamismo y de luz, dejan por sí mismas caer luces y sombras en el plano profano de las culturas y de las civilizaciones, comenzando así a encaminarlas y transformarlas.

Tomemos por ejemplo la idea del progreso histórico. Esta aparece desde el principio en el plano religioso, con toda su majestad. Es la revelación judeo-cristiana la que hace la historia del universo, que ha salido de la nada, el reino de Dios, creció en él durante el transcurso de los tiempos, como un retoño, y que en el gran día de Dios será transfigurado. El cosmos de los griegos, se ha dicho frecuentemente, "era un mundo, por así decirlo, sin historia, un orden eterno donde el tiempo no tiene ningún efecto, sea que deje al orden siempre idéntico a sí mismo, sea que genere una secuencia de acontecimientos que vuelven siempre al mismo punto, según cambios cíclicos que se repiten indefinidamente".

Pero he aquí que en el umbral de los tiempos modernos, con Condorcet, Comte, Schelling, Hegel, la idea del progreso y del desarrollo en el tiempo cae, no sin alterarse, desde el plano de la historia sagrada, donde siempre reino, al plano de la historia profana. Puede encontrarse una observación análoga en Henri Bergson, pero esta vez a propósito de la idea de la justicia. Comparando la sociedad antigua y la nuestra, Bergson es impresionado por el carácter violentamente imperioso "categórico y trascendental" que tiene para nosotros, aun sobre el plano de las realizaciones profanas, la idea de la justicia. ¿De donde viene esta transformación? "Recordemos —responde Bergson— el tono y el acento de los profetas de Israel. Es su voz la que sentimos cuando es cometida y aceptada una gran injusticia. Desde el fondo de los siglos ellos elevan su protesta".

Y además —agregaremos nosotros— la voz de Aquel que dijo sobre la Montaña, hablando de la santa justicia de Dios: "felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados".

Tomemos ahora la idea de la dignidad de la persona humana. Esta idea aparece al principio en el plano cristiano de la salvación eterna, con suprema intensidad: por ejemplo en las palabras de Jesús a propósito de los niños: "Al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno y le arrojaran al fondo del mar" (Mateo XVIII, 6); o en estas otras palabras cuyos ecos son infinitos: "¿Y qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? (Marcos VIII, 36).

Cuando esta noción de la dignidad del hombre, de la inmortalidad de su alma, de su destino futuro, caiga desde el cielo cristiano al plano profano, trastornará el orden político y el orden social, creará un conflicto permanente e irreductible entre la persona humana y todas las formas de totalitarismo, antes paganas, hoy ateas.

Tomemos finalmente la idea del trabajo manual. Antiguamente estaba reservado a los esclavos. Pero Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, quiso trabajar manualmente. Desde entonces existe en el plano profano una noción cristiana del trabajo, que tiende a transformar todas las relaciones sociales. Así el reino que no es de este mundo, se explica como un cielo o una región por encima de los reinos y de las civilizaciones de este mundo, para rectificarlas, iluminarlas y estimularlas.

Hay una unidad del cristianismo que es la unidad divina de la fe que está por encima para obtener una unidad humana de la cultura cristiana que sea como un reflejo de la luz del cristianismo en la penumbra de lo profano y de sus actividades. Unidad originada por la fe en las cosas que no son de la fe, ni están siempre necesariamente conectadas con ella; por lo tanto, más bien unidad de inspiración y de actitud, que de doctrina o de conducta objetiva. Al comienzo de la semana de los intelectuales católicos de 1949, Jacques Maritain ha tratado de explicar los caracteres de la actitud producida por la fe al enfrentarse con la verdad, la sabiduría, la libertad. Con respecto a la verdad: es una "actitud sencillísima, evangélicamente sencilla, una actitud de simplicidad del espíritu que se refleja y llega a todas las manifestaciones intelectuales, y a todas las cuestiones de filosofía, de teología, de arte o de política. Esta fidelidad a la verdad consistirá menos en la imitación del pasado que en la fidelidad a la intuición creadora de los artistas, su capacidad única de ser fieles a su verdad sacrificando todo el resto. Los grandes artistas siempre han comprendido esto. En el orden político, esta fidelidad se llamará amor a la justicia.

El segundo carácter de la unidad que desciende desde la fe trascendente hasta la cultura, es una actitud ante la sabiduría y la contemplación. El espíritu de contemplación está llamado a asumir nuevas formas, a hacerse más flexible y más libre, a tomar la forma del amor al prójimo, a medida que se difunda en la vida común. Esto quiere decir que la acción puede ser un disfraz de la mística, pero no que pueda haber una mística de la acción. No hay mística de la acción, así como no hay mística de la inercia. Aquietate, pues, dice el Señor, quédate un poco tranquilo. Aquietate, y mira que yo soy Dios.

El tercer carácter de la unidad que desciende desde la fe, es una actitud determinada ante la libertad. Si es cierto que la gracia hace de nosotros los hijos adoptivos de Dios, la fe, cuanto más profundamente opera en nosotros, tanto más intensamente debe hacernos aspirar a la libertad de los hijos, a cierta libertad de autonomía que es independencia con respecto a las criaturas y dependencia con respecto a Dios. También el teólogo es libre con respecto a la teología, el filósofo con respecto a la filosofía, el artista con respecto al arte y el político con respecto a la política. Y esta clase de libertad que entendemos compromete inflexiblemente a cada uno de nosotros, es además una manera misteriosa e irónica de trascender nuestras diferencias.

Esta unidad producida por la fe en la cultura, agrega el filósofo que citamos, "depende de la profundidad a que penetra en nosotros el Evangelio. Cuanto más aumenta nuestra experiencia, tanto más lejos nos sentimos de practicar las costumbres evangélicas, pero al mismo tiempo se imprime cada vez más en nosotros la idea y el deseo de su misteriosa verdad: a esto es a lo que llamo el descenso del evangelio en nosotros. Cuando meditamos sobre el Evangelio, es el Evangelio quien nos habla; es necesario escuchar. Y sin ninguna duda Aquel que relata el Evangelio no está lejos de nosotros, para abrir un poco nuestro espíritu cuando así caminamos juntos con Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Me parece que si debe existir una nueva cristiandad, será una época en la cual los hombres leerán y meditarán el Evangelio más de lo que lo han hecho hasta ahora".

¿Cómo caracterizar la influencia del cristianismo sobre el movimiento temporal de la historia y de la cultura? Aquí me vuelvo a referir a diversos escritos de Jacques Maritain. El movimiento del progreso social en el tiempo depende de una gran ley a la que se podría llamar la ley del doble movimiento energético en la historia.

Mientras el paso del tiempo disipa y degrada naturalmente las cosas de este mundo y la marcha de la historia, o la masa de actividad humana de la cual depende el movimiento de la historia, las fuerzas creadoras que son propias del espíritu y de la libertad, y que normalmente tienen su punto de aplicación en el esfuerzo de alguno consagrado por eso al sacrificio, hacen elevar cada vez más la calidad de esta energía. La vida de las sociedades humanas adelanta y progresa así, al precio de muchas pérdidas. Tal es la idea del progreso que debe sustituir por una parte a la ilusión del progreso necesario, concebido a la manera de Condorcet, y por otra a esa negación o adversión al progreso que prevalece hoy entre quienes desesperan del hombre y de la libertad y que constituye en sí misma un principio de suicidio histórico.

No se comprende nada de la obra del Hijo de Dios en la historia si se imagina que pretende instalar al mundo en un estado en que habrían desaparecido todo el mal y toda la injusticia. Después de lo cual, teniendo en cuenta el resultado, es muy cómodo condenar estúpidamente al cristiano como utopista. La

tarea del cristiano consiste en mantener y aumentar en el mundo la tensión interna y el movimiento de lenta y dolorosa liberación debida a las invisibles potencias de verdad y de justicia, de bondad y de amor, que están en actividad en la masa que se les opone; y esta tarea no puede ser vana; debe dar seguramente su fruto. Sería una desgracia para el mundo si los cristianos se apartaran y dejaran de cumplir con su deber que consiste en aliviar aquí abajo la carga y la tensión del espíritu.

En términos más generales, se dirá "que en cada punto de la historia del mundo se cruzan dos movimientos inmanentes, y muestran cada uno de ellos sus propios complejos momentáneos; uno de estos movimientos arrastra hacia lo alto todo aquello que en el mundo participa en la vida divina de la Iglesia, la cual está en el mundo y no es del mundo, y sigue la atracción de Cristo, cabeza del género humano. El otro movimiento arrastra hacia abajo todo lo que en el mundo pertenece al Príncipe de este mundo, cabeza de todos los malos. Y experimentando estos dos movimientos internos es como la historia avanza en el tiempo. Así las cosas humanas están sometidas a una tensión cada vez más fuerte, hasta que al fin la tela se desgarrará. Así avanza la historia con su capital de pecado que crece sin cesar, y su capital de gracia que crece en la misma medida y es superabundante.

Quería decir una palabra sobre lo que se denomina el mesianismo. Hay un pueblo entre los otros pueblos, el de Israel, al que Dios ha escogido para enviarle los profetas y comunicarle la extraordinaria y embriagadora esperanza del próximo advenimiento de su reino. El reino de Dios es el reino de la vida y de la gracia destinada a todos los hombres. Es espiritual y no temporal. Es universal y no limitado a un pueblo. Antes de Cristo ya es perceptible aunque poco aparente. Está difundido en toda la tierra, y reside en las almas rectas. Pero he aquí que comienza a condensarse, a tomar una forma visible y palpable en el pueblo de Israel. Por supuesto que aun se encuentra en un estado imperfecto y como en formación. Desde el momento en que Dios escoge a Abraham y a los profetas, ya hay en la historia del mundo una nación, un pueblo portador de la esperanza mesiánica, un pueblo divinamente privilegiado por sobre todos los otros, un pueblo mesiánico.

Pero cuando viene el Mesías ¿qué sucede? Rompe una por una todas las solidaridades que en Israel mantenían al reino de Dios prisionero del reino temporal: solidaridad de descendencia carnal, reemplazada por el misterio del nuevo nacimiento del agua y del Espíritu; solidaridad racial y cultural, porque los apóstoles son enviados a todas las naciones, hasta el fin de los tiempos; solidaridad política, porque ahora las cosas de Dios son netamente distintas de las cosas del César y están libres de compromisos. Forma un reino que no se defiende con las armas.

El reino de Dios era en Israel como un águila enjaulada; he aquí ahora que destroza la jaula para extender sus alas sobre el mundo. Desde ese momento la experiencia mesiánica pasa desde el plano temporal al plano espiritual, desde el Israel de la carne al Israel del espíritu, desde el pueblo hebreo a la Iglesia transétnica, transcultural, transpolítica. Y desde entonces sólo la Iglesia es mesiánica y portadora del reino de Dios, instaurado al principio en el tiempo bajo el aspecto peregrino y crucificado, y que al fin de los tiempos absorberá en su esplendor al universo de la naturaleza y a todo lo que haya de durable y de auténtico en los valores de la cultura.

Pero no advertir que el impulso de la experiencia mesiánica ha pasado con Jesús del plano temporal al plano espiritual, querer apoderarse de este impulso para divinizar lo que no es humano, para animar formaciones culturales, políticas y sociales, hablar de naciones mesiánicas, de razas mesiánicas, de una clase mesiánica, que sería el proletariado, y dirigir un deseo teologal hacia bienes finitos, es desviar todo el curso de la historia. Ese es el error de Chatov, quien considera a Rusia como la nación mesiánica. Y Chatov expresa el mismo pensamiento de Dostoievski: "Si un gran pueblo —dice— no cree que sólo en él se encuentra la verdad, si no se cree el único destinado a resucitar y a salvar al universo con su verdad, cesa inmediatamente de ser un gran pueblo para convertirse en un material etnológico. Un pueblo verdaderamente grande nunca puede contentarse con desempeñar un papel secundario en la humanidad; un papel, aunque sea importante, no le basta, necesita absolutamente el primero. La nación que renuncia a esta convicción, renuncia a la existencia. Pero la verdad es una; por consiguiente un solo pueblo puede poseer al verdadero Dios. El único pueblo deífero es el pueblo ruso..." Pero Dostoievski era demasiado generoso para detenerse en un vulgar sueño de imperialismo. En su "Homenaje" a Puchkin se lanza a una imposible paradoja destinada a identificar a la humanidad con Rusia, cuyo destino sería el de preparar la pacificación de los pueblos, menos absorbiéndolos para cambiarlos en ella, que cambiándose ella misma en ellos, para convertirse simultáneamente en todos ellos. La unidad del mundo no sería la obra de una Rusia creciendo sobre el humus de las demás naciones, sino de una Rusia convertida, aunque continuando siendo ella misma, en el humus de las demás naciones.

A la noción imposible de una nación mesiánica, una política cristiana sustituirá la noción auténtica de la vocación temporal de las naciones, que viene a asignar a cada una su tarea para lograr el bien común de la humanidad.

En oposición al cristianismo o al reino que no es de este mundo, se puede dar el nombre de cristiandad a las civilizaciones que acogen, de una manera que sin duda siempre es bastante imperfecta, a la influencia vivificadora que el cristianismo ejerce sobre ellas, tanto por su doctrina como por su espíritu de amor. Se dirá que el cristianismo permanece, mientras las cristiandades mueren. Se podrán distinguir dos tipos de cristiandad: la cristiandad sagrada del medioevo y la cristianad profana, por cuyo advenimiento trabajamos. La época sagrada comienza en el momento en que el cristianismo se apresta a conquistar toda Europa. Las cristiandades tienen la idea de reagruparse políticamente, de fundar una ciudad formada constitucionalmente por cristianos, entrando entonces la calidad de cristiano dentro de la definición de ciudadano, de la que es parte integrante.

Hoy la ciudad medieval aparece ante nuestra mirada como una unión de lo temporal y lo espiritual que no está en la naturaleza de las cosas. Lo que busca la naturaleza de las cosas es la distinción entre temporal y espiritual y la subordinación de lo primero a lo segundo. El cristianismo, que es espiritual, es diferente de la cristiandad, que es temporal: la Iglesia es diferente del Estado. El Papa está a la cabeza del cristianismo, el emperador estaba teóricamente a la cabeza de la cristiandad. Pero las deficiencias de los emperadores condujeron a los papas a asumir, por una necesidad evidente de salvación pública y a pesar de los peligros que importa esa alianza, cierto poder temporal, sobre todo cuando el poderío musulmán se hizo amenazador. Los hebreos no convertidos y los gentiles son por definición extraños a la ciudad medieval y relegados a las fronteras o a lo que llegaron a ser los

ghettos. La ciudad podrá entrar alguna vez en conflicto con éstos. Pero la auténtica doctrina de la Iglesia, cuyo luminoso doctor es Santo Tomás, no quiere que se les fuerce a creer, ni que se bautice a sus hijos contra sus deseos. Las misiones armadas han podido tentar la ambición de los emperadores y de tantos reyes católicos que, para aprobarlas, han encontrado teólogos, obispos y concilios provinciales escandalosamente complacientes. Sin embargo, ellas están y Santo Tomás lo afirma enérgicamente, fuera del horizonte doctrinal de la Iglesia, que proclama que el creer es un acto de libertad. Una vez convertidos, ni los hebreos ni los paganos se distinguen ya de los demás cristianos. La cristiandad medieval está fundada en un principio religioso, y no racista.

Las cruzadas no son, pues, misiones armadas. En su esencia no aparecen como luchas del cristianismo contra el Islam: el cristianismo no trata de aniquilar sino de convertir. Las cruzadas son luchas de la cristiandad temporal contra el Islam, en las cuales la cristiandad movilizada por el Papa como tutor de lo temporal sagrado, y alentada por el Papa como vicario de Cristo, defendía con medios temporales su salvación temporal. La cruz que ostentaban los cruzados era una cruz "temporalizada", algo así como la cruz de la bandera suiza. Consideramos legítima a la cruzada, pero es una obra temporal.

Fué San Luis quien espiritualizó la idea de la cruzada. San Francisco hizo algo aún más grande: hizo resurgir la idea de las misiones. Tomás de Celano cita estas magníficas palabras suyas: "La obediencia suprema, en que no tienen parte alguna la carne y la sangre, es aquella que bajo la inspiración divina, determina a un hermano a ir hacia los infieles, sea para salvar sus almas, o con el deseo del martirio". La cristianidad sacra era una primera prueba, aunque inadecuada, de política cristiana, encaminada a la fundación de una ciudad temporal, compuesta constitucionalmente solamente por cristianos. Ha desaparecido, con sus esplendores debidos al Evangelio, y con sus miserias debidas a los hombres. No la evoquemos en su tumba. Llamemos pues política cristiana, simplemente, a una aplicación esencialmente nueva de los eternos principios evangélicos a lo temporal. No hay que copiar nada sino crear todo.

La política cristiana en las condiciones actuales del mundo trata de formar la unidad política de todos los habitantes de una región, de un país, conciliar todos los derechos de los ciudadanos, tomándolos como son, cualquiera que sea su creencia religiosa, pero para orientarlos eficazmente, bajo la presión de un espíritu evangélico auténtico, hacia fines temporales y políticos que el cristianismo no puede desaprobar y cuya legitimidad puede reconocer. Una política cristiana se abstiene de forzar la conciencia de los ciudadanos no cristianos, a quienes agrupa con otros ciudadanos cristianos, católicos o disidentes, en el plano temporal, suponiendo que aceptarán los principios prácticos fundamentales de una sociedad de hombres libres: respeto a la verdad, a la dignidad humana, a la libertad, al amor fraternal, al valor absoluto del bien y del mal, en una palabra a los valores humanos que el Evangelio nos ha hecho conocer. Practica, pues, la "tolerancia civil". No debe caer en la tolerancia dogmática; deriva de un cristianismo auténtico e integral, para llamar a la tarea a todos los hombres de buena voluntad, todos aquellos a quienes un conocimiento más o menos parcial y deficiente —quizás extremadamente deficiente— de las verdades que el Evangelio conoce en su plenitud, permite entregarse prácticamente y tal vez sin ser los menos generosos ni los menos devotos, a la labor común en cuestión. Es a este caso que se aplican con todo su vigor las palabras evangélicas: "Quien no está contra vosotros, está con vosotros".

Es fácil advertir qué fuente de conceptos, de instituciones y de comportamiento exige la política cristiana. Citemos algunos puntos del Humanismo Integral. "Es imposible que una transformación vitalmente cristiana del orden temporal se produzca de la misma manera y por los mismos medios que las otras transformaciones y revoluciones temporales. Si tiene lugar, será en función del heroísmo cristiano. El heroísmo cristiano no tiene las mismas fuentes que los otros: maná del corazón de un Dios flagelado y escarnecido, crucificado fuera de las puertas de la ciudad. Ya es hora de que, como en los siglos medievales, intervenga en las cosas de la ciudad terrestre, pero sabiendo bien que su fuerza y su grandeza son infinitas. Así, una renovación social vitalmente cristiana será una obra de santidad, o no será; me refiero a una sociedad vuelta hacia lo temporal, lo secular, lo profano. ¿No ha conocido el mundo gobernantes santos? Si surge en la historia una nueva cristiandad, será por obra de una santidad así. La cristiandad del medioevo, encerrada en sí misma, se parece a una ciudadela. La cristiandad del mañana estará esparcida por toda la tierra. Ahora parece que durante un largo período la gran lucha por la civilización cristiana no tendrá lugar entre naciones cristianas y no cristianas, sino que se desarrollará en el interior de cada nación, entre la corriente cristiana que lo considerará el verdadero humanismo y la corriente del Anticristo, orientada hacia un humanismo ateo y ávida de instaurar en la tierra, por cualquier medio, un colectivismo donde la persona humana, con su alma inmortal, sea convertida en una hormiga del hormiguero".

En la tercera reunión de esta asamblea se tratará de la paz entre las naciones. Desde el punto de vista teológico, digo que hay una paz cristiana que está por encima de las naciones; es la paz divina de la Iglesia; es una paz cristiana que existe, que quiere existir entre las naciones, paz que a menudo es demasiado inestable, pero siempre es deseable y un verdadero don de Dios cuando es fruto de la justicia. Durante los últimos años el Santo Padre Pío XII ha pedido incansablemente a los hombres que vuelvan a los valores cristianos sin los cuales no puede existir ninguna paz duradera entre los pueblos. La Iglesia no desea la paz por motivos humanos: "El precepto de la paz es de derecho divino. Su finalidad es la protección de los bienes de la humanidad, en cuanto son bienes de Dios".

La voluntad divina de la paz temporal del mundo resulta del hecho de que todos los hombres son hermanos: 1º por la comunidad de su origen; 2º, por la comunidad de su redención; 3º, por la comunidad de su destino, tanto temporal como eterno. Ningún individuo, ningún pueblo, se puede sustraer a la solidaridad de la comunidad humana. Posiblemente esta doctrina de la comunidad de destino de todo el género humano en el plano temporal, nunca haya sido afirmada con tanta insistencia como en el Mensaje de Navidad de Pío XII. La doctrina católica sobre el Estado y sobre la sociedad civil se ha fundado siempre sobre el principio de que, según la voluntad divina, el conjunto de los pueblos forma una comunidad con una finalidad y con deberes comunes. El cristiano católico, persuadido de que todo hombre es su prójimo y de que todo pueblo es miembro, con iguales derechos, de la familia de las naciones, se asocia de todo corazón a los esfuerzos generosos que tienden a hacer salir a todos los Estados de las limitaciones de una mentalidad egocéntrica; mentali-

dad que ha tenido una responsabilidad preponderante en los conflictos pasados y que, si no es finalmente vencida o por lo menos detenida, podrá llevar a nuevas conflagraciones quizás mortales para la civilización humana.

El orden absoluto de los seres y de los fines, incluye como exigencia moral y como coronación del desarrollo social, la unidad del género humano y de la familia de los pueblos. De la acogida que tenga este principio depende el futuro de la paz.

LA UNION INDISOLUBLE DE LOS ESTADOS ES UN POSTULADO "NATURAL"

EN vísperas de la segunda guerra mundial, en su mensaje de Navidad de 1939, el Papa enumeraba las cinco condiciones de una paz justa: 1º, derecho a la vida para todas las naciones; 2º, reducción de los armamentos; 3º, constitución de un organismo jurídico internacional; 4º, examen de las justas reclamaciones, por una parte de las minorías étnicas, y por otra parte de los pueblos menos favorecidos; 5º, fe en los valores trascendentes de la justicia. Los mensajes de Navidad de 1940 y 1941 volvían a señalar esos puntos. Entonces se esperaba que después de la guerra el espíritu tomaría al fin el control de las fuerzas desencadenadas en el mundo, y que la fe en la virtud trascendente de la justicia triunfaría por lo menos ante todos los que gobiernan los pueblos.

El último mensaje de Navidad del Sumo Pontífice ya no se ocupa de precisar las condiciones de una paz justa. Se limita a pregonar lo esencial: que la paz tiene raíces espirituales y que si se cortan esas raíces, ya no es sino una atroz ficción.

El problema de la paz, dijo el Papa, es actualmente de orden espiritual. Radica en la carencia o insuficiencia del espíritu. El sentido profundamente cristiano es demasiado escaso en el mundo actual, los cristianos verdaderos y perfectos son demasiado poco numerosos. Estas palabras del Papa recuerdan el ruego de Abraham: "Señor, quizá haya cincuenta justos en la ciudad; ¿los harás tú morir también, y no perdonarás a la ciudad por causa de los cincuenta justos que hay en ella?".

Pío XII continúa: "Es necesario que cada uno se convenza de que el peligro de guerra tiene principalmente un carácter espiritual. ¿No es acaso prácticamente un materialismo el considerar en el problema de la paz única o principalmente la existencia y la amenaza de las armas modernas, mientras no se hace ningún caso de la ausencia de un orden cristiano, que es la verdadera garantía de la paz?". Pero el mensaje cristiano concerniente a lo temporal es dirigido a personas humanas y no a autómatas. Propone un orden social libre y conscientemente consentido, no pasivamente consentido, no pasivamente soportado.

Nuestra tragedia es que la humanidad, después de las dos guerras sufridas, se va mecanizando cada día más. Todo sirve para ello: periódicos, radio, cine, televisión. El lamento del Papa se hace doliente. El orden cristiano, como organismo de paz, es esencialmente un orden de libertad. Es el concurso solidario de hombres y pueblos libres para la realización progresiva, en todos los planos de la vida, de los fines asignados por Dios a la humanidad. Por eso es un hecho doloroso que hoy ya no se estime ni se posea la verdadera libertad. ¿Cómo podrían concebir la verdadera libertad, cómo podrían estimarla y desearla quienes ya no le dan un lugar en su vida? Unos querrían hacer recaer todo sobre la sociedad, en el terreno económico o social, aun la dirección y la seguridad de su existencia. Otros esperan su único alimento espiritual cotidiano cada vez menos de sí mismos, de sus convicciones y conocimientos, y cada vez más de la prensa, de la radio, del cine y de la televisión, que se lo dan preparado y dosificado. Ya no son hombres libres, capaces de asumir o aceptar una parte de responsabilidad en los asuntos políticos. Hoy gritan: ¡No más guerras! Pero ¿cómo fiarse de ellos? No es su voz la que se escucha, sino la voz anónima del grupo social al que están incorporados.

Una sociedad que no esté atada al automatismo, donde la paz pueda ser el fruto de la justicia y del libre esfuerzo de personas humanas, había sido definida por Pío XII al finalizar la última guerra, con una precisión sin igual en los documentos pontificios, como una sociedad verdadera, no hipócritamente democrática. "Bajo la siniestra ofuscación de la guerra, los pueblos se han como despertado de un largo entorpecimiento. Han tomado, ante el Estado y ante los jóvenes, una nueva actitud hecha de interrogaciones, de críticas y de desconfianza. Educados por una amarga experiencia, se oponen, cada vez más resueltamente, al monopolio de un poder dictatorial incompatible con la dignidad y la libertad de los ciudadanos. La democracia entendida en su sentido más amplio, admite formas diversas y puede realizarse tanto en las monarquías como en las repúblicas. La forma democrática de gobierno aparece a muchos como un postulado natural reclamado por la razón: "Expresar las propias opiniones sobre los deberes y sacrificios que les son impuestos. No ser obligados a obedecer sin haber sido oídos. He aquí dos derechos de los ciudadanos que hallan su expresión natural en la democracia".

Este llamado, inscripto ahora en los documentos pontificios, que muestra a lo temporal el verdadero camino, el camino ascendente, nunca será olvidado.

Al final de las "Dos fuentes", Henri Bergson invita a la humanidad a escoger entre la vida y la muerte. "La humanidad gime, oprimida por el peso del progreso que ha alcanzado. No sabe con bastante claridad que su porvenir depende de ella. A ella le toca preguntarse si quiere limitarse a vivir o hacer aún el esfuerzo necesario para que se cumpla también sobre nuestro planeta refractario la función esencial del universo, que es una máquina hecha para fabricar dioses" —es decir, como lo explica el autor— una obra de Dios para crear creadores, para tener seres dignos de su amor.

¿Cual será la respuesta de la humanidad? ¿Volverá a subir la pendiente, volverá a encontrar el placer de la vida heroica? ¿O será arrastrada hacia nuevas desgracias?

Quisiera responder a esta última pregunta con lo que Jacques Maritain escribía en noviembre de 1940, en su folleto "A través del desastre". "Puede ocurrir que la desgracia continúe y se agrave, que la humillación sea cada vez mayor. Puede ocurrir que el proceso de liquidación continúe hasta que las almas sobre las cuales, Señor, se posa vuestra mano, la más pesada del mundo, escuchen vuestra voz en el fondo de sí mismas, y hasta que todo vuelva a comenzar de nuevo, desde los últimos escondrijos de la esencia humana. Estamos en una época en la cual parece que en todos los lugares de la tierra, todas las causas deban implacablemente producir hasta el fin sus efectos, todo lo que está escondido, aparecer, todos los principios de muerte consumir sus fuerzas y producir sus monstruosos excesos. Esto lleva en sí mismo la esperanza, porque el volumen del mal no es infinito. Esta es, quizá, nuestra última esperanza. La última esperanza no puede engañar".

¡La esperanza teologal de un Reino que no es de este mundo, seguramente! Y también la esperanza temporal en el género humano redimido por la sangre de Cristo y que todavía no ha tenido tiempo

45

magnolia blanca

Reminiscencia de románticos jardines
de magnolias en flor... Nuevo,
cautivante aroma de sutil persistencia
captado por el incomparable genio
creador de Helena Rubinstein. $ 35.- y 60.-

Helena Rubinstein

Salón: FLORIDA 954 T. E. 32-5351
y en tiendas, perfumerías y farmacias de categoría.

EL APOSTOLADO DE LA PLUMA

JACQUES MARITAIN

Princeton University.

(El 10 de mayo en la Roosevelt House de Nueva York, The Gallery of Living Catholic Authors hizo entrega a Jacques Maritain de su Premio Literario para el mejor libro de ensayo escrito por un miembro de la Gallery en 1951. La distinción fué a *El hombre y el Estado*. Graham Greene había recibido un mes antes el premio a la mejor obra de imaginación por *El fin de la aventura*. Tras expresar su agradecimiento por el premio y recordar su larga amistad con la fundadora de la Gallery, Hermana Mary Joseph, dijo Maritain:)

ME han dicho que se espera que diga unas palabras sobre el "Apostolado de la Pluma". Permítaseme confesar que preferiría no hacerlo porque temo a las palabras solemnes.

Además, cualquier expresión que tiende a designar una actividad humana debería ser usada por aquéllos a quienes concierne para definir la especie de tarea que efectúan. Si se le pregunta a un escritor qué hace, posiblemente responda: "Soy novelista" —o poeta, o filósofo o dramaturgo. Pero sería muy difícil que contestara: "¿Yo? Soy un apóstol de la pluma". Suponiendo que así lo hiciera, yo tendría muy poca confianza en sus virtudes apostólicas.

El apostolado cristiano debe tratar de lleva a los hombres la buena nueva de los Evangelios y a conducir a las almas a la fe en la verdad revelada. Tiene sus caminos y medios propios. Un escritor que hiciera de su novela o su tratado metafísico un instrumento adaptado a *este* propósito, o a cualquier otro extraño a las exigencias intrínsecas de su trabajo, arriesgaría la calidad de su obra.

La tarea y el propósito inmediatos de un escritor es ora producir belleza, ora resolver algún problema de acuerdo a la verdad del tema que trata. Es evidente que puede y debe tener miras ulteriores, que se relacionen con su vida y su destino de hombre, pero éstas son miras distantes, que no pueden confundirse con la regla operativa y la medida de su obra. Es imposible que un escritor que cree en Dios no se preocupe por la extensión de la verdad divina, o sea con los fines del apostolado. Pero ésta es una cuestión de inspiración interna que es más eficaz cuando mora en los recovecos secretos del alma y que aún cuando acelere la actividad creadora, la mantenga en su nativo y genuino desinterés. Si permitiéramos que cualquier especie de utilitarismo, aun aquél dirigido hacia los más nobles propósitos, penetrara en la esfera del arte o el conocimiento especulativo, arriesgaríamos estropear muchas cosas preciosas.

Respecto al escritor católico, lo que se espera de él es que sea un artista plenamente dedicado a los requisitos de su arte y la belleza de su obra, o un pensador plenamente dedicado a los requisitos del conocimiento y el progreso del intelecto en la verdad. Su tarea debería estar inspirada por un sentimiento parecido al de Bloy cuando dijo: "Mi secreto para escribir libros que gusten es estar listo para dar mi vida por el lector desconocido que algún día los lea".

Entonces tendría una buena oportunidad de ser apóstol de la pluma, pero sin tener deseo alguno de inscribir su nombre en el "Quien es quien" bajo aquel encabezamiento, o subordinar la búsqueda de la verdad o la belleza al éxito práctico o la facilidad de actuación sobre las almas de sus contemporáneos.

Antes de terminar, querría referirme brevemente a otro punto que se refiere a la semántica. *Católico* significa *universal*. Mientras sea fiel a lo que es, el escritor católico habla a todos los hombres. Como resultado, debe tratar de ofrecer sus pensamientos en un vocabulario apto no sólo para los oídos de sus cofrades, sino para los de todos los hombres. No digo que logrará el éxito al hacerlo; digo que debe tratar de hacerlo. No sugiero que lo que diga será de naturaleza tal como para complacer a todo el mundo, sino que el modo como lo diga debe apelar o a la razón o a los sentimientos estéticos de cualquier hombre que tenga la preparación intelectual necesaria. Este esfuerzo por universalizar la expresión, por no utilizar un vocabulario católico doméstico ayudará a un escritor católico a ser más profundamente fiel a la exacta pureza de la verdad católica.

Para aclarar mi posición permítaseme citar una frase de Eliot sobre Dante. Ningún poema es más de dar sobre toda la tierra, en el Extremo Oriente, en la India, en Africa, en el mundo occidental transformado, en el pueblo de Israel al fin reintegrado, los frutos de una civilización cristiana más amplia, más rica y quizá más pura que la de los pasados siglos. ❖

La Dirección de "Criterio" hace propicia la ocasión de la publicación del presente discurso, gentilmente enviado por el autor, para hacer llegar sus parabienes en sus 70 años de vida a "el hombre que, haciendo abiertamente profesión de su fe católica y de su culto por la filosofía del Doctor Común, está dedicado a poner sus ricas cualidades al servicio de los grandes principios doctrinales y morales que, sobre todo en estos tiempos de universal perturbación, la Iglesia no cesa de inculcar al mundo" (S. S. Pío XII, 10-V-45).

CIVILIZACION Y CRISTIANISMO

GABRIEL MARCEL

Florencia.

ME propongo someteros cierto número de reflexiones preliminares al conjunto de relaciones existentes entre el cristianismo y la civilización. El problema que pretendo plantear es uno de los que ha tratado Arnold Toynbee en su libro *Civilization on trial*. Aunque creo que entre él y yo existe un acuerdo acerca de la sustancia de las cosas, me parece que no plantearé la cuestión en los mismos términos en que él lo ha hecho.

Por cierto que ninguna ciudad estaba más calificada que Florencia para ser sede de una asamblea referente a la naturaleza y las condiciones de la civilización cristiana. Esta civilización, se puede decir que la respiramos en Florencia. Nos rodea. Tiene un carácter de evidencia. Recordemos que hay dos especies muy diferentes de evidencias. Hay evidencias pobres, reconocidas solamente por cierta lógica, que demuestra además la necesidad de diluirlas lo más que se pueda. Pero también existen evidencias plenas, y las estéticas y morales pertenecen exactamente a esta especie. En Florencia la civilización cristiana se presenta como una evidencia plena.

¿Tendremos que dedicarnos a desarrollar algún comentario lírico de tales evidencias? Creo que no. Más bien estoy seguro de lo contrario, porque con bastante frecuencia el comentario no consigue sino debilitar la realidad. Y hasta sucede frecuentemente que despierta en quien lo escucha o simplemente lo sufre, una disposición a discutirlo. Si bien estoy convencido de que sólo se puede pensar de una manera efectiva y concreta partiendo de la dificultad. La dificultad despierta al pensamiento del mismo modo como una cascada pone en libertad la energía.

Ahora, aquí las dificultades saltan a la vista, a menos que voluntariamente no se las quiera ver. Nos encontramos verdaderamente ante una crisis absoluta de juicio, tal como nos inclinamos a creer que la historia nunca ha presentado una parecida. Un número considerable de seres humanos entre los que tratan de reflexionar sobre la presente situación, tienen la convicción de que hoy nos encontramos en el final de una civilización. Personalmente no creo que sea así, y pronto diré por qué, pero lo que importa es que tal creencia es compartida efectivamente por un gran número de nuestros contemporáneos. ¿Cómo se genera una creencia parecida en lo que se refiere al cristianismo?

Los adversarios del cristianismo —principalmente, pero no solamente los marxistas— dirán: El cristianismo estaba ligado a esta civilización agonizante y no tiene ninguna probabilidad de sobrevivirle.

Por el contrario, los cristianos avanzados, progresistas o revolucionarios, dirán: El cristianismo no está ligado por ninguna verdadera solidaridad a esta civilización que ha llegado a su declinación. Por lo tanto puede separarse de ella perfectamente, del mismo modo que un vagón puede ser separado de un tren detenido. En todos existe la misma convicción del fin próximo e inminente de la civilización a la que tan frecuentemente se llama civilización burguesa. Pero el desacuerdo existe con respecto a la relación que une o no a la civilización con el cristianismo.

Tanto por una como por la otra parte me parece que estamos en presencia de una confusión extrema-

Contribución del autor al Congreso por la Paz y la Civilización Cristiana, celebrado en Florencia (24-28 de junio de 1952).

---

pura e integramente católico que la Divina Comedia. Además, Dante, como lo dice en una carta famosa a Can Grande, consideraba que el fin de la obra era "sacar a los que viven en esta vida del estado de miseria y conducirlos al estado de felicidad".

¿Y qué observó Eliot en su ensayo sobre Dante? Señaló que un lector que no comparte la fe de Dante no siente oposición a aquello en lo que cree Dante, porque advierte que no se procura imponerle una creencia humana individual. La manera como Dante expresa su fe es tan universal, que cualquier hombre sensible a la poesía se siente inclinado a escucharlo; no a ser convertido o convencido por él, pero al menos a ser introducido por él en un mundo de belleza que es el mundo de la fe de Dante, y a sentir allí el deleite de la belleza. La casa de Dante era una casa católica abierta a todos los hombres, o por lo menos a todos los amantes de la poesía. Esta catolicidad del verso de Dante ilustra a mi juicio lo que he tratado de sugerir.

No es fácil ser católico y no es fácil ser escritor. Ser escritor católico es doblemente difícil. Existe, por un lado, el peligro de someterse al embrujo del arte o el conocimiento humano de modo de no alcanzar a los requisitos de la verdad suprema. Y existe, por otro lado, el peligro de utilizar a la verdad divina a la que nosotros y nuestros cofrades adherimos en común para compensar las posibles fallas de nuestra fidelidad a los requisitos del arte o el conocimiento humano. No creo que haya otro medio de vencer esos riesgos que una buena dosis de humildad y alguna especie de apreciación, o anhelo de las vías de la vida espiritual.

Nos enfrentamos ahora con las "energías del error" —para usar la expresión de San Pablo— que quieren transformar al hombre y al mundo, por el triunfo de un ideal materialista. Nuestra lucha contra estas energías del error puede ser victoriosa sólo si las afrontamos con la integridad del poder intelectual y espiritual encarnados en nuestra herencia cristiana.

Hay una urgente necesidad en el mundo contemporáneo de que los cristianos firmemente adheridos a su fe se dediquen a la labor de la inteligencia en todos los campos del conocimiento humano y la actividad creadora, mientras constatan que las llaves de la filosofía y la teología verdaderas son para abrir y no para cerrar puertas. Debemos darnos cuenta, también, de que la experiencia espiritual que deriva de la caridad es la inspiración más fecunda y profunda para el trabajo creador. Cada uno actúa en su campo propio y de acuerdo a los requisitos de éste, pero su obra debe estar animada desde dentro por un movimiento que viene de una fuente más alta, que puede alcanzar a las almas de los hombres como ningún poder humano lo puede.

Y temo que éste sea —de hecho y en su auténtico sentido— ese "Apostolado de la Pluma" del que no quería hablar. ❖

damente grave, que deriva sobre todo del hecho de que el concepto de civilización está insuficientemente elaborado; para decirlo más exactamente, existe una tendencia a dar a esta palabra las más diferentes interpretaciones.

Como principio, la civilización es la condición del hombre civil, en oposición al estado primitivo, salvaje o bárbaro. Esta es una idea que reaparecerá con gran vigor en el humanismo del Renacimiento. Esta idea tenderá, si no a desaparecer, por lo menos a perder su fuerza y su poder a medida que se acentúe principalmente la noción del pecado original y de su carácter irreparable. Es por demás claro que para los jansenistas, por ejemplo, no ofrece sino un débil interés. En el siglo XVIII la idea caerá en una especie de naturalismo recurrente que pondrá en evidencia lo que ella significa de inevitablemente corruptor. En cambio en el siglo XIX, los occidentales, fascinados por la idea del progreso científico y técnico, se inclinarán a insistir en la civilización entendida como un cierto estado al que llegará el hombre mediante el desarrollo de los poderes racionales que hay en él. La civilización se presenta así como el triunfo de un orden esclarecido sobre la confusión, el desorden y la violencia. Se puede decir que ahora se la concibe como una potencia pacificadora que implica la sustitución progresiva de la fuerza por el derecho y se traduce en un desarrollo armonioso de las ciencias y de las artes y, consecuentemente, en un acrecentamiento general del bienestar. Observemos ahora —para referirnos a ello más tarde—, que los colonizadores, en el siglo XIX y seguramente también en las épocas anteriores, tienen la conciencia de llevar a los pueblos colonizados lo que se llama "los beneficios de la civilización" y no es difícil precisar lo que se entiende por ello.

Al mismo tiempo conviene que observar el desarrollo de las ciencias históricas y de la sociología en el siglo XIX, abre el camino a una concepción muy diferente que tomará cuerpo principalmente en los comienzos de nuestro siglo: la idea de las civilizaciones, no solamente diferentes, sino irreductibles la una con respecto a la otra, capaces de coexistir pero también de sustituirse en condiciones complicadas y trágicas, tiende a reemplazar al concepto unitario o pasivo que parecía haber triunfado precedentemente. Se advertirá cada vez más claramente que aquellos que presuntuosamente eran calificados como "salvajes", poseían también cierta civilización con una estructura perfectamente definida.

Desde este punto de vista, la colaboración dejará de aparecer como susceptible de absoluta justificación. Se impondrá a la conciencia lúcida un trágico problema de derecho. Y eso no es todo: la despertada conciencia se verá incitada a develar los intereses con demasiada frecuencia sórdidos que son recubiertos por las grandes palabras que utiliza la potencia colonizadora para justificar sus empresas. Contemplada así, la acción colonizadora tenderá a aparecer como una pura y simple expoliación, acompañada muy frecuentemente con medios de increíble brutalidad y dirigida a fines imperialistas o capitalistas, o a ambos a la vez. Aunque lo parezca, la mía no es una disgresión. Los cristianos de extrema izquierda, de quienes he hablado, tienen en la actualidad la tendencia a tomar por su cuenta esta interpretación peyorativa, que parece una condena. Pero una circunstancia agravante consiste en el hecho de que la acción misionera mantiene, con bastante frecuencia si no siempre, relaciones verosímilmente impuras con la colonización propiamente dicha. Al misionero le resulta difícil no apoyarse de alguna manera en las autoridades coloniales corriendo así el riesgo de exponerse a una grave acusación: la de comprometer al cristianismo, cuyo servidor quiere ser.

Para decir la verdad, me parecería imposible aceptar un juicio tan sumario de la colonización. Pienso que se podrían formular algunas afirmaciones simples, no susceptibles de ser discutidas de buena fe.

1º) Se puede establecer el principio de que el colonialismo imperialista, como doctrina de servidumbre, está en contradicción absoluta con los principios cristianos.

2º) Hay que agregar inmediatamente que, salvo casos rarísimos, la acción colonizadora no se reduce a un imperialismo puro y simple. Hay una infinidad de diferencias y de matices que deben ser observados y respetados.

3º) Si es justo que, donde la acción misionera es utilizada como instrumento de la potencia colonial imperialista, esta acción se presente como una abominable traición en el plano religioso, debe agregarse que este abuso, en efecto, es rarísimo: debe reconocerse simplemente que existe un período permanente al cual el misionero debe prestar siempre atención.

4º) El punto más importante me parece éste: no es cierto que quienes por vocación y con purísima intención religiosa, quieren difundir el Evangelio entre los infieles, tengan la posibilidad, o ni siquiera el derecho, de disociarse de los valores universales de la civilización que, a pesar de todo, aportan los colonizadores.

VALORES UNIVERSALES DE LA CIVILIZACION

AQUI volvemos a la concepción de cierta conducta del hombre civilizado, que es imposible sacrificar a un relativismo sociológico cualquiera que sea. Esta idea está más allá de los límites de una sociología determinada. Hay que declarar sin titubear que en este dominio hay conquistas absolutas: principalmente las que se refieren al respeto a la persona humana, al derecho, por una parte, y por la otra a las que se organizan en torno a un sentido cada vez más exigente de la verdad. Me siento tentado de recurrir al término griego *akribeia* del cual la palabra "exactitud" no es sino una traducción aproximada. Por otra parte, no se trata de hacer de la ciencia un absoluto, a la manera de cierta ciencia primitiva. Lo que tiene un valor absoluto no es el resultado siempre parcial y revisable de la investigación científica, sino la exigencia del rigor que caracteriza a la investigación como tal.

Por otra parte, si estas conquistas son absolutas, eso no significa que no puedan perderse, por lo menos temporariamente. Por el contrario, la trágica y reciente experiencia nos demuestra sin discusión posible, que esta pérdida puede realmente producirse. Para darse cuenta de ello basta con comprobar las aberraciones que se produjeron en el dominio de la ciencia, en la Alemania nazi, o las otras, más características aún, cuyo ejemplo nos es ofrecido hoy por la Rusia soviética. Se podría agregar, sin pecar de optimismo, que esta pérdida difícilmente puede ser absoluta. Aun en un país sumergido en un totalitarismo fanático es indudable que permanece alguna conciencia que conserva la noción de esos valores verdaderos, de esas conquistas absolutas. Se puede admitir que al fin de las persecuciones tenazmente llevadas a cabo, estas pocas nociones puedan desaparecer, y que la desviación sistemática de la juventud pueda hacer improbable, durante un período de tiempo, el resurgimiento de conciencias libres. Pero lo cierto es que la expresión "conquistas absolutas" debe ser mantenida a toda costa. Se trata de reconocer que en terrenos semejantes, la innovación

es retroceso, aunque este término sea demasiado débil.

Aquí se plantea la cuestión fundamental de saber qué relación existe entre las conquistas absolutas de la conciencia moral o intelectual, y el cristianismo. Creo que se trata de un problema extremadamente complicado y al que me resulta imposible dar una respuesta precisa. La misma noción de cristianismo no es perfectamente clara. El cristianismo no es Cristo, o la que yo denominaría de buen grado la Realidad Crística. Es evidente que Cristo, considerado en su trascendencia y en su encarnación, se coloca en una zona incomparablemente superior, no sólo a la de la civilización histórica, sino también a la de una civilzación unitaria. Por otra parte, no es posible olvidar que esta realidad trascendente, durante el transcurso de los siglos que han seguido a la Redención, ha sido trasplantada en la historia y que este trasplante se ha podido realizar a favor de todo un conjunto de nociones heredadas principalmente de los griegos. Se sabe cómo ha sido de lento, progresivo y difícil ese trasplante. Aun hoy se plantean interrogantes sutiles y de infinito alcance acerca de la adecuación o lo contrario del lenguaje teológico-metafísico por medio del cual se ha realizado. Pero lo que parece absolutamente cierto es que, a medida que se efectuaba el trasplante, se han ido creando, poco a poco entre el don propiamente crístico y todo el conjunto de las conquistas anteriores. No podemos afirmar de manera absoluta que este trasplante se podía realizar con la sola mediación de la civilización grecolatina. Pero al mismo tiempo hay que reconocer que no es posible imaginar un trasplante efectuado de otro modo. Es de rigor una extremada prudencia. E importa una incidencia actual. No es concebible que la realidad crística pueda implantarse hoy, digamos, en la mentalidad o en la civilización bantú sin la mediación grecolatina. Pero en realidad nada sabemos y sólo una larga experiencia nos permitiría pronunciarnos, experiencia que no puede ser anticipada por un juicio a priori. Experiencia que, por otra parte, no podrá ser más que ese testimonio, entendido en el sentido religioso más preciso. Lo que podríamos decir casi con seguridad es que la estructura grecolatina no puede ser considerada como un todo herméticamente cerrado. Por el contrario, con seguridad tiene lagunas y hendiduras, a través de las cuales pueden actuar, en condiciones imprevisibles, las que podríamos denominar verdaderas transfusiones espirituales (aquí se puede pensar, sea en la mística de los sufíes, sea en la más elevada espiritualidad hindú, etc.). Habrá que investigar, cosa de que soy personalmente incapaz, en qué condiciones se pueden producir estas transfusiones sin dar lugar a un sincretismo que no puede dejar de parecer sospechoso a una conciencia auténticamente cristiana. Aquí también hay que tomar el camino del medio entre un dogmatismo anquilosado y una especie de ecleticismo superficial que corre el riesgo de desconocer la jerarquía fundamental de los principios.

De cualquier modo, el problema más urgente y angustioso no es ese precisamente. Quienes piensan que nos encontramos en el final de una civilización —a la que frecuentemente tratan de desacreditar llamándolo burguesa— están todos de acuerdo en creer en el advenimiento de una civilización obrera, etc. ¿Es ésta una noción a la que pueda aferrarse un pensamiento riguroso? Observamos que la pregunta se subdivide, por lo menos desde mi punto de vista:

1º) ¿Se trata verdaderamente de una nueva civilización?

2º) ¿Esta civilización es cristianizable?

La misma idea de la civilización obrera me parece peligrosamente ambigua. ¿Se trata solamente de asegurar a los trabajadores el ejercicio de derechos indiscutibles, de poner fin a una situación que, en tantos aspectos, es aún hoy escandalosa? Existe una exigencia de justicia a la que puede ser difícil satisfacer concretamente en condiciones satisfactorias, pero que sin embargo no puede ser discutida por ninguna conciencia de buena fe. ¿Pero cómo no advertir que esta exigencia ha nacido precisamente en el seno de la civilización cuyo fin se anuncia imprudentemente? Esta exigencia forma parte integral de una ética de la persona humana, la cual está ligada al cristianismo con vínculos que se pueden considerar indestructibles. Si nos atenemos a esta interpretación, no podremos dudar en responder positivamente a la segunda pregunta: Una civilización del trabajo está seguramente de acuerdo con ciertas exigencias cristianas fundamentales.

Pero no se puede disimular el hecho de que es posible una concepción diferente de esta civilización, y en el fondo es la que triunfa en los países del Este. Ya no se trata solamente de reconocer a los trabajadores los derechos imprescriptibles que les corresponden. En realidad ya no se valora al ser humano sino según la contribución que es capaz de aportar a la colectividad. Tiende así a convertirse en una simple unidad de rendimiento. Pero ¿una civilización técnica es una civilización? Me parece que la respuesta tendría que ser negativa. Entre las palabras civilización y tecnocracia existe una incompatibilidad absoluta. La tecnocracia no puede menos de desconocer los derechos sagrados de la persona; se coloca en un plano donde la palabra "persona" pierde todo significado. Se puede agregar que, en lo que se refiere a la verdad, tiende casi inevitablemente hacia el más grosero pragmatismo.

En la medida en que esta civilización tecnocrática deja de ser por completo una civilización, se revela inevitablemente incompatible con la exigencia cristiana esencial. Por otra parte, estas observaciones conducen indirectamente al reconocimiento de que entre civilización *tout court* y civilización cristiana es siempre imposible hacer una distinción real. Debe agregarse que hay que concebir a la civilización cristiana en el sentido más amplio, es decir ecuménico, y que no podrá ser confiscada por ninguna confesión. Se puede llamar católica a esta civilización, con la condición expresa de que esa palabra se tome en el sentido debido, es decir universal. Por otra parte, no es necesario observar que la misma palabra civilización debe ser comprendida espiritualmente, y que no se trata de identificar civilización y progreso técnico, como lo han hecho durante demasiado tiempo los americanos. Según algunas informaciones recientes, parece que a este respecto, desde hace un par de años se ha producido del otro lado del Atlántico una transformación felicísima en la manera de comprender y apreciar la verdadera civilización.

En el fondo, si nos ponemos en el terreno propiamente teológico, el problema de la civilización cristiana consiste en preguntarse en qué condiciones nuestro mundo humano se puede hacer más fraternal. Es cierto que esta noción de fraternidad que supone absolutamente la idea del Padre Celestial, ha nacido en las regiones trascendentes, pero en las condiciones que he expuesto rápidamente al principio, ha contraído poco a poco algo así como una alianza indisoluble con las conquistas absolutas de la conciencia moral e intelectual. Es así como debemos proclamar que una pretendida civilización que desconociera los valores supremos de la fraternidad, no

MIGUEL ANGEL CONTRA LEONARDO

GHERARDO MARONE

Buenos Aires.

EL DAVID

EN los primeros meses de 1500, después de la caída de Ludovico el Moro, Leonardo da Vinci vuelve a Florencia. Ha pasado por Mantua donde, retenido por el encanto de Isabel Gonzaga, nacida d'Este, se detuvo algunas semanas. En efecto, realiza dos retratos al carbón de la ilustre huésped, la mujer más fina y culta de Italia. Estos retratos no fueron nunca traducidos en color y uno se encuentra ahora en el Louvre.

Impelido por su inquietud, se dirige a Venecia donde puede ver la estatua de Colleoni, obra de su antiguo maestro Andrea del Verrocchio, y muy probablemente se le acercaron dos jóvenes del taller de Giambellino que se llamaban Giorgione y Tiziano.

De allí pasa a Florencia donde se le encuentra con toda certeza en abril de 1500, puesto que en esa fecha retira una suma de dinero del Banco de lo Spedale de Santa María Nova.

Encuentra antiguos compañeros del taller de Verrocchio: Botticelli y de Credi. Filippino Lippi le transfiere el encargo que le hicieran los frailes de la Annunziata para el retablo del altar mayor y que debía representar a Santa Ana. En seguida ejecuta el cartón, que suscita gran entusiasmo, pero que nunca será traducido en pintura. También éste se encuentra ahora en el Louvre.

De Florencia se aleja nuevamente para seguir a César Borja que lo nombra arquitecto e ingeniero general de todos sus estados.

Mas con la muerte de Alejandro VI, en agosto de 1503, termina también su misión cerca del Valentino. Y hélo de nuevo en Florencia a las órdenes del confaloniero Pier Soderini que al final de 1503 le confiere el encargo de pintar una de las paredes de la Sala del Gran Consejo en el Palazzo Vecchio.

En los primeros meses de 1504 lo llama el mismo confaloniero para formar parte de una comisión que debe elegir el lugar donde se colocará una estatua que un joven escultor acaba de terminar. La estatua es un "David" al que los florentinos llaman el "Gigante" y el joven escultor es Miguel Angel Buonarotti.

Junto a Leonardo, Soderini ha llamado para formar parte de la comisión al Perugino, a Botticelli, a De Credi, a Filippino Lippi, a Piero di Cosimo y Giuliano di San Gallo.

Miguel Angel deseaba que su gigante fuese colocado en la plaza, frente al Palazzo Vecchio. Pero para hacer esto era necesario desplazar la Judith de Donatello.

La comisión no logra ponerse de acuerdo. Giuliano di San Gallo propone colocarlo en la logia llamada de los Lanzi, donde estará mejor protegido contra la intemperie. Botticelli en cambio cree que quedaría mejor en la plaza. Leonardo es de la opinión de San Gallo y éste propone interrogar al mismo Miguel Angel, que pide y obtiene para su obra el lugar frente al palacio.

Pero Leonardo y San Gallo tenían razón; el mármol dulce de la estatua fué rápidamente corroído por la lluvia y el sol, y el David hubo de ser substituido por una copia que es la que hoy admira el público.

Es probable que Miguel Angel haya conservado algún rencor hacia Leonardo por este juicio que consideraba hostil, como si quisiera reducir la importancia y el prestigio de su labor. Mas en su naciente rencor debe haber intervenido algún motivo más profundo y secreto.

Al elegir el tema de David para el bloque de mármol abandonado en la cantera de Santa María del Fiore, Miguel Angel se comparaba temerariamente con dos grandes predecesores: Donatello y Verrocchio. Existían, en efecto, en el Bargello de Florencia las estatuas con las que ambos han representado a David. La primera es un adolescente distraído y elástico que aún tiene la honda en la mano en actitud de lanzar la piedra; la otra, ya abatido el gigante, tiene la cabeza de éste tronchada a sus pies, y en la mano la espada.

Esta última, que es la del Verrocchio, es considerada la más bella y armoniosa y para la cual se narra que haya posado como modelo el mismo Leonardo adolescente. Ante estas dos joyas de armonía y gentileza se viene a colocar el macizo y majestuoso gigante de Miguel Angel. La comparación no resulta siempre favorable a este último.

Evidentemente, Miguel Angel, que contaba entonces veinticuatro años, se propuso superar a sus grandes predecesores y eligió como punto de parangón sobre todo el David de Verrocchio. Pero se advierte que aún está bajo la fascinación de Leonardo.

Leonardo es el más grande artista del siglo. Ha pintado ya la *Cena* en el refectorio de Santa María

---

sería en realidad sino una nueva barbarie, infinitamente más odiosa que la de otras épocas.

Habría querido demostrar aquí, como lo he hecho en uno de mis últimos libros, que el peor enemigo de la fraternidad es el espíritu de abstracción. Este sólo puede llevar al fanatismo y a la guerra. Está en el origen de la monstruosidad racista y de las abominaciones que se perpetran hoy en los países donde se realiza con infernal minuciosidad el exterminio sistemático de clases enteras.

Nos haríamos culpables del más odioso fariseísmo si hoy, embriagados por la belleza de esta ciudad, nos limitáramos a entonar no sé que himno a la civilización cristiana. Nuestro pensamiento profundamente doloroso debe volverse hacia los perseguidos del otro lado de la cortina de hierro; cualquiera que sea su raza o su religión. Me permito expresar aquí el voto de que esta reunión sirva para redactar no un manifiesto, sino un llamado —el llamado de Florencia— que sea difundido en todos los países civilizados. Este llamado no tendrá la peligrosa ambigüedad que desdichadamente infecta a otro llamado desde una ciudad de Europa septentrional. Será el testimonio de la indignación que todas las conciencias civilizadas, explícitamente cristianas o no, no pueden dejar de experimentar en presencia de persecuciones llevadas a cabo en nombre de una seudofilosofía de la historia y cuyos crímenes se está todavía lejos de haber denunciado suficientemente. Precisamente es en el terreno de la filosofía de la historia donde debe plantearse ante todo la discusión. Es necesario que esta discusión sea posible y que el adversario se someta a las condiciones de todos los diálogos, que son la seriedad y la buena fe. ❖

de las Gracias en Milán, y la *Virgen de las Rocas*. Ha construido el modelo para el monumento a Francesco Sforza, elevado en el gran patio del castillo de Milán, destruido por los arqueros franceses de Luis XII; pero sobre todo ha asombrado al mundo con el esplendor de su genio multiforme de hombre de ciencia, de arquitecto, de escultor y de pintor. Y sólo cuenta cincuenta años. Es hermosísimo de figura y fascinante en la conversación. Miguel Angel, feo y rudo, que apenas tiene veinticuatro años y aún no ha dado la prueba decisiva de su genio, debió advertir en él el adversario sublime y temible.

Dos hombres de esa talla no podían convivir en el mismo siglo y en el mismo país. Pero lo que es aún peor es que al mismo Miguel Angel le cuesta librarse del hechizo de Leonardo.

En el *Baco* y en *La Piedad* de San Pedro, que son sus primeras estatuas y sobre todo en este *David*, no ha podido substraerse a los modelos de belleza armoniosa, de elegancia de formas corporales, de interior serenidad del alma que Leonardo había ya hecho famosos.

Esta misma sensación de involuntaria sujeción contra la cual intentaba aún en vano rebelarse, debía exasperar su temperamento hosco y violento.

De modo que, al esculpir su *David*, quiso oponer el vigor físico de su ideal a la armonía elástica de Verrochio y de tal modo enfrentarse implícitamente contra el ideal platónico que con su persona y su arte Leonardo había conseguido realizar.

Pero hay más aún.

LA ALTA COLUMNA

ENTRE las rimas de Miguel Angel hay una que se considera siempre como la primera y que debe ser de esta época porque evoca la figura de David. Puede ayudarnos a entender el estado de ánimo de Miguel Angel, joven, frente al grande y olímpico Leonardo. Y dice, en su áspero estilo hermético:

Davide colla fionda
e io coll'arco
Michelangiolo
rott'è l'alta colonna.

(David con la honda y yo con el arco, Miguel Angel, rota está la alta columna).

Creo que quiere decir: Así como David ha abatido a Goliat con la honda, yo, Miguel Angel, lo abatiré con el arco.

El arco es el instrumento del escultor o mejor aún, el arco del ingenio, la tensión del intelecto.

Pero con esta obra ya está herida y rota la alta columna.

Goliat, y la alta columna, en el panorama del siglo, no pueden ser para su temeraria ambición, sino el majestuoso Leonardo.

El último verso de esta breve composición es un hemistiquio del primer verso de uno de los sonetos de Petrarca para la muerte de Laura:

Rotta è l'alta Colonna e'l verde lauro

(rota está la alta columna y el verde lauro), y es un lamento del poeta por la pérdida de la mujer amada, experimentada casi al mismo tiempo que la del amigo y protector dilecto: el cardenal Colonna.

Pero Miguel Angel lo ha escrito en la misma página sin la mayúscula del apellido ilustre, como una conclusión simbólica de los versos herméticos que lo preceden. Un proceso mental alusivo le ha traído a la memoria el fragmento del verso petrarquesco como complemento de su estado de ánimo en esos instantes. No ya el cardenal Giovanni Colonna, sino una columna que era necesario abatir y que ya había sido quebrada. La conciencia de la propia fuerza y del propio destino glorioso están implícitos en este arranque, áspero y vigoroso. Debía ser una costumbre de la época y sobre todo una disciplina de trabajo la de anotar entre los papeles particulares las sentencias y los versos ajenos que zumbaban en la mente. También Leonardo ha abusado de ella.

Un verso del mismo Petrarca, que trazara en una de sus hojas sin otra explicación, *Cosa bella e mortal passa e non dura*, ha engendrado una confusión de lectura y ha hecho derramar tinta a más de un crítico o biógrafo suyo. Ha sido leído, en efecto,

Cosa bella e mortal passa e non d'arte.

La escritura especular de Leonardo, de derecha a izquierda, se presta a este equívoco. Y de éste ha nacido toda una interpretación arbitraria pero coherente, como si él mismo hubiese querido decir que todas las cosas bellas y mortales pasan, a excepción de las purificadas por el arte, y que por lo tanto sólo el arte es inmortal.

Debió ser también éste, seguramente, el pensamiento de Leonardo, pero no ya en el fragmento citado que es únicamente la transcripción de un verso de Petrarca.

Natural e instintiva rivalidad del joven audaz contra el hombre glorioso y adulto que ya ocupaba todo el panorama del siglo y parece cortarle el camino hacia la gloria. Sensación de haber recibido de su parte un agravio con el juicio de la colocación de su estatua en la logia de los Lanzi. Profunda intuición de un hechizo de belleza que él debe superar, y matar en sí mismo para encontrar su verdadero camino.

He ahí los motivos que han concurrido a hacer rebullir la hostilidad de Miguel Angel contra su mayor conciudadano y maestro.

SODERINI

A este punto, el bien intencionado Pier Soderini echa involuntariamente leña al fuego. Pier Soderini es un hombre nobilísimo y generoso; pero, de carácter frágil y de escasa inteligencia, no logró conquistar siquiera la simpatía de sus protegidos. Entre éstos el predilecto fué Niccoló Machiavelli.

A pesar de lo cual, cuando murió en el destierro, después de haber dejado derribar por los Medicis la república florentina, fué precisamente Machiavelli quien compuso ese terrible epigrama que lo marca para la eternidad:

La notte che morì Pier Soderini
l'anima fu dall'inferno alla boca
—Che inferno, — disse Pluto — anima sciocca.
Va sul limbo con gl'altri bambini

(La noche que murió Pier Soderini, su alma llegó a la boca del infierno. Nada de infierno —dijo Plutón— alma necia, vete al limbo con los otros niños).

Otro de los preferidos por Soderini fué ciertamente Miguel Angel. A él, cuando apenas contaba veinte años, le confió el grueso bloque de mármol que quedara sin esculpir en la cantera de Santa María del Fiore, y del cual otros escultores, más osados y célebres, entre ellos Agostino di Duccio, habían considerado que no se podía sacar ningún provecho y que quizás el mismo gran Leonardo pudo haber querido utilizar.

Ahora bien, tampoco Miguel Angel demuestra estarle agradecido a Soderini. Se narra, en efecto, que, habiendo visitado cierta vez Soderini su taller y habiendo visto la alta estatua de David, tal vez por decir algo y para demostrarse en cierto modo competente, observó que la nariz pareciale demasiado grande.

Miguel Angel, empuñando entonces un escoplo trepó rápidamente sobre el andamiaje y, fingiendo

retocar la nariz, dejó caer desde lo alto el polvo de mármol que había recogido al subir. Luego, sin haber hecho nada, preguntó a Soderini qué le parecía. Y este exclamó: "Ahora sí que le has dado vida, Miguel Angel".

Es la burla del genio contra el hombre presuntuoso y superficial.

Sin embargo, es necesario reconocer que Soderini, para echar mano y elegir entre miles, a hombres como Machiavelli y Miguel Angel, no debía ser el tonto que estas dos anécdotas quieren hacer creer. Fue más bien la mala suerte de Soderini la que lo indujo a cometer, por generosidad, en ese momento, otro de sus errores.

Hacía ya un año que le había encargado a Leonardo que pintara en una de las vastas paredes del Salón del Gran Consejo del Palazzo Vecchio un episodio de la historia de Florencia. Y Leonardo, elegida la batalla de Anghiari, había terminado los cartones que, expuestos al público, suscitaron unánime entusiasmo.

Se disponía entonces a trasladarlos en colores sobre la pared que se le confiara y, según costumbre, iba escogiendo nuevos procedimientos y probando barnices nunca usados.

En lugar de preparar la pared para el fresco quiso pintarla directamente al óleo, de acuerdo a una fórmula que según parece había encontrado en Plinio.

Sobre el episodio histórico elegido se tienen amplias noticias en sus propios cuadernos de apuntes. Recientemente se ha descubierto que la descripción de la batalla de Anghiari hallada en el Códice Atlántico no es de puño de Leonardo, sino que se debe a Machiavelli. Se había, pues, preparado concienzudamente al trabajo, recurriendo hasta al consejo de un historiador de excepcional penetración cual era Machiavelli, y a quien conociera y tratara frecuentemente durante el período que estuvo en el séquito de César Borja.

MACHIAVELLI

ALGUNOS años antes, el 3 de septiembre de 1499, el mariscal Trivulzio, en nombre del rey de Francia, Luis XII, entraba en Milán derribando a Ludovico el Moro. Lo acompañaba César Borja que se había trasladado a la corte del rey de Francia para entregarle la bula del papa Alejandro VI por la que se anulaba su matrimonio con la hija de Luis XI y se le consentía casarse con Ana de Bretaña, viuda de Carlos VIII. En retribución de ese favor, Luis XII había nombrado a César Borja, Duque de Valentinois.

Es probable que en esta ocasión Leonardo haya sido presentado a César. Lo cierto es que tres años después, el 18 de agosto de 1502, César nombra al gran artista ingeniero y arquitecto de todos sus estados, y Leonardo inicia las visitas a sus ciudades y fortalezas.

Se encuentra en el séquito de César durante la Conquista de Urbino cuando fuera arrojado el duque Guidobaldo da Montefeltro y su incomparable compañera Elisabetta Gonzaga, admirada en toda Italia y celebrada en *El Cortesano* de Baltasar Castiglione. Pero en los apuntes de Leonardo no se halla una sola palabra de este acontecimiento trascendental. El se ocupa únicamente de la Biblioteca de Urbino y de la búsqueda del Códice de Arquímedes.

Más tarde acompaña al duque a Cesena, su capital, a Imola y a Sinigaglia, donde César desbarata la conjuración de la Magione y hace estrangular a los ilustres complicados. En esta ocasión Machiavelli que también estaba en el séquito de Valentino, como embajador de la república florentina, compone aquel ensayo intitulado "Descripción de la manera tenida por el Duque para matar a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, etc." que es un verdadero tratado político en el que la resolución del Borja y la habilidad que demostró para engañar y luego matar a todos sus enemigos son elevados a modelo de decisión y rapidez.

En los papeles de Leonardo de esos días fatales no encontramos ni el más lejano recuerdo de aquel estrago que horrorizó y asombró a toda Italia. Su olímpica indiferencia y el interés fogoso de Machiavelli son el índice de dos temperamentos antitéticos. Así vemos que Machiavelli no nombra jamás a Leonardo en sus escritos, mientras que en las hojas del Códice Atlántico encontramos aquella descripción de la batalla de Anghiari que debió servirle al artista para el cartón del fresco de la sala mayor del Palacio de la Señoría y que recientemente Flora y Cordié han demostrado ser de puño y letra de Machiavelli.

Se conocieron, pues, los dos grandes hombres en el séquito del terrible duque; deben haber conversado muchísimo de la patria común, y de arte, y deben haberse admirado recíprocamente, pero jamás amado.

LA BATALLA DE LOS CARTONES

COMO decíamos, las cosas estaban en este punto en Florencia cuando Soderini, sea por solicitud hacia Miguel Angel o espontáneamente, cometió la imprudencia de confiar la pared opuesta a la que debía pintar Leonardo, al joven Miguel Angel, que no era precisamente un pintor sino un escultor.

Esto fué alimentar el fuego de una rivalidad que ya, desde los tiempos de la ubicación del David, había evidenciado sus profundas raíces.

Leonardo debió sentirse ofendido. Porque, si el cartón de la *Battaglia d'Anghiari*, que él tan estupendamente dibujara, al punto de despertar el entusiasmo colectivo y de ser copiado y estudiado por los mejores artistas del siglo, entre ellos Rafael y Rubens, había sido considerado digno, bien se le podía confiar de la misma manera la segunda pared.

Parece empero que no haya sido éste el pensar de Soderini. O bien porque desconfiara de la lentitud del trabajo de Leonardo o presionado por el mismo Miguel Angel, sin más le confió la otra pared.

Podía ser considerado un agravio y un desconocimiento sobre todo en aquel momento en que Leonardo, probando la pintura al óleo y sus nuevos barnices sobre la pared fresca, empezaba a sentir el temor de que fracasaran sus tan ambicionadas experiencias.

Encendidos ya algunos braseros al pie de la pared para acelerar la fijación de los colores, éstos se alteraron bajo sus mismos ojos, llevándolo al final, después de varios intentos, a renunciar a la gran obra. Precisamente en esos momentos Miguel Angel presenta también el sus cartones de la Batalla de la Cascina.

Leonardo había imaginado un episodio de la batalla de Anghiari, que sólo puede admirarse en la copia hecha por Rubens, y que es un grupo de combatientes a caballo que luchan y se entreveran por la posesión de un estandarte.

La anatomía de los nobles animales que Leonardo había estudiado profundamente para la ejecución del monumento a Francesco Sforza y luego para el de Trivulzio, se veía ahora magnificada en toda su fulgurante potencia. Parece imposible que un artista armonioso y profundo como el haya podido alcanzar tanta eficacia y vitalidad en la representación de la violencia y del estrago. Aún hoy la copia de Rubens se apodera de nuestra admiración y solidaridad.

Miguel Angel, en cambio, imagina un episodio del asedio de Pisa, que desde muchos años los florentinos continuaban fatigosamente: *La battaglia della Cascina*.

Los soldados florentinos se ven sorprendidos mientras, en una hora de descanso, toman su baño. Advertidos a tiempo, corren para ponerse nuevamente sus ropas y tomar las armas abandonadas dando lugar al experto dibujante a captar en las actitudes más temerarias el juego anatómico de los cuerpos desnudos.

Tampoco este dibujo pudo ser llevado a la pared, y así terminó aquella batalla que se acostumbra llamar la batalla de los cartones.

Leonardo, indignado contra Soderini y la Señoría, aceptó la invitación que desde hacía tiempo le dirigían los nuevos señores de Milán y abandonó Florencia.

Paréceles entonces a todos que Miguel Angel ha derrotado al gran maestro. Pero también él fué llamado ante el Papa en Roma y debió dejar la terminación de su trabajo para tiempos más propicios.

HOSTILIDADES

MAS todo este discurso no tendría sentido si no tratáramos de penetrar en su secreto significado, si no descendiéramos hasta el fondo de una rivalidad que no puede haber sido determinada por innobles sentimientos o por recíproca envidia entre los dos grandes protagonistas.

Algo más profundo e ineludible debe haber intervenido para abrir entre ambos un abismo de incomprensión y de hostilidad agigantadas en Miguel Angel hasta el odio y el desprecio.

El anecdotario de las intrigas cuenta que algunos jóvenes florentinos, discutiendo cerca del puente de Santa Trinita sobre algunos versos oscuros de Dante, invitaron a Leonardo que por casualidad pasaba por el lugar a que se los explicara. Pero en ese mismo instante hubo de pasar, casualmente también, el joven Miguel Angel, y Leonardo queriendo hacerle una atención propuso: "Miguel Angel os explicará esos versos". El hosco Miguel Angel, sospechando que quisiese mofarse de él, le contestó con rudeza: "Explicaselos tú que has hecho el modelo de un caballo de bronce y no has sido capaz de fundirlo", y siguió su camino. Mas no satisfecho todavía, se detuvo un poco lejos gritando: "Y aquellos capones de milaneses que te creían capaz de una obra semejante...". La crónica concluye agregando que Leonardo se sonrojó sin contestar las injuriosas palabras y reanudó su paseo en silencio.

La vida y la obra del colérico y solitario Miguel Angel abunda en estos arranques imprevistos. Parece casi que no tolerara rivales. En Roma, unos años después, encontrándose con el armonioso Rafael, que es espiritualmente el continuador de Leonardo, y que en aquel momento avanzaba acompañado por todo un séquito de discípulos y admiradores, no pudo contenerse y exclamó: "Con séquito, como una cortesana". Pero Rafael, que había intentado en vano todos los medios para conquistarse la amistad de Miguel Angel, chocado en pleno por la inesperada injuria, a su vez no pudo dominarse y le contestó: "Y tú solo, como un verdugo".

SAVONAROLA

PERO todo este resentimiento, toda esta hostilidad contra el gran Leonardo tiene profundas raíces en las que vale la pena hurgar.

La cronología, una vez por todas, puede ayudarnos a descubrirlas.

Recordemos que Leonardo salió de Florencia en 1483 para trasladarse a Milán a la corte de Ludovico el Moro y allá quedó hasta la caída del señor en 1499, volviendo a Florencia sólo en los primeros días de 1500.

Ahora bien, precisamente en aquellos años se desarrolló en Florencia una de las más memorables y profundas experiencias religiosas del siglo. Un fraile ferrarés, que ya había estado de paso por la ciudad, y que había revelado dotes de gran orador y excepcional intérprete de las sagradas escrituras, había sido invitado por Lorenzo el Magnífico a volver a Florencia.

Efectivamente, un gran amigo de Lorenzo, Pico della Mirandola, Príncipe de la Concordia, había concebido en aquellos años una empresa temeraria, ofreciéndose a defender en Roma 900 tesis filosóficas por el mismo proclamadas, contra todos los doctos de Europa; y con gesto principesco, declaraba que se hacía cargo de todos los gastos del viaje de cuantos concurrieran a la solemne discusión. Pero en las novecientas tesis de Pico, la Iglesia descubrió algunos motivos heréticos, y el Príncipe de la Concordia, condenado por el Papa, tuvo que huir de Roma y refugiarse en un primer momento en París y luego en Florencia, bajo la protección de su amigo Lorenzo el Magnífico. Allá comenzó a preparar su defensa contra la acusación de herejía que se llamó luego la *Apología*. Deseoso de consejos y aclaraciones teológicas, pidió a Lorenzo que invitase a Jerónimo Savonarola, que ya tenía fama de profundo conocedor de las Escrituras. Volvió así a Florencia el gran fraile y fué nombrado Prior del Convento de San Marcos.

Sin embargo, Savonarola no era hombre que se limitara a sugerir defensas o a sostener señores. Porque desde el primer momento se reveló adversario de los Médicis y reformador de las costumbres relajadas de Florencia.

Estalló así una verdadera guerra entre los Médicis y el fraile que la prudencia y el genio de Lorenzo no consiguieron conjurar. Esta guerra tuvo la duración de quince años, profundizándose y extendiéndose también contra la corrupción de la Curia romana y contra el papa Alejandro VI, agitando en olas procelosas el corazón de los florentinos y llevando a través de ásperas polémicas y otros acontecimientos históricos, a los Médicis al destierro, y al terrible y apocalíptico fraile, a la persecución y a la hoguera.

El 23 de mayo de 1498, el gran fraile, junto con dos secuaces, condenados por herejía, fué quemado en la Plaza de la Señoría en presencia de aquel mismo pueblo que durante quince años lo había seguido y venerado como un santo. Miguel Angel tenía entonces 22 años y se había formado en el clima de Savonarola. Por más de diez años había seguido su predicación y su ejemplo, quedando tan profundamente conmovido, como para seguir venerando su memoria y llevar consigo, toda la vida, como libro de cabecera, sus prédicas inflamadas.

Leonardo, en cambio, durante todo este período ardoroso de pasiones religiosas y morales había estado ausente de Florencia, en Milán, empeñado en búsquedas científicas y en la composición de la *Cena* en el refectorio de Santa María delle Grazie, y de la *Virgen de las Rocas*. Cuando volvió a Florencia en los primeros días de 1500 los Médicis ya no gobernaban la ciudad y la gran experiencia religiosa de Savonarola había concluido trágicamente.

Entre el ideal platónico de Leonardo heredado de Marsilio Ficino y el apocaliptico de Miguel Angel, engendrado por el ejemplo de Savonarola, habria sido por lo tanto arduo encontrar una conciliación.

Representaban ambos dos mundos irreductibles que se separaban siempre más en sordas incomprensiones y hostilidades. Una suerte de lucha religiosa se anidaba en la raiz de su disentimiento, que Leonardo no alcanzaba a explicarse y que transferia sobre el plano del arte como diferencia y rivalidad entre la escultura y la pintura.

LA PINTURA Y LA ESCULTURA

Escribe Leonardo en uno de sus codices:

"La escultura no es una ciencia, pero si un arte absolutamente mecánico, que engendra sudor y fatiga corporal en el que la ejecuta, y no le impone más que las simples medidas de los miembros, la naturaleza de los movimientos y las actitudes; y su dominio se limita a esto, mostrando a la vista el objeto tal cual es, sin suscitar admiración alguna en el contemplador, como lo hace la pintura, que sobre una superficie plana, a fuerza de ciencia, hace ver las más dilatadas campiñas, con sus lejanos horizontes".

Y prosigue: "Entre la pintura y la escultura no encuentro otra diferencia sino que el escultor conduce su obra con gran fatiga material, mientras que el pintor la ejecuta con intenso esfuerzo mental.

La prueba de que esto es verdad consiste en que el escultor, para realizar su obra, usa de la fuerza de sus brazos y golpea y trabaja el mármol o la piedra dura de la cual surgirá la figura que está como encerrada en ella; trabajo en absoluto mecánico que lo hace sudar incesantemente, lo cubre de polvo de fragmentos, enharinándole el rostro con el polvo de mármol, cual si fuera un pastelero. Así, acribillado de astillas, parece cubierto de nieve, y su habitación sucia está llena de cascajos y particulas de piedra.

Todo lo contrario sucede con el pintor (hablando de pintores y escultores célebres) porque el pintor con gran comodidad se sienta frente a su obra, bien vestido, sosteniendo el levisimo pincel mojado en delicados colores, y adornado de las vestiduras que a él más le agradan. Y su habitación aparece embellecida con hermosas pinturas y limpia, y frecuentemente se hace acompañar por músicas o lecturas de varias y bellas obras que, sin el ruido del martillo ni estrépito alguno, son escuchadas con vivo placer". (Codice Urbinate 1270 de la B. Vaticana).

Es evidente que estas líneas, recogidas por un discípulo, deben haber sido dictadas a Leonardo más por la pasión que por la mente. Son la única posible alusión a Miguel Angel en toda la enorme cantidad de apuntes y observaciones que nos ha dejado.

Leonardo, espíritu platónico y contemplativo, desde lo alto de su gloria puede observar a su joven y fogoso adversario con estática serenidad.

Miguel Angel, por el contrario, es de temperamento colérico y prepotente, y la misma sonrisa arcana de Leonardo lo exaspera al punto de considerar al gran maestro como al único enemigo irreductible de su gloria naciente. Los motivos que trabajan en el fondo de su conciencia y levantan su ira han sido madurados al fuego de las prédicas de Savonarola, pero tienen todavía otras raíces más profundas. Estas son ahora de orientación filosófica y, sobre todo, de intuición artística.

BIZANTINO Y GOTICO

DOS grandes corrientes pueden señalarse en la historia del arte italiano: una autóctona que está en la raiz misma de todo el espíritu nacional y puede hacérsela remontar hasta los antiquísimos etruscos: severa, sacerdotal, y trascendental; y la otra, importada del fascinante oriente bizantino y asiático, que junto con los innumerables contactos con el Imperio Romano de Oriente desde Constantinopla o Bizancio, penetró en Italia a través del Esarcato y de Ravena. Esta corriente fastuosa, sinuosa y colorista se ha deslizado por la península, llegando hasta Siena, en las cercanías de Florencia, engendrando algunos artistas sublimes como Simone Martini y los Lorenzetti.

Aconteció así que en dos ciudades limítrofes, Florencia y Siena, florecieron al mismo tiempo las dos escuelas pictóricas más contrarias y diversas.

Giotto y Simone Martini representan, en realidad, dos mundos inconciliables: el primero, telúrico y etrusco, ajeno a las seducciones del color e intérprete de la naturaleza viva y de los estados de ánimo de sus criaturas a través de líneas y formas macizas y solemnes. Sus Madonas son rudas campesinas de la campiña florentina que el milagro del espíritu ha elevado sobre el trono y transformado en majestades. Simone Martini, en cambio, ha recogido en sí todo el encanto colorista y fastuoso de los bizantinos y de los orientales, desarrollándolo sobre un sentido sinuoso de la línea y del dibujo que llega hasta el virtuosismo del jeroglífico y del arabesco.

Escribe Giorgio Vasari en su vida de Giotto estas palabras que ayudan a comprender el problema del arte italiano:

"Giotto llegó a ser tan buen imitador de la naturaleza que desterró por completo esa grosera manera griega y resucitó el moderno y buen arte de la pintura".

"Esa grosera manera griega" no es otra cosa que la corriente oriental y bizantina que, con el gótico, amenazaba corromper el arte italiano y desviarlo de su autóctona severidad.

Es entonces que, frente a este conflicto, Miguel Angel, por instinto, por educación religiosa y por intuición, se siente heredero del gran ejemplo de Giotto y reacciona violentamente contra el encantamiento y la seducción del arte oriental representado en Italia por el gótico y por los sieneses.

Miguel Angel, en su temeraria reforma del mundo de las artes, considera que el olímpico Leonardo está también corrompido por la fascinación del gótico y de los bizantinos y constituye, por lo tanto, en aquel momento, justamente por su mismo asombroso dominio de la pintura y su personal seducción, el más peligroso y temible enemigo no sólo de su gloria, sino de la unidad y de la autenticidad de todo el espíritu italiano.

Es un error de Miguel Angel cuya explicación requeriría otro ensayo. Porque Leonardo no es gótico ni oriental, y por otro camino desciende de los mismos etruscos, de su arcanidad y su misterio. Pero este error generoso de Miguel Angel fué el que contribuyó a profundizar sus inconciliables diferencias con Leonardo y a hacer de estos dos sumos artistas los intérpretes sublimes de todo el entero espíritu italiano: su terribilidad y su gracia, su paganismo y su cristianismo, su tierra y su cielo, su inmanencia y su trascendencia. ❖

BERNANOS Y LA PARROQUIA MUERTA

ANDRE ROUSSEAUX

París.

EN la obra de Bernanos, la parroquia tiene casi tanto lugar como en la de Péguy. Pues es la comunidad temporal, cuya vida es animada por lo eterno. Es en la parroquia, en la vida de la parroquia, por la gracia de la eternidad, que la sociedad de los hombres tiene posibilidades de escapar a la muerte de las sociedades y a la muerte de los hombres. "Soy el hombre de la parroquia", exclama Péguy, pleno de esta verdad vital. Bernanos podría proclamarlo también. Mas, una angustia, la de la muerte de la parroquia, lo oprime. Arroja sobre el mundo moderno la misma mirada de ansiedad que Péguy. Considera las parroquias modernas, que parecen conservarse, bien que mal, entre la indiferencia de los ateos y las prácticas de los creyentes; y se imagina una desgracia terrible: que estas parroquias, guardando su cuerpo vengan a perder su alma. Han guardado su aspecto temporal pero lo eterno se ha retirado de su vida interior. Están muertas, con esa muerte eterna que, a través de la obra de Bernanos, sopla como un viento espantoso. Y, por añadidura, se cubren con la ficción de una vida mentida; revisten su muerte con el manto de la impostura.

Bernanos, cuando abrimos el *Journal d'un Curé de Campagne*, nos da en rostro esta terrible verdad: "Mi parroquia está devorada por el tedio... Como tantas otras parroquias. El tedio las devora bajo nuestros ojos y no podemos nada contra él... El mundo está devorado por el tedio... Es una especie de polvo..." Es el polvo de la indiferencia —la indiferencia que ha matado a Mouchette, que ha matado a la parroquia, que mata al mundo moderno. No son los pecadores los que matan la parroquia, son los indiferentes, los que ya no son capaces ni de hacer el mal, pues no hacen diferencia entre el bien y el mal... "Habrán gastado hasta el pecado". El pensamiento de Bernanos está en esto en línea directa con el de Péguy: el pecador y el santo son de la misma sustancia humana, de una sustancia activa, abierta a la gracia, y de un gran pecador la gracia puede hacer un gran santo. "La Iglesia tiene los nervios fuertes, dice el cura de campaña, el pecado no la asusta; al contrario, lo mira de frente, con tranquilidad y, a ejemplo mismo de Nuestro Señor, lo toma a su cargo, lo asume..." Y otro sacerdote, el que habla en *Monsieur Ouine*, dice desde el púlpito a sus feligreses: "Que haya entre vosotros pecadores, grandes pecadores, eso no tiene gran importancia, cada parroquia tiene sus pecadores. Mientras dure la parroquia, los pecadores y los otros no hacen sino un gran cuerpo..." Pero este cuerpo está vaciado de su vida cuando ha perdido la fuerza misma de discernir el bien del mal y el deseo de hacer el bien en lugar el mal. Bernanos dice: "En las parroquias de hoy, el bien y el mal deben equilibrarse, sólo que el centro de gravedad está colocado bajo, muy abajo; o, si lo preferís, uno y otro se superponen sin mezclarse, como dos líquidos de diferente densidad". Entonces, a través del personaje que así habla, el alma ansiosa de Bernanos exclama: "No hay ya parroquia... Unicamente una comuna y un cura, no es una parroquia... Me ha venido la idea —¡no, no es decir bastante!— la idea ha entrado en mí como un relámpago, de que nuestra parroquia no existía más... ¡Oh! Naturalmente, el nombre de la comuna figura siempre en los registros del arzobispado, sólo que a pesar de todo, ya no hay parroquia, todo está terminado..."

Si quisiéramos buscar las repercusiones de este tema esencial de la *parroquia muerta*, toda la obra de Bernanos se abriría a nosotros. Es un tema vertiginoso, pues debemos comprender que toda la humanidad es también una inmensa parroquia y la parroquia muerta no es nada menos que el mundo en perdición. Hemos de comprender, entonces, en donde Bernanos descubre el mal más insidioso y, asimismo, cómo se plantea exactamente para el novelista de *Sous le soleil de Satan* el problema del mal.

Con acusación gratuita y sobreentendida de maniqueísmo, se ha hecho algunas veces de Bernanos, una especie de testigo temerario de los poderes del Mal en nuestro mundo. La verdad es que Bernanos tiene una fe muy profunda en la omnipotencia divina para desesperar del hombre frente a Satán. Acabamos de ver lo que ha dicho del pecado. El mal no le causa miedo porque cree en la gracia. Con tranquilidad mide la fuerza del mal desde el momento que confía en la fuerza de la gracia. Dice aun: "Todo es gracia". Y secretamente espera que todo el mundo será salvado. Lo que teme, empero, es la vida muerta en la que la gracia no tiene influencia sobre el pecador, porque no hay corriente activa entre el bien y el mal. Es un lodazal moral, donde las almas se hunden en el reino de un mal inerte como un lago de fango. Bernanos hace decir a Monsieur Ouine: "La última desgracia del hombre es que el mal mismo le de tedio". Y la desgracia de la parroquia agonizante es de morir lentamente de ese mismo mal, en la ilusión de que vive todavía. El mundo se desagrega alcanzado de ese mal de indiferencia. Deja envejecer solos a cada uno de los seres que lo componen. Pues perdiendo el amor, el mundo ha perdido la juventud, que vive de amor y que hace vivir al amor. El cura de campaña lanza esta queja desgarradora: "Yo nunca he sido joven, porque nadie ha querido serlo conmigo". Si el mundo moderno, como Péguy lo ha llamado, debiera haber llegado a la víspera de su muerte, sería por ser ese mundo sin amor y sin coraje. La angustia de Bernanos es que el mundo ha llegado a ese punto. Esa angustia le hace proferir, en su obra, como un estribillo trágico, la queja contenida en tres pequeñas y horrorosas palabras: "¿De qué sirve?" "El *¿de qué sirve?*, ha escrito, es la pregunta terrible, inexorable, a la cual ningún hombre apasionado ha podido responder y que ha decidido, por un milagro de gracia, la salvación de algunos raros héroes, pues de ordinario se vuelve contra aquél que la pronuncia".

El *¿de qué sirve?* expresa la tentación de Bernanos. Si cediera a ella sería el consentimiento a la muerte de la parroquia, a la agonía del mundo. Peor todavía, pues para el alma de un francés como aquel sería: la conformidad con la eventualidad desesperante que Bernanos se atreve a formular cuando plantea la grave cuestión de su ansiedad: "¿Dimisión de Francia?" El día en que tomó la pluma para escribir *Nosotros, franceses*, declaró: "A la hora que escribo estas líneas, hay en alguna parte del mundo, lo sé, un joven francés que se pregunta: "¿Mi país vale la pena de ser salvado? ¿De qué sirve?" ¡Dios me guarde de responderle! Pues en ese mismo ins-

LA VIDA

SUAVE destino de la flor nacida
triste destino de la flor que muere
y pena larga del que busca y quiere
con cuatro signos explicar la vida.

Gloria rosada de la amanecida
desolación del que en las sombras hiere
y lento agonizar del que prefiere
cada sin luz y muerte renacida.

Muchos caminos y una sola huella
una sed encendida y apagada
y un tamboril repiqueteando en ella.

Ser de mañana estrella ilusionada
ser por la tarde solamente estrella
y después por la noche no ser nada.

AYER, HOY, MAÑANA

ALTO, en el punto de la tarde, miro
Ayer llama de rosas y claveles
pan endulzado con supuestas mieles
pena de amor y lagrima y suspiro.

Hoy la paloma blanda en blando giro
y la mano que pone en los pinceles
una tibia desgana de laureles
y deseo de paz en el retiro.

Rosas me trajo Dios para probarme
Rosas me trajo Dios para tenerme
Rosas me trajo Dios para ayudarme.

Ayer y hoy dos rosas (No se enferme
la rosa del mañana, ni me alarme
que con ella mas alto quiero verme)

SALVADOR MERLINO — Buenos Aires

tante, a millares de millas del otro lado de la tierra, yo me planteo la misma pregunta. Siempre me la he planteado. Porque me la planteo soy francés".

Cuestión de salvación de Francia. Cuestión vinculada a otra: la de la salvación del mundo por Francia. Bernanos es hoy —por ello todavía se coloca en la línea directa de Péguy— el hombre que reabre a Francia el camino de su vocación y de su destino.

Francia tiene reputación de ser el país de la felicidad. El país en que los hombres se sienten felices de comer buen pan y de beber buen vino y de recoger de una tierra bendita los más hermosos frutos que maduran bajo el cielo más bello del mundo. Ahora bien, eso no es la verdad profunda de la vida francesa. Y Francia, que debe la verdad al mundo, se la debe ante todo a sí misma. Francia no es tanto el país de la felicidad cuanto no es el pueblo de salvación.

Es, ante todo, una cuestión de verdad. La verdad es que la felicidad no es de este mundo. Péguy lo ha descubierto y proclamado en una página célebre: el hombre no es feliz. El hombre, en el fondo lo siente y lo sabe. Sabe que tiene necesidad de ser salvado de la desgracia y del mal. La verdad de este mundo es la necesidad de su salvación.

La cuestión de la salvación es, por otra parte, una cuestión de vocación. No hay vocación para la felicidad. La felicidad, en este mundo, es una sorpresa, una ilusión y también una ocasión de remordimiento: No creo que haya un alma noble, a quien la felicidad sonría, que pueda gozar de ella sin pensar en la suma de desdicha que hay al mismo tiempo en el mundo y que su felicidad es impotente de conjurar. Entonces, toda la felicidad posible de un hombre o de un pueblo, supuesta esta nobleza de alma, oscila en el deseo apasionado de salvar a los otros de la desgracia que los oprime. Es más que un deseo: una misión. Es una vocación, repitámoslo; y, en particular, la de Francia.

La felicidad de Francia vale, sobre todo, por todo lo que puede poner al servicio de su vocación de salvación. Francia, sin duda, más de una vez ha expresado la fórmula de su felicidad: ha hablado de la abundancia en tiempos de Henri IV, de la alegría de vivir en tiempos de Talleyrand, ha apilado escudos bajo Louis-Philippe y Mac Mahon. Pero todo eso ¿haría a Francia, si Francia no hubiera dado a luz mensajeros de salvación como Juana de Arco y Bayard, como Hoche y Marceau, como Guynemer y el Padre de Foucauld? ¿Y cuáles son sus más grandes escritores, sino los que lanzan al mundo un mensaje de salvación, como Pascal y Corneille, a menos que la idea de salvación en peligro no los arroje en la obsesión de la condenación, como Baudelaire y Rimbaud? Los grandes escritores cristianos que levantan en el umbral del siglo XX su estatura de profetas pertenecen a esta línea de "pionniers" de salvación. Bernanos se levanta entre ellos, tanto más alto cuanto pone más exigencia en salvar la misma salvación, si se puede decir, de la tentación de felicidad. Tal es la tentación de los "bien-pensants", que aceptan velar la necesidad de salvación por su consentimiento en el goce ciego: lo que es causa de la más terrible corrupción del cristianismo de nuestra época. No que lo temporal no brille, bajo la mirada de Dios, con rayos de felicidad, a lo que no se rehusa la vigorosa salud moral de Bernanos. Mas la falta contra el orden mismo de Dios es considerar a esta felicidad por una certidumbre y una posesión de este mundo, cuando no es acordada sino a la inquietud atenta solamente a la felicidad eterna, que es el riesgo de la salvación.

Es esta viviente inquietud la que Bernanos se esfuerza por devolver a los cristianos y a los franceses de su siglo. A los que la rehusan, los rehusa, a su vez, la esperanza de salvarlos. Tal es el sentido de su trágico *¿de qué sirve?* ¿De qué sirve salvar al mundo, si éste obsedido de goce ha perdido en la persecución de la felicidad la idea misma de salvación?

Y —que Juana de Arco nos perdone— ¿de qué sirve salvar a Francia, si ésta olvida su vocación de liberadora del mal y de ángel de salvación entre los pueblos? No habrá ya Francia, si los franceses de ahora instalan su vida en la perdición de los bienes sagrados por los cuales los franceses de siempre han querido morir.

A Francia, preocupada de sus pérdidas materiales, Bernanos no propone el consuelo de las restauraciones económicas. La invita a no cesar de ser, sobre los mares del mundo el gran navío que generosamente hincha sus velas al viento de la libertad; al soplo de la libertad, con todo su oxígeno, su yodo, sus sales activas: es decir, con el coraje, el desinterés, la abnegación, el gusto de darse, aun de perderse para salvarlo todo, el gusto del peligro y de la aventura y, por arriba de todo, el sentido del honor. A este título, Bernanos se mantiene a la cabeza de los franceses que no consienten en perder su razón de ser franceses. ❖

EN TORNO AL ESTADO IDEAL

CARLOS SANTAMARIA ANSA

San Sebastián.

Un problema que se plantea.

DOS concepciones político-religosas del Estado atraen la atención de los católicos de nuestro tiempo. Entre los partidarios del *Estado confesional católico*, por una parte, y los del *Estado de inspiración cristiana*, por otra, se ha entablado y se prolonga a través de libros y revistas una discusión bastante viva. ¿Cuál es, desde el punto de vista de la Iglesia, la más deseable de estas dos fórmulas? La cuestión se plantea "hic et nunc" ante situaciones concretas; pero no deja de proponerse también sobre el terreno de los principios —y aquí es donde el asunto empieza a ser verdaderamente delicado—. No se trata, pues, únicamente de enunciar una simple cuestión de prudencia política, sino de rehacer la doctrina clásica en una forma más adaptada a los tiempos presentes.

Ahora bien, la Iglesia no ha declarado caducada su enseñanza tradicional respecto de la Ciudad temporal y, por tanto, el intento de los innovadores se hace, desde este punto de vista, difícil e incluso espinoso. A pesar de esto, estos innovadores no se muestran desanimados, creen poder llegar a fórmulas plenamente ortodoxas y satisfactorias desde todos los puntos de vista y experimentan la necesidad de clarificar las actitudes de los católicos frente a los Estados laicos y de evitar toda sospecha de duplicidad, toda desconfianza por parte de sus conciudadanos no católicos. Este doble empeño les anima a trabajar sin descanso.

Entre los pensadores católicos que se han ocupado de este problema hay algunos que se han limitado al terreno de las realidades concretas, sin tratar de transformar los principios, sino simplemente de aplicarlos según el espíritu de nuestra época. Este es, en mi opinión, el caso de M. Maritain y de su "ideal histórico concreto". Maritain se defiende contra los que le acusan de poner en duda la doctrina clásica, expresada sobre todo en las Enciclicas Pontificias de Pio IX, León XIII y Pio X: trata, al contrario, "de establecer de qué modo los principios enseñados "en estas Enciclicas deben ser *aplicados* en las cir- "cunstancias concretas del mundo de mañana". "Es "una insensatez —dice refiriéndose a su libro sobre "los derechos del hombre— pretender que (este li- "bro) niegue los principios, ya que precisamente se "trata en él de buscar las mejores condiciones de "realización efectiva (de esos mismos principios) "para un periodo histórico dado". "Proponer una "solución práctica como la mejor en *determinadas* "*circunstancias* no es, en modo alguno, declarar que "esta solución *sea la única buena en derecho y ab-* "*solutamente la única justa*". M. Maritain se ha "aplicado, pues, a demostrar que nuestra época "exige otros modos de realización *de los* mismos "principios (de la Edad Media)". "¡Yo no digo, "¡absit; —agrega M. Maritain— el abandono de "estos mismos principios, abandono que se halla en "la raiz misma de los errores del liberalismo! ¡Yo "digo lo contrario, porque aplicar un principio es lo "contrario de abandonarlo! He aquí toda la con- "fusión que la calumnia pone en juego contra mí". "¿No se pretende de ninguna manera por ésto que "la verdad y el error tengan los mismos derechos, "ni que las diversas confesiones religiosas tengan, "por sí y en sí mismas, los mismos derechos, ni "que "el progreso del tiempo" obligue a considerar "como abolidos los derechos superiores de la Igle- "sia, ni que haya que reconazar en principio toda "estructura del Estado en que la religión católica "tenga una situación jurídica privilegiada y conde- "nar así lo que ha existido durante siglos de civi- "lización cristiana! Se dice únicamente que, en las "condiciones históricas de nuestra edad, es venta- "joso para el bien común temporal y también para "la Iglesia que ésta consienta en no hacer uso del "derecho superior que le pertenece y en aceptar "para los suyos una condición jurídica de acuerdo "con la igualdad de derechos entre los ciudadanos "que el Estado reconoce en su propia esfera tem- "poral" (2).

Otros, como el P. Congar, después de haber reafirmado en sus líneas fundamentales los principios clásicos admitidos por la teología católica, tratan de completarlos mediante un estudio más profundo de la tolerancia, la cual es, sin duda, un elemento sumamente importante en el conjunto de la doctrina. Este es, al parecer, el método más fecundo y más seguro.

Hay todavía otros pensadores católicos que, empleándose más a fondo, caen, acaso, en el mismo defecto de que se acusa tan frecuentemente a los

(1) El Estado de inspiración cristiana sería un *Estado laico, pero no "laicizante"*. Aunque aceptase, pues, la autonomía de las diferentes sociedades religiosas frente a la sociedad política y reconociese los límites de sus propios poderes, guardándose de penetrar en el campo religioso, el Estado de inspiración cristiana no estaría inspirado en la mentalidad indiferentista y agnóstica del liberalismo doctrinario, sino más bien en una concepción muy desarrollada de la doctrina de la Iglesia sobre la tolerancia. Ese Estado, impregnado profundamente del espíritu evangélico, trataría de realizar la "convivencia" temporal entre los ciudadanos de distintas creencias o de creencias indeterminadas, sobre la base de la moral cristiana, de la igualdad de derechos políticos y sociales de los ciudadanos y del respeto a la persona humana. Cfr.: sobre todo: CONGAR, YVES: *"Lettre sur la liberté religieuse a propos de la situation des protestants en Espagne"* (La Revue Nouvelle, 15 mayo, 1948). DUBARLE, DOMINIQUE: *"Culture et laicité"* (La Vie Intellectuelle, febrero 1952). GUERRERO EUSTAQUIO: *"El Estado laico como ideal cristiano"* (Razón y Fe, noviembre 1950, pág. 3411). LAMAMIÉ DE CLAIRAC, JOSÉ MARÍA: *"Las Conferencias internacionales católicas de San Sebastián: un artículo sobre laicidad"* (Reconquista, N.º 4, 1950, Sao Paulo, Brasil). LECLERCQ, JACQUES: *"L'Eglise et la liberte en 1948"* (La Revue Nouvelle, 15 octubre 1948, VIII, 257). *"Etat chrétien et liberté dans l'Eglise"* (La Vie Intellectuelle, febrero 1949). MARITAIN, JACQUES: *"Religion et Culture"* (Desclee, Paris, 1930). *"Du régime temporel et de la liberté"* (Desclee, Paris, 1933). *"Humanisme intégral"* (Aubin, 1936). *"Les droits de l'homme et la loi naturelle"* (Hartmann, Paris, 1945). *"Christianisme et Democratie"* (Hartmann, Paris, 1946). *"La personne et le bien commun"* (Desclee, Paris, 1947). MESSINEO, ANTONIO: *"La coscienza soggettiva e la vita sociale"* (La Civiltà Cattolica, junio 1950, vol. II, pág. 497). *"La tolleranza e il suo fondamento morale"* (Idem, 4 noviembre 1950, vol. IV, pág. 8144). *"Tolleranza e Intolleranza"* (Idem, 2 diciembre 1950, vol. IV, pág. 562). *"Soggettivismo e libertà religiosa"* (Idem, julio 1950, vol. III, pág. 3). *"Democrazia e libertà religiosa"* (Idem, 21 abril 1951, vol. II, pág. 126). *"Democrazia e libertà religiosa"* (Idem, 15 abril 1950, vol. II, pág. 137). *"Democrazia e parità dei culti"* (Idem, 19 mayo, 1950, vol. II, pág. 387). *"Democrazia e laicismo di Stato"* (Idem 16 junio 1951, vol. II, pág. 585). *"Libertà religiosa e libertà di coscienza"* (Idem 5 agosto 1950, vol. III, pág. 237). *"Stato laico e Stato laicizzante"* (Idem, 19 enero 1952, vol. I, pág. 129). *"Lo Stato e la religione"* (Idem, 3 febrero 1951, vol. I, pág. 129). PRIBILLA MAX: *"Dogmatische Intoleranz und burgerliche Toleranz"* (Stimer der Zeit, abril 1949). RECHERCHES ET DÉBATS: *Supplement "Sciences religieuses"* (N.º 10, 1950). ROUQUETTE, ROBERT: *"Chroniques de la vie religieuse"* (Etudes, septiembre 1949). VIALATOUX ET LATREILLE: *"Christianisme et Laicité"* (Esprit, N.º 10, 1949. Idem, N.º 9, 1950).

(2) *"Raison et Raisons"*, Egloff, 1947, págs. 259 a 262.

teólogos de la Edad Media: el de insertar en las tesis expresiones, maneras de pensar, estructuras y concepciones, válidas solamente para su tiempo, transformando así, de una manera inconsciente, las ideas y los hechos históricos en principios. Hay, sin duda, una exageración formal en expresiones como ésta: "(el Estado) *como tal no tiene más que una manera de ser cristiano*, que es, precisamente, la de ser laico, con esta laicidad de esencia personalista, que consiste, para el Estado, en detener la pretensión estatal del César en el umbral de la autonomía de la persona espiritual, reconocida por el como trascendente a todo poder de coacción material" (3).

Como quiera que el principio de la inviolabilidad de la conciencia ha sido siempre defendido por los apologistas cristianos, todo Estado que no sea tiránico y por tanto anticristiano, debe evidentemente *detenerse ante el santuario de la conciencia en el umbral de la persona espiritual*. El Estado ideal sería, pues, *en este sentido*, un Estado laico. Pero hay que reconocer que en todo caso hay aquí una cierta confusión en el empleo de los términos. La laicidad sería elevada de esta suerte, *gracias a la magia de las palabras*, al plano de la tesis como la única fórmula posible y auténtica de Estado cristiano.

Yo no creo sin embargo que esta discusión esté condenada a la esterilidad. Desde el punto de vista de la acción, no es completamente inútil analizar las ventajas y los inconvenientes de cada una de estas dos concepciones y sus probabilidades de realización en el mundo presente. A este respecto se han hecho ya observaciones interesantes sobre ciertos puntos que pasaban casi desapercibidos hasta ahora, observaciones que serán acaso útiles en el porvenir para dirigir la acción política de los católicos. La crítica del Estado confesional ha demostrado que éste está expuesto en la práctica a muchos peligros y vicios que sería preciso esquivar o corregir. "La corrupción de lo mejor, lo "peor". La experiencia ha demostrado también que la Iglesia puede hallarse muy a sus anchas y desarrollarse ampliamente en medios neutros, completamente tolerantes y respetuosos para las diferentes confesiones, aunque no se haya puesto todavía en claro el modo de que tales sociedades lleguen a cumplir ciertos deberes sin caer en un vago deísmo.

Respecto de la doctrina o de los principios, la polémica podría también aportar algunos resultados útiles: las nociones fundamentales serían enriquecidas con nuevas perspectivas, los propios principios serían enunciados de una manera más completa y más precisa. La noción de Estado confesional, cuidadosamente pulida y depurada de su ganga histórica, se haría seguramente más comprensible para el hombre de hoy. La tolerancia —que no es, en modo alguno, un elemento accesorio de la teoría, sino una pieza de una gran importancia para el conjunto— sería puesta en valor más profundamente, utilizando a este efecto algunas de sus raíces cristianas, no estudiadas o enteramente olvidadas en el pasado.

La conciencia de la libertad.

HOY se manifiesta una actitud de desconfianza y de reserva hacia el Estado, el cual amenaza con invadir más y más el dominio privado. La actitud de los ciudadanos frente al Estado ha cambiado mucho desde hace dos siglos, o, mejor dicho, es el Estado mismo quien se ha modificado, provocando reacciones legítimas en defensa de la persona. Esto produce también un cambio de frente en el problema de las relaciones entre la Iglesia y la sociedad temporal: en tanto que la Iglesia es por naturaleza, inmutable, el Estado se transforma profundamente y se ha transformado cien veces en la Historia (4).

Ante monstruos como los Estados totalitarios modernos, es muy natural que reaccionemos con energía para salvar nuestra intimidad personal gravemente amenazada: "cuando se tiene el sentido de la trascendencia no gusta ver a los Estados desempeñando el papel de maestros, de padres de familia o doctores de la Iglesia" (5). Si no se quiere que el hombre sea tragado por estas máquinas gigantes, hay que delimitar con mucha inteligencia el dominio estatal, y ésta es, por otra parte, una de las grandes preocupaciones de nuestro tiempo. Ahora bien, la Iglesia no ha defendido nunca la dictadura religiosa y menos todavía el Estado totalitario. Un Estado ideal desde el punto de vista de la Iglesia sería al contrario *el Estado menos totalitario del mundo. El sentido de la transcendencia de la Iglesia y el respeto de la persona* —caracteres esenciales de un Estado ideal— *se lo impedirían*.

Al referirse al "Estado confesional", tal vez se piense sobre todo en realizaciones históricas concretas, en gran parte opuestas al espíritu de nuestra época, en tanto que se idealiza la concepción de la "laicidad abierta", como algo puro y reluciente. Pero el ideal parece triunfar siempre sobre la realidad en este mundo de pecado: el porvenir tendrá también a buen seguro, algo que decir sobre las nuevas concepciones cuando éstas sean cargadas, a su vez, por el peso de la Historia.

La conciencia, hoy más viva, de la propia personalidad, reacciona contra los abusos del colectivismo. Se tiene miedo del Estado, y sobre todo del Estado-Iglesia. "*¿Con qué títulos va el Estado a decirnos lo que debemos creer o practicar en materia religiosa?*". Este modo de expresarse es razonable y, por otra parte, el caso de un Estado que se erigiese en maestro y en señor único de la sociedad no sería el de un verdadero Estado cristiano, sino más bien el de un Estado totalitario.

"Ante el Estado el hombre conserva una plena libertad de conciencia. En el santuario interior de sus creencias y de sus ideas es responsable respecto a Dios, pero no respecto al Estado: éste no posee ningún derecho, ninguna facultad de dictar o de imponer determinada forma de pensar, de creer y de practicar el culto. Si lo hace, como ocurre a menudo en los Estados totalitarios, traspasa las fronteras de la justicia, lesionando un derecho sagrado y fundamental de la persona humana" (6). Estas palabras son enteramente aplicables al Estado confesional, porque hay una tolerancia de alcance universal, *que no depende ni de circunstancias ni de situaciones particulares* (7). La declaración siguiente

(3) VIALATOUX ET LATREILLE, Art. citado.

(4) Cfr. LEÓN XIII, "*Au milieu des sollicitudes*", 16 febrero 1892.

(5) "Espoir humain et espérance chrétienne" (Semaine des Intellectuels catholiques, 1951), "*Droits de l'Homme et défense de la personne*", pág. 205.

(6) A. MESSINEO: "*Stato laico e Stato laicizzante*".

(7) Ver mi artículo en DOCUMENTOS, Nº 1, pag. 32, 1949, en el que decía: "La tolerancia no debe ser considerada como un escotillón convencional para salvar prácticamente las dificultades de la convivencia social, sino como un *deber* de la sociedad misma y, correlativamente, como un *derecho* del individuo; no el derecho a permanecer en el error —derecho que evidentemente no existe, dada la esencial ordenación del hombre hacia la Verdad— sino a no ser perseguido, molestado o disminuido en su participación en la vida ciudadana por causa de su creencia errónea, de la cual sólo es responsable ante Dios. Este "derecho a la tolerancia" se halla regido naturalmente por el principio del bien común, y no encuentra, no puede encontrar, su justificación en el general escepticismo, ni en una obligada neutralidad de la Sociedad ante las "verdades individuales", sino en la concepción cristiana de la dignidad y

hecha por S. Em. el Cardenal Griffin, Arzobispo de Westminster, en 1946, es, en mi opinión, perfectamente válida en todas sus cláusulas en un Estado cristiano: "todo Estado debe garantizar la libertad "de culto y asegurar a todos sus ciudadanos una "libertad igual para seguir la religión que les dicte "su conciencia; y todos ellos deben poder disponer "de sus iglesias, de sus escuelas y de sus pasto- "res" (8).

Un Estado que negase a sus ciudadanos *el derecho a la tolerancia*, consecuencia lógica del principio de la libertad religiosa, no sería un Estado legítimo.

No se puede condenar la conciencia moderna cuando se rebela contra ciertas brutalidades que la crítica histórica ha puesto en relieve en la historia de los Estados. Es justo y conveniente que se reaccione en este sentido.

En la conciencia, que el hombre de hoy posee, de su propia libertad, hay, pues, un progreso, aunque puede ser que al mismo tiempo se retroceda en otros sectores de la vida moral. "Actualmente la conciencia "de los pueblos experimenta de una manera más "viva que en los siglos pasados la dignidad personal "del hombre, y, por la misma razón, profesa un culto "particular de la propia libertad. Sentimiento noble "cultivado por el cristianismo, fruto por tanto de su "educación, en lo que tiene de sano y de ordenado. "Se puede, pues, admitir sin ninguna dificultad que "la hipótesis contemporánea presenta a la autori- "dad política de todas las naciones civilizadas una "exigencia social objetiva que viene de este vigor "difuso adquirido por la conciencia individual y "colectiva en la defensa de la libertad humana con- "tra toda ordenación social positiva en materia re- "ligiosa" (9).

El "fair play" confesional.

En los países en que ha sido establecido y se mantiene en equilibrio leal entre las diferentes confesiones, se tiene cierto miedo a hablar demasiado sobre esta cuestión: se teme que ello pueda alterar el estado de paz espiritual en el que se encuentran a sus anchas. Es el caso de los Estados Unidos, de Australia, del Canadá, de los países nuevos sobre todo, que no han conocido las luchas religiosas y que preferirían pasarse sin ellas. Algunas declaraciones episcopales cantan las excelencias de la convivencia armoniosa (10). En realidad el Estado ideal no se opondría tampoco a una convivencia armoniosa de los ciudadanos de diferentes confesiones; al contrario, la exigiría como uno de sus elementos fundamentales.

La idea de revancha es sin duda alguna muy contraria a la mentalidad de la Iglesia: el profundo respeto de ésta hacia las situaciones de hecho y hacia los compromisos adquiridos no puede ser puesto en duda. Hay un "fair play" confesional que debe ser puesto en práctica, no sólo en los Estados neutros, sino también en los "Estados católicos". En la medida en que éstos sean conformes al espíritu de la Iglesia, es decir al espíritu evangélico, esta actitud de honradez y de respeto se hará más franca y más visible. Esto no modifica, a mi entender, la estructura de la concepción ideal: nada de su vigor lógico y teológico se pierde de esta manera.

Ya Vermeech se planteaba la cuestión siguiente: ¿cuál sería la actitud de la Iglesia si los católicos llegasen a ser la mayoría política y moral, una mayoría aplastante, en un país? La Iglesia se encontraría todavía frente a disidentes e incrédulos en posesión pacífica de su libertad: pues bien, contesta él, éstos no tendrían nada que temer: "sus franquicias permanecerían en pie".

"¿Qué harían los católicos si todo el país volviese "a la verdadera fe? Tratarían, sin duda, de conser- "var el inmenso beneficio de esta concordia. Pero, a "este efecto, ¿tendrían que considerar la herejía "como un delito y perseguirla con multas y encar- "celamientos? Nada lo prueba. Hemos citado ya la "excelente frase de V. Jacobs: "Si la unidad reli- "giosa renace, se reflejará en las leyes; pero el "espíritu de la época no dejará también de refle- "jarse". Lamennais no se equivocaba cuando escri- "bía: "Nadie puede prever en qué términos volve- "rán a establecerse, cuando llegue el momento, las "relaciones de la Iglesia y el Estado. Es seguro que "una íntima alianza se establecerá de nuevo entre "las dos sociedades, espiritual y política; pero, ¿cuál "será la forma de esta alianza? Se ignora" (11).

La declaración del Cardenal Manning (12) es a este respecto muy importante: "Si los católicos lle- "gasen a ser en Inglaterra la mayoría, si fuesen los "dueños del poder, no cerrarían un solo templo ni "una sola escuela protestante. Tratarían solamente "de hacerlo mejor que sus rivales y de atraerles por "sus virtudes y beneficios".

Equivocidad de un término.

La expresión *"Estado católico"* que acabo de emplear y que se emplea a menudo, no es muy feliz. No me gusta porque se presta a un equívoco:

"de la libertad de la persona y de la responsabilidad moral del "hombre". Ver también el artículo del P. Messineo: *"La tolerenza e il suo fondamento morale"* (Civiltà Cattolica, N° 2.409, 4 noviembre 1950), en que dice lo siguiente: "Se tiene así una "tolerancia religiosa ligada a una hipótesis particular, de la "cual interpreta la posibilidad y que es, por lo tanto, de exten- "sión diversa, según las diversas condiciones, la cual adecua la "aplicación de los principios teóricos contenidos en la tesis y "una *tolerancia absolutamente independiente de cualquier situa- "ción concreta* —soy yo quien lo subraya— precisamente por- "que se apoya en una exigencia perenne y universal, que se "deduce de la dignidad esencial de la persona humana y por "tanto de la más extensa aplicación, valedera como principio "práctico de conducta individual y pública, en cualquier supues- "ción. Si se afirma la existencia de un *derecho a la tolerancia*, "del cual la persona misma es titular en el sector de la vida "privada, no se sale del campo de la rigurosa deducción lógica. "La expresión podrá suscitar cierta sorpresa, pero en su con- "tenido parece de una precisión indiscutible, si es cierto que la "dignidad de la persona no permite "la interferencia" exterior "en la aceptación o renunciación de sus convicciones y si la "persuasión es el único medio compatible con su racionalidad "que pueda conducir a la persona a la verdad o separarla del "error".

(8) Citado por Y. Congar en su artículo de la "Revue Nouvelle" del 15 de mayo 1948, refiriéndose a *Soepi*, junio 1946, pág. 140.

(9) A. Messineo: *"Lo Stato e la Religione"*.

(10) El Arzobispo de Filadelfia ya en 1900 decía, por ejemplo: "El catolicismo se ha aprovechado mejor que ningún otro culto "de la libertad religiosa y, si en otros países y en otras cir- "cunstancias la unión de la Iglesia y el Estado ha sido benefi- "ciosa, nada mejor en la constitución americana que la separa- "ción". (Citado por Chenon: *"Le rôle social de l'Eglise"*). Se- guido a su vez de Sertillanges: *"Un siècle: l'expansion de l'Eglise catholique"*). Pero hay que ser prudente al sacar consecuencias generales de un hecho concreto. León XIII, después de reconocer las ventajas y la equidad de las leyes americanas, decía que no se debe deducir que "la mejor situación para la Iglesia "sea la que tiene en América y que sea siempre legítimo y útil "separar los intereses de la Iglesia y del Estado, como en Amé- "rica. En efecto —continúa— si la Religión católica es allí flo- "rada, si prospera, esto hay que atribuirlo enteramente a la "divina fecundidad de la que goza la Iglesia y en virtud de la "cual se ensancha y se propaga por sí misma cuando no se "le ponen trabas. La Iglesia prosperaría, sin embargo, mucho más "si gozara, no solamente de la libertad, sino también del favor "de las leyes y de la protección del Estado". (Carta apostó- lica "Longinqua Oceani"). A propósito de la necesidad de "con- vivencia" que ya entonces se dejaba sentir, Balmes escribía en 1840 las siguientes frases: "Aquí (en España) hay todas las "opiniones, todas las escuelas, hombres de todos los siglos: espa- "ñoles que pertenecen al tiempo de Carlos II tropiezan frecuen- "temente con partidarios de la Convención. Y, no obstante, si "ha de haber gobierno, si ha de haber nación, es necesario arre- "glarlo todo, armonizarlo todo, ver cómo se puede conseguir que "vivan en paz, sin chocarse y sin hacerse mil pedazos, enemigos "tan violentos e irreconciliables" (Escritos políticos, B.A.C., to- mo VI, pág. 92).

(11) *La tolerance*, Lovaina, 1922, pág. 388.

(12) Citado por Mons. d'Hulst: *"Le droit chrétien et le droit moderne"*, Paris, 1866.

da lugar a que se piense, en efecto, en una sociedad verdaderamente digna del nombre de "católica". Ahora bien, no hay más que una sociedad que sea digna de este nombre, la cual, por naturaleza, no puede ser confundida con ninguna otra: esta sociedad es la *Iglesia*. Un Estado propiamente católico debería ser —si las palabras conservasen todavía su significado— un reino de Amor y de Justicia, en el cual el pecado no encontraría sitio. Los Estados que se conocen actualmente y los que podrán ser conocidos en el porvenir están desgraciadamente muy lejos de poder ser considerados como reinos de Amor y de Justicia: *más bien serían reinos de pecado y de injusticia* (aunque ésto no sea tampoco completamente verdad, primero, porque el hombre conserva todavía, a pesar del pecado, un cierto impulso natural de bondad, y segundo, porque los cristianos que intervienen en la vida política, pueden contribuir a elevarla parcialmente a un nivel de honradez y de moralidad menos deplorable): *una sociedad temporal no es nunca una sociedad santa*.

No es extraño, pues, que al escrutar la realidad histórica de los Estados cristianos en la Edad Media se descubran en ellas violencias incompatibles con el mensaje evangélico e incluso una incomprensión lamentable de este mensaje.

Estas sociedades no eran, efectivamente, sociedades santas, sociedades cristianas en sentido estricto, las cuales, como hemos dicho, no pueden existir fuera de la Iglesia. No eran puras, el pecado las corroía y el diablo realizaba en ellas un "excelente trabajo". Desde ciertos puntos de vista eran incluso peores que las de nuestro tiempo: la brutalidad de las costumbres, la insinceridad, la rutina, la servidumbre de las conciencias, causaban, supongo yo, daños enormes en el orden espiritual. Las enfermedades morales de tales sociedades eran diferentes de las de las sociedades modernas, pero es seguro que aquellas enfermedades existían realmente.

Sin embargo hay que hacer notar que en estas sociedades de la Edad Media tenía lugar un *fenómeno sociológico* de una gran importancia y que nuestra época no debería subestimar: "la fe de los pueblos" era entonces una realidad mucho más fuerte que hoy, un hecho que habría que estudiar atentamente a la luz de las nociones y de los métodos sociológicos modernos. *Cabría hablar con propiedad y justamente en este sentido, de sociedades cristianas.*

En toda sociedad hay, en efecto, toda una variedad de verdades reales o hipotéticas que "circulan" socialmente. Yo las denominaría gustosamente, siguiendo a D. José Ortega y Gasset (13), "*verdades colectivas*", o "*creencias colectivas*". (Evidentemente, la palabra creencia está desprovista aquí de su significación corriente. Dicha palabra tiene en este lugar un sentido mucho más general y no se refiere necesariamente a la creencia religiosa). Lo que caracteriza a las "verdades colectivas", es que cuentan, que se mantienen, que están en vigor por sí mismas. Nadie puede oponerse a ellas sin encontrar una fuerte resistencia. Están ahí, delante de nosotros de un modo ineluctable "como esta mesa", "como esa pared": hay que contar con ellas porque están ya "instaladas" alrededor de nosotros antes de que nosotros tratemos de aceptarlas o de rechazarlas. La eficacia de estas creencias se encuentra, pues, en su validez social, más que en su valor objetivo.

La creencia colectiva no es, por tanto, una idea a la que prestemos nuestra adhesión mental en función de su fuerza lógica, no es una idea que nos convenza, una idea científica, por ejemplo, sino una idea *que está ahí*; que trata de penetrar en nuestra intimidad antes de que tengamos la posibilidad de defendernos: no es posible rechazarla sin un esfuerzo real e importante.

A causa de ésto, resulta difícil adquirir conciencia de estas verdades colectivas que nos invaden desde nuestro nacimiento, si es lícito hablar de esta manera. Uno se deja muchas veces llevar por ellas sin someterlas a un examen atento. La ley del mínimo esfuerzo juega en su favor. Para el hombre medio, las ideas colectivas constituyen el tejido natural sobre el cual debe vivir su vida mental. Sobre este subsuelo de lugares comunes y con estos elementos admitidos sin resistencia a formar parte de su ser, debe el hombre medio construir su propia vida personal.

Nos encontramos, pues, sumidos en un mundo de creencias colectivas: en él pensamos, vivimos y aún somos. Es ilusorio querer evadirse de ese mundo hacia no sé qué paraíso abstracto. Hay que tener la sinceridad y la humildad suficientes para reconocer que una parte de nuestra existencia, que acaso escape a nuestra propia percepción, pertenece a un mundo que es exterior a nosotros mismos.

Esta servidumbre respecto de lo colectivo es una consecuencia inevitable de nuestra condición carnal, la cual implica fatalmente cierto gregarismo del que el ser humano no puede deshacerse enteramente. Estamos sujetos a esta servidumbre, sin la cual no podríamos siquiera existir. Este fenómeno no es, por tanto, privativo de los países autoritarios, en los cuales un régimen de pensamiento colectivo trata de imponerse descaradamente por la fuerza. También se produce en los países que se enorgullecen de declararse libres. La actitud de protesta y de reacción contra la existencia colectivizada procede también frecuentemente de un estado de pensamiento colectivo. Se encuentran personas que se creen y se proclaman no-conformistas, siendo conformistas radicales, "conformistas del no-conformismo". Algunos creen liberarse del gregarismo, cuando no han hecho más que cambiar de dueño: la fenomenología sociológica podría decirnos muchas cosas interesantes a este respecto.

Pero es evidente que se puede y que se debe juzgar el valor de la creencia colectiva desde el punto de vista de la razón e incluso desde el punto de vista de la Fe. Es decir, que se puede hablar de verdad y de falsedad refiriéndose a ella.

No estamos enteramente condenados al gregarismo, porque si así fuese no seríamos libres, no seríamos hombres. Tenemos conciencia de que nos es posible juzgar a este mundo colectivo, e incluso oponernos a él y hasta transformarle, aunque esto sea ordinariamente el trabajo de varias generaciones de hombres y, generalmente, de hombres extraordinarios. Aquí comienza nuestra actitud propiamente moral, es decir racional y libre. Tenemos, pues, la posibilidad y hasta el deber de tamizar las creencias colectivas, de apartar de nosotros las que juzgamos falsas, de luchar contra ellas. Este es el principio motor del no-conformismo.

La creencia colectiva representa, pues, una especie de fuerza de inercia con la que hay que contar si no se quiere caer en la utopía. Los utopistas son precisamente gentes que han olvidado este principio, que han creído que se puede conducir la sociedad hacia cualquier ideal de vida común y que han pretendido maniobrar esta inmensa mole como si se tratase de una ligera pluma.

Pero, ¿de dónde viene la creencia colectiva? La creencia colectiva tiene un origen humano: *antes de ser creencia colectiva ha sido verdad individual, es*

(13) Cfr. sobre todo "*Historia como sistema*", "*Del imperio romano*". El prólogo a la traducción española de "*L'Histoire de la Philosophie*", de EMILE; "*En torno a Galileo*", y también "*Un rasgo de la vida humana*", "*Memorias de Mestanza*".

decir, experiencia, razón e incluso Fe. La creencia colectiva se une *por su raíz y por su vértice* a todas las fuentes naturales sobrenaturales del conocimiento. Viene de lo humano y es capaz de hacerse humano, de "rehumanizarse" por decirlo así, al penetrar de nuevo en el dominio personal de donde procede.

Si es algo extraño a mí, como la naturaleza física, es al mismo tiempo un patrimonio *del cual me aprovecho*, acaso sin darme cuenta de ello, en todos los órdenes de mi vida y que yo transporto a veces al plano de mi conciencia haciendo así de ella una creencia auténtica.

Lo colectivo es como una realidad intermedia entre las vidas personales. Viene del hombre singular y a él retorna. Su verdadero papel, su naturaleza, es la de utensilio, instrumento, vehículo. Hay que concebirlo, pues, como un aparato puesto en principio a nuestro servicio, pero que puede, "¡helas!", como tantos otros, transformarse en un instrumento de aniquilación o de empobrecimiento de la persona.

Si pasamos ahora a la esfera del pensamiento religioso —y más concretamente del pensamiento cristiano— podremos transferir a ella mucho de lo que acabamos de decir respecto de la creencia colectiva en general.

La Fe de los cristianos, aun siendo de un origen sobrenatural, puede tener, y tiene en efecto, consecuencias en el orden puramente humano que nadie podría negar.

Nada impide que la Fe religiosa se comunique a una sociedad, que inspire su creencia colectiva, que se integre en ella *y que se transforme en idea social.* Volvemos a encontrarla entonces con los mismos caracteres de ineluctabilidad, de inercia y de fuerza, que, como hemos visto, son propios de toda creencia colectiva.

La Fe individual en Jesucristo, en su Iglesia como institución de salvación, no se halla necesariamente encerrada en los espíritus, como algo hermético e incomunicable. Puede al contrario trascender a la sociedad y ponerse de moda, adquirir el crédito, el favor público, producir en fin el entusiasmo y "la fe de los pueblos".

Constituye, pues, una *realidad sociológica*, perteneciente a la esfera de las creencias colectivas como cualquier otra clase de pensamiento humano comunitario.

Es cierto que se ha hablado mucho de la "fe de los pueblos" y a veces muy desacertadamente, hasta llegar al descrédito, en un estilo grandilocuente. Habría quien se sentiría tentado acaso de supervalorizarla, presentándola como una *verdadera Fe*, como una especie de predestinación colectiva o más bien como vocación providencial. Nada más grave sin embargo que una confusión de este género. *La Fe constituye un hecho personal*; no es de ninguna manera una simple manifestación de "gregarismo" religioso.

El acto de Fe no podrá nunca ser reducido a un hecho colectivo: allí donde reinan solamente la rutina, el conformismo, la aceptación ciega de la opinión común, no hay una verdadera Fe.

Pero *el acto de Fe no es tampoco enteramente extraño a la fe colectiva.* Dios se sirve a veces de este medio, así como de otros para preparar el terreno al acto libre. Esta cuestión se relaciona con el viejo problema de la "Fe de los simples", el cual aguarda aún una solución plenamente satisfactoria.

Del buen uso de los automatismos colectivos.

CIERTOS teólogos de la Edad Media habían exagerado la importancia del medio, despreciando excesivamente al carácter *personal y libre* de la Fe. Entre ellos se cita a Raúl Arden (14), quien hacía notar, sin muchos escrúpulos, que bastantes fieles lo son únicamente porque pertenecen a una sociedad cristiana y que perderían su fe si cambiasen de medio. Por esta razón —dice— Dios prohibió a los hebreos tener contactos con los cananeos. Pierre de Jean Olivi señala, sin embargo, que esta manera colectiva de creer no puede ser considerada como fe cristiana, porque le falta el elemento principal, la libre sumisión a Dios, pero que las disposiciones requeridas son producidas normalmente en el cristiano por la gracia de la fe.

Parece que estos pensadores de la Edad Media poseían una fuerte tendencia a presentar estas cuestiones bajo el aspecto comunitario y no consideraban demasiado el hecho de que cada hombre es responsable de su propio destino, de que tiene derecho a la libre investigación de la verdad religiosa y de que no es legítimo que ninguna potencia humana se interponga en este terreno.

Al contrario ciertos pensadores modernos han llegado a olvidar del todo el importante papel que los automatismos colectivos desempeñan en dichas cuestiones, por ejemplo, en la transmisión y la observación de las buenas costumbres y de las creencias religiosas. Se han imaginado que es posible presentar el problema religioso independientemente del medio social en que se vive.

Desde el punto de vista de la pureza y legitimidad de la creencia hay que defender, como lo hace la Iglesia, el carácter íntimo e inviolable de la conciencia, que es el lugar sagrado donde el acto de Fe debe ser realizado de un modo completamente libre. Cuanto más fuerte es la presión colectiva, tanto más necesario es insistir sobre este punto. El derecho a la libre investigación de la verdad y a la libertad del acto de Fe que la Iglesia defiende, *no es una simple afirmación platónica*: en cada situación determinada se debe lograr que este derecho sea realizado de una manera efectiva, que se traduzca en reglas de conducta definidas y que se proyecte inmediatamente sobre la acción. Sería insuficiente por tanto el limitarse a defender sólo la conciencia, en el sentido estricto de la palabra, es decir el misterioso proceso interior que tiene lugar en lo más profundo del ser, porque este terreno ese inviolable *de hecho* y no puede ser pisoteado por la sociedad. Para que el principio cristiano de la libertad de conciencia pueda tener eficacia, hay que rodear al hombre de un "chez-soi", de un espacio vital y personal, *de una garantía que le asegure que no será aplastado por la presión colectiva*, que no será indirectamente empujado a traicionar a su propia conciencia ni a vivir, en fin, de una manera horriblemente hipócrita.

En virtud de nuestra condición carnal, que debemos recordar aquí de nuevo, la conciencia no es sólo la conciencia en sentido estricto, sino que se halla en conexión con todo un sector de acción que se acrecienta a medida que aumentan los medios humanos y la sensibilidad del hombre. Para asegurar la libertad de conciencia contra la terrible fuerza de la presión colectiva, para proteger realmente al hombre contra un automatismo social demasiado violento, haría falta establecer en cada caso preciso barreras y

(14) ROGER AUBERT: "*Le problème de l'acte de Foi*", Lovaina, 1950, pág. 670 y siguientes.

recintos de intimidad suficientemente vastos. Estos problemas tienen un gran alcance y no son fáciles de resolver ni en el terreno teórico ni en el práctico (15).

Al contrario, desde el punto de vista de las repercusiones sociales de la fe religiosa y cuando se trata de estudiar las relaciones entre la Ciudad temporal y la Ciudad eterna —*estos dos mundos tan íntimamente entremezclados y que se presionan mutuamente de una manera formidable*— será necesario estudiar el fenómeno de la creencia colectiva sirviéndose, lo repito, de *conceptos y de métodos sociológicos*, intentar descubrir las leyes y el alcance de estos fenómenos. M. Aubert (16) piensa que es posible en nuestros días hacer entrar de nuevo en la teología de la fe ciertos temas de la Edad Media que parecían profundamente pasados de moda hace cuarenta años:

"Si el teólogo de hoy debe preocuparse más que nunca de los derechos de la persona individual y de las exigencias planteadas por el punto de vista personalista moderno, es lícito preguntarse si no sería también interesante que aquel hiciese también un lugar, en su tratado de la fe, a consideraciones inspiradas en un punto de vista comunitario. Nuestros contemporáneos descubren en efecto, en una serie de dominios, la importancia de este punto de vista. No solamente la industria, la vida del trabajo, la vida de las diversiones... tienen una tendencia neta a socializarse, sino que filósofos y sociólogos se interesan actualmente mucho en la influencia del medio, la cual se ha hecho demasiado manifiesta para que su importancia pueda ser todavía puesta en duda sobre el comportamiento y el pensamiento del individuo. Las investigaciones de la escuela sociológica, la constitución de la psicología colectiva, por ejemplo, muestran que este punto de vista se ha impuesto en círculos muy extensos y que hay en esto algo más que una simple influencia de ciertas ideologías contemporáneas".

Querernos declarar libres de todo automatismo colectivo nos conduciría a un angelismo personalista: tenemos ya bastante de esto. Afirmar, al contrario, que nuestra existencia personal no es más que una consecuencia de la vida comunitaria equivaldría a negar la libertad y a disolver nuestra existencia en el océano del destino colectivo.

Los automatismos colectivos son instrumentos que deben ser puestos al servicio del hombre, y, en nuestro caso preciso, de la conciencia cristiana. No basta defender al hombre contra la presión colectiva cuando esta se hace demasiado violenta y llega a poner en peligro la libertad de conciencia. *Hay que hacer frente también a un problema positivo*: ¿de qué manera esta presión colectiva puede ser utilizada en favor del hombre y de sus fines temporales y eternos? He aquí una cuestión llena de dificultades y que sin embargo creo de un inmenso interés para el porvenir. Durante siglos la fuerza expansiva del vapor fué mirada como un fenómeno destructor. (Ciertamente dicha fuerza no ocasionaba más que catástrofes hasta que Papin, Wat y otros, consiguieron hacer trabajar la presión contra el pistón). De la misma manera el hombre del siglo XIX, y en gran parte también el del siglo XX, habían querido asegurar la libertad de conciencia reduciendo al mínimo la presión colectiva, como algo puramente negativo y destructor. En nuestros días acaso fuese preferible estudiar por medio de qué mecanismo y merced a qué combinación "de bielas y manivelas" podrían ponerse en movimiento los automatismos sociales al servicio de la persona y de la recta conciencia. Problema enormemente difícil y que no puede ser resuelto en un dos por tres.

El Estado confesional indeseable.

La actitud del Estado respecto de la religión requiere un doble fundamento. Primero *un fundamento sociológico*, sin el cual se llegaría a una dictadura religiosa. En segundo lugar, un fundamento racional de objetividad, sin el cual no sería más que una manifestación de conformismo.

La Iglesia no ama la violencia. La mansedumbre y la dulzura evangélica son enteramente incompatibles con las situaciones de fuerza, sobre todo cuando éstas se aplican a coaccionar la conciencia religiosa de los ciudadanos. Por otra parte cuando el poder público llega a chocar con las conciencias se producen conflictos y la paz pública es puesta en grave peligro (17).

No se puede tampoco admitir que el Estado encubra una gran falsedad, una inmensa hipocresía colectiva. Si la Iglesia acepta o propugna en cualquier país un "Estado católico", es porque presume que en él existe una sociedad católica. Pero *¿qué es una sociedad católica?* Se puede responder a esta cuestión desde dos puntos de vista diferentes: *el punto de vista jurídico-canónico* y el de la *sociología religiosa*.

La primera respuesta me parece muy fácil —*e incluso demasiado fácil*—. Una sociedad se considera como católica cuando los ciudadanos están bautizados en su gran mayoría. Este hecho puede ser muy fácilmente comprobado por medio de datos numéricos que están al alcance de todos. De ahí resulta que se pueden distinguir claramente las sociedades católicas de las que no lo son, por medio de un simple cálculo de porcentajes. Ahora bien, la Iglesia tiene una indiscutible jurisdicción sobre sus hijos. Tiene el derecho de exigir a los bautizados que reconozcan su autoridad en materia religiosa y moral: allí donde los ciudadanos son católicos la Iglesia tiene derecho a ser reconocida por el poder público como institución de salvación única e independiente de él. Una minoría muy poco numerosa de ciudadanos disidentes no tendría razón para oponerse a ello: debería, al contrario, considerar este derecho como enteramente bien fundado, aunque defendiendo, claro está, su independencia religiosa y sus actividades de culto y de enseñanza en el orden privado.

Pero si esta solución es satisfactoria desde el punto de vista del derecho, no lo es desde el punto de vista sociológico. En efecto, deja sin solución la cuestión más importante, la que más nos interesa, que es la de saber *si la Iglesia debe ejercer su derecho* cuando se encuentra frente a una sociedad *jurídicamente católica* pero *sociológicamente neutra* o *anti-católica*. La aplicación ciega de este derecho nos conduciría seguramente a situaciones de fuerza enteramente opuestas a la mentalidad de la Iglesia, a situaciones sin ningún sentido, absurdas, por así decirlo. Esto hubiera podido parecer extraño en otros tiempos, cuando las sociedades jurídicamente católicas "funcionaban" sociológicamente como tales. Pero hoy nos encontramos ante pueblos en los que al mismo tiempo que un noventa por ciento de

(15) Cfr. JACQUES LECLERQ: *"Notre vue sur la liberté politique et sociale"* (Conv. Católicas Internacionales de San Sebastián, 1948, artículo IV: *"Liberté religieuse et conformisme communautaire"*.

(16) *"Le problème de l'Acte de Foi"*, pág. 678.

(17) "Un gobierno que sepa lo que es gobernar y que tenga presente la necesidad de que la autoridad pública sea obedecida, nunca debe poner a los hombres en el compromiso de desobedecer por conciencia" (J. BALMES: *"Escritos Políticos"*; *"Rápida ojeada sobre los principales acontecimientos políticos de Europa"*.

bautizados hay un treinta por ciento de comunistas —miembros del partido, mas o menos militantes, en todo caso en actitud de rebeldía pública hacia la Iglesia— y un cuarenta por ciento de anticlericales, de indiferentes y, prácticamente, de herejes. Si la aritmética no nos engaña esto revela una situación totalmente artificiosa y llena de contrasentidos. Aquellas gentes se burlan del derecho de la Iglesia y si ésta quiere defender al Estado católico está obligada a apoyarse sobre ciertos grupos políticos que le son favorables y a entablar una lucha de partidos contra sus propios hijos —los malos cristianos—. Todo esto está lejos de aquella armonía relativa, de aquella espontaneidad, que, como hemos visto mas arriba, debe caracterizar a un Estado aceptable. En resumen: ante el espectáculo que el "mundo cristiano" presenta, hay que reconocer que una sociedad de bautizados no es *siempre* una materia propia para el establecimiento de un Estado confesional y que la Iglesia estaría obligada muchas veces, frente a situaciones semejantes, a preferir un Estado neutro para evitar la guerra religiosa, la violencia, la tiranía o la falta de sinceridad colectiva.

Es un caso muy distinto cuando se trata de una sociedad en la cual existe "la fe colectiva", es decir, la creencia colectiva en la Iglesia como institución de salvación. Entonces el fundamento sociológico del Estado confesional resulta perfecto: *este es el caso de la Edad Media*. La Iglesia no puede hacer otra cosa que felicitarse de un estado de cosas como este, en que el automatismo colectivo juega en favor suyo y no en el sentido contrario como ocurre frecuentemente en las sociedades modernas.

Se sabe que la "fe colectiva" presenta graves peligros y que puede degenerar fácilmente en rutina y conducir a las gentes a situaciones de pasividad, de indiferencia o de confusión político-religiosa que serían en ciertos casos *mas peligrosas que la misma lucha ideológica*. Pero sería demasiado ingenuo el considerar el hecho de la "fe colectiva" en general casi como un inconveniente o como algo que habría que dejar de lado en lugar de administrarlo de una manera eficaz al servicio del bien común.

No se construye el Estado con verdades de razón o con verdades de Fe, sino, sobre todo, con verdades colectivas. Los políticos no podrían hacer abstracción de este mundo de proposiciones elementales que se hallan en la base de la sociedad, de la misma manera que el hombre no puede desprenderse de su temperamento, de su manera de ser.

Pero no cabe aceptar todo ciegamente porque en cualquier caso hay una misión educativa que es propia de los políticos. Si éstos se inclinasen sin reflexión ante cualquier creencia colectiva y la aceptasen simplemente a causa de su valor sociológico y no también a causa de su valor objetivo, esto constituiría un acto de conformismo, inteligente sin duda desde el punto de vista del oportunismo político, pero carente de una significación moral profunda.

Cuando el político considera la fe cristiana del pueblo, allí donde existe, para elaborar sus fórmulas constitucionales, no realiza necesariamente un acto de debilidad o de maquiavelismo: al contrario, procede de una manera racional juzgando que esta creencia que encuentra ahí, fuertemente instalada, es digna de ser aceptada y de inspirar, bajo ciertos aspectos, las leyes del país, sin confundir nunca, evidentemente, las dos esferas temporal y religiosa. La razón basta para realizar un juicio de este género: la Fe no es necesaria a este respecto.

A veces cabe equivocarse, cabe aceptar como legítima una creencia que no lo es enteramente, pero esto no destruye la fuerza lógica de la posición confesional, y a que esta tiene como base un estado real de fe colectiva que se cree objetivamente verdadera.

Desde este punto de vista, el ideal es pues que la sociedad sea cristiana, no solo en el sentido jurídico, sino *sobre todo en el sentido sociológico* de esta expresión y que el Estado constituido por esta sociedad sea el mismo, un reflejo espontáneo de dicha situación.

Si es verdad que el Estado confesional es el ideal y que debe predominar —tesis contra tesis— sobre el Estado laico de inspiración cristiana, no es sin embargo menos cierto que *puede haber malos Estados confesionales y Estados laicos aceptables*. El Estado confesional puede degenerar en la realidad hasta el punto de hacerse indeseable. Un estado laico tolerante y respetuoso respecto a la religión, sería preferible a un Estado confesional fundado sobre la rutina, el fanatismo, o la subordinación, más o menos confesada, de los intereses espirituales a los intereses y a las combinaciones políticas.

Esta afirmación no pone evidentemente en juego la tesis que acabo de enunciar. No olvidemos que en el mundo en que vivimos y en lo que concierne al orden puramente humano todas las naturalezas se hallan miserablemente en déficit a causa del pecado. Tenemos pues que tratar con naturalezas en situación de inferioridad tal como se las encuentran en el mundo. Si el Estado confesional es, por naturaleza superior al Estado neutro, esto no significa que, desde el punto de vista de la Iglesia, todo Estado confesional sea mejor que cualquier Estado neutro.

Acaso en algunos países el estado de las creencias religiosas había degenerado hasta tal punto a fines del siglo XVIII, la situación se había hecho hasta tal punto falsa o artificial, que una laicidad respetuosa y tolerante podía significar algún progreso a este respecto. Yo no me arriesgo a emitir un juicio —seguramente— pero creo que se podría precisar esta hipótesis dándole un fundamento histórico serio. La Iglesia ella misma, estaría más a sus anchas en un régimen de separación benévola, como en los Estados Unidos, por ejemplo, que en un régimen de confesionalidad fundado sobre un estado de incultura, de confusionismo político religioso, de servidumbre de las conciencias o de conformismo comunitario, si semejante Estado llegase a existir alguna vez.

Si en una sociedad cristiana —en el sentido sociológico— la "fe colectiva" invitase a los ciudadanos a la violencia, a la persecución y al desprecio de los derechos elementales de los disidentes —hablo siempre en hipótesis— la cosa podría hacerse seriamente escandalosa. En este caso habría que proclamar que tal "creencia colectiva" no era completamente legítima. Habría que corregir este fanatismo por medio de la educación y enderezar las conciencias en el sentido del respeto y de la libertad de los otros. La violencia y el odio son las cosas más contrarias al amor y a la caridad evangélica y, por tanto, tal "fe colectiva" aun siendo muy cristiana bajo diferentes aspectos, no lo sería a este respecto. Semejante Estado confesional, fundado sobre una base así, podría no ser deseable para la Iglesia. ❖

INTELIGENCIA MORAL Y RAZON ETICA:
Momento "científico" y momento "creativo"

MICHELE FEDERICO SCIACCA

Universidad de Génova

LA verdad primera, madre de cada verdad y fundamento de cada juicio, es intuida por la inteligencia: es la intuición fundamental del ser como idea (o idea del ser). En consecuencia, en vano la razón se esfuerza por ponerla en duda; en vano y contradictoriamente, por cuanto, también para poner en duda la verdad primera, está constreñida a utilizarla; en efecto, sin la idea del ser no puede formular ningún juicio, ni juzgar nada. Y entonces en el momento que la razón pone en duda la verdad primera (la intuición del ser que, como ser, es incontradictorio e idéntico a sí mismo) hace uso del ser mismo y con ello confirma la verdad. Por tanto, no puede haber duda o incertidumbre sobre el ser intuido, que es justamente la verdad primera y, si la razón padece esos estados, la incertidumbre y la duda son de la razón (límite suyo) y no de la verdad misma, sobre la cual la razón apóyase y fundamenta cada discurso suyo. La razón juzga todo, menos el ser con el cual juzga y si resume juzgar aún a la verdad por la cual cada juicio es verdadero, denuncia por esto mismo su debilidad (la presunción, como tal, es signo de debilidad) y por esto mismo confirma la certeza absoluta de aquella verdad.

Ahora bien, *inteligencia moral* es querer en la luz objetiva de la verdad (querer según orden del ser) y por lo tanto es el querer seguro, sin duda y sin incertidumbres: en el impulso del amor, ordenado según el ser, la voluntad dirígese recta, segura, dueña de sí. Incertidumbre y dudas asedian y atormentan en cambio a la *razón ética*, preocupada siempre por no lograr todo su interés, por no poseer bastante, por actuar según un cálculo que podría aún ser más perfecto, por no estar a la altura de su egoísmo y del orgullo infinito de su sabiduría, que es además su autosuficiencia.

En este sentido podemos decir que la *verdadera moral* se ríe de la *ética*, la cual está siempre preocupada y con empaque, como impedida por sus propias reglas, a las que nunca está segura de utilizar bien, como para sacar de ellas el máximo de beneficio; es como aquel jugador que, preocupado por jugar haciendo el más riguroso y escrupuloso uso de las reglas, nada concede al riesgo y a la audacia, se priva de toda iniciativa, adormece la inteligencia en el engranaje de la técnica, y de hesitación en hesitación, deja escapar el juego de sus manos, que es tomado de improviso y controlado, por el adversario; y, así pierde por haber jugado demasiado bien, o sea, pierde según todas las reglas. La *inteligencia moral* no suprime las reglas, ni está sin reglas, pero no es esclava, ni se halla preocupada o impedida: las domina a todas y, más bien que ponerse al servicio de ellas, las sujeta a su norma, a la ley del amor. Ella, en efecto, no tiene la preocupación de extraer el máximo de beneficio para sí, o de calcular al milésimo; no tiene la preocupación de vencer, sino sólo el impulso de darse. Y ¿qué cosa, salvo el amor o el sacrificio gratuito por amor, ignora la preocupación y el empaque? ¿Que cosa fuera de ello está dotada de iniciativa y libertad de inventiva y de "fantasía"? Su juego no tiene reglas, es seguro y muy expeditivo, porque conoce y reconoce una sola norma: el darse, que es la única riqueza, la cual no deseaba de propósito, le es dada en el acto mismo del darse, sólo por darse. Esta es la "fineza" de la *inteligencia moral*, su auténtica nobleza: es señora del juego de la vida, porque sobre el tapete de la vida arroja como apuesta su propia vida entera, sin siquiera hacerse ver —escondiéndose por humildad y no cubriéndose de falso pudor o de impúdica modestia. Es la "finezza" que ella contrapone a la "geometria" de la *razón ética*, toda figuras, dibujada ssgún cálculos impecables en los cuales todo gira, sin que vuelva (a menos que ello sea por involuntario error) una sola acción de bondad verdadera. La inteligencia moral se ríe de las preocupaciones de la razon ética, afanosamente perdida tras la miseria de su egoismo "vjrtuoso"; pero es tan magnánima que alcanza a tener piedad de la virtud gastada en el cálculo interesado o en el orgullo desmesuradamente estúpido y se ofrece aún a sí misma, a fin de que la otra reencuentre la paz y la libertad en la ley moral, en la voluntad de dar, donde cada regla puede ser rescatada y servir al más recto uso. Es la suya una continua e incesante labor; tan cierto es que la libertad es una perenne conquista, que exige constante iniciativa y que el egoismo se esconde en los pliegues más impensados del alma humana y se oculta bajo todas las máscaras, que son tantas y tantas que, cuando le han sido quitadas todas, en lugar de rendirse se aplica la máscara del no tener máscara.

Así como, a decir de Poincaré, hay dos tipos de matemáticos: los guiados por la pura lógica, que proceden de acuerdo a largos análisis abstractos, y los otros, guiados por la intuición, que proceden por síntesis intuitivas y concretas, así también hay dos modos de querer: según los cálculos interminables de la *razón ética*, que se atormenta en demostraciones y distinciones, buenas todas para satisfacer los egoísmos y alimentar la vanidad o el orgullo, y según el impuso de la *inteligencia moral* que, en la luz del ser, ama a cada ser en su categoría, se da sin pedir nada, quiere sólo *ser* sin nada poseer. Si los apóstoles, los santos y los mártires, héroes de la inteligencia moral, sólo hubieran razonado y calculado y hubieran sido virtuosos por ser dueños de sí mismos y autosuficientes en su sabiduría, el mundo no solamente no habría conocido el amor y, por lo tanto, una sola acción moral sublime, sino que no habría habido nunca apóstoles, santos y mártires; nada más que "bien pensantes" a lo sumo. No quiere esto decir que la inteligencia moral sea irracional o irrazonable, negadora de la razón; al contrario, es muy razonable, pero justamente por eso no es exclusivamente "racional": no mata a la razón, pero tampoco deja que ella la mate; razona en la luz de la verdad, en el orden del ser, difusivo por naturaleza, en el impulso del amor, donde la razón es potenciada y rescatada de la servidumbre a que la somete el egoismo, llevada a un nivel que no es ya solamente racional sino íntegramente espiritual, íntegramente humano, bellamente heroico: verdaderamente moral.

El momento de la pura razón, o científico, y el

momento de la inteligencia no es exclusivo de la moral, sino de cada una de las formas de actividad del espíritu: de la política como del arte, de la filosofía como de la ciencia y de la religión.

El momento de la inteligencia, de la verdad y del amor —del amor en la verdad y de la verdad en el amor— es el momento penetrativo, aquel que resuelve y potencia en la inteligencia los nexos y relaciones de la razón, que, abstractos y externos, se tornan íntimos y concretos, son transformados en vínculos de las personas entre sí y de las personas con las cosas, en cuanto pertenecientes a personas. No es ya ver a las cosas o a las mismas personas como cosa de experimentar, sino "sentirlas", tener contacto vivo; crear una atmósfera de simpatía, de fraternidad con cada ser en cuanto es un ser. Y esta potencia no es de la razón: es de la inteligencia, que incluye la razón.

El momento científico, como ya dijimos, se encuentra en cada una de las actividades espirituales: versificar es el momento científico de la poesía, el atenerse a las reglas, estilizar; mientras poesía es otra cosa, es penetración, creación, comunicación. Es lo propio de la ciencia, de aquel tipo de matemáticos de los análisis abstractos, de los cuales habla Poincaré; mientras en la misma ciencia el momento del descubrimiento no es cálculo racional, sino intuición, chispazo de inteligencia. El descubrimiento no es inducido o deducido del determinismo, de las consecuencias y de los cálculos. La demostración viene después y confirma el descubrimiento, que es acto intuitivo.

Pasteur percibía los microbios sin microscopio. Cuando entramos en "contacto" con las cosas caen las barreras; nos volvemos íntimos a las cosas, nos adherimos a ellas.

Es el momento de la participación; no un "rapport", sino un vínculo: el sentirlas. Así también en la religión, uno es el impulso, otra es la práctica religiosa. No se trata de racionalidad o de irracionalidad de la inteligencia, sino de ideas vividas y no solamente conocidas.

Podemos decir que la inteligencia es poder "creativo", y la razón poder "actuante". Miguel Angel intuye el Moisés y el artesano hace estatuas ornamentales: aquí hay un *hecho*, allí una creación, algo que antes no era y ahora es y es nueva, original. Los más grandes descubrimientos han sido hechos casi siempre con los medios más rudimentarios; es la técnica la que tiene necesidad de grandes estructuras, del mecanismo imponente, complicado y grandioso.

La inteligencia ve y ve de inmediato, sin argumentar; después la razón argumenta y justifica. Del mismo modo la inteligencia moral crea de la nada obras colosales. Que yo sepa, ningún virtuoso en el sentido de la razón ética ha creado nunca nada: ha custodiado sólo la propia virtud y se ha preocupado solamente de ser virtuoso para sí.

Como hay una razón ética y una inteligencia moral, hay así una razón artística (virtuosismo, técnica, manera) y una inteligencia poética; una razón y una inteligencia religiosa, política, etc.

La inteligencia es "fantasía", momento "poético", y hay un momento fantástico todas las veces que el espíritu tiene un impulso creador. Fantasía no significa fantasioso o imaginativo, sino empeño, ascensión y sobre todo iniciativa, o sea libertad, porque libertad es iniciativa. El momento de la inteligencia es aquel verdaderamente libre, porque es el momento de la fantasía que no depende de las condiciones o de las situaciones, pero sabe modificarlas y crear lo nuevo. Y por eso es acto y ejercicio de libertad.

Los grandes constructores, los apóstoles, los héroes verdaderos, los santos, los mártires, inician de la nada como hecho, pero del todo como iniciativa e impulso, parten de las condiciones más desfavorables, crean casi de la nada e inventan todo. A quien ama, ¿qué cosa no le sugiere la fantasía, qué situación no crea? Modifica todo, adapta con perspicacia, hace germinar sentimientos, suscita ideas nuevas, nuevos vínculos, etc. Esto significa que la inteligencia no se adecua a lo real y no puede hacerlo: la realidad, cualquiera sea, no satisface jamás la infinita capacidad de pensar, la luz de verdad o la luz del ser. La inteligencia es el momento en el cual el espíritu humano reencuentra toda su grandeza auténtica, se descubre hecho por pensamientos inmortales, por acciones de amor infinito, por el infinito.

Adecuarse a la realidad finita, decir que nuestro deber está terminado es morir en nuestra naturaleza de hombres. La inteligencia nos invita a persuadirnos de que cualquier realidad es siempre inferior a nuestra capacidad. Naturalmente esto importa un riesgo, un gran riesgo, aquel de ser siempre de los vencidos. La fantasía de amor nos torna inquietos e intolerantes, inadaptados e inadaptables en cualquier situación o estado. Y por ello nos impulsa a crear situaciones nuevas, a molestar a quien está cómodo, a no adherirnos a lo empírico.

La inteligencia (y sobre todo aquella moral) es siempre capaz de "sueños" más vastos que todas y cada realidad. La fantasía poética no está nunca satisfecha de ninguna obra de arte, como la fantasía religiosa no está nunca ahita de amar a Dios y de obrar bien. De aquí el choque con lo real, lo finito, lo ya hecho. Es la razón ética que se adhiere a lo real y a lo finito y por eso vence en el mundo. El poderoso, en efecto, se adhiere a la realidad de hecho, la acepta como es y queda en sus límites, que, sin extenderlos al infinito, modifica hábilmente para posesionarse de ellos, y vence. Pero vence porque le falta fantasía, porque no es capaz de sentimientos y sueños más vastos que la realidad. Quien es rico no puede adherirse, no puede adecuar sus capacidades a lo real finito; por esto casi siempre es vencido. La naturaleza humana, en su estructura, tiene un elemento infinito de verdad: el ser. Actuar según la inteligencia moral es elevarse a la moralidad no práctica, o sea realizadora de una verdad inextinguible en un amor inagotable. Pierde, pero perdiendo vence. Al "desgraciados los vencidos", de Brenno, se puede oponer "desgraciados los vencedores": tirar en la balanza en el lugar de la espada, la Cruz, que destroza todas las balanzas, y después, suceda lo que suceda; la inteligencia de amor ha vencido en el reino del espíritu, que es aquel del ser y de la verdad.

Ni la inteligencia de amor es irracional ni la razón es moralmente estéril y obtusa; no hay amor ordenado y recto sin conocimiento reflejo y sin lógica, pero el conocedor y la lógica van traducidos en vínculos y nutridos por el amor, que es la humanidad del hombre al máximo de sus posibilidades naturales (1) hay lógica, aunque sea implícita, en cada acto humano (que no sea sólo acto de un hombre), pero no hay acto humano que no sea también inteligente, que no importe al menos un mínimo de adhesión, de participación, de amor. ❖

(1) Cuanto decimos sobre relación inteligencia-razón no vale sólo para la moral, sino también para cada forma de actividad espiritual.

LITERATURA DE SALVACION: *Maxence Van Der Meersch*

CLAUDE PIERRE-UTARD

Buenos Aires.

NO hace mucho en un semanario francés hacían una encuesta a propósito de mejoras sociales. Y un médico recalcando la necesidad de ciertos ajustes imprescindibles escribía: "El querido Van Der Meersch pudiera agregar otro capítulo a *Corps et Ames*".

Por otra parte es notable el éxito que consiguió el libro *Les Saints aussi vont en enfer*, que resultó ser el "best-seller" del año. Su autor, R. Cesbron, casi tuvo el premio Goncourt por esta obra que está nitidamente en la línea trazada por aquel que hace ya dos años se extinguió, aquel del cual se puede exactamente decir lo que decía León Bloy: que había "entrado en literatura" así como se entra en un convento, empujado por la vocación apremiante y soberana de ser "verdadero", de ser un testigo de aquellos, si era necesario, de los cuales hablaba Pascal. En efecto, es sabido que Maxence Van Der Meersch murió a principios de 1951 a raíz de una enfermedad. Pero, ¿no habrá sido aplastado, poco a poco, por el peso de todo el dolor que vino a golpear en la duna donde terminó su vida? Todo este dolor que voluntariamente solicitó, ¿no ha minado lentamente esta existencia? ¿Es, acaso una hipótesis quimérica?

No es aún el momento de saber si el autor de *Corps et Ames* sobrevivirá como escritor y si la posteridad le será fiel. Es todavía demasiado pronto. Empero, se puede abrir el apasionante debate de la prioridad del hecho literario o de la resonancia espiritual de una obra. El punto de vista estético parece, en toda nuestra literatura actual, pasar a un segundo plano y ceder el paso a las ideas. Estamos, en general, en plena literatura de salvación —así como la define A. Rousseaux de manera muy acertada, muy feliz y original— "la idea de salvación se apodera del hombre que reconoce que la dicha no es de orden terrestre y mortal y que coloca allende nuestra vida la aspiración a la alegría. A este hombre, nuestra vida parece posible ser salvada de esta única manera". ¿No se ajusta esta definición estrictamente, estrechamente, al que escribió *La Fille Pauvre*? Sus libros nos dan mucho más que un arte: nos proporcionan una ética.

Maxence, descendiente de una familia burguesa de cepa flamenca, vió la luz en Roubaix en el norte de Francia. Hijo de este rica provincia, fértil, a la vez sensual y mística, toda su formación familiar y escolar parecía prepararlo para llevar una vida fácil y espiritualmente mediocre. De frágil complexión se esfuerza sin embargo, adolescente todavía, en adoptar una actitud intrépida, atrevida en el doble sentido de la palabra. En el plano intelectual, muy joven aún, revela estar dotado para las letras y obtiene a los 16 y 17 años laureles vivamente disputados. Más que el valor de estas composiciones —por buenas que se las consideren no ofrecen sino las primicias de un futuro talento—, el interés de sus comienzos reside más bien en las ideas que ellas expresan: valor del sacrificio y su necesidad en vista del bien colectivo; obligación de consagrar a la vida un fin útil y la satisfacción que nace del deber cumplido, de la tarea bien desempeñada.

Sin embargo a los 20 años, recibido de abogado, la ambición paterna le ha inculcado el gusto "de una carrera brillante, de la opulencia, del lujo, de todo lo que en la vida proporciona la gloria y el dinero", y sueña en los más altos designios, en un porvenir brillante y fácil.

Un encuentro fortuito lo pone frente a su destino: la muchacha pobre —la fille pauvre—. Estas palabras conmovedoras que evocan irresistiblemente a León Bloy, estas palabras representan a una pequeña obrera de fábrica, huérfana. El queda cautivado con toda la fuerza de su corazón de muchacho. Claro que en este sentimiento había una buena parte de amor sensual, pero también un gran anhelo desinteresado, generoso, "esa divina imprevisión de la juventud que nada detiene". Como el Michel Doutreval de *Corps et Ames* que para desposar y salvar a Evelyne lo sacrifica todo: familia, carrera asegurada, porvenir fácil, así Maxence une su vida a la de la muchacha pobre. De ella hace su mujer. Ella se convierte en Thérèse Van Der Meersch. Y es conmovedor ver erguirse en el umbral de esta existencia que se anunciaba sin relieve en su chato egoísmo, la delgada silueta del Dolor y de la Pobreza. ¡Delgada y formidable silueta! En adelante va a cubrir toda la vida del joven, marcarle su rumbo. En efecto, profundamente perturbado por la revelación de la existencia que su compañera ha llevado, poco a poco se despertará en él su vocación peculiar: ser el testigo de la gente pobre; escribir lo que ellos no saben decir, aunque sí sufrir; abogado, en sus libros, defenderá su causa.

Muy pronto la labor se hace agotadora. Sin embargo no vacila en proseguirla, ni piensa en abandonarla. Se analiza a sí mismo, escucha a su mujer y a sus propios recuerdos, está atento a todos los testimonios de miseria física y moral que recoge de la boca de aquellos que son atraídos por el don de simpatía que emana de él. Se cuenta que deseando escribir un libro sobre los campos de concentración, se desvanecía casi de solo escuchar el relato de lo que le contaban todos aquellos lázaros que habían escapado de estos infiernos. ¡Que no digan que es fácil soportar los dolores ajenos!..... No todos lo pudieron: Stefan Zweig, por ejemplo que dimitió de esa vida actual... ¡Van Der Meersch, no. Encauzada en cierto modo por todos estos sufrimientos su existencia asume la carga moral de este dolor. Por ello, guiado por el amor al hombre y el deseo ardiente de forzar el secreto de todas las miserias, en cada uno de sus libros entremezcla el realismo más duro con el idealismo más arrobado.

Su labor fué importante. Historia dolorosa de una ascensión espiritual, su obra no obedece a ninguna auto-complacencia, ni a una vana introspección psicológica. Tampoco al mal gusto de una publicidad escandalosa. Cuando el escritor se haya convertido en apóstol, sus escrúpulos aumentarán aún y su único cuidado será el de la resonancia que sus páginas tendrán en las almas.

En el curso de una encuesta sobre las cárceles encuentra su camino de Damasco: el canónigo Pinte le hace conocer en 1935 a quien, por su pujante personalidad, iba en adelante a orientar su vida. En efecto, el profesor Paul Carton, por su profunda originalidad, su rebelde independencia, sus concepciones nuevas y revolucionarias en medicina y, so-

bre todo, por su ardiente fe cristiana, iba en lo sucesivo a servir de consejero y —podría decirse— de director espiritual a Maxence Van Der Meersch. Una correspondencia del tono más elevado y de un afecto creciente, se establece entre los dos hombres. Además, el escritor pone su salud en manos del médico, del cual admira los métodos curativos que, imbuidos de verdadera filosofía, forman un todo admirable de equilibrio y elevación moral. Gracias al profesor Carton, Maxence, no sólo supera su debilidad física congénita, sino que puede realizar un rudo esfuerzo. Esta amistad fue empañada nada más que por unas pocas divergencias de puntos de vista a raíz de la publicidad de *Corps et Ames*, y cuando Carton muere, en 1947, aquél que lo consideraba como el padre de su alma y el único capaz de cuidarlo, rehusó consultar otro médico. Esta decisión inflexible fue muy criticada: en mi opinión, hay en ella mucho más de fidelidad que de desconfianza o de orgullo. Librado en adelante a su solo juicio para interpretar los métodos del clínico difunto —o quizá por otras razones más sutiles o imposibles de analizar— el escritor enferma de gravedad. Su organismo lucha durante tres años. Un síncope cardíaco lo lleva, sin agonía, el 14 de enero de 1951.

Dejó —dice su mujer— material para cinco novelas, por lo menos. Prueba de que tenía mucho que decir aún. Empero, ¿no parece que Van Der Meersch había cumplido este círculo que tiene que ser toda vida-, ¿cerrado este anillo perfecto que es una bella existencia?, ¿descifrado y comunicado su mensaje? Ese mensaje que todos tenemos que trasmitir, diferente, multiforme, pero que es el fin secreto de toda vida, ese enigma que debe adivinarse y que es nuestro deber de aquí abajo. Para Van Der Meersch la pregunta de la esfinge ¿no se personifica en su mujer? Su delgada figura —de pie desde su juventud en el umbral de su destino— arrastró detrás suyo, detrás de su encanto de muchacha, pero también por el hechizo de su pureza, de su fuerza moral, al varón que deseaba una vida fácil, *y* le despertó el entusiasmo por las inquietudes más nobles. Desde ese momento, ante sus ojos, él no podía desmerecer. Todo su pasado lo impulsaba hacia adelante, pluma en mano. Teresa, bajo el nombre de Denise, se yergue en su último libro *La Fille Pauvre*. El mensaje ha sido trasmitido, la labor cumplida: el obrero podrá ir a rendir cuentas al Dueño de la viña de la tarea realizada por el amor de una mujer. "El amor —había dicho— el amor no ha sido dado al hombre sino como una magnífica ocasión de superarse".

He aquí, pues, la vida de este escritor, los hechos sobresalientes, las líneas generales, visibles, podría decirse, del panorama de su existencia. ¿Cuáles fueron su clima y su luz?

La atmósfera fué siempre la de la angustia. La luz que lo guió tuvo más las características del relámpago que deslumbra que la irradiación apacible de una certidumbre indiscutida. Maxence Van Der Meersch es el testigo penitencial del dualismo del ángel y de la bestia.

Bajo este aspecto pertenece claramente a su época, a la nuestra, cuyos representantes más excelsos corresponden a "la literatura de salvación" (Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Péguy, Bloy, Claudel, Mauriac, Bernanos, el mismo Malraux creo, a pesar de la opinión distinta de A. Rousseaux, mucho más capacitado que yo por otra parte para juzgar cabalmente. Pero, por mi parte, es más bien instinto el que me guía. Maxence, como estos maestros, desdeña la dicha, que no es el ingrediente insustituible de sus libros; no forma parte del linaje de los escritores del optimismo, de "la littérature du bonheur", desde Montaigne hasta Stendhal y Colette, que limitan sus miras al asir en este mundo la felicidad. Como la mayoría de nuestros grandes contemporáneos, Maxence tiene su blanco más allá. Parece no preocuparse más que de las almas. Sin embargo, para trazar nitidamente las perspectivas ante las cuales escribía el autor de *Pêcheurs d'hommes*, hay que agregar estas líneas de Bernanos: "Lo que rebela a los pueblos en nuestro sistema no es el poder material del dinero... no es que el dinero tenga el aspecto de un duro tirano, sino de un amo, de un dueño legítimo, honrado, bendito".

Esta capacidad de indignación, que es el timbre de almas elevadas, quedó ya demostrada en su primera novela *La maison dans la dune* —y lo llevó a la notoriedad—. Vibra en *Ils ne savent ce qu'ils font* contra el rigor burgués y estalla en patetismo ya cristiano en *Quand les sirènes se taisent*. Es un vasto fresco popular que, con realismo preciso, a la manera de Zola, pinta las causas y consecuencias de una huelga en la industria textil. Consecuencias materiales y morales. Causas que hunden sus raíces en el amor de sí mismo: egoísmo de patrones implacables, de los instigadores a sueldo de una política, y también de los obreros que por su incuria y su holgazanería provocan las reacciones patronales —en general desproporcionadas con las faltas incurridas—; ferocidad del pueblo ejercitándola aún contra sí mismo: lucha por la disputa del trabajo mejor, venganza cruel que se abate sin piedad sobre el obrero que no se pliega a la huelga. Pero al lado de todo ello, también, la solidaridad humana tan hermosa, la verdadera caridad representada, por ejemplo, en la persona del guardia-civil Richard, el cual, encargado de mantener inexorablemente el orden, conservó sin embargo toda su bondad; recoge a un huelguista, Pierre, medio muerto de hambre, lo reconforta, lo alimenta, lo salva, y cuando en el transcurso de una refriega entre soldados y obreros, más adelante, Pierre, cegado por la rabia, le revienta un ojo, Richard lo perdona al punto de dotar a Reina, a quien ama (la muchacha prefiere a Pierre), a fin de que puedan casarse. Esta magnanimidad de Richard devolverá a Pierre la confianza en la vida y la fe en los hombres. "En el fondo de su ser renacía, pálida aún, una claridad de esperanza. ¿Todo no es malo en el hombre, entonces? ¿El egoísmo no domina universalmente? Era necesario envalentonarse para luchar por la buena batalla... El corazón del hombre guarda, a pesar de todo, instintos que se sobreponen a la materia".

En este libro de tan rica densidad humana, de estilo frondoso, de verbo vigoroso y trabajado, se dejan entrever los dos "leit-motiv" que resumirán las últimas líneas de *Corps et Ames*: "No hay más que dos amores. El amor de sí mismo o el amor a las otras criaturas vivientes. Detrás del amor de sí, está el sufrimiento y el mal. Y detrás del amor a los otros, está el Bien, está Dios. No hay sino dos amores: el amor de sí y el amor a Dios". Esta confianza en el hombre viene, pues, de la fe de Maxence van Der Meersch en la presencia en nosotros de la chispa divina del Amor.

En *Invasión 14*, escrito mucho antes de su encuentro con Paul Carton, lo esencial es la dualidad entre el sueño idealista y la triste realidad, entre las aspiraciones desinteresadas y altruistas y las necesidades que impone esta arrebatiña que es el mundo de los negocios, entre "la mística y la política", dualidad claramente formulada, pero a la cual Van Der Meersch no encuentra todavía ni remedio ni respuesta. Pero ya demuestra pertenecer bien a su tiempo, destacando el valor polarizante de la energía. Esta necesidad de "realizarse" en la acción, sobre todo en la acción gratuita, o desinte-

resada, es bien característica de nuestra generación.

Después de *Maria, fille des Flandres*, con *L'Empreinte du Dieu* consigue el premio Goncourt del año 1936. Es una novela de amor, de pecado y de perdón, henchida de sustancia y llena de matices, en un escenario de agua y de viento, de una sombría y sorda violencia. *L'Elu* es el relato de su conversión; más tarde *Pécheurs d'hommes* sobre la magnífica J. O. C. que en la Argentina tiene su activo fundador en el admirable padre A. Elizalde, apostólico cura de Ciudadela. Después de *La Vie du Curé d'Ars*, dedicado a poner de manifiesto toda la milagrosa humildad de J. B. M. Vianney, estalló *Corps et Ames*. Las polémicas que el libro suscitó fueron tan vivas y son tan conocidas que es inútil recordarlas aquí. Sin embargo, el amigo de Carton sufría al ver su pensamiento mal comprendido y deformado. No obstante, es fácil comprenderlo a través de las figuras diversamente admirables de Tillery, de Norf, de Michel Doutreval —avatar de Maxence—, de Roy, de Domberle, de Groix. El tema de los dos amores lo despliega aquí en tal amplitud que adquiere resonancias de órgano. Los efectos deliberadamente aumentados, para imponerse y hacerse comprender, acompañados de gran acumulación de detalles, dan una impresión de "frondosidad" que perjudica la firmeza del trazo, sobre todo en el segundo tomo. El resultado, sin embargo, es innegable y el efecto poderoso. La indignación que estalla con pasión frente a la desenvoltura —a veces fingida— que adoptan los estudiantes en medicina delante de la mesa de disección, y más aún por la inconsciente crueldad del médico y de los practicantes —o del profesor y sus discípulos— ante el enfermo del hospital, me parece tan legítima como tónica. Con sólo recordar a algunos médicos o estudiantes, la inalienable dignidad de la persona humana —sobre todo cuando sufre— *Corps et Ames* hubiera llenado su propósito.

Corps et Ames es también la acción soberana y misteriosa de esta chispa divina que provoca, a veces, la abnegación más inesperada, la más desinteresada "¡que uno pueda aceptar perderse!, ¡que uno pueda querer perderse por otro!", he aquí lo incomprensible. "Cada vez que el hombre ama fuera de sí mismo, conscientemente o no, es un acto de fe en Dios". Esta idea, que constituye la médula, la espina dorsal, de toda la obra de Van Der Meersch, adquiere aquí toda su pujanza. El lento trabajo de sus años de labor, de meditación, da su fruto: la salvación del mundo y la salvación de cada cual está en la negativa obstinada de aceptar el orden de cosas establecido si está fundado sobre la desigualdad admitida con alegría de corazón, sobre el sufrimiento, sobre la humillación siempre de los mismos. La salvación del mundo y de cada cual es el sacrificio, el don de sí mismo, cruel y dulce, generador de amor y engendrado por el amor.

Después de un alegato contra la prostitución *Femmes à l'ancre*, y la hagiografía de *La petite Thérèse de Lisieux*, bastante débil y discutible, publica su última obra, la más conmovedora, quizá, a pesar de que desde el punto de vista literario sea, sin duda, la menos pulida: *La Fille Pauvre*.

En esta última producción encontramos no solamente todas las ideas capitales de Van Der Meersch, sino también todas las preocupaciones de nuestro tiempo, que inspiran a los mejores escritores actuales: lucha por un ideal de acción, de pureza; negativa de la facilidad; ruptura con las normas fosilizadas, con los principios y las situaciones preestablecidas; rehabilitación de la persona, de la dignidad humana. Maxence Van Der Meersch nos trasmite claramente esta vez su mensaje especial: si a través de las asechanzas, sin ninguna ayuda aparente, sin el sostén de ninguna ley, un ser tan débil como puede serlo una niña, una joven, llega a salvar todo lo que la diferencia del flojo rebaño tan cerca de la animalidad, que la rodea, "es porque la gracia existe". Y este libro tan conmovedor, de un ritmo obsesionante, de una atormentadora monotonía en la tristeza, adquiere toda la fuerza de un reportaje cuando uno se entera que así fué la vida de su propia mujer, el miserable ambiente donde ella vivió, se debatió y del cual se salvó. Es el relato de una vida presa desde su nacimiento de todas las podredumbres y que sin embargo se libera de ellas, se levanta fuerte y pura. Por instantes se evoca *La Sauvage*, la pieza negra de Anouilh: es la misma pureza perseguida e incólume en un medio corruptor; la idéntica incapacidad para olvidar lo que se ha visto, los sufrimientos que soportan aun todos los de su clase; la infinita indulgencia; la santa e inevitable solidaridad que hace imposible la ruptura... ¡Incomprensible actitud! Por ello *La Sauvage*, al final de la pieza, vuelve con los suyos, a ese miserable grupo envilecido que ella desprecia, que la asquea, pero con el cual, sin embargo, se siente ligada para siempre, indisolublemente. Una verdadera fidelidad la ata a él; es la misma fidelidad que dará a Denise —la fille pauvre— la impresión de una traición si siguiese su inclinación y aceptase ser adoptada por su tía, o permaneciese como aprendiza en casa de quien quiere asegurar su porvenir, o si cediese al amor del farmacéutico Lamotte, que la presenta a su madre para que no desconfíe de sus intenciones. Cada vez es el mismo retroceso frente a la felicidad, que amenaza la solidaridad que siente para los suyos. Y sólo el amor recíproco, muerta su madre y viendo que ni su hermana que la detesta, ni su hermanito que ya no necesita más de ella, sólo la ternura que inspira y que siente, le hace aceptar esa facilidad que es la dicha. Es, pues, por repulsión instintiva para con la facilidad que actúan Denise y "la Sauvage". Es esta misma dificultad que afrontan los héroes de Bernanos y de Malraux: ellos no quieren ser "ces petites bouches, ces petits coeurs", esos tibios, de los que abominaban ya Péguy y Bloy.

Fiel a los maestros literarios que formaron su gusto: Flaubert, Balzac, Zola, Van Der Meersch traza con rasgos burilados y trágicos que animan la indignación y el amor y colorea con los tintes crudos de un naturalismo audaz. Si su talento no puede equipararse con el verbo de Bernanos, tiene quizá la ventaja de ser más accesible y de expresar un mensaje de incomparable valor a todos aquellos que el genio choca y desanima. Su personalidad, por otra parte no es de menospreciar y es de las más vivaces su visión terrible y sin embargo consoladora de nuestro mundo, expresada con vigor de auténtica belleza. Cada uno de sus libros es siempre "el sobresalto de una conciencia magníficamente humana y, cosa rara, tiene al servicio de su virtud un temperamento de excepcional temple" (H. Clouard), el de un Zola transfigurado por el idealismo.

"El hombre no ha venido a la tierra para ser feliz, sino para salvarse por la inquietud", ha escrito el autor de *Ils ne savent ce qu'ils font*. Estas palabras parecen resumir toda la obra y toda la vida de quien no ha escrito por gloria vana, ni por una celebridad bien remunerada, sino que preso por el Espíritu desde los primeros pasos que dió en la vía literaria, ha respondido más y más al llamado misterioso y trascendente de una vocación que paulatinamente tomó conciencia de sí misma. Heraldo desde sus comienzos de problemas sociales imperiosos, supo elevarse de un materialismo nietzscheniana, por una ascensión espiritual extraordinario, hasta zonas, aunque no apacibles, de certeza cristiana, que es lo verdaderamente perenne de su mensaje. ❖

LOS SACERDOTES OBREROS Y SU REVOLUCION

I. ROBERT BARRAT
II. MIGUEL ALFREDO NOUGUES

París.

I

CUANDO se arrestó a dos curas de una parroquia obrera de París por tomar parte en una demostración contra el general norteamericano Ridgway, que fué instigada por la Confederación General del Trabajo (C.G.T.), fueron maltratados por la policía y posteriormente protestaron vigorosamente los periódicos franceses. No entraré en el problema de la brutalidad policial, la cual es tan común, ni en el efecto de este incidente sobre las masas, en Francia. La cuestión central es que estos sacerdotes tomaron parte en una demostración política. ¿Les correspondía hacerlo? ¿Consideraron su deber efectuar una demostración contra el general Ridgway?

Si eran indiferentes a las razones que estaban detrás de la demostración, ¿sintieron que su solidaridad con el movimiento obrero era tan grande que no podían seguir rehusando ciertas exteriorizaciones que los adentrarían más en el movimiento, pero con las cuales se separarían más aún del resto del cuerpo del catolicismo? No hay ni de cerca tantos sacerdotes-obreros como la gente cree —escasamente un centenar en toda Francia. Llegan a veinticinco los que se ocupan de la Mission de París. Dieciocho sacerdotes revistan como trabajadores manuales, obreros fabriles en plantas metalúrgicas y de automóviles y conductores de camiones. Los demás están dedicados a trabajos especiales, tales como investigación social científica, o al estudio de la prostitución. Lo que los identifica como participantes de la Mission no es el hecho de que lleven a cabo tareas manuales sino el que sus vidas los señala como hombres del pueblo —comparten el mismo medio, la misma ropa (no usan la vieja y más bien molesta sotana latina), el mismo modo de vida, las mismas ansiedades. Son sacerdotes-obreros, que tienen un destino en común con el obrero. Viven en pobres habitaciones en los barrios obreros de París o en los suburbios hacinados de la ciudad, a menudo en pequeños grupos.

Fuera de París, una docena de diócesis se han empeñado en empresas similares. Hay sacerdotes-obreros en la ciudad portuaria de Burdeos y en los distritos alpinos. Están en íntima comunicación con sus obispos. Hay también una cantidad de sacerdotes de órdenes religiosas: jesuítas, capuchinos, franciscanos, dominicos.

Fuera de éstos están los Hermanos Menores de Charles de Foucauld, hombres que viven y trabajan en medio de obreros pero cuyas vidas están orientadas hacia la contemplación y el culto. Finalmente, existen ciertos sacerdotes parroquiales que trabajan en fábricas varios meses por año, o también el año íntegro.

Naturalmente, una empresa tan nueva y audaz pone a prueba muchos elementos en la presente estructura de la Iglesia y en las habituales maneras de pensar y actuar entre los católicos. Esto surgió muy claramente de una conversación que tuve con uno de estos sacerdotes hace dos años.

Fuí a ver al sacerdote a la vieja calle de Montreuil, donde vivía. Tenía un departamento diminuto, amueblado con un viejo escritorio, una cama plegable y un indefinible aparador. Era un hombre musculoso de alrededor de cuarenta años, con cabello ensortijado negro y los rasgos viriles, animados, de un héroe de película popular. Usaba pantalones de obrero, una tricota con cuello enrollado y una chaqueta militar. Me dijo que no propiciaba ninguna mística del trabajador.

"No existe virtud en el proletariado *per se*", dijo. "Pero los trabajadores son un pueblo que ha iniciado la marcha, inspirado por tremendas esperanzas. Quizá porque sufren, quizá porque no tienen nada que perder o porque están en el fondo del abismo —sea como sea, poseen capacidades para el amor o el altruismo, tales como son capaces de tener los burgueses... Aquí únicamente existen los pobres, pobres en bienes terrenales y pobres de espíritu, niñitos que sólo piden ser oídos, proceder mejor".

Me contó de notables impulsos de caridad entre las muchas familias trabajadoras con las que estaba en relación. "Cuanto más veo tanto más estoy convencido que la Iglesia, como tantas veces en el pasado de las misiones, encontrará vastos recursos en el pueblo. El nos enseña que los sacerdotes piensan que son competentes para decidirlo todo. Eso aún puede ser cierto en el Camerún, pero aquí he aprendido que no lo es. Tenemos que ir a la escuela, observar, permanecer en silencio y aprender cómo recibir, en lugar de desear dar siempre".

Finalmente, cuando le pregunté qué se necesitaba para rescatar a ese proletariado de su miseria espiritual y material, me miró a los ojos —con el aire de un hombre que ya ha pesado cuidadosamente su respuesta— y dijo: "Una revolución". Me sentí un poco desconcertado. "No una revolución en el sentido comunista de la palabra. Pero pienso que debe dirigirse un ataque contra el capitalismo, el dinero, contra la anarquía y opresión del *laissez faire*. La vida cristiana no es posible para ninguno de estos seres humanos salvo que sea reestablecida para ellos una sociedad en la cual les resulte posible vivir como hombres. ¿Cómo pueden crecer las almas y desarrollarse cuando todo tiende a esclavizarlas? Aquí en Montreuil sé de novecientas familias sin hogar y dos mil ochocientos grupos familiares e individuos viven en cuartos de hotel —¡y en qué cuartos y qué hoteles!".

En torno a este hombre una comunidad cristiana brotó poco a poco. Compartió la suerte de los más desdichados, trabajando en una fábrica y recogiendo harapos de las pilas de desechos, en orden a conocer verdaderamente la angustia de los pobres desde adentro. Vivió sin egoísmos, cediendo su cama a algún desdichado sin hogar y durmiendo en el suelo, dando su tricota a cualquier compañero que padecía frío, su pan a todo aquel que estuviera hambriento.

Para todos los infortunados, los desheredados que encontró en su camino, se convirtió en algo más que un burócrata eclesiástico, un hombre de otro mundo social; se les apareció como un verdadero discípulo de Cristo. A través de nuestra conversación sentí que había encontrado un apóstol genuino, un hombre que había encontrado la verdad. No sería exagerado decir que sentí que había estado hablando con un santo.

Rezó misa en su pieza a las 6.30 de la tarde, luego de haber terminado su turno de trabajo. Hom-

bres en ropas de trabajo dijeron en voz alta las plegarias por sus intenciones en los mementos por los vivos y los muertos, y confesaron sin vacilar sus faltas del día. Su "parroquia" semejaba alguna primitiva iglesia cristiana de changadores o estibadores, en Ostia o en Corinto.

Nadie piensa negar que los sacerdotes-obreros dan testimonio de una vida plenamente en acuerdo con los Evangelios, ni que de sus trabajos apostólicos resultan conversiones asombrosas. A decir verdad, han habido unas pocas defecciones y fallas en sus filas; pero eso fué hace varios años y arrastró a jóvenes sacerdotes que estaban pobremente preparados para una vida de tal dureza. Hoy, los requisitos para ser admitidos a su trabajo son muy severos; los hombres ya no entran a la Mission fácilmente.

El movimiento ha sido criticado por muchos que no están familiarizados con la pobreza real del obrero francés o por quienes, por pereza mental, rehusan la consideración del menor cambio en las estructuras económico-sociales vigentes. Se ha reprochado al movimiento por oponerse, explícita o implícitamente, al orden existente —ése que Mounier llamaba el *des*orden existente. También se ha acusado a estos sacerdotes de ser, o de llegar a ser, revolucionarios, y, así de estar a favor del comunismo.

Básicamente, sus críticos quisieran que se contentaran predicando el Evangelio sin entrar a fastidiar con los problemas temporales de los obreros. Sus detractores se sentirían complacidos si los sacerdotes de este movimiento guiaran las masas obreras alejándolas del comunismo y llevándolas al seno de la Iglesia, luego de haberles extraído todo virus revolucionario.

Pero es obviamente imposible lograr un cambio institucional en la condición de los obreros sin encontrarse aquí y allá con los comunistas. En la gran mayoría de los distritos obreros franceses, los administradores locales y los dirigentes gremiales son miembros ardientes del partido. Si existe un problema de vivienda, amparo a la vejez, campos de veraneo para los menos privilegiados, ayuda de cualquier clase, sería desatinado intentar hacer algo efectivo sin la cooperación de tales autoridades locales.

Nadie puede vivir en el medio social obrero, siendo al mismo tiempo un verdadero cristiano, sin advertir con extrema seriedad el problema de transformar radicalmente las estructuras social, política y económica, de nuestra presente sociedad francesa. Nunca la clase obrera francesa será cristianizada —ni lo serán en general los obreros europeos— por el sistema de pesca con anzuelo y línea aplicado en las raras conversiones individuales. Los sacerdotes-obreros, y todos los cristianos militantes de Francia, cuentan más con el tiempo, la historia y la transformación del nivel social obrero mediante el cambio estructural.

Es una gran tentación para tales hombres —atrapados como se encuentran en la furiosa batalla obrera, y agudamente consciente de las extremas necesidades humana y cristiana— comprometerse siempre más, aceptar responsabilidades de los gremios, participar en demostraciones callejeras, sean más o menos políticas.

¿Cuáles son los límites en su identificación con los trabajadores? Ese es el problema. Uno de estos sacerdotes comenzó organizando una olla popular para los hijos de los desocupados y termina tomando parte en una manifestación contra el general Ridgway, cosa que tiene tan poco que ver con la elevación del nivel material y espiritual del mundo del obrero.

Existe, sí, un peligro de contaminación marxista de estos hombres, admitámoslo francamente. El peligro de adoptar una mentalidad de clase, de aceptar una concepción marxista de la historia social y quizá, a la larga, de ser desleal a la caridad de Cristo que exige dureza contra los pecados del rico, pero que sin embargo insiste en que los pecadores deben ser amados como hermanos. Pero, como Mauriac lo expresó: "¿Hubo alguna vez un apostolado sin riesgos? El apóstol se halla siempre en las manos de los pecadores; está siempre expuesto por sus hermanos en cuerpo y alma".

¿Quién será tan osado como para hacer pesar estos peligros y estos riesgos en contra del inmenso beneficio moral que ha derivado de este movimiento en favor de la Iglesia? Sacerdotes, en total armonía con sus obispos, arzobispos y cardenales, han decidido no solamente vivir en las covachas de los obreros sino adoptar su ropa, su trabajo y su modo de ganar el pan de cada día. Más efectivamente que todos los sermones del mundo —y sus declaraciones doctrinales— este hecho atacó el prejuicio arraigado en las cabezas de la gente que siente que la Iglesia se ha vendido al capital y es solícita solamente con la burguesía.

Estos sacerdotes han levantado grandes esperanzas entre los obreros, esperanzas de ver a los cristianos y la Iglesia, por fin, embarcándose activamente en la urgente tarea de dar a los obreros su verdadero lugar en la comunidad nacional. Los líderes comunistas están harto conscientes de eso y lanzan repetidos llamados a los católicos. No serían tan amistosos si no temieran que un día la popularidad de los sacerdotes con los obreros llegara a debilitar su propia influencia.

¿Qué frutos pueden ser esperados luego de cincuenta años de tales esfuerzos, tal dedicación, tal sacrificio? No soy profeta. Pero todo el pensamiento católico de significación en Francia, no está lejos de opinar que la creación del movimiento de los sacerdotes-obreros es una de las empresas más importantes desde hace un siglo en la historia de la Iglesia.

Estos hombres no son una debilidad oculta; son el honor de la Iglesia en Francia.

N. de la R.: Publicado por especial convenio con *The Commonweal*.

II

Buenos Aires.

EL problema de los sacerdotes-obreros ha cobrado últimamente gran actualidad en Europa. La aparición de la novela "Los santos van al infierno", de Gilbert Cesbron, que ha agotado inmediatamente varias ediciones, traducidas a diversas lenguas e interesado los estudios cinematográficos, me ha movido a traer a los lectores de CRITERIO alguna información sobre este apasionante tema apostólico y que he podido recoger en su propia fuente.

Hablaré primero brevemente sobre el libro. Su autor es un productor de radio en Luxemburgo y que ha publicado antes poemas, cuentos, novelas y piezas de teatro.

Es católico, tiene 39 años, y no es ni sacerdote ni obrero. Pero para escribir su libro ha vivido junto a éstos durante un tiempo, y ha compartido sus hondas preocupaciones y sus pocas satisfacciones. Su novela cobra entonces aspecto de reportaje a Pedro, joven hijo de mineros, sacerdote-obrero que desarrolla su apostolado en uno de los suburbios rojos de París. Instalado en un barrio descristianizado, se esfuerza en ser todo para todos, trabajando de día en una usina y celebrando cada noche la Santa Misa, rodeado de sus compañeros de conventillo: Juan, un jo-

ven que ha reencontrado a Dios; Miguel, que vive perpetuamente cesante; Luis, un viejo anarquista español; Enrique, militante comunista; Ahmed, un arabe depravado y sensual, y varios jóvenes de ambos sexos e innumerables niños que pueblan la casa de inquilinato, de la que trasciende un sórdido y triste reflejo de las miserias humanas.

Rápidamente el P. Pedro se convierte así en amigo irreemplazable, confidente de todos, defensor de sus compañeros ante la autoridad pública. El apostolado resulta ingrato y difícil. La conquista parece imposible. Se trata más de presencia que de predicación. Por ello tiene grandes descorazonamientos que el Demonio exacerba, pero también magníficas compensaciones espirituales y enormes esperanzas para el futuro. Su sostenedor es el Arzobispo de París. La figura del Cardenal Suhard está evocada con noble y emocionadoa recordación, y en él encuentra consejo en sus ensayos, ánimo en sus fracasos y cuidado en los mil peligros que lo acechan diariamente. Choca a algunos, escandaliza a otros, y cuando su purpurado protector muere, abandona su "parroquia", como la llamaba, y regresa a su pueblo natal iniciando en las minas un nuevo apostolado y dejando a la indiferente capital con tristeza y pena.

El libro gusta y emociona. Hace entrar en la vida de estos modernos cruzados que para cristianizar Europa han resuelto afrontar la vida dura y tremenda, para ser verdaderos testigos de Cristo y llevarlo donde se lo ignora.

La actuación de los sacerdotes-obreros resulta muy difícil de indagar. No es que ellos cumplan su actuación en el secreto. Por el contrario no ocultan su condición sacerdotal, sino que contrarios a la propaganda tendenciosa y a la exteriorización deformada, la información que se puede recoger resulta fragmentaria y parcial. Sin embargo, de los informes que he podido obtener en medios de absoluta veracidad católica, me permite afirmar que su número apenas alcanza hoy en día en Francia a un centenar, debiendo distinguirse entre ellos varias formas de reclutamiento.

Debemos anotar a los sacerdotes de la "Misión de París", al que pertenece nuestro héroe el P. Pedro, y que ha sido fundada en 1943 por el Cardenal Suhard, quien contó con la colaboración del P. Godin, que murió poco después de haber establecido las modalidades y redactado los reglamentos. Son actualmente veinticinco, de los cuales más de la mitad trabajan como obreros metalúrgicos en las grandes fábricas de automóviles de Renault y Citroen, de camioneros en los mercados, viviendo todos en los barrios proletarios de la Ciudad Luz y de sus alrededores.

Fuera de París existen sacerdotes-obreros en una docena de diócesis de Francia, especialmente en los diques de los puertos de Marsella y Burdeos, o en las grandes represas de Chambery, Tarentaise y Maurienne.

Hay que destacar que numerosas órdenes religiosas cuentan con obreros entre sus sacerdotes: jesuitas, capuchinos, franciscanos, dominicanos, son los que más poseen, no olvidando además a los Hermanos del Sagrado Corazón, inspirados en el P. de Foucauld, y que adoptan las condiciones de vida del lugar y del momento.

Para comprender la existencia de los sacerdotes-obreros hay que empezar por ubicar el marco en que ellos actúan y el ambiente sobre el que tienen que influir. Es un medio netamente ateo, y un ambiente completamente paganizado, que puede sorprender a los que no conocen a fondo el grave problema social que hoy vive Europa, pero que no es sino la consecuencia del laicismo y liberalismo, vivido y practicado, y que ha sido una política que ha conducido a estos extremos que hoy toca contemplar.

El sacerdote-obrero es por otra parte la afirmación más rotunda del apostolado horizontal que tanto propiciara Pío XI, y que lo llevara a decir: "Los primeros e inmediatos apóstoles de los obreros han de ser obreros" (Quadragesimo Anno).

Por otra parte ya el clero castrense señala una avanzada de esta especialización y en Europa y en varios países de América ya se habla de sacerdotes-paisanos como el medio más eficaz de aliviar y buscar solución al hondo problema espiritual que es el apostolado rural.

Para apreciar finalmente el alcance real del sacerdote-obrero hay que insistir sobre el aspecto experimental que hasta hoy ellos tienen. Y debo anotar aquí un recuerdo personal que podrá servir para aclarar esta modalidad.

Cuando en 1947 visité al Cardenal Suhard, el ilustre purpurado me preguntó cuáles habían sido las experiencias que más me habían sorprendido de las que se practicaban en Francia. Como yo enumerara a los sacerdotes-obreros que entonces comenzaban su admirable labor, el Arzobispo de París me interrumpió diciendo:

—"¡Es sólo una experiencia y no hay que darle mucha importancia!"

Y como yo abriera los ojos, sorprendido por esta respuesta que un poco me desconcertaba, agregó con esa sonrisa inolvidable con que envolvía la dulzura de su voz:

—"El propósito que guía a mis sacerdotes-obreros es mostrar que la Iglesia vive y sigue a sus fieles en todos los campos y ambientes de la vida".

Y concluyó con esta frase: "Este ensayo que efectúo con parte de mi clero joven, es seguido por el Sumo Pontífice con atenta y expectante atención".

Digamos para terminar que en todo este ensayo no hay novedad, ni romanticismo, ni mucho menos snobismo espiritual. Es una forma más de la gran universalidad de la Iglesia, con conceptos renovados de actualidad, pero con un hondo y vivo sentido espiritual. Demos gracias a Dios al ver cómo ella es permanentemente joven, alentando y permitiendo toda clase de apostolados que conduzcan a Jesucristo. Y sigámosles con atención, ya que no son más que una sublimación de la caridad. ❖

LA MEJOR CALIDAD
al PRECIO
más CONVENIENTE
ES LA VENTAJA QUE EN
CADA COMPRA OFRECE
LA CASA Ideal DE LOS NOVIOS
BME. MITRE 1499 BUENOS AIRES

ORIENTACION SOCIAL

DEL PRECURSOR AL PROPULSOR DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

AMBROSIO ROMERO CARRANZA

Buenos Aires.

HACE un año se festejó en muchas ciudades, y especialmente en Roma, el ochenta aniversario del nacimiento del propulsor de la democracia cristiana: Don Luigi Sturzo. Y el año que viene será conmemorado en casi todas las naciones del mundo —desde Francia hasta el Japón—, el primer centenario de la muerte del precursor de la democracia cristiana: Federico Ozanam.

Por tanto la ocasión es propicia para hacer un alto en el camino que ambos han recorrido, camino por el cual la democracia cristiana ya lleva andados más de cien años.

Pero si debemos hacer un alto, no es para mirar hacia atrás y ponernos a desandar lo andado, sino a fin de verificar cuánto hemos caminado y, una vez efectuada esa verificación, volver a emprender la marcha con renovada fe en el porvenir y un canto nuevo de esperanza en los labios. Porque cuando todo parece perdido es el momento de los grandes ideales y de los grandes hombres que encarnan esos ideales. Hoy, que se están socavando los cimientos de la sociedad en la cual vivimos, se acerca la hora de la democracia cristiana y de los hombres que la sepan hacer reinar en los espíritus y consolidar en las instituciones.

Veamos, pues, el resultado de nuestra verificación.

Por lo pronto el término "democracia cristiana" ya no provoca risas, ni repulsión, ni disgusto, cómo ocurría cuando Ozanam lo empleaba en 1948.

Sólo la ignorancia o la mala fe pueden, en la actualidad, objetar el empleo de la divisa "democracia cristiana", la cual indica claramente la finalidad perseguida por el movimiento político puesto en marcha por Ozanam: unir la democracia, es decir, el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, con el catolicismo social, esto es, con las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia relativas a la dignidad y libertad de la persona humana creada a imagen y semejanza de Dios, y redimida con su pasión y su muerte en la cruz. La democracia y el cristianismo así entendidos pueden y deben marchar unidos para bien de todos y de cada uno de los habitantes de las naciones que forman parte de la llamada cultura de occidente. Porque si los hombres que pertenecen a esas naciones quieren seguir a la cabeza de la civilización, tendrán que adoptar el credo demócrata-cristiano. Si no lo adoptan; si caen en la tentación de confiar su destino a la fuerza bruta de las armas; si se dejan envolver por las ligaduras forjadas en Estados totalitarios que ofrecen pan y circo pero deniegan toda libertad; o se dejan deslumbrar por espejismos de paraísos terrestres creados por colectivismos que, a fin de cuentas, denigran y embrutecen, entonces esos hombres traicionarán la misión civilizadora y evangelizadora que les fué asignada por la Providencia, y el mundo occidental volverá a ser inundado por la nueva ola de barbarie que viene del Este.

Y si en las naciones de Occidente se persiste en el error de asentar las formas democráticas de gobierno en un humanismo antropocéntrico, es decir, en un humanismo centrado exclusivamente en el hombre con prescindencia absoluta de Dios, de Cristo y de su Iglesia, esas naciones marcharán a los tumbos, yendo de revolución en revolución para concluir como siempre concluyen los períodos revolucionarios: inmolando la dignidad y libertad humanas ante el altar de un Estado convertido en un nuevo Moloch. No será, pues con revoluciones cómo ha de ser afirmada la democracia en la tierra. Como dijo Ozanam: "La democracia necesita, para poder vivir, la abnegación y el sacrificio de inspiración cristiana".

Esto que hoy vemos claramente después de un siglo de marcha, no parecía claro ni era comprendido con facilidad cuando en el año 1848 Federico Ozanam fundó el primer órgano periodístico de la democracia cristiana titulado "L'Ere Nouvelle".

En aquella época existía un prejuicio general que ahora, felizmente, sólo perdura en muy pocas mentes: el de identificar democracia con jacobinismo, y república con persecución a la Iglesia. Ese prejuicio tenía su razón de existir en la primera mitad del siglo pasado: la Primera República Francesa, puesta en espectáculo ante los hombres de Occidente como ejemplo de democracia, se había especializado por su odio al cristianismo. El clero fué diezmado sin piedad; Las Ordenes religiosas suprimidas: los altares de Cristo profanados; los monasterios demolidos; los bienes eclesiásticos confiscados. ¿Cómo, pues, se podía entonces imaginar que la democracia cambiara tan radicalmente, al punto de transformarse en aliada del cristianismo?

Pero Ozanam consideró posible lo que la mayor parte de sus contemporáneos creían impracticable. Y él no vaciló en emprender la ardua tarea de bautizar a esa "salvaje heroína" que era la joven democracia francesa, la cual, después de la Restauración borbónica y la Monarquía de Julio, volvía a resurgir en Francia durante la Segunda República proclamada en febrero de 1948.

SEIS siglos antes un santo genial —Santo Tomás de Aquino— consiguió llevar a buen término una tarea semejante y que también parecía imposible: la de cristianizar la filosofía aristotélica. Y esa filosofía que había sido constituida durante el siglo XII en un arma de combate contra la Iglesia, se transformó gracias al talento del Aquinatense— en un maravilloso vehículo de verdades cristianas.

Pues bien, la democracia, al igual que el peripatetismo, podía ser cristianizada, pues de por sí no era una negación del Evangelio. Igual también que la filosofía aristotélica, la democracia había nacido en la Grecia precristiana, y tanto la una como la otra corrieron la misma desdichada suerte de ser empleadas como armas de combate contra la Iglesia. Pero ninguna de las dos eran culpables del mal uso que los hombres hicieron de ellas. La democracia, especialmente, aunque nacida en tierras y tiempos paganos, no llevaba en la frente ningún estigma que impidiese su adopción por el mundo cristiano. Por el contrario, era, y sigue siendo, la forma de gobierno más adecuada y más en consonancia con el espíritu del Evangelio.

Según Aristóteles, las formas de gobierno puras son tres: monarquía, aristocracia y democracia, siendo las demás formas degeneraciones o combinaciones de estas tres. Pero, nosotros advertimos que la monarquía y la aristocracia requieren la existencia de familias privilegiadas y separadas, y ese privilegio y esa separación engendra orgullo por un lado y envidia o adulación por el otro. En cambio, la democracia bien entendida y bien practicada no fomenta el orgullo, ni la envidia, ni la adulación. Es verdad que el Evangelio no propugna ninguna forma determinada de gobierno; propicia sin embargo, ciertos principios sociales e individuales que encuentran su mejor expresión y su mayor desarrollo y seguridad en una democracia.

Las democracias que habían existido antes de Cristo no fueron ideales: sostuvieron una institución y dos principios que el cristianismo repudia. La institución contraría al derecho natural que ellas establecían, fué la de la esclavitud (institución defendida hasta por Platón y Aristóteles). Y los dos principios reprobables sobre los cuales esas democracias precristianas estaban cimentadas eran: el totalitarismo de sus leyes y su absolutismo estatal. Pues si bien los representantes del pueblo sancionaban las leyes, eso no impedía que éstas fuesen totalitarias, ya que estaba permitido legislar sobre todo cuanto concernía a la persona humana. El absolutismo estatal de entonces tenía por fundamento la confusión que existía entre lo religioso y lo civil, entre lo temporal y lo espiritual. Al confundir patria con divinidad, aquella se convertía en un Absoluto al cual los ciudadanos todo debían inmolar, hasta su vida y su libertad.

Cuando la Iglesia, libertada de la persecución por Constantino el Grande, salió de la obscuridad de las catacumbas para brillar a la luz del sol, y comenzar públicamente un intenso apostolado religioso y social, no pudo, desgraciadamente, tender una mano amiga a la democracia. Y esto ocurrió por dos razones principales: 1º porque en el siglo IV no existía democracia en ninguna región de la tierra (la griega había sido destruida en el siglo III antes de Cristo por Alejandro Magno, y la romana cayó aniquilada por el imperio fundado por Augusto y consolidado por Tiberio); y 2º porque, durante los siglos V, VI y VII, los déspotas de Bizancio impidieron, de muy diversos modos, que los cien millones de habitantes del Imperio romano, convertidos al cristianismo, buscasen una forma democrática de gobierno capaz de elevar al hombre a un mayor grado de cultura social, y capaz de dar a la Iglesia la libertad que necesitaba para cumplir con eficacia su misión evangelizadora.

El mal que los emperadores bizantinos hicieron a la Cristiandad no ha sido aun bastante comprendido. Ellos, con su poder, su absolutismo y sus manejos astutos, prepotentes e hipócritas, consiguieron establecer entre la mayoría de los cristianos la equivocada creencia de que el Evangelio sólo podría difundirse en la tierra mediante la unión indisoluble de la autocracia con la Iglesia. Y siguieron la política artera de presentarse como protectores del cristianismo para poder, así, monopolizarlo y esclavizarlo.

Esa consigna de unir estrechamente la autocracia con la Iglesia, y esa política estatal de esclavizar al clero con pretexto de protegerlo, aun se encontraban vivientes en Europa después de quince siglos de haber sido establecidas en Bizancio. Y contra esa consigna y esa política se levantó el precursor de la democracia cristiana.

FEDERICO Ozanam comprendió la importancia primordial que las formas de gobierno tienen para el alma humana. Y comprendió que el cristianismo no puede desinteresarse de la vida terrestre, porque es en ella donde los hombres realizan o no su salvación eterna. Los cristianos debían, pues, apoyar con todas sus fuerzas la forma de gobierno

erolita

el techo de asfalto preacondicionado

Una sola capa: impermeabiliza azoteas, cimientos, subsuelos, piletas de natación ,etc., obteniéndose así un techo definitivo.

Menor costo en mano de obra: 3 obreros sin experiencia fijan 10 metros en 20 minutos. Se aplica en forma sencilla con un soplete común.

Garantido por 10 años

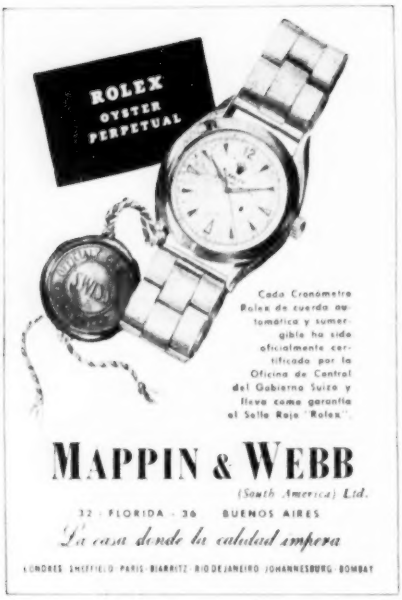
EROLITA S.R.L.

Capital: $ 500.000 m/n.

Administración y Ventas:
Avda. JULIO A. ROCA 672 — T. E. 30-6050 al 59

Fábrica:
Pte. SARMIENTO 1642 - AVELLANEDA - T. E. 22-2830

¡MATERIAL DE ASFALTO IMPERMEABILIZANTE DE ACCION PERFECTA!



que en su época defendiese mejor la dignidad y libertad de la persona humana (base de la salvación eterna) y esa forma de gobierno era, a mediados del siglo XIX, la democracia unida al cristianismo.

Para difundir sus ideas, Ozanam no se conformó con fundar un periódico. Además, buscó el modo de dar a la doctrina por la cual luchaba un contenido práctico y político, y organizó un Partido: el "Partido de la Confianza", de la confianza en la democracia cristiana.

Ese "Partido" buscaba nuclear a todos los hombres de buena voluntad que hubiesen comprendido —como decía Ozanam— "que la Monarquía era un viejo inválido que con su pata de palo no podía marchar al ritmo de las nuevas generaciones"; que "el pueblo tenía muchas necesidades y pocos derechos, y que si los obreros se dejaban arrastrar por malos jefes era porque no se les brindaba otros mejores".

A sus electores de Lyon Ozanam explicaba su programa político y social diciéndoles:

"El pueblo está formado por la universalidad de los hombres libres y, por eso, es necesario, ante todo, sancionar los derechos naturales del hombre y la familia. Es necesario establecer en la Constitución Nacional que, por encima de la voluntad de las cambiantes mayorías parlamentarias, se encuentra la libertad de las personas, la libertad de palabra, de enseñanza, de las asociaciones y del culto. Hay que impedir que el Estado pueda arrogarse el derecho de suspender la libertad individual, de inmiscuirse en las cuestiones de conciencia o de amordazar a la prensa.

"La democracia cristiana cristiana defenderá en Francia el régimen republicano, sin espíritu de retorno a monarquías en adelante imposibles, y con la igualdad de todos los ciudadanos, es decir, con sufragio universal para elegir los miembros de la Asamblea Nacional.

"La democracia cristiana rechaza una centralización excesiva que, agrandando a París en perjuicio de los departamentos, y a las ciudades en perjuicio del campo, vuelva a establecer privilegios entre aquellos que la ley ha declarado iguales.

"La democracia cristiana defenderá el principio sagrado de la propiedad. Pero, sin tocar a ese fundamento de todo el orden civil, propiciará un sistema de impuesto progresivo destinado a disminuir las gabelas al consumo y a impedir la carestía de la vida.

"La democracia cristiana defenderá los derechos del trabajo: del trabajo libre del campesino, del artesano, del comerciante que permanece dueño de su tarea y su salario; y apoyará las asociaciones de obreros, y de obreros y patronos, que reúnan voluntariamente sus industrias y sus capitales; y sostendrá las obras públicas emprendidas por el Estado para ofrecer un asilo a los obreros que no tienen trabajo ni recursos.

"Por último, la democracia cristiana apresurará, con todas sus fuerzas, la sanción de medidas de justicia y previsión que atemperen los sufrimientos del pueblo. Porque nunca es demasiada la preocupación por resolver la formidable cuestión del trabajo, que es la más ardua del tiempo presente y la más digna de preocupar a la gente de corazón".

Ozanam consideraba que la democracia cristiana era el medio temporal más eficaz y apropiado para cooperar a la recristianización de la sociedad paganizada y para luchar contra el pauperismo y restablecer la concordia entre las clases sociales.

Pero las grandes ideas no arraigan en pocos años. A fin de que ellas se consoliden y crezcan se necesitan hombres que las encarnen y sepan hacerlas reinar en los espíritus. Esos hombres capaces de encarnar las ideas demócrata-cristianas faltaron a mediados del siglo pasado. Ozanam no encontró colaboradores de su talla.

"L'Ere Nouvelle", primer órgano periodístico de la democracia cristiana, había tenido el mayor éxito en sus comienzos, alcanzando un tiraje de veinte mil ejemplares diarios (tiraje fabuloso para su época). Pero, después de la revolución obrera de junio de 1848, el periódico fué atacado tanto por los católicos como por los conservadores ateos, quienes acusaron a Ozanam de estar haciendo el juego al comunismo.

Los ánimos no estaban entonces para una solución lenta y pacífica de la cuestión social. La gran mayoría deseaba soluciones rápidas y violentas que no costasen muchos sacrificios ni grandes trabajos.

OZANAM, "moderado hasta en sus audacias", no fué comprendido ni seguido por hombres que eran inmoderados en todo momento. Reinaba en aquella época, en la cual se imponía el romanticismo en la literatura y en las costumbres, el gusto por lo extremo; y hasta entre los mismos católicos se puso de moda un cierto extremismo ideológico que convirtió a hombres de indiscutible talento —como Luis Veuillot— en adalides de una política de extrema derecha. Otros extremaron la nota pesimista. Un Donoso Cortés —por ejemplo— del estudio de aquella época, de la cual era contemporáneo, sólo extrajo vaticinios catastróficos.

"Las muchedumbres harán en este siglo lo que hacen siempre —escribía Donoso Cortés—: crearse a sí propias tiranos efímeros; forjarse ídolos de una hora que salen de la nada para serlo todo, y muy pronto dejan de serlo todo para volver a su nada. No veo, pues, que los hombres de mi tiempo

vayan camino a la libertad, sino a un despotismo de proporciones gigantescas".

Y en el discurso que pronunció en Madrid el 30 de diciembre de 1850, Donoso Cortés concluyó diciendo: "Actualmente nadie está bien donde está: todos aspiran a subir, y a subir, no para elevarse, sino para gozar. Todos creen oír aquella voz fatídica que oía Macbeth y le decía: "Macbeth, Macbeth, tú serás rey". El que es elector oye una voz que le dice: "Elector, tú serás diputado". El diputado oye una voz que le dice: "Diputado, tú serás ministro". Y el ministro oye una voz que le dice: "Tú serás...", yo no sé qué señores.

"Arroyo, ¿en qué ha de parar
tanto anhelar y tanto subir,
tu por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar?

"Yo sé, señores —continuaba diciendo Donoso Cortés—, adonde esto va a parar, o, mejor dicho, a dónde ya ha ido a parar: a la corrupción espantosa que todos presenciamos, que todos palpamos; porque la corrupción está hoy en todas partes: en la médula de nuestros huesos, en la atmósfera que nos envuelve, en el aire que respiramos".

Si en 1850 aquel tribuno español era tan pesimista, Ozanam, en cambio, sin caer en ningún extremo ni dejarse llevar por un ciego optimismo, creyó en la existencia del progreso social por la unión de la democracia con los principios espirituales y sociales del cristianismo. En sus clases de la Sorbona —de donde era elocuente profesor— alentó a sus discípulos enseñándoles a no desesperar en los momentos difíciles.

"Tened confianza en la época que os ha tocado vivir —les decía en la última clase que dictó en el año 1852—; si véis que el viejo muro de la civilización cae destruido por los embates de sus enemigos, confiad en que serán levantados nuevos y sólidos parapetos para vuestro amparo y defensa. Pues esta civilización que ha costado tantos trabajos a Dios y a los hombres, jamás perecerá".

Es verdad que hemos visto cumplidas en este siglo algunas de las lúgubres profecías de Donoso Cortés: muchos hombres no caminaron en pos de la libertad sino hacia un despotismo de proporciones gigantescas (como el nazista en Alemania y el comunista en Rusia—, y en muchas naciones el afán de "subir para gozar" trajo una corrupción espantosa. Pero también Ozanam estaba en lo cierto cuando afirmaba que: "la democracia es el término natural del progreso político hacia el cual Dios lleva a la humanidad". Pues hoy resulta claro —y todos los hombres puros y de talento lo afirman— que el progreso político no puede fundamentarse en el absolutismo estatal (condenado reiteradamente por la Santa Sede), sino en la democracia. Todo el problema social y político reside, pues, en el establecimiento, no de una falsa democracia que sólo lo es de nombre, sino de una que sea auténtica y que salve y proteja la dignidad y libertad de la persona humana amenazada de muerte por totalitarismos de derecha e izquierda.

"Nosotros saludamos con júbilo el advenimiento definitivo de la democracia —escribía Ozanam en "L'Ere Nouvelle"—, de esa democracia que es obra de Dios, del tiempo y del genio del hombre. Cuando Jesucristo pronunció las siguientes palabras: "Vosotros sois todos hermanos; yo no he venido para ser servido sino para servir"; "que aquel que gobierne sea el servidor de todos"; echó las bases de una nueva sociedad que, por desarrollos sucesivos y continuos e incesantes progresos, desembocará en una democracia de inspiración cristiana".

Si los católicos de Francia hubieran escuchado hace un siglo el mensaje de Ozanam, ¡cuántos desastres se hubieran evitado!

En vez de convertir el "Partido de la Confianza" en un partido político orgánico que hiciese frente en la plaza pública y en el Parlamento a las fuerzas anticristianas, la mayoría de los católicos franceses de la Segunda República prefirieron aliarse al golpe de Estado y al despotismo del presidente Luis Napoleón Bonaparte. Este camino era más sencillo y ocasionaba menos sacrificios personales. Las soluciones violentas, despóticas y rápidas atraen siempre a los hombres.

Donoso Cortés había dicho: "Si para salvar a la sociedad es necesario recurrir a la dictadura, que esta venga y sea aceptada". Aquel talentoso escritor se equivocó al decir tal frase, pues —como bien lo manifestó Don Luigi Sturzo en un discurso político— "si la libertad y el Derecho son violables bajo el pretexto de la necesidad pública, entonces la arbitrariedad se convierte en ley y la fuerza suplanta a la libertad" (1).

Pero en 1853 Don Sturzo aún no había nacido, y en ese mismo año en que Francia presenció el derrumbe de su Segunda República y el advenimiento de un nuevo absolutismo con la implantación del Segundo Imperio Napoleónico, el precursor de la democracia cristiana moría, en Marsella, derrotado

(1) L. Sturzo: "I discorsi politici". Roma, 1951, pag. 442.

ADHESION

políticamente. Sin embargo, murió sin perder la esperanza en el triunfo final.

"La democracia puede morir por causa de la incapacidad de sus defensores y la astucia de sus enemigos —había dicho Ozanam—, mas el espíritu democrático nunca muere y acaba siempre por triunfar".

Es decir, que el "Partido de la Confianza", tan sabiamente fundado por él en 1848, debía ser reemplazado por el "Partido de la Paciencia". Ozanam comprendió que en materia social la victoria definitiva pertenece a quien sabe sufrir y esperar con paciencia. "Bienaventurados los mansos porque poseerán la tierra" —ha dicho Jesucristo. No es, por tanto, con estruendosas campañas, ni con revoluciones sangrientas, ni tampoco con asesinatos políticos, como la verdad social concluirá por imponerse, sino mediante silenciosos holocaustos.

La violencia engendra siempre la violencia, y el crimen trae el crimen. Y Dios no está con la violencia ni con el crimen. "Dios permite que los perversos triunfen —dijo Bossuet—, pero en un momento dado pone fin a sus triunfos". Por eso, Ozanam deseaba que sus correligionarios esperasen con paciencia ese momento, para ponerse, entonces, sin odio en el corazón y sin inútiles lamentos, en la tarea de reparar lo destruido por las fuerzas del mal. De ese modo él planteó las dos actitudes de la democracia cristiana, que son las dos caras de una misma moneda de buena ley: por un lado la *Confianza* en la unión de los valores espirituales del cristianismo con la libertad democrática: por el otro la *Paciencia* para esperar —como cuadra a un cristiano— que su día llegue.

La democracia cristiana quedó, así, puesta en marcha hace cien años por el talento y la actividad incansable de ese hombre excepcional, que fué Federico Ozanam, cuyos méritos y virtudes personales no pudieron ser igualados por ningún laico de su tiempo. Sin embargo, quienes presenciaron el nacimiento de esa nueva concepción social destinada a salvar nuestra cultura, no advirtieron cuál era la inteligencia que le daba vida y expresión. Es que los contemporáneos de una época nunca están capacitados para juzgar sobre cuáles son los hombres de su tiempo que marcarán rumbos a las generaciones futuras. Las bajas ambiciones y los mezquinos intereses del presente impiden, por lo general, la visión de las grandes ideas que alumbrarán el porvenir. Y los grandes hombres quedan ocultos, muchas veces, tras personajes que se destacan más en su siglo, pero cuyo brillo resulta menos duradero.

Todo esto explica por qué únicamente ahora empezamos a darnos cuenta cuál fué el hombre-cumbre que presidió el nacimiento de la democracia cristiana. Y si la trascendencia de su pensamiento pasó casi inadvertida en el siglo XIX, ello se debe a que su personalidad quedó oculta tras las figuras más brillantes de sus contemporáneos, Lamennais, Lacordaire, Lamartine, Montalembert y Veuillot. Sólo con el correr de los años la personalidad de Ozanam se ha agigantado en el horizonte de la Historia dominando todo el panorama social de su tiempo, y señalando a la cultura de Occidente el camino de su salvación temporal, camino que no es otro que el marcado en nuestro siglo por Don Luigi Sturzo: el de la democracia cristiana.

Antes de entrar al estudio de la obra de ese eximio sacerdote italiano, debemos recordar cuáles fueron las dificultades insalvables que impidieron, durante la segunda mitad del siglo XIX, el establecimiento de gobiernos inspirados en las ideas de Ozanam. En otro artículo daremos cuenta de esas dificultades y estudiaremos la obra política y social de Don Sturzo. De ese modo continuaremos la verificación emprendida de cuanto hemos caminado, durante un siglo, desde el precursor hasta el propulsor de la democracia cristiana. ❖

Pregoneros Social-Católicos.
Sarandí 65 - Bs. Aires

CHANTAL

BUENOS AIRES FLORIDA 651
Tel. del Est 32 - 1963 y 32 - 0453

Especialidad en
BRILLANTES ❖ SOLITARIOS

Mallah
JOYERO

PARIS 277 RUE SAINT HONORE

ESCRITOS ESPIRITUALES

EL BIEN DE LA PACIENCIA

SAN CIPRIANO

SAN CIPRIANO. — Cipriano, como Agustín, retórico en Cartago, se convirtió como éste al cristianismo pasada la primera juventud, aunque su camino a la fe fué mucho menos tortuoso y quebrado que el de su ilustre compatriota. Ordenado sacerdote, y en seguida elegido obispo de su ciudad natal, el episcopado de Cipriano coincidió con dos períodos de sangrienta persecución, que le confieren, a través de su obra llegada hasta nosotros, un inconfundible sello. Esta, en efecto, se revela penetrada de la preocupación por las condiciones creadas a su grey y a su provincia eclesiástica (el África proconsular) por las turbulencias de los tiempos. A causa de ésto, buena parte de sus cartas, destinadas a resolver problemas de gobierno de su diócesis fueron escritas desde el exilio. Estos problemas son principalmente dos, de talla gigantesca: la cuestión de los "lapsos", así llamada, y el doble cisma de la Iglesia cartaginesa (Felicísimo) y romana (Novaciano). Ambas cuestiones estaban, por lo demás, en íntima conexión: las discrepancias acerca de la actitud que la Iglesia debía adoptar con los caídos (en latín "lapsi"), es decir con los cristianos que de una u otra manera habían cedido a la furia de la persecución, fueron causa de que algunos clérigos se levantaran contra la autoridad de los respectivos obispos y fundaran una iglesia aparte, la cual después intentaron apoyar en falsos dogmas, como la imposibilidad de absolver a los apóstatas y demás culpables de pecados graves. Esta tentación es antigua en la Iglesia: Tertuliano no fué rapaz de superarla. Pero San Cipriano, que era su discípulo, con el sentido apostólico y pastoral que es el rasgo propio de su figura, no pudo dejar de ver que cerrando a los pecadores las puertas de la Iglesia se cerraba a sí mismo las del cielo, y que el ejemplo de Jesucristo exigía correr tras ellos y no darles la espalda.

Multitud de cartas suyas, cambiadas con su clero, sus fieles, sus colegas y el entonces obispo de la sede Romana, San Cornelio, se refieren a éste difícil argumento. Es justo decir de ellas que nos presentan a su autor preocupado de no empañar la seriedad del compromiso que el cristiano contrae con la Iglesia, pero también de no invalidar el sentido de la misión de un pastor que se sabe él mismo pecador.

El entredicho con el Papa Esteban, sucesor de Lucio, que lo fué a su vez de Cornelio, es difícil de explicar, por lo menos conforme a nuestra manera actual de concebir las relaciones de los obispos con la sede Romana. El punto de la controversia era un problema práctico: la necesidad de rebautizar los herejes convertidos que habían sido previamente bautizados en su secta. Pero anejo a este problema práctico, había otro teórico de importancia suma, a saber las causas y límites de la validez de los sacramentos. Varios obispos de Oriente y Occidente oponían su propio uso y tradición de rebautizar los herejes conversos al uso y tradición romanos de no rebautizarlos. Cipriano era uno de ellos. Esteban intentó resolver la cuestión por un decreto (nihil innovetur nisi quod traditum est), pero en realidad no parece haber hecho más que avivar el incendio. No sabemos qué hubiera sucedido de no haber muerto Esteban entre las primeras víctimas de la persecución de Valeriano. Es inútil conjeturarlo. Como saldo de la controversia queda una enseñanza útil acerca de la diferente manera en que pueden concretamente realizarse en el transcurso de los tiempos los mismos principios de gobierno de la Iglesia, y de cómo a mayor libertad corresponde en el súbdito una mayor capacidad de sumisión, so pena de malograr el beneficio de aquélla.

El resto de los escritos de Cipriano, todos ellos breves opúsculos, como el que ahora presentamos, se escalonan en los años de su episcopado, conforme a diversas necesidades de su grey. De todos puede decirse, entonces, que son en grado eminente, cartas pastorales. Prueba de ello es la expresión "fratres charissimi" que repite a cada paso y que se refiere a los destinatarios de esas "cartas", es decir, a su pueblo.

Una peste implacable y la persecución de Valeriano ocuparon sus últimos años. Con ocasión de aquélla escribió, entre otros, este opúsculo acerca de la paciencia. No era ciertamente inoportuno que hablara a sus fieles de esta virtud durante el azote de una peste y entre dos persecuciones. La última le costó la vida. Consciente de lo que le esperaba, volvió a Cartago de su destierro para enfrentarse con el procónsul. Fué apresado, juzgado, condenado. Al serle leída la sentencia de decapitación (Thascium Cyprianum gladio animadverti placet) respondió con santa y cristiana paz: Deo gratias. Fué ejecutado ante un grupo de sus feligreses, que extendían en torno suyo lienzos y pañuelos para que quedaran empapados de su sangre. A uno de ellos ordenó dar una propina al verdugo.

Así murió, el 14 de setiembre del año 258; pero, como él mismo predijera, no fué vencido; al contrario, su memoria comienza desde entonces a ser imperecedera: Sacerdos Dei Evangelium tenens et Christi praecepta custodiens, occidi potest, non potest vinci (ep. 12 ad Corn.; P. L. 3, 825).

Jorge Mejía

I. — NECESIDAD DE LA PACIENCIA

DEBIENDO hablaros de la paciencia, hermanos muy queridos, y predicaros sus utilidades y ventajas, nada mejor encuentro para comenzar que exhortaros a escucharme con paciencia, pues veo que os es ahora necesaria: sin ella no podéis tampoco practicar lo que vais a oír y aprender, porque sólo se aprende eficazmente la doctrina de la salvación cuando se escucha con paciencia lo que se dice.

Entre los diversos caminos de la doctrina celestial, por los que la comunidad cristiana se encamina para obtener de Dios el premio de la fe y la esperanza, no encuentro, amados hermanos, nada que sea tan útil para la vida y tan provechoso para la gloria, como la paciencia; especialmente, cuando, los que nos sostenemos con el auxilio del temor y de la devoción, en los preceptos del Señor, la conservamos con todo cuidado.

II. — LA PACIENCIA DE LOS FILOSOFOS ES FALSA

TAMBIEN los filósofos se jactan de profesar esta virtud, pero su paciencia es tan falsa como su sabiduría. ¿Cómo podría ser sabio o paciente quien no conoce ni la sabiduría ni la paciencia divina?

Dios mismo dice, refiriéndose a los que en el mundo son tenidos por sabios: "Frustraré la sabiduría de los sabios y desecharé la prudencia de los prudentes" (1). Lo mismo enseña el bienaventurado apóstol Pablo, lleno del Espíritu Santo y enviado para reunir y formar a los gentiles, cuando protesta diciendo: "Cuidad que nadie os seduzca mediante una filosofía vana y engañosa, fundada en la tradición de los hombres, en los elementos del mundo y no en Cristo; porque en Cristo habita la plenitud de la divinidad" (2). Y en otro lugar dice:

ESCUCHE LA
Audición Senderos de Gloria
Y EL
Informativo Católico
De Lunes a Viernes, de 19 a 19.30, por LS4 Rad. Porteña
Los sábados, de 15 a 15.30 hs., por LR4
Radio Splendid

Acaba de aparecer!

Por primera vez en castellano una edición del famoso Kempis, con las reflexiones del **Padre Lamennais**

IMITACION DE CRISTO

Un ejemplar elegantemente encuadernado: $ 15.-

Con aprobacion de la autoridad eclesiástica

LIBRERIA ATLANTIDA

FLORIDA 643 - BUENOS AIRES

Si alguno de vosotros cree que es sabio según este mundo, hágase necio para llegar a ser sabio. La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios, pues está escrito: "El atrapa a los sabios en su astucia, y en otra parte: El Señor conoce cuán vanos son los pensamientos de los sabios" (3).

Y si la sabiduría no es en ellos verdadera, tampoco es verdadera la paciencia. Es paciente quien es manso y humilde; pero los filósofos, que se complacen en sí mismos, desagradando con eso a Dios, no son ni lo uno ni lo otro.

Se ve con claridad que no hay verdadera paciencia donde se encuentra la osadía insolente de una exagerada libertad y la descarada arrogancia que procede de un corazón corrompido y desprovisto de virtudes.

III. — EL HOMBRE DEBE AMAR LA PACIENCIA PORQUE DIOS LA AMA

NOSOTROS, en cambio, amados hermanos, que no somos filósofos de nombre sino de hecho, que mostramos la sabiduría no en el vestido que usamos sino en la verdad que profesamos, que hemos conocido el ejercicio de las virtudes y no la arrogancia, que no hablamos de cosas grandes sino que las vivimos, por medio de un culto espiritual ofrezcamos a Dios, como siervos y adoradores suyos, la paciencia aprendida en las enseñanzas celestiales.

La paciencia, virtud que nos es común con Dios, tiene en El su fuente y de ello proviene su excelencia y dignidad; este origen y grandeza se manifiesta en el hecho de tener a Dios mismo por autor.

Debe ser para el hombre cosa muy querida el bien que Dios ama y alaba. Imitemos entonces la paciencia de Dios, que es nuestro señor y padre, pues conviene que los siervos sean obsequiosos y que los hijos correspondan a las virtudes paternas.

IV. — LA PACIENCIA DE DIOS PARA CON LOS PECADORES

¡CUAN grande es la paciencia de Dios! Soportando pacientísimamente los templos profanos, los ídolos terrenos y las ceremonias sacrílegas instituidas en desprecio de su majestad y de su honor, hace nacer el día y resplandecer el sol igualmente sobre buenos y malos, a nadie excluye de sus beneficios cuando riega las tierras con la lluvia, pues la concede indistintamente y con largueza tanto a los justos como a los pecadores.

Vemos que por disposición divina, con paciencia siempre igual los elementos y las estaciones están al servicio de los buenos y de los malos, de los piadosos y de los impíos, de los agradecidos y de los ingratos; tanto para los unos como para los otros, los vientos soplan, y las aguas fluyen, crecen abundantes las mieses, maduran las uvas y dan frutos los árboles, reverdecen los bosques y florecen los prados.

Si es cierto que se le irrita con continuas y reiteradas ofensas, Dios, sin embargo, modera su indignación y espera pacientísimamente el día prefijado para hacer de una vez justicia. Aunque tiene en su poder el castigo, prefiere tener paciencia, soportando con clemencia y difiriendo ese castigo, para que si fuese posible, alguna vez se mude la malicia que tanto ha durado, y el hombre envuelto en errores y crímenes, se vuelva a Dios arrepentido, aunque sea a la última hora.

A esto le amonesta Dios mismo diciendo: "No quiero la muerte del que muere, sino que se convierta y viva" (4). También dice el Señor: "Volved a mí" (5) y otra vez: "Convertíos al Señor Dios vuestro, porque es benigno y piadoso, paciente, de gran misericordia y dispuesto a cambiar la sentencia proferida contra la maldad" (6).

Recordando esto, el bienaventurado apóstol Pablo llama al pecador a penitencia diciendo: "¿Menospreciás acaso las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, ignorando que la paciencia y la bondad de Dios te convida a penitencia? Mas tú, conforme a tu dureza y a la impenitencia de tu corazón, te vas atesorando ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que retribuirá a cada uno según sus obras" (7).

San Pablo dice que el juicio de Dios es justo porque es remoto, porque se difiere durante mucho tiempo, para que gracias a la larga paciencia de Dios, pueda tomarse una decisión favorable al hombre en lo que concierne a la vida eterna. Recién entonces, cuando ya no pueda ser saludable la penitencia, se castigará al hombre impío y pecador.

V. — EL QUE ES PACIENTE IMITA A DIOS PADRE

EL Señor dice en el Evangelio, al dar los preceptos para la salvación y al instruir a sus discípulos en las enseñanzas divinas para que sean perfectos: "Oísteis que se ha dicho amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por aquellos que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace nacer su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos. Pues si amáis a quienes os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No obran también así los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto también los gentiles? Sed, pues, vosotros, perfectos como perfecto es vuestro Padre Celestial" (8).

El Señor nos enseña esto para que podamos comprender mejor, hermanos muy queridos, que la paciencia

es una virtud propia de Dios, y que aquel que es bondadoso, paciente y manso, imita a Dios Padre.

Nos dice, pues, que los hijos de Dios serán perfectos y que llevarán a su consumación la gracia de la renovación bautismal si mora en ellos la paciencia de Dios Padre y si la imagen divina, que Adán perdió por el pecado, se manifiesta y luce en nuestros actos mediante esta virtud.

¡Qué gloria para nosotros el poder asemejarnos a Dios! ¡Qué felicidad tan grande poder, con el ejercicio de la virtud, igualar las divinas perfecciones!

VI — JESUCRISTO, MODELO DE PACIENCIA

NUESTRO Señor Jesucristo, amadísimos hermanos, nos enseñó esto no sólo con sus palabras sino también con sus obras. Habiendo descendido del cielo para hacer la voluntad de su Padre, como El mismo lo dijo, conservó en sí la paciencia del Padre celestial bajo la forma de una continua tolerancia. Este fue uno de los muchos ejemplos de virtud, con los cuales mostró algún vestigio de su majestad divina.

Todos los actos del Hijo de Dios, desde el momento de su nacimiento, llevaron el sello de la paciencia. Al bajar a la tierra desde lo más alto de los cielos, no desdeñó revestirse de la carne humana, ni cargar con pecados ajenos sin ser pecador. Dejando de lado momentáneamente su inmortalidad, soporta la condición de los mortales, para que los culpables sean salvados por el que es inocente. Es Señor y recibe de su siervo el bautismo. El que otorgaría la remisión de los pecados, acepta para su cuerpo el baño de la regeneración. Siendo el que a todos alimenta, ayuna durante cuarenta días y siente hambre, para que quienes están hambrientos de su palabra y de su gracia, sean saciados con el pan celestial. Lucha con el demonio que le tienta y se contenta con vencer al enemigo, no usando sino de palabras.

No se condujo con sus discípulos como un amo los hace con sus siervos: los amó, lleno de bondad y mansedumbre, con amor fraternal y hasta se dignó lavarles los pies, para que, al ver la conducta del Señor frente a sus siervos, aprendiesen con este ejemplo cuál debía ser la del siervo frente a sus iguales.

No es de admirar que tratase así a los que le eran fieles, cuando soportó a Judas hasta el fin con inacabable paciencia. Nuestro Señor Jesucristo comió con el que era su enemigo, no mostró abiertamente que sabía quién de entre los suyos le era hostil, ni rechazó el beso del traidor.

¡Cuán grande fue la ecuanimidad y la paciencia del Señor para tolerar a los judíos! Por medio de la persuasión trató de llevar a los incrédulos a la fe, favoreció con dones a los ingratos, contestó con mansedumbre a los que le contradecían, soportó con clemencia a los orgullosos, se retiró humildemente cuando le perseguían y hasta el momento de la pasión y crucifixión, trató de reunir a los asesinos de los profetas, siempre rebeldes a Dios.

VII — LA EXTRAORDINARIA PACIENCIA DE CRISTO EN MEDIO DE LOS MAYORES SUFRIMIENTOS

¡CUANTAS palabras injuriosas escuchó nuestro Señor durante su pasión, poco antes de ser inmolado en la cruz! ¡Cuántas invectivas y cuántas burlas, antes de llegar a la crueldad del suplicio y derramar su sangre!

Cristo, que con su saliva había curado hacía poco los ojos de un ciego, recibió salivazos de quienes le insultaban. El Señor de cielos y tierra, en cuyo nombre son ahora azotados, por sus siervos, el demonio y sus ángeles, sufre la flagelación. El que corona a los mártires con flores eternas, es coronado de espinas. Quien da a los

Editorial

STELLA

ESPECIALIZADA EN TEXTOS ESCOLARES. En sus Ediciones se concretizan las experiencias pedagógicas y psicológicas de la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en sus casi trescientos años de vida, nacidas de los sabios principios educacionales del eminente pedagogo San Juan Bautista de La Salle, proclamado por la Santa Iglesia, PATRONO UNIVERSAL DE MAESTROS Y EDUCADORES.

Textos para Enseñanza Primaria y Secundaria: Aritmética, Castellano, Historia, Ciencias Biológicas, Física, Química, Vida Vegetal, Vida Animal, Mineralogía, Francés, Inglés, Geografía, o sea la serie completa para cada curso o año, encontrará en Editorial STELLA

Surtido completo en Misales, libros amenos y para premios, siempre con segura orientación católica.

VIAMONTE 1984
T. E. 48-0346 - Buenos Aires

3 LIBROS QUE NINGUN CATOLICO PUEDE DESCONOCER

EL CARDENAL

de Henry Morton Robinson. La vida dramática de un príncipe de la Iglesia ..... $ 28.—

DON CAMILO

de Giovanni Guareschi. Peripecias entre el cura de una aldea y su rival, el alcalde comunista ..... $ 22.—

LA CONDUCTA EN LA VIDA

de Alexis Carrel. Normas de orientación espiritual para corregir las humanas impresiones ..... $ 16.—

Editorial

Guillermo Kraft Lda.

RECONQUISTA 319

vencedores las verdaderas palmas, es abofeteado. El que reviste a los demás con la túnica de la inmortalidad es despojado de su túnica. A quien nos dió un alimento celestial se le ofrece hiel y al que nos recreó con el cáliz de la salvación se le abreva con vinagre.

El que es inocente y justo, la misma Justicia y la Inocencia misma, es contado entre los malhechores. La Verdad es encubierta por testimonios falsos; el que ha de juzgar es juzgado y el Verbo de Dios silencioso es conducido al suplicio.

Durante la pasión no manifiesta el Señor su majestad divina. Cuando ante la Cruz los astros vacilan, los elementos se conturban y la tierra tiembla; cuando el día se oscurece y el sol esconde sus rayos como quien cierra los ojos para no ver el crimen de los judíos, Cristo no habla ni se mueve; todo lo soporta hasta el fin con constancia y serenidad para que sea consumada en El plenamente la perfecta paciencia.

VIII — LA PACIENCIA DE CRISTO PARA CON SUS ENEMIGOS

DESPUES de todo esto, si los asesinos del Señor se vuelven a El convertidos, los recibe. Paciente y benigno abre a todos las puertas de su Iglesia, para que puedan salvarse. Aún a sus adversarios, a los blasfemos y enemigos de su nombre, si reconocen los crímenes cometidos y hacen penitencia por sus pecados, se los perdona y les concede además el premio del reino celestial. ¿Puede darse mayor prueba de paciencia y benignidad?

Hasta quien derrama la sangre de Cristo es vivificado por ella; tan grande es la paciencia de nuestro Señor; y si así no fuese, no tendría la Iglesia al apóstol Pablo

IX — NUESTRO DEBER ES SEGUIR EL EJEMPLO DE CRISTO

PUES bien, hermanos muy queridos, si nosotros permanecemos en Cristo, si de El nos revestimos y si Cristo es el camino de nuestra salvación, los que seguimos sus saludables huellas debemos imitar sus ejemplos, como lo advierte el apóstol Juan cuando escribe: "Quien dice que permanece en Cristo, debe andar como El anduvo" (9).

El apóstol Pedro, sobre quien se dignó el Señor fundar su Iglesia, dice en una de sus cartas esto mismo: "Cristo padeció por vosotros y os dejó ejemplo para que sigáis sus pasos. El, en quien no hubo pecados y en cuya boca no se halló engaño, ultrajado, no replicaba con injurias, y atormentado, no amenazaba, sino que se entregó al que le juzgaba injustamente" (10).

X — LOS SANTOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO NOS DAN EJEMPLO DE INSIGNE PACIENCIA

VEMOS que tanto los patriarcas y profetas como todos los justos que en el Antiguo Testamento prefiguraban a Cristo, conservaron el mérito de sus virtudes manteniéndose en la paciencia con fuerte e imperturbable ecuanimidad.

Abel, al dar comienzo a los sufrimientos de los justos, no se resiste ni lucha contra el hermano fratricida. Este varón manso y humilde se deja matar sin perder la paciencia, consagrando así el origen del martirio.

Abraham, que creyó a Dios y estableció el fundamento y la raíz de la fe, al ser probado en su hijo obedece al mandato de Dios con la más reverente paciencia, sin dudas ni titubeos.

Isaac, figura de la divina Víctima, conserva la paciencia cuando su padre le ofrece para ser inmolado.

Jacob, arrojado por el hermano de su tierra, sale de ella pacientemente; a su vuelta suplica con mayor paciencia a este impío hermano, que aún le perseguía, y logra la concordia ofreciéndole pacíficos presentes.

José, vendido por sus hermanos y llevado a lejanas tierras, no sólo les perdona pacientemente, sino que además, cuando recurren a él, con generosa clemencia les da gratuitamente el trigo.

El paciente Moisés, que fué con frecuencia despreciado y estuvo a punto de ser lapidado por el pueblo ingrato y pérfido, con toda mansedumbre intercede por él ante el Señor.

¡Cuán grande, admirable y cristiana es la paciencia que brilla en David, de quien procede Cristo según la carne! Más de una vez pudo quitar la vida a Saúl que le perseguía y deseaba matarle; pero no lo hizo, prefiriendo salvar al enemigo que le habían puesto en las manos, antes que devolverle mal por mal, y más tarde hasta vengó su muerte.

En fin, todos los profetas asesinados, honrados con la gloriosa muerte de los mártires, alcanzaron las coronas celestiales por el mérito de la paciencia, porque sin ella es imposible obtener el premio de los dolores y padecimientos.

(1) Is. XXIX, 14.
(2) Colos. II, 8.
(3) I Cor. III, 18.
(4) Ez. XVIII, 32.
(5) Ez. XVIII, 30.
(6) Joel II, 13.
(7) Rom. II, 4-6.
(8) Mat. V, 43-48.
(9) I Juan II, 6.
(10) I Pedr. II, 21-23.

(Continuará)

TRANSCRIPCION

La Iglesia tras la Cortina de Hierro

R. ROUQUETTE

LA Iglesia sostiene, tras la cortina de hierro, el combate tal vez más duro de su historia. El extraordinario peligro que la amenaza no puede compararse sino al de las grandes persecuciones del siglo tercero, esfuerzo supremo del Imperio Romano por destruir el cristianismo aniquilando su jerarquía, persecución temible de la que resultó la apostasía de una parte notable de la cristiandad.

La lucha conducida por las Repúblicas Populares contra la Iglesia es más peligrosa que la persecución de Decio, aunque sea menos sangrienta. No pretende una apostasía ficticia y temporal; su objetivo explícito es formar una generación nueva definitivamente desembarazada de la más pequeña necesidad religiosa.

Este combate de la Iglesia en la Europa Oriental es la última etapa de una lucha tan vieja como el cristianismo.

Una de las grandes novedades de la religión de Cristo en el plano histórico es la de haber introducido frente a la ciudad antigua, donde la religión es sólo una parte de la vida cívica, una sociedad religiosa independiente de la sociedad laica, una sociedad espiritual con fines autónomos.

La ciudad antigua tiende a la divinización del orden terreno. El creerse dioses será siempre una tentación para los Estados. La vocación y el gran aporte del cristianismo consiste en recordar en todo momento que el Estado no es divino, que sus fines no son los últimos, sus decretos no son la regla suprema del bien y el mal, su política no puede sustraerse a la ley moral, que la persona humana, llamada a la vida divina, tiene un destino sobrenatural y ésta jamás puede ser sacrificada en aras del orden terreno.

El movimiento que arrastra a las ciudades terrenas a "ser como los dioses" llega hoy día a su apogeo en los regímenes totalitarios, y especialmente en las Repúblicas comunistas. ¿Por qué? Simplemente, el Comunismo es un materialismo, y, aunque muy vulgar, lógico y consecuente consigo mismo llega hasta sus últimas conclusiones teóricas y prácticas. En cualquier materialismo la religión sólo puede aparecer como una ilusión, o como algo totalmente inútil, en el mejor de los casos. Para un comunista, las malas condiciones económicas y sociales en que vive la sociedad capitalista explican esta ilusión dañina que llamamos religión. El triunfo definitivo de la revolución colectivista disipará automáticamente los sentimientos y necesidades religiosas, juntamente con su causa. Es la ley fatal de la historia.

Por ahora, en esta fase inicial, constructiva del orden comunista, puede tolerarse la ilusión religiosa, con tal de que se limite a un ensueño interior, a un culto, y no obstaculice la creación de una mentalidad materialista colectiva. El Estado ayudará en la sepultura de estos vestigios de edades arcaicas: indirectamente, desarrollando una visión científica, es decir, atea del mundo; directamente, impidiendo a la Iglesia la propagación de su concepto del hombre. En una sociedad profundamente comunizada esta enseñanza espiritual representará un menor peligro. Puede dársele bastante libertad. Pero, si la sociedad no se ha adherido plenamente a la revolución, si no cree en el comunismo hasta considerarlo el bien supremo de la humanidad, la propaganda de la Iglesia será mucho más peligrosa y limitarla todo lo posible será un deber del Estado. En todo caso, procurará evitar los mártires e irritar el fanatismo con una persecución abierta.

El capitalismo es la única causa de la desgracia humana, el único enemigo de la liberación proletaria. Todo lo que retarde esta liberación, y es lo que consigue la liberación espiritualista de la Iglesia, debe ser considerado como puntal del capitalismo, como aliado de los saboteadores de la futura dicha del hombre.

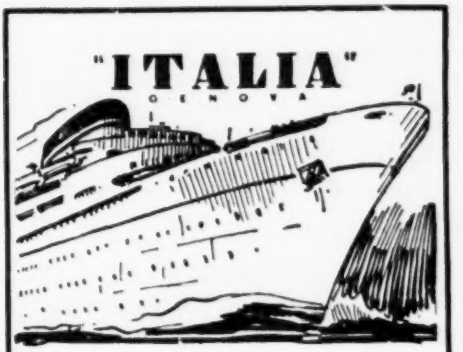
Estos principios tan simples explican las diversas actitudes de los gobiernos soviéticos frente a la Iglesia Rusa Ortodoxa desde 1917 hasta nuestros días. Y no menos la posición religiosa de las Democracias populares desde 1948 adelante.

Es interesante la posición de la Iglesia Rusa. El comunismo no ha tenido antes del 46 oportunidad de ponerse en contacto con otra forma de cristianismo.

La constitución estalinista del 36 sólo tolera la Iglesia bajo condición que se limite a ejercer el culto.

En su artículo 124 promete "libertad de culto religioso" y también "libertad de propaganda antirreligiosa". En cambio, la constitución del 18 reconocía esta misma libertad de propaganda antirreligiosa pero también una libertad teórica de propaganda religiosa.

La Iglesia, reducida al culto, debe abstenerse de juzgar los actos y fines del Estado. La Iglesia Ortodoxa acepta con mayor facilidad que el Catolicismo esta obligación de guardar silencio. Siempre estuvo más o menos regida por el Estado. Nunca se preocupó tanto de la moral individual como el catolicismo. Y mucho menos aún de la moral social. La Iglesia Rusa es más contemplativa. Mientras



Viaje en los famosos
4 Grandes

GIULIO CESARE
CONTE GRANDE
C. BIANCAMANO
AUGUSTUS

CONSULTE A SU AGENTE DE VIAJE O

ITALMAR

CORDOBA 315

puede rezar, arrepentirse de sus pecados y sufrir persecuciones en espera del cielo, cree llenar su ocasión de testigo de Dios.

Es evidente que esta contemplación y expectativa de la vida eterna constituyen la misión de la Iglesia de Cristo. Pero esto no basta. Y hay que repetirlo una y otra vez. Es una gran desgracia que las autoridades rusas no encuentren en su tradición nacional sino una Iglesia que se limita a esperar la otra vida. Toda actividad religiosa que sobrepase al culto y a una espera pasiva de un paraíso ultraterreno les parecerá necesariamente un crimen contra el Estado y un acto atentatorio contra la causa del proletariado.

No son sólo las Repúblicas populares quienes sostienen estos puntos de vista. Observadores bien intencionados nos aseguran que todo marcha a las mil maravillas más allá de la cortina de hierro. Se puede ejercer el culto, libre y públicamente. Hay peregrinaciones. Misas en las plazas públicas y hasta oración obligatoria en algunos cuarteles.

La Iglesia no podrá aceptar jamás esa concepción de la libertad de conciencia. Equivaldría a mutilar su mensaje. Parte de su misión esencial consiste en transmitir, iluminada por el Evangelio, una visión total del hombre y su destino, juzgar si los ideales propuestos por el Estado son o no conformes a la visión cristiana del hombre y proclamar este juicio a todos los vientos.

Podemos hablar de una verdadera y terrible persecución anticristiana más allá de la cortina de hierro. Su violencia data de 1948, el momento en que los gobiernos netamente comunistas se establecieron en Europa Oriental, gracias a la ocupación rusa. Hasta esa fecha el partido comunista debió aceptar la colaboración de otros partidos. Una vez solo en el poder suprimió totalmente el pluralismo ideológico: ninguna minoría que se mantiene en el poder por la fuerza puede tolerar oposición o divergencia. Y los comunistas se encontraron con el catolicismo.

La propaganda totalitaria no es sólo negativa. Encuentra un punto de apoyo en muchos hechos psicológicos e históricos que le proporcionan un verdadero poder de seducción con respecto a ciertos espíritus religiosos.

No cabe duda. El comunismo, a pesar de los sacrificios que impone, despierta en un considerable sector de la juventud la alegría propia del innovar, del crear un paraíso definitivo y puro. Es lo que ellos piensan. Asimilar esta alegría creadora al progreso absoluto, descubrir en ella un síntoma de los divinos designios, ver en el proletariado al único posible agente de este necesario progreso, son deducciones fáciles y tentadoras.

Es más. Los hijos más perspicaces de la civilización burguesa se sienten llenos de remordimientos: el Occidente no puede estar orgulloso del mundo que ha forjado. El materialismo marxista no es sino una lógica consecuencia de la concepción materialista de la vida que funda la civilización industrial. Esta, fundada en la búsqueda de la producción y el interés, se desinteresa demasiado del productor, de sus necesidades humanas, de su dignidad. Si hoy día se preocupa del factor hombre en el trabajo es con miras a un aumento de la producción.

Finalmente, es necesario comprender muy bien un hecho que explica, sin justificarla, la confusión constante entre acción religiosa y propaganda política, sobre la cual se basa la actitud violentamente antirreligiosa de las democracias populares. En esta tierra no viven ángeles sino hombres, por desgracia no todo es puro en la Iglesia, ni siquiera en la Iglesia perseguida.

Es evidente. En la mayoría de los Estados de Europa Oriental el clero disfrutaba antes de la guerra, de una situación social relativamente privilegiada y también de un poder político. Las diferencias sociales eran muy marcadas. La situación del proletariado extraordinariamente mala. El clero era tenido por relativamente rico, y en algunas partes en efecto lo era. Seamos justos. Este clero debía costear obras de caridad y cargar con buena parte de la educación nacional, mucho más descuidada por el Estado de lo que solemos lamentar en nuestro país. Sea de ello lo que fuera. En estas condiciones era fácil a los gobiernos comunistas presentar la resistencia ideológica de la Iglesia como un reflejo defensivo del propietario despojado de sus privilegios.

Además, en estos mismos países, la mayoría del movimiento católico estaba sumamente ligada, antes de la guerra, a la derecha social. Era inevitable que los dirigentes católicos ligaran y confundieran el antiguo orden político-social con las exigencias de la fe católica. Sin embargo, para ser objetivo es necesario reconocer que no fué este el caso de Checoslovaquia, donde el episcopado procuró desde los comienzos cooperar lealmente a la reestructuración social, dentro de las normas de la Iglesia Católica. Precisamente, en Checoslovaquia es donde la persecución ha sido más encarnizada.

Los que han tenido que sufrir por la implantación del nuevo régimen todos sus opositores políticos y sociales se agrupan en torno de la resistencia católica. Esto también explica el furor con que se la ataca. Se la cree amparadora de quienes de ningún modo podrían ser llamados cristianos.

Pero, no nos engañen estas circunstancias accidentales. La lucha de la Iglesia es santa y necesaria, aunque no carezca de manchas. Somos hombres.

Hasta ahora hemos estudiado las causas y leyes de la persecución. Tracemos sus grandes líneas sincrónicas. Y podemos hablar de un sincronismo. Todo parece indicar que un único plan de acción antirreligioso ha sido desarrollado en cada una de las dictaduras comunistas protegidas por Rusia.

1.—**LOS GOBIERNOS POPULARES MANIFIESTAN SU INTENCION DE TOMAR TOTALMENTE A SU CARGO LA EDUCACION DE LA JUVENTUD, PARA FORMARLA SEGUN LA DIALECTICA MATERIALISTA.** Y éste es el principal resorte de la persecución. Desean asegurar de este modo la próxima generación. "No puede permitírsele ni a la Iglesia ni al clero que se acerque a la escuela más de un tiro de cañón, ni permitirle otra influencia en la enseñanza". Son palabras de E. Iaroslavskij, presidente de la liga de ateos militantes de Rusia.

En una pastoral los obispos checoslovacos citan las siguientes palabras del Dr. Nejedly, Ministro de Educación de su Patria: "... También tenemos viejos anacronismos feudales, una vieja educación clerical. Nos debemos esforzar por desembarazarnos de estos anacronismos y por crear un hombre nuevo realmente comunista ..."

Este propósito de formar a la totalidad de la juventud según una ideología exclusivamente marxista es muy notorio en Hungría. El conflicto que culminó con la condenación del cardenal Mindszenty comenzó por la nacionalización de las escuelas. Hasta entonces la mayor parte de la educación había sido impartida por la Iglesia. Nacionalizando la escuela el gobierno tomaba la dirección efectiva de enseñanza. Es cierto que la instrucción religiosa siguió siendo obligatoria en las escuelas nacionalizadas. Pero, no juzguemos desde nuestros puntos de vista ni comparemos los problemas planteados por la escuela marxista con los que presenta entre nosotros la enseñanza laica. Lo importante es lo que el Estado piensa hacer de la enseñanza monopolizada. Las intenciones gubernamentales se van precisando poco a poco. Los cursos de Religión pasan a ser libres. Y esto es muy aceptable. Casi la totalidad de padres de familia opta por la educación religiosa. Pero el Estado húngaro busca modo de hacer ineficaces las clases de Catecismo que debe tolerar. Un decreto de 15 de septiembre del 49 ata a los profesores de Religión: quedan sometidos a un especial y estrecho control del Soviet local. Pueden ser removidos por las autoridades civiles bajo acusación de oponerse al régimen o sus disposiciones (y entre estas últimas algunas están destinadas a crear un cisma). Deben usar el Manual aprobado por el Estado. Fuera de las horas de clase no pueden tener ningún contacto con sus alumnos; no pueden, por ejemplo, acompañarlos a paseo. No pueden dar premios. Ningún castigo puede imponerse a un alumno por faltar a clase de Religión. En estas escuelas, se entiende, toda la enseñanza está inspirada por el materialismo dialéctico y, aun en las ocho escuelas católicas que quedan en Hungría, los textos marxistas son obligatorios.

En Polonia, donde el catolicismo fué durante siglos de ocupación extranjera el vehículo mismo del sentimiento nacional, la situación es menos tensa. La enseñanza fué secularizada, pero la Iglesia pudo conservar un número reducido de establecimientos (Unas 1.300 para 34 millones de habitantes).

Sin embargo en una carta dirigida por el cardenal Primado de Polonia al Presidente de la república a nombre de todo episcopado leemos las siguientes líneas: "... en Polonia ha sido establecido un sistema y programa de educación que no puede aplicarse sin un abandono completo del Evangelio. La educación proporcionada en las escuelas polacas frecuentadas por la juventud católica es materialista en teoría, antirreligiosa y anticristiana en la práctica ..."

Si es esta la situación de Polonia, donde el gobierno aún se ve obligado a tolerar un pluralismo relativamente

heroica

REVISTA MENSUAL PARA LA JUVENTUD

Redacción y Administración

MAIPU 820 - BUENOS AIRES

Suscripción anual:

Argentina y extranjero ..... $ 20.— m/n.

Número suelto ..... „ 2.— „

amplio, podemos imaginar la situación en otros países donde la dictadura comunista es integral.

A fines de mayo del 49 el arzobispo de Praga escribía a su clero: "... todas las obras católicas existentes en librería han sido requisadas y destruídas ..."

La intromisión gubernamental en la enseñanza va tan lejos que en Checoslovaquia los estudios sacerdotales fueron nacionalizados por ley del 14 de julio del 50. El gobierno escoge los profesores, fija programas y controla la admisión. En algún caso ha rechazado hasta el 60 por ciento de los candidatos.

En resumen, los mismos procedimientos usados no hace mucho por el hitlerismo.

2.—PROCURAN CONVENCER A TODO EL MUNDO POR MEDIO DE UNA INSISTENTE PROPAGANDA, DE QUE EL VATICANO DESEA LA GUERRA Y ESTA ALIADO CON LOS ANGLO SAJONES. Es el segundo gran objetivo anti religioso del comunismo. El Papa busca el apoyo de los países capitalistas y favorece su imperialismo para asegurar su propio poder político y económico. No sería otra "la razón que lo mueve a trabar sistemáticamente la felicidad de las democracias populares.

Es muy difícil para un marxista, ciego a toda realidad que no sea política o económica, admitir que una poderosa organización internacional como el catolicismo pretenda fines exclusivamente religiosos. Pero, hay algo más extraño. La Iglesia Rusa Ortodoxa hace suyo, y al parecer de buena fe, este juicio sobre el papado. Una serie de razones históricas y dogmáticas explican esta violenta y dolorosa actitud.

Un ejemplo entre ciento. En abril de 1950 fueron perseguidos y condenados en Praga un grupo de diez superiores de órdenes religiosas. Durante todo el proceso no se les acusó casi de otra cosa sino de su obediencia a la Santa Sede y Jerarquía. Esta fidelidad aparecía como un crimen de alta traición en intolerable sumisión a una potencia política extranjera. Habían actuado conforme a un plan elaborado por el Vaticano destinado a desquiciar la República. Sus relaciones con la nunciatura constituían un crimen imperialista en contra de la Unión Soviética.

3.—DESEAN SEPARAR A LA JERARQUIA DEL BAJO CLERO Y FIELES PRESENTANDO AL EPISCOPADO COMO ARISTOCRACIA ECLESIASTICA AGENTE DE LA POLITICA ASESINA, IMPERIALISTA Y ANTIPOPULAR DEL VATICANO. Tendencia de nota de la política religiosa de las Democracias populares.

De allí los espectaculares procesos contra los obispos, cuajados de calumnias groseras: comercio ilegal de divisas, espionaje en favor de los anglosajones, oposición exclusivamente política al nuevo orden. Y después vienen las sensacionales confesiones de culpabilidad provocadas con el conocido procedimiento ruso del anonadamiento psicológico total. Los hechos son demasiado conocidos: condenación del cardenal Mindszenty el 48, proceso de Monseñor Zela el 50, condenación de Monseñor Grosz el 51, arresto de casi todos los obispos checos, condenación de todos los obispos eslovacos, prisión de todos los rumanos, secuestro y condena sin proceso de Monseñor Beran.

Todas las órdenes religiosas fueron disueltas por el gobierno en Checoslovaquia, Hungría y Rumanía. La mayoría de sus miembros están en campos de concentración.

4.—SE ESPEÑAN POR APARTAR DE ROMA LO MAS POSIBLE AL CLERO Y FIELES. Y éste sería su cuarto objetivo. Casi en todas partes han procurado organizar una Iglesia nacional Cismática, dirigida por el Estado, sometida a su control administrativo e ideológico. La Iglesia rusa sería su modelo y no podría dedicarse sino al culto.

A primero de diciembre del 48 el gobierno de Rumanía decretó la supresión de la Iglesia Católica y el transpaso de sus antiguos fieles a la Iglesia Ortodoxa. Y este decreto fué presentado por la prensa comunista como modelo de libertad religiosa mientras se calificaba de "chantage" la protesta de la Nunciatura apostólica. Algo similar sucedió a la diócesis de Prechov en Checoslavaquia. Es en esta última nación donde los esfuerzos en pro de una separación de Roma han sido más manifiestos. El gobierno comunista, luego de haber afianzado su posición, organizó una A. Católica contraria al episcopado. Por decreto de junio del 49 sometió las cartas pastorales a la censura gubernamental y declaró inválidas todas las sanciones canónicas acordadas "por razones políticas". Se trataba una alusión clara a la excomunión fulminada por la Santa Sede contra los cristianos que ingresaran al partido comunista. En octubre del 49 una ley puso a la Iglesia bajo dependencia del gobierno comunista. Leemos en parte de su artículo séptimo: "Las funciones espirituales (predicación y similares) no pueden ser ejercidas en las iglesias y asociaciones religiosas sino por personas que cuentan con la aprobación gubernamental y que hayan prestado su juramento. El texto del juramento será fijado por decreto del ejecutivo..."

Un breve comunicado oficial anunció un buen día que Monseñor Beran había sido condenado a pagar una multa y a ser desterrado a causa de su actitud negativa frente a las nuevas leyes sobre el régimen eclesiástico. La sentencia emanaba de los "órganos administrativos competentes". La diócesis de Praga fué declarada vacante.

Esta es la situación. No nos engañemos. La prensa comunista de las Democracias Populares presenta la resistencia católica como una agitación política. La razón profunda de esta oposición es muy diversa. La condenación de la Iglesia no atañe al régimen por razón de la ciudad nueva que pretende construir. Se dirige a su inspiración atea, al materialismo que quiere inculcar en la juventud y a los medios que emplea. Un católico no puede aceptar la restricción de la libertad individual más allá de toda medida, el desprecio total de la dignidad humana que implican los procesos de autoacusación, las intervenciones gubernamentales en los problemas internos de la Iglesia ni las trabas opuestas a su apostolado. Y no se diga que esto es política. Pero, el caso de Checoslovaquia no deja lugar a dudas. Sus obispos escribieron en carta colectiva del 15 de junio del 49: "No puede decirse que nos inclinemos delante del capitalismo, ya que sabemos muy bien que una sociedad liberal capitalista está muy lejos de responder a todos los ideales del cristianismo y que el capitalismo ha sido condenado en diversas ocasiones por la Iglesia". Ya hemos visto cómo respondió el partido comunista a esta clara profesión de neutralidad política.

La valiente actitud de la Iglesia no tiene como objeto defender exclusivamente "sus" derechos. Va mucho más allá. Su defensa se extiende a toda la concepción cristiana del hombre. Su derrota implicaría la vuelta a la barbarie.

La misión del cristianismo es hoy, una vez más en la historia, la salvación de todo lo humano, pero también su misma existencia corre grave peligro tras la cortina de hierro. Si las democracias populares llevan a cabo sus designios, si acontecimientos imprevisibles no vienen a cambiar radicalmente la situación de Europa Oriental, en veinte años una nueva generación se levantará. Generación cerrada al cristianismo y ciega para todo lo espiritual, y, si nos atenemos a las probabilidades humanas, esa generación está ya en marcha.

Sin embargo, jamás un Estado logró vencer el dinamismo espiritual de la Iglesia. Es la lección de la Historia. Y la Historia es gran maestra.

(**Etudes**, abril de 1952)

Compañía San Pablo

DE

Fabricación de Azúcar

S. A.

AZUCAR
ALCOHOL

Casa Central

SUIPACHA 552 **Buenos Aires**

REFERENCIAS

TODO LO DEL MUERTO ES BUENO

DECIR que los pequeños somos necrófilos es un lugar común, pero un lugar común no es pequeño testimonio de la verdad. No hablamos mal de los muertos, algo como un temor reverencial vela la expresión peyorativa en cuanto la palabra llega a nuestros labios, y algún motivo siempre difuso hace amanecer el elogio. Mejoramos a los muertos; vamos muchísimo más lejos que aquello de muerto el perro se acabó la rabia; tenemos una irreprimible tendencia a santificarlos; continuamente los beatificamos. "Como decía mi difunto padre"; oímos decir a menudo en una suspirada actitud de veneración quizás redentora, quizá póstuma, quizá... no, no es histriónica, o no simplemente histriónica y en pronto integrando un sistema, concurriendo a él (pero Cecil M. Browra figura con "La poesía en Europa desde todo caso el histrionismo nunca es simple. Seguimos llevándole flores a Carlos Gardel.

Y todo eso es legítimo, pero en esa legitimidad que aquí no se discute, se incluye también la legitimidad de lo que se niega a mirar y ver, de lo que exige el elogio incondicional como único modo de apreciación, sin que interese que corresponda a algo que nunca existió, pues en ese curioso clima de adhesión desaparece lo absurdo tanto como lo desproporcionado. Nos emborracha el sentimentalismo y el ílcor de la necrofilia es uno de los que más eficazmente actúan sobre nuestra cordura. Una o dos vueltas de elogios del difunto acaban por llenarnos los ojos de calor, vuelven nuestra lengua pastosa y nos hacen burbujear todos los recuerdos inflados y esponjosos de la temulencia sentimental.

A los veinticinco años de su muerte Ricardo Güiraldes, querido y admirado, ha constituido un insuperable motivo de ese amor. Nuestras revistas y diarios, nuestras salas de exposición, nuestros conferencistas, y sus amigos, se han ocupado de él. Pienso que algunos habremos visto con temor que el asunto no se limitaría a comentar "Don Segundo Sombra", que es de las pocas novelas argentinas que soportan sin desmedro el volver a recorrerlas una y otra vez. De todos modos así fué no lo dijimos. Empezaron los homenajes y la arqueología de las nunca bien enterradas páginas inéditas. Los versos de "El pájaro blanco", que se obsequiaban en un salón de Florida, los fragmentos publicados en "La Nación", un poema en prosa, "Pampa", aparecido en "Buenos Aires literaria", provienen de recuerdos amistosos capaces de reblandecer la memoria de un hombre que escribió un gran relato y que por autenticidad, por ser hombre de su instante, por proponerse ser idéntico a lo que creía que era entonces, cometió sus otras obras. Es inútil que proyectemos nuestro cariño por "Don Segundo Sombra" sobre sus otros libros, ellos son lo que son y a lo sumo son interesantes como antecedentes del autor que escribió ese relato; es tan inútil como que se intente derivar del hombre que hubiéramos querido conocer y que quisieron sus amigos, calidades para sus páginas. Conformémonos éstos con señalar el afecto que fué capaz de suscitar —y el recuerdo que no se esfuma. Los que no lo conocimos limitémonos a decir que escribió una novela que no ha envejecido. Llevarlo de esa realidad imperfecta pero viva a una perfecta irrealidad, es un homenaje de no distinta especie que el de los aplausos del cerdo para con el oso que bailaba. Nosotros preferimos quedar como la mona. (Como la mona de esa fábula).

DOS LIBROS DE BORGES

CON el título de **Otras Inquisiciones**, Sur ha publicado los ensayos de Jorge Luis Borges, escritos entre 1937 y 1952; de Méjico nos llega **Antiguas Literaturas Germánicas**, llevado a cabo en colaboración con Delia Ingenieros.

Borges es el creador de un lenguaje en nuestro lenguaje; igualmente, es un explorador de las posibilidades literarias del pensamiento; ambas virtudes, que lo constituyen en un ejemplo señero dentro de nuestra literatura, han sido suficientemente dilucidadas. Son indiscutibles, y únicamente el cúmulo de elogios bajo el cual hoy parece verse obligado a debatirse el país en todos los órdenes, justifica las páginas que desde hace varios números dedica Sur, la revista que más ha hecho por nuestra literatura, al ditirambo de ese escritor al cual en la actualidad razonablemente nadie oculta, desdeña ni disminuye. No es creíble que el título de maestro, y una mayúscula en él, ni la continua referencia a un desdén que no se sabe dónde existe, y que si existe es solamente digno de ser respondido con el desdén, ni el estudio de fuentes algo tardías con notorio olvido de otras más próximas en su obra, contribuyan a algo más que el desgano que resulta del empalago o del hastío. Supongo así que a muchos, por pudor, como en mi caso, les resulta casi imposible añadirse a una admiración que sienten, pues su expresión comienza a parecer más un certificado de inteligencia a favor de quienes se expresan que un genuino sentimiento por la obra de un autor. No ataco con esto su autenticidad, no; añado solamente algo que me parece que juega en primer plano, si bien no en el de las palabras.

Otras Inquisiciones resume al Borges de los últimos quince años, una inteligencia que en el plano del razonamiento intenta inventar y que razona en él de lo inventivo, de manera que razonamiento e invención se irisan, infiltran y permutan a lo largo de todas sus páginas. Llamar ensayo o llamar relato a una página de Borges es incurrir en un equívoco necesario que tratamos de evitar con estos párrafos. Aclarado lo cual, este libro acoge una antología de sus ensayos. Pero entre un libro de Borges, una selección de Borges, la obra de Borges y unas líneas de Borges no existe ninguna diferencia fundamental: en cada caso se está ante un acto antológico. Ahora bien, es evidente que toda labor de creación es antológica, pero lo que interesa es ¿hasta dónde debe serlo? No con seguridad hasta la mutilación del autor ni la reducción del problema que encara. Cada lector es ya una antología del autor, y su labor de antólogo es quizá más legítima que la de él. Y eso ocurre porque en realidad ningún lector lee; en mayor o menor proporción todo escrito es un espejo fluctuante que el lector sigue contemplando mientras alcanza a ver el reflejo de su propia cara. Sólo el crítico pierde ese derecho y el que lleva a cabo ensayos no puede hacerlo para encontrarse en los objetos de su investigación, pues ya previamente ha elegido a sus autores y con ello concluyó su antología. Debe, como el traductor, ser una lente que permita verlos en sus recónditos detalles. ¿Ocurre esto en Borges? Es evidente que no; es evidente que encontramos que los autores se convierten en motivos de Borges. Es evidente al mismo tiempo que ni siquiera podemos hacer nuestra antología de Borges, todo él es su antología. Esto ha ido ocurriendo de más en más y el encanto ineludible de Borges comienza a definirse como su limitación, pues, si pensamos un poco más, probablemente hayamos de admitir que lo que este autor dice sobre cualquier cosa queda dicho para que una cualquiera y todas lo digan

PARA SEGUROS DE TRANSPORTES (marítimos, fluviales, aéreos y terrestres) consulte a

"LA PATAGONIA"

Compañía Argentina de Seguros, S. A.

Avda. de Mayo 560 T. E. 34 - 2895

Gerente

Dr. Carlos Perez Companc

En formación:

Incendio, Accidentes del Trabajo y Personales, Automóviles y Cristales

de este autor. Si hace una antología, será en definitiva una antología de Borges tomado por los fragmentos de los distintos autores que figuran en ella. Si nos habla de autores nos hablará de autores que nos hablan de él. Así cuando nos habla de los precursores de Kafka, cuando nos dice que determinadas frases de determinados autores, cada uno alejado de los demás, frases de Browning, Bloy, Kierkegaard y Lord Dunsany, estaban dispersas e inconexas hasta que al aparecer Kafka se vieron de pronto integrando un sistema, concurriendo a él (pero esto sólo lo supimos luego de que al aparecer este escritor ellas se cargaron con su verdadero sentido) en realidad, el autor nos está hablando de los precursores de Borges. No solamente esos, sino todos los otros que figuran en el libro y que muestran inesperadamente facetas que son de él.

Otras Inquisiciones comprende ensayos sobre Pascal, Coleridge, Carriego, Chesterton, Oscar Wilde, Kafka, el tiempo, Bernard Shaw, los postulados de Zenón de Elea, el emperador chino que quemó todos los libros y ordenó la erección de la muralla china, etc.

Antiguas Literaturas Germánicas, en cambio, es una historia somera, parcial y asombrosa de las literaturas nórdicas, desde sus orígenes, a mediados del siglo IV, hasta 1066, año de la conquista de Inglaterra por los normandos.

En sus comentarios y en la narración de lo histórico Borges continúa siendo el admirable creador de un lenguaje despojado casi de todo color, reducido a la línea escueta del pensamiento, que ha señalado uno de los polos en las posibilidades de la lengua que hablamos; continúa, también, siendo el pensador con cuyos motivos diferimos siempre.

Es un libro que aprisiona la atención y atrae aun a aquél que está lejos de interesarle la historia literaria; los frecuentes ejemplos, además, le dan en buena parte carácter de texto.

DIOGENES

EL primer número de esta revista trimestral, publicada bajo los auspicios del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas, y con el concurso de la Unesco, apareció en el mes de octubre último. Señala en su introducción que las teorías llegan en general al público no especializado con un retardo tal que una cualquiera "comienza a tener influencia cuando ya ha cesado de tener validez". DIOGENES, de la cual aparecen simultáneamente cuatro ediciones paralelas en español, francés, inglés y alemán, intenta remediar ese atraso. Su primer número incluye los nombres de Emile Benveniste, Karl Jaspers, Gilbert Murray, Jean Piaget, Cecil M. Browra y Darsie R. Gillie, como articulistas; una segunda sección intitulada **Panoramas** y **Acotaciones** aporta los de Alf Sommerfelt y John Nef; finalmente, cierran el número notas de E. Noulet, Louis Renou, E. Falck, G. Coedès y Louis Grodecki. Su Redactor en Jefe es Roger Caillois, viejo conocido de Buenos Aires.

Cecil M. Browra figura con "La poesía en Europa desde 1900 hasta 1950"; es un espléndido ensayo, tranquilo y caudaloso, cuyo detalle puede resultar discutible, pero cuyas grandes líneas se imponen por su evidencia y la luminosidad de su fraseo. Divide el período en otros dos, el primero que concluye allá por el año 30, y es el de los simbolistas; el segundo cuyo apogeo se inicia entonces es el de los modernistas; el primero se apoya en la música, el segundo en lo visual. En veinte páginas, con muy pocas citas de poemas, logra transmitir una verdadera sinopsis de ese medio siglo. El procedimiento recuerdo el de De Sanctis, al hacer su Historia de la Literatura Italiana casi sin nombres y con menos transcripciones.

Emile Benveniste publica un interesantísimo artículo sobre el lenguaje de las abejas, o lo que se ha dado en llamar así, "Comunicación animal y lenguaje humano", en el que expone las experiencias de Karl von Frisch dadas a conocer en 1948. Según ellas cuando una abeja liba en una flor, regresa a la colmena y logra avisar a las otras de la existencia de tal alimento, a raíz de lo cual éstas se dirigen a ella. Realiza para comunicarlo una danza en forma de circunferencia, si es que el alimento está a menos de cien metros de la colmena, o bien otra en ocho, si se encuentra a más de cien metros y menos de seis kilómetros. El eje que parte en dos los ojos del ocho señala con relación al sol el ángulo dentro del cual se encuentra la flor. La distancia viene indicada por el número de ochos y es tanto menor cuanto mayor es el número de éstos.

Afortunadamente, el artículo concluye refirmándonos que el lenguaje es patrimonio exclusivo del hombre; la seriedad de su afirmación no deja de ser un poco estremecedora. "El conjunto de estas observaciones muestra la diferencia esencial entre los procedimientos de comunicación descubiertos entre las abejas y nuestro lenguaje. Esta diferencia se resume en el término que nos parece más apropiado para definir el modo de comunicación empleado por las abejas: no es un lenguaje, sino un código de señales". ¡Gracias a Dios!... Creo que todos habremos suspirado al saberlo, viendo esfumarse algún posible neo-darwinismo que hiciera descender de un tronco común, y de una digestión común, la palabra de nuestros poetas y las de los zánganos.

El artículo de Jaspers, "Libertad y autoridad" contiene párrafos como éste: "La libertad no tiene contenido sino en virtud de la autoridad a la cual obedece. La autoridad no es verdadera más que si despierta la libertad. Y, sin embargo, libertad y autoridad van juntas. Ninguna de ambas se torna más verdadera, más pura, más profunda, que yendo con la otra. No se oponen más que cuando la libertad se convierte en lo arbitrario, y la autoridad en violencia. Las dos pierden su esencia en proporción directa a su oposición. El individuo solo, sin autoridad, perdido en lo arbitrario, ya no sabe donde está su deber. La autoridad sin libertad hace que la fuerza degenere en terror".

Otros párrafos no son tan decisivos, sea por la nebulosidad nórdica que nunca dejará en paz a determinados germanos, o tal vez, por razones de traducción.

¿Qué decir de una revista como ésta? La calidad de sus colaboradores escapa a toda discusión, su tono es sereno aun en las discrepancias, su lección magistral, y sus propósitos son de verdadero humanismo.

Mario Betanzos

TEATRO - CINE

EL AÑO 1952 Puestos a buscar un adjetivo que pudiera calificar la categoría artística de lo exhibido en el año que termina, tendría forzosamente aquél que hallarse entre los desfavorables. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a la producción nacional, pues con la excepción de **Este camino difícil** no hemos visto obras que merezcan no ya el entusiasmo, sino mucho más que serias reservas.

Probablemente el detalle más positivo de la temporada lo haya dado la labor seria de algunos teatros independientes, que en los últimos años han mejorado notablemente su jerarquía y pueden ya compararse, sin mayor desmedro, con los profesionales. Los progresos de la llamada escena vocacional no deben ser sobre estimados ni deducirse de ellos que en la Argentina teatral ha vuelto a amanecer, pero es indudable que el aporte de algunos artistas profesionales —sobre todo en las escenografías— y la responsabilidad con que han encarado su labor ha hecho que el público —que hasta ahora se mostraba poco propenso a dispensar su apoyo— y la crítica —que por lo general no la tomaba en cuenta— sean atraídos a sus espectáculos. En tercer lugar —y muy subsidiariamente— se puede anotar como causa del interés por el teatro independiente la relativa calidad de las funciones ofrecidas por los profesionales, que ha hecho que el público amante de la literatura dramática busque nuevos aires. No obstante, preferimos creer que este motivo no ha sido muy importante y que la atracción de los aficionados deriva de sí mismos y no de la repulsa a los que no lo son.

Indudablemente, el rasgo principal de la temporada ha sido la preferencia que hacia Jean Anouilh han demostrado los elencos más importantes. En el número anterior hicimos algunas consideraciones respecto a este fenómeno que en sí es positivo, pues revela evidente buen gusto, en general. Nos remitimos a lo allí dicho y destacamos aquí que gracias al éxito de una de sus obras —**Jezabel**— se ha ganado para la escena profesional un nuevo teatro, el Lasalle, que de salón de bailes organizados por un centro espiritista ha ido convirtiéndose en local de élite. A nuestro juicio, el suceso tenido por **Jezabel** no se justifica, pues es una obra demasiado desagradable en que no despunta todavía el talento de su autor. No obstante ello, el público acudió en masa a sus representaciones y aplaudió delirantemente una actuación muy meritoria de Ana Lasalle, que sólo puede haber entusiasmado a quienes no están acostumbrados a ver buen teatro. Mucho nos tememos que como en el caso de Alba Mugica en **Las Furias** cunda la superstición de que con su trabajo en **Jezabel** Ana Lasalle se ha consagrado indiscutidamente para siempre. Sería ello una nueva muestra de superficialidad de un público demasiado voluble para que puedan tomarse al pie de la letra sus opiniones.

Sobre **La salvaje** hablamos en lugar aparte, y esta demasiado fresca nuestra crítica sobre **Euridice** para repetir conceptos. Anotemos solamente que esta fué sacada de cartel tras un cortísimo número de representaciones, sanción muy merecida ante el pésimo trabajo interpretativo de Esteban Serrador, que a los 45 años de edad podría haber corregido su amaneramiento y encarado la posibilidad de interpretar papeles sin nostalgias de adolescencia.

Antígona llevó al Instituto de Arte Moderno a un público que no tenía mayor idea de que existiera tal organismo y el o fué por la propaganda de boca en boca en torno a la obra y al trabajo de Mercedes Sombra, como protagonista. El drama es excelente, pero mucho nos tememos que haya sido la exageración musa inspiradora de más de un bienintencionado comentario porque la dirección de D'Aversa (**Mi divina pobreza**) fué floja.

Una de las sensaciones de la temporada debió haber sido **Un tranvía llamado Deseo**, pero el director Mottura —por razones que él ha de conocer mejor que nosotros— consideró que podía colaborar con Tennessee Williams y agregar pasajes de su cosecha por un lado, suprimiendo otros de la cosecha del autor al mismo tiempo. El resultado fué un mamarracho en el que no se sabía qué admirar más, si la audacia del director o la de la protagonista al interpretar un papel exageradamente superior a sus fuerzas sin la menor comprensión de la obra. Ello fué doblemente lamentable porque el grueso del público quedó sin saber cómo era la tragedia del autor de **El zoo de cristal**.

El elenco oficial del Teatro Nacional Cervantes inició su temporada con una comedia asainetada de Insausti y Malfatti, representando luego **Seis personajes en busca de autor**, de Pirandello. Sobre esta última hablamos en lugar aparte. Sólo nos resta lamentar el poco tino con que se encaran las representaciones del que debería ser el principal coliseo del país. En primer lugar, con todos los respetos que nos merece el Sr. Alberto Vaccarezza como autor de sainetes de éxito que han significado mucho en la historia del teatro nacional, no estamos muy seguros de que sea la persona más indicada para dirigir el Cervantes. Esto requiere vastísima cultura, una mirada muy alerta hacia lo que ocurre en el mundo en materia teatral, conocimiento de las obras y una inquietud espiritual que —por lo menos en sus obras— no ha demostrado el fértil autor de **El conventillo de la Paloma**. En segundo término, el elenco es muy malo. Con la excepción de Fanny Navarro —actriz que está esperando el director que la oriente y le escoja el repertorio apropiado para sus evidentes dotes de actriz joven, dinámica y con "ángel"— y alguna otra figura, los demás integrantes del Cervantes están en el escenario como perro en cancha de bochas. Y por último, es indispensable que se contraten directores que sepan su oficio. De lo contrario suceden cosas como **Seis personajes en busca de autor**. Creemos que la crítica es la principal colaboradora del teatro. De ahí que le regalemos una idea al Dr. Ignacio Pirovano, flamante presidente de la Comisión Nacional de Cultura: ¿por qué no contratar para el año próximo a Antonio Cunill Cabanellas como director del elenco, a Enrique Muiño como primer actor y con Fanny Navarro, Miguel Faust Rocha, Arturo García Buhr, Orestes Caviglia, Marcelo Ruggero, Diana Maggi, Iris Marga, Rosa Rosen, Tita Merello y otras figuras de pareja categoría en los prin-

En "LA VICTORIA" EL MEJOR ALMACEN DE LA REPUBLICA

ENCONTRARA PARA LAS FIESTAS DE NAVIDAD, AÑO NUEVO Y REYES LOS MEJORES ARTICULOS PARA SU HOGAR Y REGALOS CLASICOS

RIVADAVIA 702 esq. Chacabuco hasta Avda. de Mayo 703 — Bs. As.

cipales papeles hacer una antología del sainete? De cualquier manera, si no se cambian los artistas del Cervantes, se corre el riesgo de no exhibir ante el público un panorama de lo que debe ser el teatro argentino actual.

Y lo mismo sucede con el Teatro Municipal de la Ciudad de Buenos Aires. D. Julio César Traversa tampoco **es the rigth man in the right place**. Y mucho menos Eduardo Cuitiño. En tren de regalar ideas, sugerimos al Sr. Intendente Municipal que reúna a los críticos de teatro de Buenos Aires y se asesore con ellos para reemplazar figuras y escoger repertorio para 1953.

Prosiguiendo con la temporada que toca a su fin, es necesario que nos detengamos en el fenómeno Luis Sandrini, que con **Cuando los duendes cazan perdices** batió el record de permanencia en el cartel, y también el de recaudaciones con cuatro años y diez millones de pesos respectivamente. Ante tan pingües resultados, ya podemos los periodistas especializados poner el grito en el cielo en nombre de lo que sea. Sandrini y el empresario Gallo podrán contestarnos con Jouvet (nunca faltará algún bienintencionado que los entere de su existencia) que lo principal en el teatro es el éxito.

Y hablando de fenómenos, hemos de registrar también el de Tita Merello con **Hombres en mi vida**, de Eduardo Pappo. La obra es de una cursilería irremediable y acude a la más granada gama de recursos melodramáticos que suelen encontrarse en los tangos más tristes para emocionar al espectador de exigencias menguadas. Sin embargo, el público ha formado largas filas frente a la boletería del Smart, esperando a veces horas para poder adquirir el pase a este horror. Los cronistas de las revistas radiales han comparado a la Sra. Merello con las actrices más grandes del mundo, olvidando: a) que no se puede comparar a nadie con lo que no se conoce; b) que una actriz monocorde estará siempre en desventaja; c) que no bastan el desparpajo y la soltura escénica para hacer a una intérprete. Pero... también aquí podrán Pappo y su primera actriz hacerse traducir por Viñoly Barreto el principio del quinto capítulo de **Réflexions du comédien**, de Jouvet: "Il n'y a pas, au théatre, des problèmes, il n'y en a qu'un: c'est le probleme du succès. Il n'y a pas de théatre sans succès" y sonreír mefistofélicamente mientras cuentan billetes.

Quien no ha podido dedicarse a la tarea de depositar en el Banco los réditos obtenidos con su teatro ha sido el empresario del Patagonia, que a su vez también batió un record al venderse en una de las funciones de la temporada una sola platea en boletería. Esta tremenda sanción contra el autor Roberto Vagni, de quien se exhibió **La verdad eres tú**, había de fino olfato popular. Terminadas las representaciones de este fracaso artístico y económico, ni la maga Zulaika, ni una compañía de espectáculos musicales que no atrajo a nadie en el Argentino con **Ay gallega, qué me has hecho**, ni el empeñoso Miguel Tilli Bebán con su versión de la **Judith** de Hebbel han logrado que cambien los vientos en el flamante teatro de la calle Paraná.

En el Buenos Aires, la compañía Rosa Rosen-Guillermo Battaglia dió a conocer **Rostro perdido**, de Eichelbaum, obra de segunda categoría que defraudó a los que no son admiradores incondicionales del autor de **Un guapo del 900**. Más tarde, durante la temporada oficial Olinda Bozán despertó algunas carcajadas en auditorios primitivos, pero no las suficientes como para quedar muy satisfecha. El público ya está cansado de que le repitan la misma receta en los sainetes.

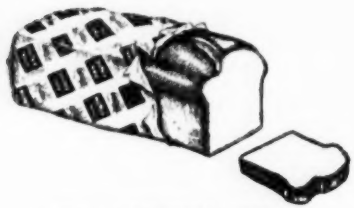
Y en este último sentido es grato señalar que 1952 ha constituído el año en que el público volvió definitivamente la espalda a Luis Arata, que hizo en el Liceo una campaña desastrosa desde el punto de vista financiero y artístico. Este actor que en su momento despertó el aplauso de Pirandello por su interpretación de **El gorro de cascabeles** y la mención principal de esta página por su trabajo en **El anticuario**, no ha sabido seguir una conducta teatral perseverante y ha llegado a la decadencia absoluta. El la ha buscado: hágase su voluntad.

La compañía Vehil-Serrador inauguró la temporada del Politeama con **Siete gritos en el mar**, de Alejandro Casona, obra cuya crítica motivó un cambio de cartas entre su distinguido autor y nosotros. Lógicamente, a aquél debemos referir al lector, recordando solamente que sobre cualquier discrepancia que pueda existir con el autor de **Otra vez el diablo** queda en vigencia una frase de nuestro comentario original: Casona no podría escribir mal ni de intento. La escenografía de Gori Muñoz quedó como una de las más notables de la temporada.

En el Cómico, tras **De la chacra al palacete, bien casada y con billetes**, de Zicla, que dentro del panorama del sainete contemporáneo reveló cierta gracia no demasiado tosca, se presentó el matrimonio Amelia Bence-Alberto Closas con **La lámpara encendida**, de Eduardo Borrás. Es una lástima que un actor de calidad como Closas haya acep-

PAN LACTAL

MARCA REGISTRADA



EL ALIMENTO IDEAL
DE GRANDES Y CHICOS

Exclusividad de P. A.

Solicítelo a los Concesionarios de la

Panificación Argentina

CANALEJAS 753 T E 60 - 1000

tado una comedia tan floja, y que el director Ibáñez Menta no haya sabido pulir algo mejor a Amelia Bence, que hasta ahora no ha repetido en teatro sus buenas interpretaciones cinematográficas. Evidentemente, este binomio necesita obra y director si no quiere esfumarse a breve plazo. Que no se olvide el ejemplo de Delia Garcés, que intentó hacer comedias y por faltarle un director que le señalara sus carencias, hubo de refugiarse en la opereta, ante el fracaso en el primer género. Desde estas columnas sefialamos a la Sra. Garcés todos sus defectos y sólo logramos que los que dirigían su carrera se enojaran. Que no pase lo mismo con Amelia Bence, que está siendo presentada con muy poco acierto.

El acontecimiento más notable de la temporada fué, sin lugar a dudas, la visita de la Comédie-Francaise. El elenco vino completo, con decorados y trajes originales, pero su repertorio dejó mucho que desear. Debutó con **Le bourgeois gentilhomme** que mostró una serie de carencias que nos desconcertaron bastante, sobre todo en lo referente a la dirección. **Más tarde, La Reine Morte**, de Montherlant, nos pareció una obra pesada; **Les temps difficiles**, de Bourdet, no justificó su inclusión en una temporada de la importancia de ésta, y **Le mariage de Figaro** nos dejó bastante escépticos respecto a la calidad de los comediantes de la casa de Molière. Dos espectáculos poéticos completaron un repertorio en el que se escamoteó **Les fiancés du Havre**, de Salacrou. De toda la temporada, lo que más nos impresionó fué la dirección de Robert Manuel en **On ne saurait penser a tout**, de Musset, y la actuación de Jacques Charon en esta misma pieza.

En el Liceo, fenecida la temporada Arata, se estrenó **Delito frente al mar**, de Arturo Cerretani, de trama endeble y factura anémica. No tuvo éxito. Señaló el retorno de Eva Franco a la lid escénica, pero su papel no tuvo la importancia necesaria como para un juicio serio sobre sus actuales posibilidades.

El ballet de Pilar López, excelente, sucedió en el Avenida a la temporada de zarzuela que a Luis Sagi-Vela tuvo por atracción máxima. Es innegable que este teatro ha seguido una inteligente política al presentar espectáculo de calidad indudable.

En el Instituto de Arte Moderno **Poof** sucedió a **Antígona**. La obra tiene un primer acto muy divertido y un segundo que no está a la altura de aquél. Sin embargo, el espectáculo fué de jerarquía, sobre todo por la escenografía realmente estupenda de Saulo Benavente y la muy buena dirección de Marcelo Lavalle. En un papel de los llamados "de reparto", Julio de Grazia reveló condiciones que no dudamos lo llevarán muy lejos si persevera en el estudio serio de su oficio.

Lola Membrives alternó **Bodas de sangre** con el último estreno de Benavente, **El lebrel del cielo**, que duró en la cartelera lo que un lirio; **Paca Almuzara**, de Pemán, que nada agregó a la mediana labor de su autor; **Las tres perfectas casadas**, que no es lo mejor de Casona, y una comedia intrascendente de Alcira Olivié. Evidentemente, esta actriz debería encarar menesteres un poco más ambiciosos que aquéllos que parecerían conformarla por ahora.

En el Ateneo, Pondal Ríos y Olivari cobraron algunos pesos de derechos de autor con **Las lágrimas también se secan**, estrenándose luego una obra de Pagano. En E. Nacional siguió **F. B.** con muy buenas recaudaciones pero muy mala calidad. Florencio Charmiello completó este año las mil representaciones de **Qué noche de casamiento**, de Pelay, en el Variedades, y una compañía encabezada por Oscar Villa y Totón Podestá tuvo que suspender sus representaciones en el Corrientes, pues parece que lo mejor que tenía **De apuro en una semana, se casó con la gitana**, era el título. En el Soleil hubo grand-guignol en enero y opereta hebrea más tarde, destacándose en esta última Lilian Lux. También hubo comedias musicales israelitas en el Corrientes, en las que intervino Golde Flami; y el Marconi desarrolló su habitual temporada de ópera italiana bajo la batuta del esforzado Giovanni Quaranta. El Teatro del Pueblo continúa con su buena voluntad y sus malos artistas en su sótano de la Diagonal Norte y en cuanto a las compañías de revistas, también está demasiado fresco nuestro comentario como para volver a ocuparnos de ellas. Hemos de lamentar el no haber podido asistir a **Celos del aire** en el Empire, lamento que sería hipócrita si lo extendiéramos a nuestra ausencia de **Mi suegra es una fiera** en el Apolo o **Ladroncito de mi alma** y **La tía de Carlos** en el Grand Splendid. Angel Magaña encabezó compañía en el Versailles con éxito relativo y hubo también aquí una breve temporada de teatro francés independiente a cargo de un grupo de aficionados dirigidos por la señora de Garma, que mareados por el éxito tenido el año pasado cobraron precios ridículos por una platea.

En cuanto a los auténticos independientes, hay que elogiar ante todo al Teatro de Arquitectura que presentó una ajustada versión de **Orfeo** y de **Antígona** de Cocteau, bajo la inteligente dirección de Jorge Petraglia y estupendos trajes de Leal Rey. El teatro de la Facultad de Derecho, bajo la dirección de Antonio Cunill Cabanellas, ofreció **Las tres caras de Venus**, de Leopoldo Marechal, divertida pero intrascendente. Teatro Estudio no pudo salvar el difícil escollo de **La bella del bosque**, de Supervielle y un elenco llamado Teatro Universitario tampoco logró transmitir el encanto de **El bosque encantado**, de Barrie, sobre todo por deficiencias directrices. Francisco Silva presentó un lamentable "Cuarteto" y La Máscara, a la que no pudimos ver, dió **Los hermanos Karamazof**.

Hubo en Buenos Aires algunas atracciones internacionales entre las que destacaremos sobre todo a la orquesta de Dámaso Pérez Prado, excelente en su primitivismo, y cuyo director nos pareció sumamente inteligente y muy compenetrado con el sentido de su música. Josefina Baker alternó las tablas con la cátedra, pero esto último corresponde a otras secciones de la revista ya que nosotros no nos creemos lo suficiente cultos como para intentar una glosa. Los equilibristas alemanes del Obelisco nos parecieron sencillamente extraordinarios y en cuanto a los fakires, ayunadores y Alfredo Servidio, que batió el record mundial de ejecución al piano con 240 horas seguidas, aun cuando por su categoría de espectáculo deberían entrar en esta página, hemos de confesar que no pudieron ser valorados por nosotros por falta de tiempo.

SANTIAGO del ESTERO

La mejor estación climática invernal de la Argentina

TERMAS de RIO HONDO

RESUMEN DE 1952

TEATRO

Lo mejor
ANTIGONA (Anouilh)
Cuadro de honor
ESE CAMINO DIFICIL
El mejor actor
JACQUES CHARON (**On ne saurait penser a tout**)
Cuadro de honor
FERNANDO LABAT (**Euridice**)
JULIO DE GRAZIA (**Poof**)
DUILIO MARCIO (**Las tres caras de Venus**)
La mejor actriz
YVONNE GADEAU (**On ne saurait penser a tout**)
Cuadro de honor
SUSANA MARA (**Las tres caras de Venus**)
El mejor director
ANTONIO CUNILL CABANELLAS (**Las tres caras de Venus**)
Cuadro de honor
ROBERT MANUEL (**On ne saurait penser a tout**)
MARCELO LAVALLE (**Poof**)
La mejor escenografia
SAULO BENAVENTE (**Poof**)
Cuadro de honor
ROLAND OUDOT (**La reine morte**)
El mejor vestuario
LEAL REY **Antigona** (Cocteau) y **Edipo Rey** (Cocteau)
Cuadro de honor
ROLAND OUDOT (**La reine morte**)
Lo peor
HOMBRES EN MI VIDA (Eduardo Pappo)

CINE

Lo mejor
EL PRECIO DE UNA VIDA y BALADA BERLINESA
Cuadro de honor
HAMLET
LOS OCHO SENTENCIADOS
CYRANO DE BERGERAC
SIETE VIAJES
LA CENICIENTA
AMBICIONES DE MATAN
DOMINGO DE VERANO
El mejor actor
JOSE FERRER (**Cyrano de Bergerac**)
Cuadro de honor
SAM WANAWAKER (**El precio de una vida**)
LAURENCE OLIVIER (**Hamlet**)
DENNIS PRICE (**Los ocho sentenciados**)
ALEC GUINNESS (**Los ocho sentenciados**)
MONTGOMERY CLIFT (**Ambiciones que matan**)
MICHEL AUCLAIR (**Manon**)
La mejor actriz
LEA PADOVANI (**El precio de una vida**)
Cuadro de honor
SHELLEY WINTERS (**Ambiciones que matan**)
BETTE DAVIS (**La malvada**)
El mejor director
R. STEMMLE y E. DMYTRYCK (**Balada berlinesa** y **El precio de una vida**)
Cuadro de honor
GEORGE STEVENS (**Ambiciones que matan**)
LEO POPKIN y RUSSELL ROUSE (**El pozo de la angustia**)
LAURENCE OLIVIER (**Hamlet**)
HELMUT KAUTNER (**Siete viajes**)
ANDRE CLEMENT (**Los malditos**)
La mejor música
DIMITRI TIOMKIN (**El pozo de la angustia**)
Cuadro de honor
WILLIAM WALTON (**Hamlet**)
MIKLOS ROSZA (**Mientras la ciudad duerme**)
La mejor película argentina
EL TUNEL (León Klimovsky)

CONFERENCIAS DE ANA ITELMAN

Con el propósito de acercar al público a la comprensión del arte moderno, la bailarina y coreógrafa Ana Itelman dió un curso de conferencias en el Instituto de Arte Moderno, las que fueron ilustradas por Margot Guerrero y Estela Maris.

Digamos ante todo que nos parece interesantisimo que una artista culta y enamorada de su medio de expresión, al sentir que éste no es del todo comprendido por los auditorios, salga a la palestra y se esfuerce por explicar cabalmente cuál es el sentido de su labor. Estamos demasiado acostumbrados en nuestro ambiente a la respuesta irónica o el encogimiento de hombros ante sinceras interrogaciones respecto al modo de ciertas manifestaciones modernas, para no considerar todo un acontecimiento este ciclo.

La Sra. Itelman trató, ante todo, de la ubicación de la danza contemporánea —evitó cuidadosamente la palabra **moderna**— dentro del arte, ejemplificando sus conceptos con el baile, por parte de sus alumnas arriba nombradas, de cuatro composiciones de aquella tendencia. El ciclo se inició de la manera más directa posible, al presentarse ante un auditorio en cierto modo desprevenido una danza con coreografía y vestuario de indiscutible actualidad contemporánea. El título de la conferencia era: "El hombre de nuestro tiempo y su enemigo, el artista". Hemos de confesar que como principio nos pareció sumamente valiente la actitud de la Sra. Itelman, ya que ubicó al público dentro de un clima que, para los no iniciados, resultaba en cierto modo exótico. En vez de ir avanzando paulatinamente en la introducción de la danza contemporánea comenzando por lo más accesible, prefirió el descenso abrupto en el corazón de la inexplorada comarca.

Luego danzaron Margot Guerrero y Estela Maris otra danza para teatro y una para concierto, estando a cargo de la última —como solista— la Sarabanda de J. S. Bach en su calidad de danza para concierto.

A continuación se presentó la conferencista, quien comenzó diciendo que en la última sesión volverían a bailarse las mismas danzas, para que el público pudiera apreciar la diferencia en la reacción entre un primer contacto con ellas y otro posterior. La idea nos pareció interesantisima, porque entre otras cosas permitiría constatar el provecho recibido del curso. De inmediato, afirmó la Sra. Itelman: "Tomar la danza contemporánea aisladamente sería errado. Quiero, por sobre todo, hacerla participar de la vida de todos ustedes. Para eso necesito puntualizar algunos hechos que seguramente me pondrán ante ustedes, en un completo acuerdo o en un total desacuerdo".

Tal afirmación nos pareció sumamente arriesgada. Es prácticamente imposible esa aquiescencia o repudio total ante una experiencia un tanto superficial, ya que en cuatro sesiones puede uno formarse cierta idea sobre una disciplina, pero no lo suficientemente profunda como pa-

ra embarcarse en una tendencia o huir del muelle. Todo dogmatismo en cuestión artística es peligroso.

Luego la conferenciata dió un esquema de su plan de acción: hablar del desencuentro del público con el artista contemporáneo y sus obras, analizando en qué consiste esa separación, señalar las causas que lo determinan y ayudar a combatir ese fenómeno.

Con ese objeto habló del maquinismo y la deshumanización que trajo consigo, señalando las reacciones exageradas que se produjeron al constatarse este fenómeno. Definió luego el gusto como a un sentido particularmente educable, y dijo que para que sea una sensación espontánea hay que comenzar por instalarlo en las casas. Criticó la tendencia a usar muebles de otras épocas a los que calificó de "pasivos porque sus formas son caducas". "Los podremos admirar por su belleza —expresó— pero nunca podrán servirnos activamente porque responden a otras concepciones de vida y sus diseños han dejado las necesidades de generaciones muy distintas de las nuestras". Luego, propugnó la contemplación de la belleza en cualquier forma como medio de integrar el sentido estético dentro de la sociedad, y abogó por la educación del público. Protestó contra lo tradicional en materia de gustos, diciendo que se han impuesto algunos determinados por la fuerza de la costumbre, cuya génesis criticó. Describió la situación del niño como en pugna al principio contra su espontaneidad estética, mas aceptando luego los hechos consumados ante la hostilidad circundante. Defendió con vehemencia el derecho infantil a proyectarse en obras puras, sin desviaciones por parte de los mayores y echó la culpa de la incomprensión del arte moderno a la mala educación del público.

La segunda conferencia tuvo como título "La danza clásica y su mito funesto" y fué una crítica acerba contra la danza clásica a la que trató de anti-natural y desmenuzó comenzando por el vestuario, siguiendo por las zapatillas de punta y terminando por los movimientos. Fué su exposición asaz vehemente y contrapuso los pasos de aquella a los movimientos de la danza moderna, que ilustró, siempre con la colaboración de Margot Guerrero y Estela Maris que expusieron con elasticidad asombrosa los ejercicios a que son sometidas por la Sra. Itelman antes de lanzarse a la danza, cuyos ejercicios son aplicados luego a los diversos bailes que interpretan.

En la tercera conferencia, a la que no pudimos asistir pero cuyo texto la autora, amablemente, nos hizo llegar, se trató sobre la función del espacio, el tiempo y la energía en la danza moderna, más la composición coreográfica, exaltando las ventajas del método Dalcroze "que lleva al individuo a experimentar el ritmo y el espacio a través de su cuerpo". Este fué ilustrado por dos niñas de doce años. A continuación criticó el error de las "escuelas" en danza, como copia, lo que impide la lógica evolución de acuerdo al temperamento del bailarín y explicó su particular sistema mediante ejemplos.

En la última conferencia "De cómo juega el artista su ficción", la oradora definió al artista, diciendo: "Ser artista es no ser el hombre que somos cuando somos artistas" y se refirió extensamente a la improvisación y a la intuición como factores de la obra de arte. Habló luego de la reeducación de los sentidos, expresando que se ha intelectualizado demasiado en arte y descubriendo su deseo de llevar la danza al teatro. Volvió a referirse a la educación total como armonía de vida en la que el arte tiene una ubicación importantísima y terminó diciendo que el objeto de sus conferencias había sido un intento de mayor acercamiento entre el público y el artista.

Evidentemente, hubo en estas disertaciones una serie de ideas con las que el crítico no puede menos que discrepar, y otras a las que presta su más entusiasta adhesión. Ya hemos adelantado nuestra objeción al dogmatismo con que trató la oradora al tema. Creemos que si bien es falso que sobre gustos no haya nada escrito —ya que los volúmenes suman varios miles— no debe derivarse de ello que la verdad en materia artística esté en una u otra escuela. Puede uno apoyar los conceptos sobre deshumanización y maquinismo expresados por la Sra. Itelman, pero no llevarlos al extremo de usar un mobiliario "dirigido". Si bien la clase de muebles que usa cada uno depende en gran parte de sus posibilidades económicas, nadie que no fuera en exceso fanático podría negar so pena de excomunión estética, el derecho a decorar una casa en un estilo determinado. Que hay diversas idiosincrasias y modos de ser, es perfectamente cierto y que pueden éstas convivir en el terreno estético, también. Adherimos a la preocupación de la Sra. Itelman por la educación infantil dentro de la máxima libertad de expresión creadora y a todo lo que sea rebelión contra un orden estético establecido, pero creemos que la solución está en la educación y la libertad, y no en un arte moderno divorciado de toda tradición.

La misma objeción cabe hacer a la conferencia sobre el "mito funesto" de la danza clásica. Cualquiera de las cuatro expresiones mostradas por las alumnas de la Sra. Itelman es en sí interesante y en algún caso —la Sarabanda, de Bach— de evidente y comunicativa belleza; pero no se puede borrar de un plumazo una tradición que no se ha mantenido sólo por inercia, como lo ha sugerido la oradora, sino por haber contado con un público adicto que la ha preferido. Quienes defienden la danza clásica —y conste que personalmente no tomamos partido ni en pro ni en contra en esta discusión— han conocido los intentos de renovación, y si éstos no se han impuesto universalmente ha sido porque no se los ha considerado idóneos. Compartimos —por gusto personal— los conceptos de la Sra. Itelman sobre las zapatillas de punta y sobre una serie de movimientos que no nos gustan, pero de ahí a excomulgarlos hay un trecho que preferimos no pasar. Nos parecieron heroicos los ejercicios a que somete a sus alumnas para lograr una mayor elasticidad y para que puedan interpretar de la mejor manera posible los bailes que sean menester, pero si bien aceptamos todo ello como testimonio personal, no estamos muy seguros que tenga el mismo validez universal.

Salteando la tercera conferencia, pues carecimos del contacto con la expositora y los ejemplos, debemos también discrepar en parte con lo dicho en la cuarta. Por lo pronto, la definición de artista nos parece vaga, y en cuanto a la improvisación y el rol de la intuición en la obra estética, lo dicho por la Sra. Itelman podría tener vigencia en danza y pintura, pero jamás en literatura dramática, arquitectura, escultura o cinematógrafo. Si la oradora hubiera abogado por una mayor influencia de la intuición o la improvisación en el arte, habríamos dicho amén, pero su proselitismo absolutista nos estremeció un poco.

Ahora bien: la señora Itelman es una mujer inteligente, culta y que cree en lo que dice. Sus conferencias podrán provocar sino el desacuerdo absoluto, discrepancias parciales que al ser expresadas de modo constructivo colaboran con su obra. Por lo pronto, es idea excelente exponer opiniones con la sinceridad y honradez con que lo ha hecho. Ello sólo señalaría un hecho inusitado en este Buenos Aires tan acostumbrado a aceptar o rechazar las cosas por intuición, moda o sugestión.

Un capítulo aparte merecen Margot Guerrero y Estela Maris, fielmente compenetrada con su maestra, excelentes bailarinas, y bonitas. (En el **Instituto de Arte Moderno**)

BALLET CLAUDE MARCHANT Discípulo de Katherine Dunham, según los programas, Claude Marchant ha llegado a Buenos Aires con su ballet negro para hacernos añorar las diferencias que existen entre maestros y alumnos. La agilidad del jefe de la compañía es auténtica, pero las coreografías no son como para entusiasmar a nadie, los trajes tampoco llaman la atención y todo el espectáculo tiene tufillo a varieté de no demasiada categoría. El ballet de Alfredo Alaria es mucho mejor y cobra bastante menos la platea. (En el **Astral**).

Vagabond Jim

Humberto D.

Realización de **VICTORIO DE SICA**

con **CARLOS BATTISTI**

y **MARÍA PIA CASILIA**

Una joya de la cinematografía italiana

MUSICA

El Oratorio

> La música es un medio eficaz para excitar a las almas a la contemplación de las cosas celestiales...
>
> **San Felipe de Neri**

FUE San Felipe de Neri una figura de proyecciones históricas en el desarrollo de la música de inspiración religiosa. Nacido en Florencia en 1515, fué ordenado sacerdote en 1551 instituyendo la costumbre de visitar en procesión las siete iglesias de Roma en las que esa música que llenaba gran parte de la vida del santo, pobiaba el aire en los cortejos, "traduciendo en lenguaje sonoro las plegarias que se elevaban desde el corazón de los fieles". Asimismo organizó las asambleas para sacerdotes en el Oratorio del Convento de San Girolamo, primeramente y luego en el de Santa María in Valicella, durante las cuales daba conferencias sobre historia bíblica, reuniones que bien pronto dieron lugar a una sociedad organizada a la que años más tarde confirmó el papa Gregorio XIII, dándole el nombre de Congregazione dell'Oratorio, introduciéndose poco a poco en las mismas la música religiosa.

Fué en ese ambiente que se desarrolló durante un tiempo la labor creadora de tres grandes figuras de la música mística de esa época: Animuccia, que compuso para los "oratorianos" diversos himnos llamados "laudi spirituali", Tomás Luis de Vitoria y Giovanni Pierluigi da Palestrina, que fuera atendido en su agonía por el santo.

Estos "laudi" fueron convirtiéndose progresivamente en misterios que se representaban y en los que las ideas morales aparecían en boca de los distintos personajes, dando lugar al desarrollo de esa importante forma musical, ora dramática, ora épica, lírica y mística a la vez, que se viera enriquecida a partir del siglo XVII con innumerables aportes de las diversas escuelas. EL ORATORIO. Comprendido dentro de la denominada música espiritual, creada para expresar dentro de una concepción artística libre, ideas místicas o filosóficas que luego se extendieron a asuntos también profanos y que se diferencia de la música litúrgica por estar destinada al concierto y no al culto de la Iglesia, este género escrito generalmente para solistas, coro e instrumentos, se inspiró a menudo en episodios históricos, la mayoría bíblicos, en la vida de santos y mártires y también, como en La Vita Umana de Marazzoli y Dalle morte alla vita de Leonardo Leo, en temas de carácter alegórico o decididamente abstractos.

La primera "rappresentazione storia, esempio o misterio" de este género fué el Anima e Corpo de Emilio del Cavalieri, que tuvo lugar en el oratorio de San Felipe Neri en el año 1600. El nombre de oratorio, que llevaron estas representaciones escénicas, debió introducirse poco a poco probablemente a modo de abreviación del título con que se denominaban estos espectáculos: "Rappresentazione per il oratorio".

La obra de Cavalieri, es en efecto el primer oratorio propiamente dicho, no tardando en aparecer otras similares de sus contemporáneos Borsari, Agazzari y Marazzoli, quienes precedieron a los grandes modelos que fueran Carissimi, Stradella y Alessandro Scarlatti. Ya en esta época cae en desuso la representación escénica introduciéndose, en cambio, los recitados.

Scarlatti consagró una de sus veinte obras del género a la historia de San Felipe Neri (Foligno 1713), quien, como queda dicho anteriormente, preparó el advenimiento del oratorio.

Pronto y no obstante la cantidad de contribuciones aportadas, los compositores italianos descuidaron el tratamiento de estas formas que muy pronto Juan Sebastián Bach y sobre todo Jorge Federico Händel lograrían llevar a la más alta cumbre de la perfección artística.

Más afortunados en la actualidad que los italianos en cuanto a la difusión de sus obras (y en especial las que requieren grandes conjuntos corales), resulta menos difícil tomar contacto con muchas de estas monumentales creaciones. De Bach se conocen cerca de doscientas cantatas (aunque durante una temporada no se llegan a ejecutar públicamente más de media docena), especie de pequeños oratorios que brillan con particular esplendor junto a sus Pasiones según San Mateo y según San Juan y sus Oratorios de Pascua y de Navidad.

Con Händel, el oratorio llega a la cima de la grandeza, de belleza aún lamentablemente inapreciada, siempre renovada en cada uno de los asuntos enfocados, se imponen por su fuerza dramática y la nobleza de su lenguaje, la sabia simplicidad de sus recursos, esa voluntaria simplicidad que se permite utilizar aquél para quien la técnica no tiene secretos. Hermosa lección para los compositores de nuestro siglo, muchos de los cuales tratan de deslumbrar con el rebuscamiento y la inútil complejidad de sus medios, quizá para ocultar la ausencia de esa expresión que es la única razón de existencia de una obra de arte.

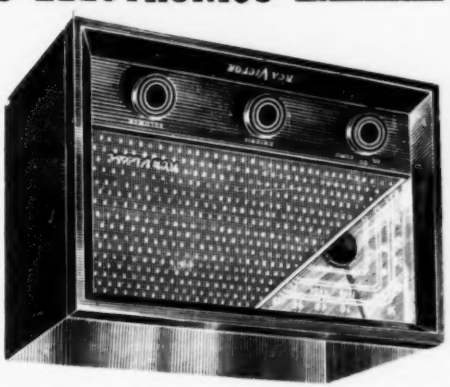
La mitad de su producción coral está consagrada a temas de inspiración religiosa, comenzando la misma con una emocionante Pasión según San Juan escrita a los 19 años y los oratorios latinos Resurrezione e Il Trionfo del tempo e del Disinganno, compuestos en homenaje al célebre Cardenal Ottoboni. Una nueva pasión sobre texto de Brockes que ya habían utilizado Telemann y Keiser y que luego usaría Bach, fué su última obra escrita originalmente en alemán, ya que posteriormente pasaría a radicarse en Inglaterra, donde verán la luz sus obras más importantes.

El amor por los temas bíblicos llevó a Händel a componer junto a sus cuarenta óperas, una serie de obras maestras que inició con Esther, Deborah y Athalia. Luego Saul, Israel en Egipto, al que Schumann consideraba su ideal

MODERNISIMO EQUIPO ELECTRONICO

MODELO 671 - MX

Seis modernas válvulas. Ondas larga y corta con bandas semiensanchadas en 49 - 41 y 31 metros. Altoparlante autodinámico de 15 cm. Etapa de alta aperiódica. Enchufe para conectar tocadiscos. Novedoso dial triangular, de amplia visión. Mueble de madera seleccionada, en colores nogal o caoba.



RCA VICTOR
INDUSTRIA ARGENTINA

¡SIEMPRE PRIMERA!

EN RADIO, EN DISCOS
¡EN TELEVISION!

como obra coral y cuyo texto extrajo íntegramente de la Biblia, el compositor.

Como consecuencia de un viaje a Irlanda y en agradecimiento al respeto y cariño con que fué recibido, Händel escribió en veinticuatro días (!), su obra más perfecta: El Mesías, admirable oratorio sacro de maravillosa inspiración y majestuosa realización. La historia de Sansón y Dalila entusiasmó asimismo a Händel, que logró en esta partitura de carácter heroico, acentos dramáticos y apasionados de impresionante fuerza, completando esa serie de magníficos templos, José y sus hermanos en Egipto, Judas Macabeus, Josué, Salomón, Susana, Belzasar, Alexander Balus, Teodora (con poema inspirado en Corneille), y Jepthé, testamento artístico handeliano, cuya composición fuera a menudo interrumpida por su enfermedad y los comienzos de la ceguera.

De inspiración alegórica, mitológica o épica, Händel compuso además otra serie de oratorios profanos, de no menor genialidad, pero en homenaje a la brevedad, no entraremos a considerarlos, como así tampoco las diversas obras maestras que florecieron en las distintas escuelas, particularmente en forma de cantatas.

Antes de continuar la evolución del oratorio luego de Bach y Händel, cuyos modelos no fueron posteriormente superados, volveremos a la Alemania del siglo XVII para rendir homenaje a una figura menos conocida, pero de trascendental importancia. Henrich Schütz, maestro de capilla del Elector de Sajonia Juan Jorge I, del que recordamos sus emocionantes Siete Palabras de Jesús en la Cruz y que junto a su Historia de la Resurrección, la Conversión de San Pablo y el Oratorio de Navidad, constituyen las mejores muestras de su extraordinario talento.

La influencia que ejercieron los oratorios de Händel está reflejada en sus continuadores: Bach, Gluck, Haydn, Mozart y Beethoven profesaban una fervorosa devoción por los mismos, mientras que Liszt, Mendelssohn, Brahms y Wagner, los incluían a menudo en sus conciertos sinfónico-corales.

Con posterioridad a Händel, se registran importantes contribuciones entre las que destacamos con particular entusiasmo el Retorno de Tobías, La Creación (con texto extraído de Milton) y las Estaciones, que repre entan la suma del arte de José Haydn. La Muerte de Jesús, Los Israelitas en el Desierto, Resurrección y Ascensión de Felipe Manuel Bach (quien tuvo el honor de estrenar el Mesías en Europa), y en las que confíe a la influencia ejercida por su padre y por Händel.

La importancia de los oratorios haydn'anos no fué alcanzada por Mozart con la Liberación de Bethulia ni por Beethoven con su Cristo en el Monte de los Olivos, y siguiendo el interesante proceso evolutivo, del que nos vemos precisados a citar sumariamente, sin entrar en el análisis, las expresiones más importantes (debiendo aún prescindir de la enumeración de muchas otras de no poco valor), recordamos luego el Canto de Miriam de Schubert que figura junto a un Lázaro que nos es absolutamente desconocido, no obstante la inquietud puesta en juego para conocer ésta y otras tantas obras del género, que sólo conocemos a través de catálogos o comentarios de terceros.

El Fausto de Schumann se caracteriza entre los numerosos trabajos musicales que provocó la obra de Goethe, por el respeto al texto original del que escogió solamente un cierto número de escenas que ordenó de acuerdo a sus necesidades de planteo. Junto a este Fausto su Canto de Adviento, ambos felices intentos en un campo pocas veces por él explorado.

Félix Mendelssohn, alcanzó mayores alturas en sus admirables Elías y Paulus, dejando inconcluso un Christus. En los primeros, el profundo conocimiento de los modelos bachianos y handelianos les confiere una estupenda asimilación de espíritu, agregándoles los rasgos característicos de su personalidad: elegancia, encanto de un romanticismo recatado y de la fluidez solamente superada por Mozart.

Brahms dejó un Requiem, que por no estar basado en los textos litúrgicos, podemos considerarlo un gran oratorio fúnebre, caracterizado por su profundidad, nobleza de estilo y sentimiento de serenidad tan propio de su pluma.

El siglo XIX no encuentra en Italia cultores de importancia del Oratorio, exceptuándose el Moisés en Egipto de Rossini y algunos títulos de Raimondi y Jacopo Tomadini.

Berlioz compuso un tríptico religioso que obtuvo clamoroso suceso en ocasión de su estreno y que actualmente es prácticamente desconocido: La infancia de Cristo, mientras que Liszt compuso dos obras de grandes proporciones: La leyenda de Santa Isabel y Christus, el que era considerado por Wagner como un emocionante resumen del catolicismo, agregando el autor de Parsifal que los diversos fragmentos del fresco lisztiano (Navidad, Epifanía, La Pasión y Resurrección), deberían ser ejecutados en cada una de las fiestas con que relacionan y la obra entera en los grandes días de la Iglesia, opinión esta último tanto apasionada y discutible.

De estética post-lisztiana, Antón Rubistein gozó en su época de brillantes éxitos como pianista y compositor. La formación alemana, no pudo sustraerse al deseo de abordar el oratorio junto a las demás formas de la composición en boga; la Torre de Babel, la Sulamita y el Moisés son sus trabajos del género que como toda su música han envejecido y resultan en nuestros días insoportables.

En Francia recordamos varias obras de diverso valor de Camille Saint-Saens, el Oratorio de Navidad, el Diluvio y la Lyra y el Arpa. Gounod dejó su Redención y Mors et Vita, y Massenet, "María Magdalena", "Eva", La Tierra Prometida y La Virgen.

El gran contrapuntista y profesor de composición Teodore Dubois compuso las Siete Palabras de Cristo, obra que se resiente de una falta de interés expresivo, no obstante la ciencia conocida en su autor, mientras que el inefable César Franck dedicó sus esfuerzos a la creación de las Beatitudes (maravilla a parafrasis musical del Sermón de la Montaña), Ruth, Redención y la escena bíblica Rebeca.

Casi todos los compositores franceses han contribuido al enriquecimiento del oratorio: Chabrier con su Sulamita, Debussy, con El Hijo pródigo, la Doncella elegida y el Martirio de San Sebastián (poema de D'Anunzzio), Rabaud con Job, D'Indy con la Leyenda de San Cristóbal, El Canto de la Campana, Pierné con la Cruzada de los Niños, Los Niños en Belén y San Francisco de Asís, Reynaldo Hahn con la Pastoral de Navidad, Koechlin con La Abadía, Guy Ropartz con el Milagro de San Nicolás, etc.

Arthur Honneger escribió los oratorios capitales del siglo XX: Judith, El Rey David, Juana de Arco en la Hoguera y la Danza de los muertos y en torno a su figura se agrupan una larga nómina de obras de Bonnal, Suberville, Lioncourt, Caplet, Jaubert, Milcr, Markevitch, Rosenthal, Roland Manuel, Milhaud, Jean Francaix, Inghelbrecht, Messiaen, Barraud y otros, cuyas obras no han sido dadas a conocer aún en nuestro medio.

Una oleada por los restantes países europeos nos recuerda la Leyenda de Santa Ludmila de Dvorak, y más próximos a nuestros días los italianos Respighi, Lorenzo Perosi, Tebaldini, Bossi, Pizzetti, Malipiero, Refice y Petrassi.

Inglaterra ha cultivado el oratorio como una forma de expresión nacional a la que Bennet, Sullivan, Cowen, Parry y Mackenzie en el siglo pasado y Elgar, Davies, Delius, Hoolst, Williams, Britten, Walton y Berkley entre los contemporáneos han servido con relieves muy destacables.

Para concretar esta sumaria reseña de las principales obras del género, recordamos los nombres de Lamote de Grignon, Pedro Antonio Montena y Turina en España, Franck Martin en Suiza, Karol Szymanowsky en Polonia, Tcherepnine en Rusia, Villalobos en Brasil, y José André y Constantino Gaito entre los nuestros.

En razón de la extensión de los títulos, eludimos deliberadamente la cita de las obras de carácter profano en las que la variedad de estéticas se une a una mayor libertad en la elección de los temas, y entre las cuales se hallan numerosas obras maestras.

En el transcurso de la intensa temporada musical porteña que acaba de tocar su fin, hemos asistido a diversas versiones de algunos oratorios, entre los que merecen especial mención el estreno de la Danza de los Muertos de Honneger, ya fustada en estas páginas y la Creación de Haydn, que tuvo en la Sinfónica-Coral a la que debemos no pocas satisfacciones, un excelente instrumento hábilmente pulsado por el maestro Joseph Reuter, que cumplió con esta actuación veinticinco años al frente de los citados elementos.

Pero, la evidente falta de tradición coral en nuestro ambiente, determina las escasas audiciones interrales de estas importantes obras, reservadas generalmente al esfuerzo de entidades privadas.

Naturalmente, no incluimos en la denominación de oratorio, a pesar de cierta proximidad de contenido, a otras formas de expresión religiosa, basadas en textos litúrgicos y cuya interesante literatura tampoco es recordada en la medida deseable (Misas, salmos, himnos, antífonas, motetes, etc.).

Sin embargo, no resistimos al deseo de citar las versiones que nos ofreciera Karl Böhm al frente de solistas, coro y orquesta del Teatro Colón de la Misa Solemne de Beethoven y del Requiem de Mozart, que resultaran una muestra de la más alta calidad artística.

JORGE FONTENLA

PINTURA

Susana Foldes

JOVEN pintora húngara, expuso hasta el 15 de noviembre, en la Galería La Cueva.

En esta su primera muestra, presentó once óleos, el resultado de varios años de esfuerzos pacientes, observación y autocrítica.

Su inclinación por el dibujo y la pintura, se manifestó desde niña, pero sufrió todas las alternativas que le impusieron los sinsabores de la guerra al impedirle —material y subjetivamente— continuar sus trabajos plásticos.

Lo cual es comprensible porque la impresión de la guerra con su secuela de miserias impiden esa armonía que exige la espera intermedia para dejar libre a las facultades artísticas, como así mismo, es capaz de cerrar la visión optimista del futuro, y así conducir a una actitud pasiva.

Susana Foldes, lee en la naturaleza, percibe en las cosas las formas armoniosas ocultas, pero no ha logrado transmitirlo debido a una técnica deficiente —si bien es cierto susceptible de perfeccionar.

En Francia, donde estudió, ha cultivado sus facultades estéticas, contemplando, observando y sintiendo a la vez que seleccionando, de allí que esté bien orientada como para sentir y juzgar rectamente de lo bello.

Por los temas presentados, es fácil entender, que se inclina especialmente a la captación y fijación de esa belleza, en cuanto tal trascendente sí, pero sustentada sobre base tan efímera las flores.

El resultado de ese contacto emocional afectivo, se traduce en colores faltos de luminosidad, tonos opacos, un caos de matices o ausencia de los mismos sin contrastes adecuados, penumbras que no permiten resaltar el primer plano. Todo lo cual quiere decir que la profunda inteligibilidad estética, no llegó a mostrarse todavía. La sensibilidad está pronta para quedar selada con las armonías, y la teoría en perfecta adecuación a la realidad, pero la causa instrumental, no logra sujetarse al espíritu.

Tal vez si en Flores N° 4 y Flores N° 5 pero... acaso ¿percibimos el esplendor del orden, o nos deja alejados de la intuición gozosa?

Susana Foldes, con la seriedad que la caracteriza, seguirá trabajando, y sin restringir los vuelos de la imaginación e inteligencia creadora y descartando toda imitación servil —sin desdeñar la realidad llegará a la plenitud a que aspira.

Lydia Gal

INFORMACION

EL 12 DE ENERO EL CONSISTORIO DESIGNARA NUEVOS CARDENALES

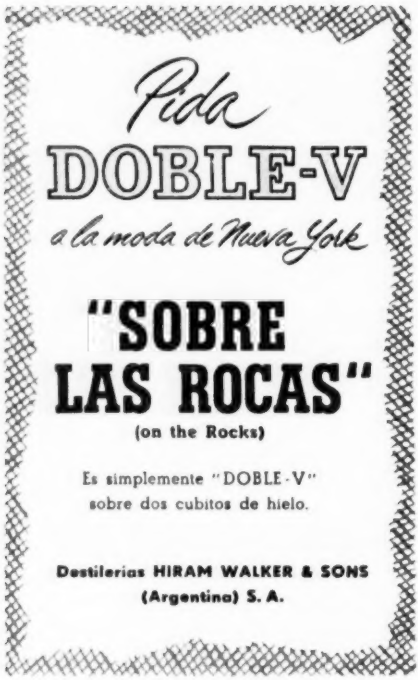
Oficialmente se reveló en el Vaticano que el Papa Pío XII convocó a un consistorio para la designación de 24 nuevos cardenales, para el 12 de enero próximo. Entre ellos se cuentan once purpurados italianos, dos franceses, dos españoles, un brasileño, un ecuatoriano, un colombiano, un irlandés, un yugoeslavo, un polaco, un alemán, un norteamericano y un canadiense. A continuación se detallan sus nombres:

Monseñor Aloysis Stepinac, arzobispo de Zagreb; monseñor Mauricio Feltin, arzobispo de París; monseñor Jorge Francisco María Grente, arzobispo de Le Mans; monseñor Stephan Wyszynski, arzobispo de Varsovia; monseñor Emile Leger, arzobispo de Montreal; monseñor Auguste Alvaro de Silva, arzobispo de Bahía, Brasil; monseñor Carlos María de la Torre, arzobispo de Quito; monseñor Francis Mc Intyre, arzobispo de Los Angeles, EE. UU.; monseñor John Dalton, arzobispo de Armagh, Irlanda; monseñor Josef Wender, arzobispo de Munich y Frisingen, Alemania; monseñor Pietro Ciriaci, nuncio apostólico en Portugal; monseñor Crisanto Luque, arzobispo de Bogotá; monseñor Giuseppe Roncalli, nuncio apostólico en París; monseñor Fernando Quiroga y Palacio, arzobispo de Santiago de Compostela; monseñor Benjamín de Arriba y Castro, arzobispo de Tarragona; monseñor Cayetano Cicognani, nuncio apostólico en Madrid; monseñor Carlos Agostini, patriarca de Venecia; monseñor Celso Constantini, secretario de la Congregación de la Propaganda FIDE; monseñor Valerio Valeri, asesor de la Congregación para la Iglesia Oriental; monseñor Bergongini Duca, nuncio en Roma; monseñor Marcello Nimmi, arzobispo de Nápoles; monseñor Giacomo Lercaro, arzobispo de Polonia; monseñor Alfredo Ottaviani, asesor de la Congregación del Santo Oficio; monseñor Jorge Sirt, arzobispo de Génova.

Además el Papa ha nombrado prosecretario de Estado

ALGODON HIDROFILO

AVDA. DE LOS CONSTITUYENTES 2995 BUENOS AIRES



para los asuntos extraordinarios a monseñor Domenico Tardini, y como prosecretario de Estado para los asuntos ordinarios a monseñor Giovanni Battista Montini.

ASAMBLEA DE LA ACCION CATOLICA ITALIANA DE HOMBRES La Asamblea realizada por la Acción Católica Italiana de Hombres en celebración de su 30º aniversario dió lugar a manifestaciones impresionantes. Por las calles de Roma desfilaron más de 200.000, y el Santo Padre pronunció un discurso, que se publicará próximamente en CRITERIO. También habló el presidente de la Acción Católica Italiana, M. Gedda, recientemente confirmado en el cargo. El mismo declaró: "... los católicos deben darse cuenta que, hoy día, la fe se defiende por medio de la organización. El respeto por la persona humana que poseemos en sumo grado, no debe conducirnos al aislamiento, sino a la unión voluntaria de fuerzas, a fin de le mundo moderno no se transforme en un campo de concentración o de trabajos forzados." Por último lanzó un llamado a la unión de todos los italianos, de una unión organizada. "A quienes hablan de clericalismo, dijo, les respondemos que la vieja historia del clericalismo político es como la del fantasma del castillo, buena para los niños y las damas histéricas. En realidad el clericalismo no nos interesa más, sino los anticlericales, ya sean verdes o rojos, que buscan en su anticlericalismo una débil justificación a su odio por la luz y el amor." (C. I. C.)

EPILOGO DEL CARDENAL INNITZER AL DIA DE LOS CATOLICOS AUSTRIACOS En un epílogo del Cardenal Innitzer al Día de los Católicos dice: "Por muy contentos y satisfechos que nos hallemos de que miles de centenares de fieles respondieran a nuestra llamada, no podemos olvidar que el Día de los Católicos no se compone solamente de manifestaciones y despliegues de masas. Sólo dará verdadero fruto si como consecuencia de él la vida religiosa del pueblo, y también la vida religiosa de cada individuo, se hace más intensa y más profunda, si el pueblo católico austriaco hace realidad aquello a que se comprometieron cientos de miles en la plaza de los Héroes: vivir más cristianamente y obrar más cristianamente. Sólo si tomamos en serio los compromisos con nosotros mismos podremos dar a los compromisos del Estado y de la vida pública el valor necesario para llevarlos a cabo". (Ecclesia)

EL MOVIMIENTO DE REARME MORAL El Cardenal Van Roey, Primado de Bélgica, ha advertido a los católicos belgas que deben abstenerse de participar en las actividades del Movimiento de Rearme Moral, que tiene su sede en Suiza. El purpurado ha dicho que el citado Movimiento no está exento de peligro para la integridad de la fe de los católicos. Como es sabido, el Movimiento del Rearme Moral fué creado hace veinte años y fué conocido a principio como Grupo de Oxford. Sus fines son combatir el ateismo materialista.

Este movimiento, según la revista **América**, ha tenido singular atracción en Europa. Muchos católicos influyentes de Francia, Alemania, Bélgica, Holanda y Suiza se inclinaron a ver en él un instrumento admirable para renovar en el mundo el sentido de los valores morales. La presencia de tales personalidades siempre se destacaban en las reuniones anuales del MRA. Sin embargo, la condenación citada señala, junto con la del Cardenal Schuster de Milán, que los obispos católicos de Europa están llegando a una opinión definitiva sobre este movimiento. La jerarquía inglesa lo condenó después de la última guerra, en tanto que el obispo de Lausana, Ginebra y Friburgo, donde está la sede del Movimiento, se ha contentado con señalar los peligros morales y doctrinales inherentes a esta empresa que, según muchos, desea ser una superreligión. La misma actitud fué tomada por los obispos franceses.

O A S I S A partir del año Santo, del día en que fué proclamado el Dogma de la Asunción, han comenzado a formarse en Italia grupos de jóvenes, varones y mujeres, que ofrecen su juventud a Jesús por las manos de María Inmaculada. Estos jóvenes quieren vivir intensamente su vida cristiana, conservar su pureza incontaminada. Y para esto se obligan con voto privado y temporal de castidad, y prometen hacer cada día meditación, comunión eucarística, visita al Santísimo y rezar el rosario. No pretenden formar una nueva asociación que deba agregarse a las ya existentes; más bien cada uno, con su generosidad y dedicación, será levadura en su ambiente, en las asociaciones a que pertenezca y buscará de elevar allí el nivel de vida espiritual a un ritmo similar al propio. Quieren, eso sí, estar prontos para cualquier llamado de Dios o de la Iglesia, quieren renovar la sociedad constituyendo familias cristianas.

El Santo Padre ha recibido en especial audiencia a estos jóvenes el 23 de noviembre y ha mencionado los grupos existentes no sólo en Italia, sino también en Argentina y Brasil. Su palabra de aliento ha querido aprobar esta forma de vida tan conforme a nuestros tiempos en que florece el heroísmo, en que no se entienden las medias tintas. Ha visto Su Santidad en su nombre, "Oasis", una figura de como ellos tienen que ser canales para dar la vida de Dios al mundo, en el cual la sequía ha provocado la muerte.

Al despedirles, antes de darle Su bendición, les decía "Creced pués, queridos hijos, en número y calidad. Haced de Jesús vuestra vida; transformaos en El, haced que El viva en el mundo, sirviéndose de vuestra vida".

Raúl A. Storni, Roma

ERECCION CANONICA DE UNA "CASA DEL SACERDOTE" Por decreto del Ordinario de Cartagena, de fecha 3 de mayo último, ha sido erigida en aquella diócesis la Casa del Sacerdote, "como persona moral canónica, a tenor del c. 99 y concordantes del Código de Derecho canónico, con todos sus consecuentes derechos, dándole a la vez sus correspondientes estatutos que con esta misma fecha hemos aprobado". Su domicilio es parte del local destinado actualmente para Convalecencia, "cuyos fines benéficos procurará realizar, dentro de lo posible, la Casa del Sacerdote". Su finalidad queda concretada en el artículo 3: "La principal finalidad de la Casa del Sacerdote es atender en todo a los sacerdotes de la Diócesis que por sus achaques o edad no pueden prestar servicios normales en sus ministerios. Igualmente podrá servir de hospedaje permanente a los Sacerdotes de la capital que así lo deseen y a los que de un modo transitorio se encuentren por unos días en la misma". El artículo 4 prevé un fin secundario: "...se tendrá dentro de la misma un Economato que proporcione a las Parroquias y a los Sacerdotes todos aquellos objetos que ordinariamente necesitan". El artículo 21 contiene una particularidad digna de ser subrayada: "Los Sacerdotes que vivan internos tendrán algún acto en común, conforme determine el reglamento para la vida interior, que, según el artículo 10, redactará la Junta. Si algunos desean convivir en un plan de vida sacerdotal más en común, para cultivar su formación, la Casa dará

todas las facilidades para ello." La circular introductoria al decreto a que acabamos de aludir, contiene precisiones muy notables: "Los servicios, que debe comprender una casa sacerdotal diocesana y que son de urgente necesidad, son en primer lugar el retiro de los sacerdotes ancianos e imposibilitados, o dedicados y convalecientes; el conveniente hospedaje de aquellos que en la ciudad carecen de domicilio y familia; así como los que acuden a ella para asuntos que reclaman más de un día su presencia en la capital diocesana. Pero además en la marcha del apostolado moderno conviene fomentar las pequeñas agrupaciones sacerdotales de vida común para su mutua formación y la perfección de su apostolado. Y todos estos fines y aspectos de la Casa del Sacerdote requieren un edificio holgado, céntrico y atractivo, con una buena capilla, sala de reunión, biblioteca y revistas, y hasta algún esparcimiento honesto adecuado a los sacerdotes, etc., etc. Con finalidad secundaria es conveniente domiciliar en la misma el economato eclesiástico, bien orientado y completo". — (Apos. Sacerdotal).

CIFRAS MISIONALES

Africa negra. Desde hace 20 años, la expansión misional africana ha sobrepasado ampliamente en rapidez y número a la expansión asiática. Mientras en 1927, Africa cristiana no agrupaba más de 3 millones de almas, doce años más tarde tenía 7 y en 1949 el total subió a 11 millones. Africa central marcha a la cabeza.

La indigenización del episcopado, del clero y de los cuadros laicos no está todavía muy adelantada. Sólo con cuatro obispos y de los 7.500 sacerdotes que allí actúan solamente un millar es autóctono. Entre los hermanos y hermanas, la tercera parte es indígena.

China. En la actualidad es muy difícil apreciar la situación. Antes del advenimiento de Mao-Tse-Toung, entre unos 465 millones de habitantes se contaban 3.300.000 cristianos bajo la dirección de 5.600 sacerdotes. La presión comunista ejercida terriblemente sobre el clero extranjero (ejecución, persecuciones, expulsiones) ha reducido esta cifra en más del 60 %. Del mismo modo para las religiosas. El clero chino, valiente y heroico, sufre también persecución. Alrededor de 200 sacerdotes están en prisión.

En Hong-Kong, a las puertas de China, la vida universitaria se desarrolla lentamente. Sobre los 800 alumnos de la Universidad, más de 80 son católicos. Ricci Hall, colegio universitario dirigido por los jesuítas cuenta con 60 estudiantes, de los cuales el 50 % son católicos.

Japón. La población de este país alcanzaba en 1951 a 63 millones de habitantes. La cristianidad japonesa, aunque muy pequeña es expansiva. Ha pasado de 142.460 almas en 1950 a 157.241 en 1951. Los 600 sacerdotes no son suficientes para las parroquias muy dispersas y los catecumenados; son ayudados por unos 250 hermanos, 2.200 hermanas y 600 catequistas.

La masa laica está encuadrada en escuelas: 5 universidades, 65 colegios secundarios y 25 primarios; y por asociaciones de médicos, profesores, estudiantes, juventud obrera.

Alrededor de 200 seminaristas, más en número que los sacerdotes nativos actuales, doblarán en algunos años el clero autóctono.

India. En 1950, las 53 diócesis de la India agrupaban 4.593.155 fieles, con 5.283 sacerdotes, de los cuales más de 3.000 nativos. Había un ejército de 12.000 religiosas, en su gran mayoría autóctonas. El reclutamiento sacerdotal se prepara en 12 seminarios con 1.114 alumnos, sin contar 500 estudiantes que se forman en órdenes religiosas.

El sistema escolar, muy desarrollado, cuenta con medio millón de alumnos primarios, 120.000 secundarios, 220.000 de High schools, 22.000 de 42 colegios universitarios. La proporción de católicos es mayor en los primarios y mayor entre las mujeres.

El periodismo católico está representado por algunos diarios y semanarios de calidad, aunque de tirada todavía escasa. La acción social, cuya urgencia acaba de subrayar el concilio plenario de Bangalore, se manifiesta por algunas iniciativas bien orientadas: Indian Institute of Social Order (Poona), Centro Social (Madras), Ciudad de los trabajadores (Poona).

Indonesia. Sobre una población de cerca de 80 millones, cuenta en la actualidad con 800.000 católicos. De los 650 sacerdotes, unos 70 son indonesios; de 419 hermanos, 67 autóctonos; de 1.500 hermanas, 335 nativas. Sobre todo en Flores, la Iglesia prospera en forma notable, pues de los 900.000 habitantes, 435.000 son cristianos. En Java el apostolado es mucho más difícil.

Se ha tratado de penetrar en Indonesia especialmente por la acción escolar: Una docena de escuelas superiores, unas 20 normales, alrededor de 60 medias y un centenar de primarias.

Actualmente, Indonesia se islamiza cada vez más. De creer a ciertos presagios, la Iglesia gozará de menos libertad que tolerancia.

Vietnam. Este país con Cambodge y Laos totalizan alrededor de 25 millones de almas. En 1949 había allí poco más de millón y medio de cristianos. La proporción es mayor en Vietnam. Este avance de Vietnam es más característico todavía para los sacerdotes: 1.766, mientras Cambogde tiene 106 y Laos 60. Los seminaristas son 400, la mitad de los cuales estudia en los seminarios del Norte.

A pesar de la difícil situación política, la vida religiosa se mantiene ferviente. Esta Iglesia, de la que se acaba de beatificar 25 mártires, sabe sufrir y sostenerse. — (Pax Romana).

LA NUEVA CATEDRAL DE LIVERPOOL

El arzobispo católico de Liverpool Mons. Richard Downey, ha anunciado en reciente carta pastoral que las autoridades eclesiásticas han obtenido autorización para reanudar la construcción de la nueva catedral católica Christus the King.

Según el proyecto, cuando esté terminada será, con excepción de la basílica de San Pedro, de Roma, la catedral más grande del mundo. El proyecto tuvo principio de realización hace alrededor de 20 años y su arquitecto uno de los más conocidos de la época, no era católico, sino anglicano.

A principios del siglo, los anglicanos decidieron construir en Liverpool una nueva catedral y —caso original— el arquitecto encargado por los anglicanos de ejecutar la obra, era un católico. De esta manera, en la misma ciudad, hay una catedral anglicana construida por un católico y una catedral católica proyectada por un arquitecto anglicano.

El arquitecto de la catedral católica murió poco después de la guerra. Su sucesor, designado en 1951 es el arquitecto Scott, hermano del constructor de la catedral anglicana. Con esto, dos eminentes hermanos, ambos católicos, exalumnos de los jesuítas, habrán participado en la edificación de las dos catedrales de Liverpool.

La catedral católica de Liverpool será de estilo bizantino, con tejas inglesas. Los trabajos fueron interrumpidos a causa de la guerra en 1941. — (L'Osserv. Romano).

LANUSSE y Cía.

ADMINISTRACION de PROPIEDADES

SAN MARTIN 232

PISO 3º - T. E. 30-0061 y 34-2779

PROPIEDAD HORIZONTAL

LEY Nº 13.512

Ofrecemos nuestra organización especializada en:

- Ventas y Administraciones de edificios en construcción o terminados.
- Ventas y Administraciones de casas de renta ocupadas.
- Asesoramiento legal, técnico y contable a cargo de profesionales para los problemas relacionados con la Propiedad Horizontal.
- Trámites a nuestro cargo ante la Dirección General Impositiva para la fijación oficial de precios, ante la Municipalidad para la habilitación horizontal y ante el Registro de la Propiedad para la inscripción de los planos especiales y el Reglamento de co-propiedad y administración de la Ley Nº 13.512.

CONSÚLTENOS, SIN COMPROMISO PARA UD.

Nuevas "Separatas"

Están en venta tres nuevas "separatas" de CRITERIO:

Límites morales de los métodos de la ciencia médica en la investigación y la curación (Texto del discurso del Papa al Primer Congreso Internacional de Histopatología del Sistema Nervioso), a razón de $ 20.— el ciento.

Interesa a los médicos, enfermeras, asistentes sociales, comunidades religiosas de hospitales, etc.

Para una teología del vestido, por Erik Peterson, publicado en el Nº 1175, a $ 33.— el ciento.

Pío XII a un congreso científico del deporte y la educación física. (Discurso del Papa sobre el deporte y la gimnasia ante la conciencia religiosa y moral), a $ 20.— el ciento.

Además se hallan publicadas las siguientes "separatas" que los lectores de CRITERIO pueden solicitar a nuestra Administración (Alsina 840, Buenos Aires) acompañando el correspondiente importe:

- La reciente "DECLARACION" de nuestra DIRECCION, publicada en el Nº 1165, a razón de $ 20 el ciento.
- El **comentario** sobre "PROFILAXIA", aparecido en el Nº 1164, a razón de $ 8 el ciento.
- Los textos de la conocida **Alocución de S. S. Pío XI a las Obstétricas** y de la complementaria al Frente de la Familia, a razón de $ 35 el ciento.
- La pastoral de Mons. Feltin sobre **La Unidad en la Iglesia**, a razón de $ 35 el ciento.
- **Miradas sobre Israel**, por Mons. Gustavo J. Franceschi, a razón de $ 45 el ciento. **(Agotada)**.

Por gastos de envío incluir $ 2 por cada centenar. No se despachan por correo cantidades menores, que podrán ser adquiridas en la Administración en horas de oficina (13 a 19).

Próximamente aparecerá otra más con el texto íntegro de las Pastorales del Cardenal Suhard sobre LA FAMILIA y sobre EL SACERDOTE.

REVISTAS

Otro comentario sobre el psicoanálisis

El R. P. Gordón F. George, S. J., acaba de publicar en **América** el siguiente comentario acerca del tema epigráfico:

"Segismundo Freud y el psicoanálisis se han convertido en términos del hablar cotidiano. Por ello, lo que dijo el Santo Padre sobre psicoanálisis el 14 de septiembre pasado tendrá un auditorio muy amplio y atento. Sus palabras serán utilizadas, y sin duda hasta se abusará de ellas, en la controversia que sostienen las escuelas que batallan dentro del campo del psicoanálisis, y ello sin contar las facciones guerreras de los no profesionales. Lo que ha dado un significado especial a la palabra pontificia es que ha llegado tras un artículo publicado en la primavera pasada por Monseñor Felici, funcionario de la diócesis romana, en el que prácticamente se identificó al psicoanálisis con el pecado mortal. El artículo, que apareció en el Boletín del Clero de Roma, sostenía que es difícil considerar libre de pecado mortal a quienquiera que el psicoanálisis como método curativo, o se someta a él.

"Trescientos cirujanos que asistieron al Primer Congreso Internacional de la Histopatología del Sistema Nervioso oyeron al Papa hablar sobre los límites morales de la investigación y la terapéutica médicas. En un punto de su alocución, el Papa ilustró su argumento refiriéndose a un método particular de psicoanálisis al que denominó "el método pansexual de cierta escuela". Dijo:

"El hombre no es libre, con el fin de liberarse de supresiones, inhibiciones y complejos, de despertar en sí por razones terapéuticas cada uno y todos los apetitos de la esfera sexual que se agitan o pueden ser agitados en su interior... Para el cristiano existe una integridad y pureza personales que le prohibe sumergirse de modo tan completo en el mundo de las tendencias y representaciones sexuales... No se ha probado, y en realidad es inexacto afirmarlo, que el método pansexual de cierta escuela de psicoanálisis sea parte integral e indispensable de toda la psicoterapia seria digna de ese nombre...

"El 20 de septiembre, **L'Osservatore Romano** publicó un artículo sin firma en su primera página dirigido a aclarar dudas despertadas en algunas mentes por el artículo de Monseñor Felici. El discurso del Papa fué tomado como pretexto.

"Los siguientes puntos quedaron en claro. Primero de todo, que el Papa no se había referido al psicoanálisis en general, sino al "método pansexual". Y aún aquí no se pronunció sobre la naturaleza o el valor terapéutico del método pansexual. No desaprobó la cura psicoterápica de las neurosis sexuales, sino que recomendó prestar mayor atención al tratamiento indirecto y a la acción del psiquismo consciente en la totalidad de la actividad imaginativa y afectiva.

"¿Qué quiso decir el Papa al hablar de "método pansexual"? Por el contexto y los comentarios del **Osservatore** el panorama queda aclarado. Primero debe notarse que la palabra "método" se refiere por lo general a las técnicas particulares con que el analista trata de descubrir y traer a la superficie del consciente del enfermo los elementos dinámicos del inconsciente que se presumen son las raíces del desorden psíquico o psicótico. Ejemplos de estas técnicas serían el análisis de los sueños, la libre asociación de ideas, el narcoanálisis (con uso de drogas). Los críticos distinguen el método o técnica, de la teoría o filosofía del psicoanálisis. La teoría se utiliza para explicar el por qué y el motivo. La naturaleza del ser psicológico del hombre y las fuerzas que trabajan dentro de él. Así, por ejemplo, Freud postuló que el instinto sexual sublimado es la base de la religión y el arte. Adler hizo a la voluntad de poder el principal determinante de la naturaleza humana.

"En su teoría o filosofía la escuela freudiana ha sido fiel a las enseñanzas de su fundador, que puso un énfasis especial en el instinto sexual como tendencia básica sino única del ser humano. Los desajustes en el proceso de la evolución sexual estarían en la raíz de todas o casi todas las neurosis. El pansexualismo como teoría o filosofía ha sido atribuído a los discípulos ortodoxos de Freud, acusación más fácil de hacer que de probar. Y no es precisamente el Santo Padre quien la ha hecho.

"La distinción entre método y filosofía se desvanece sin embargo cuando por ejemplo la técnica está tan influída por la teoría sexual que determinada y constantemente esta dirigida a las auténticas o supuestas raíces sexuales del desorden psíquico. Cuando el analista manipula su técnica para volver una y otra vez al paciente a lo sexual, cuando sugiere interpretaciones sexuales de todos los sueños y

estimula y guía la libre asociación de ideas hacia lo sexual, entonces podemos afirmar con seguridad que el pansexualismo ha descendido de teoría a método. Cuando, como a veces pasa sin duda alguna, el paciente es estimulado a dar rienda suelta a sus impulsos, se está en la última etapa del método pansexual.

¿Qué amplitud tiene el uso de este método? Es difícil decirlo. Sería sin embargo muy aventurado creer que todos los que se consideran freudianos ortodoxos (y son la mayoría de los psicoanalistas) pueden ser acusados de usar el método pansexual, aún cuando puedan estar cercanos al pansexualismo en sus filosofías. Al contrario, muchos de los mejores psicoanalistas insisten en que el uso poco juicioso y sin límites de ese método es terapéuticamente peligroso porque presenta muchos más problemas de los que resuelve.

"El Santo Padre advierte claramente sobre los actuales y posibles abusos de ese método. La prolongada discusión y consideración de asuntos sexuales no en abstracto sino sobre un panorama concreto, puede constituir un grave riesgo moral. ¿Cómo dudar que en manos poco expertas o inescrupulosas puede un método tal conducir a caídas morales y destruir el edificio de valores éticos del enfermo?

"Al mismo tiempo vale la pena anotar los cuidadosos límites que ha puesto el Santo Padre a sus palabras. Están muy lejos de una condena absoluta del psicoanálisis tal como parecía haber sido la del Boletín del Clero de Roma en el mes de abril pasado".

¿Qué decir ante una interrogación?

El R. P. Gerald Vann, O. P., es un dominico inglés. Colaboraciones suyas han aparecido en CRITERIO. En el número de octubre de **Today**, escribe sobre "Nuestra era de celofán" (Our cellophane age), que, alejándonos cada vez más de lo natural tiende, peligrosamente, a envolvernos, psicológicamente hablando, en paquetes de celofán. De esta manera, el hombre, aislado del mundo, pierde su personalidad, y lentamente, desaparece de su horizonte el sentido del símbolo, por tanto de lo maravilloso. Qué puede contestar el cristiano a ese mundo "envuelto en celofán" que lo interroga? Dice el Padre Vann: "Estoy seguro que el primer deber del cristiano de hoy ante la pregunta ¿En qué creen ustedes? no debe ser replicar "yo creo en Dios Padre Todopoderoso" y todo lo que sigue. Debiera decir, primero que nada: Nosotros creemos en la vida, vivida total y profundamente. Nosotros creemos en el ver y tratar a los hombres como hombres reales, no como simples unidades o dientes de un engranaje. Nosotros creemos que sólo permaneciendo enraizados en la naturaleza, en el ritmo del universo, viviendo siempre en contacto con las realidades, los hechos naturales, es como lograremos vivir realmente y de manera creativa, creativos en nuestro trabajo, en nuestra vida, en nuestras casas, creadores de una civilización sana, sabia y hermosa.

...Nosotros creemos que nuestros propios grandes símbolos hablan a lo más profundo de nuestro ser del misterio de la muerte y del misterio del renacer, le hablan de la verdad de que sólo cuando el hombre enfrenta su propia sombra oscura, al dragón y al egoísmo que alberga en sí mismo, al pecado original, podrá emerger a la plenitud de la vida. Es decir que sólo descendiendo primero a la oscuridad le será posible penetrar en la luz...

F. F

Escuela Argentina Modelo

Jardín de Infantes - Primario - Secundario - Medio Pupilos y Externos — RIO BAMBA 1059 - T. E. 41-2705

LIBROS

POESIA Y DRAMA (ensayo), por T. S. Eliot. Emecé Editores.

Llega un instante en que todo lo que proviene de un autor acaba por ser significativo para sus lectores, aunque pueda no serlo para aquél. Así lo ha de haber entendido Faber & Faber, llevando a las prensas "Poetry and Drama", una conferencia circunstancial que Eliot pronunciara en noviembre de 1950, en Harvard, al inaugurar la fundación Theodore Spencer. Se aclara en la edición inglesa que el autor debió ceder a la persuasión de los editores, pues a juicio de éstos las proyecciones de lo tratado excedían a las circunstancias.

La verdad es que las palabras de Eliot vienen siendo capitalizadas como en su oportunidad lo fueron las de Valéry, y que podría darse el caso de repetir con Alfonso Reyes que Valéry no podía dejar pasar una sola ocasión sin ser inteligente. Estas apreciaciones de Eliot son de la calidad Eliot. Se une a ello como incentivo el hecho de que se vinculan ampliamente con sus propias creaciones para el teatro. Cobran así una importancia iconográfica que ha de haber sido su principal fundamento editorial.

Eliot, que nunca ha podido dejar de escribir, cualquiera fuera su tema, sobre Shakespeare, sobre Dante, o sobre el mismo, dedica la primera parte de la conferencia a analizar la intensificación que cobra la acción dramática por efecto de la poesía, utilizando como ejemplo la primera escena de Hamlet. Dedica la segunda, al análisis de sus propias tentativas en pro de un retorno al drama en verso. Concluye con una síntesis general, principalmente dedicada a uso de otros autores.

En el prólogo a su traducción del poema de St. John Perse, "Anabase", destacaba que resulta difícil entendernos sobre qué es **prosa** y qué **poesía**, a causa de que tenemos tres términos donde necesitamos cuatro: **verso** y **poesía** por un lado, y **prosa**, únicamente, por el otro. Señalaba que **La poesía introduce una distinción entre el buen verso y el verso malo**. En la conferencia tratada tiende a cubrir ese vacío incorporando **conversación** como cuarto término, usándolo con respecto a la prosa como el de **verso** con relación a la poesía.

De modo pues que el opúsculo, circunstancial, y en cierto modo no puesto a punto (supongo que ese algo de incompleto provocó la resistencia opuesta por su autor a la publicación) se vuelve interesante por más de un concepto, inclusive importante, como información complementaria de los motivos de un escritor, aunque no añada nada a su obra.

Ha sido excelentemente presentado por Emecé y, si bien no se ha tenido el tiempo para cotejarla, la versión parece ser satisfactoria. Correspondería un solo reparo, general y a título de ejemplo, si Eliot escribiera en castellano no diría jamás **un añadido adorno**; tal inversión es isabelina, o, en todo caso, poética. La claridad, la economía y la dirección de la prosa de Eliot son casi oficinescas; para traducir su prosa se necesita un castellano neutro, casi sin color.

Basilio Uribe

EL PROCESO, de Franz Kafka. Versión escénica de André Gide y Jean-Louis Barrault. Ed. Emecé.

En la nota liminar a esta versión, André Gide se apresura a dejar establecido que sin Barrault no existiría esta pieza. No lo dudamos. Sólo un genio de la escena como el co-autor de esta obra es capaz de re-crear teatralmente la novela de Kafka, conservándole su clima alucinante, extraño, que a tantas conjeturas ha dado lugar entre los especializados en literatura moderna.

En esta prolija traducción de Alejandro Ruiz Guiñazú, es posible tener una clara idea de la acción dramática, gracias a oportunos gráficos que ilustran sobre los decorados y la disposición escénica. Sin ellos, la comprensión de la labor de Barrault sería muy difícil por la complejidad de la misma.

En cuanto a la obra en sí, hemos de remitirnos a la crítica aparecida en el N° 1122, pág. 589, de esta revista, donde tuvimos ocasión de ocuparnos de la misma con motivo de su estreno en Buenos Aires por la compañía Renaud-Barrault.

Jaime Potenze

INSURRECCION, por Liam O'Flaherty. Emecé editores.

El lunes de Pascua de 1916 un grupo de irlandeses compuesto en su mayor parte por intelectuales, se reunió en un punto céntrico de la ciudad de Dublín. Vestían de militares, con uniformes verde oliva y llevaban fusiles de variados calibres. Uno de ellos, Patricio Pearse, director de un colegio particular, leyó en voz alta un documento que luego pegó en el obelisco Nelson. Este documento proclamaba la existencia de hecho y de derecho de la República Irlandesa. Los intelectuales-militares procedieron luego a ocupar el Correo Central y varios edificios más, a erigir barricadas y a defenderse como podían. Habían elegido, desde un punto de vista militar, un mal momento para el levantamiento. Había más soldados ingleses en Irlanda en ese momento que en cualquier otro. El movimiento fué pronto sofocado y los cabecillas que no murieron en la acción fueron fusilados después por cortes marciales. El único oficial de alta graduación que se salvó fué Edmundo De Valera, actual primer ministro de Irlanda.

Este pequeño hecho de armas tuvo lugar justamente en medio del armagedón de la Primera Guerra Mundial. Pero en las letras inglesas la Rebelión Irlandesa de 1916, el "Easter Rising" ha tenido una extraordinaria resonancia. La juventud, la limpieza, el idealismo, hasta el riesgo descabellado de los insurrectos, evocó la admiración displicente de los ingleses victoriosos y el pueblo irlandés ardió en devoción por los fallidos gestores.

La población de Irlanda no alcanza al 10 % de la de Gran Bretaña. Sin embargo los irlandeses, cuya inmensa mayoría utiliza el idioma inglés, tienen un ascendiente enorme en el campo de las letras inglesas, como poetas, como dramaturgos, como novelistas. Recordemos a: Yeats, Stephens, G. B. Shaw, O'Casey, Synge, St. John Ervine, Paul Vincent Carroll, Seán O'Faolain, Dorothy Marcardle, Liam O'Flaherty, Kate O'Brien, entre otros. Podríamos fácilmente poner aquí cincuenta nombres de escritores irlandeses contemporáneos, de primera calidad.

El libro de Liam O'Flaherty que Emecé acaba de publicar, es una versión novelada del levantamiento de 1916. Es un relato, duro, claro, brillante, sin piedad para vencedores ni vencidos. Liam O'Flaherty ha podido, sin embargo, reflejar la ágida belleza de la idea, el terror y el estrago que la Idea en marcha es capaz de provocar, el cansancio anímico ante el aparente fracaso de la Idea.

La escuela irlandesa de escritores se inclina en su técnica por el sustantivo, como Borges y Uribe entre nosotros. La traducción de Lucrecia Moreno de Sáenz conserva bien el sabor de este estilo característico. En la leyenda en la tapa de la edición de

Edgardo A. Mendiola

FABRICACION

IMPORTACION

•

Administración y Depósito

Av. Cnel. ROCA 1319 - Cap.

T. E. 91 - 9603 - 5191

Ventas:

ALSINA 779 - Cap.

T. E. 34 - 2335 - 2649

GRANDES SASTRERIAS

"CASA MEILAN"

ECLESIASTICA Y CIVIL

SOTANAS - ESCLAVINAS - SOBRETODOS - CAPAS

PANTALONES CONFECCIONADOS

ANEXAMOS CAMISERIA PARA ECLESIASTICOS Y CIVILES

Ofrecemos camisas al precio de $ 42.-

Remitimos al interior enviándonos sus medidas

Giros a:

MANUEL S. MEILAN

Avda. DE MAYO N° 791 entrepiso izquierda) — T. E. 34 - 3239

BUENOS AIRES

Emecé se afirma que Rudyard Kipling fué escritor irlandés. Esto es casi tan grave como decir que Voltaire fué español.

J. S. Gaynor

"ETAPAS DEL CATOLICISMO ARGENTINO", por Guillermo Furlong, S. J., Luis María Baliña, Gaspar Ferrer, José Antonio Allende, Luis A. Ardanaz, Carlos María Ge'ly y Obes y Lucas Ayarragaray. Editorial Difusión.

En la vida de la humanidad nada nace de improviso sin gestación histórica de ninguna especie. Y la grandeza y vitalidad crecientes del catolicismo argentino no son productos de generación espontánea, sino el coronamiento de un largo y difícil proceso histórico.

Las etapas de ese proceso se encuentran descriptas, con claridad y versación, en el libro que la Editorial Difusión acaba de editar. Por lo cual merece ser leído por todos los católicos argentinos, ya que constituiría una grave ignorancia desconocer los antecedentes de esa grandeza y florecimiento de la vida religiosa de su patria.

El libro en cuestión está integrado por las conferencias pronunciadas durante el ciclo de divulgación histórica desarrollado el año pasado con el auspicio del Consejo Superior de la Sociedad de San Vicente de Paul de la República Argentina. Dicho ciclo tuvo por motivo la celebración del vigésimo aniversario de la creación de la Acción Católica Argentina. Y constituyó, una vez más, la concreción del apostolado intelectual que, paralelamente al de la caridad, vienen efectuando las Conferencias Vicentinas. Doble apostolado que supo ejercer con tanto éxito su genial fundador: Federico Ozanam.

Cada capítulo del libro contiene una disertación pronunciada en aquella oportunidad, y encierra la descripción de una de las sucesivas etapas del catolicismo argentino. Van así desfilando, ante el lector, las diferentes vicisitudes por las que pasó la Iglesia en el transcurso de nuestra Historia.

Primeramente el Rev. Padre Guillermo Furlong, S. J., enseña cuáles fueron las raíces del catolicismo argentino haciéndonos ver cómo los pueblos, de lo que hoy constituye la República Argentina, recibieron con amor la fe católica traída desde España, y la conservaron pura y lozana durante la época de la Colonia. Mientras que en la Madre Patria, tras el advenimiento de los Borbones, el catolicismo se enturbiaba y decaía, nosotros nos conservábamos incólumes al mal que corroía a los peninsulares. La decadencia religiosa de la Metrópoli no hizó más que acentuarse durante todo el siglo XVIII; en cambio, nuestros antepasados conservaron su religiosidad desconociendo la duda y aceptando totalmente la moral católica.

Cuando el rey de España Carlos III cometió el error y la arbitrariedad de expulsar a los Padres de la Compañía de Jesús de estas tierras americanas, una santa mujer: sor María Antonia de la Paz y Figueroa, logró neutralizar el mal efecto que esa expulsión pudo ocasionar. Y lo neutralizó consiguiendo que la obra de los Ejercicios Espirituales se mantuviera en pie y aun se intensificara en Buenos Aires. Belgrano, Rivadavia, Matheu, Larrea, Moreno y muchos otros próceres, hicieron, antes de 1810, ejercicios espirituales en la Casa levantada por el tesón misionero de aquella compatriota nuestra que demostró ser de la estirpe de Santa Teresa de Avila.

No es extraño, por tanto —concluye reconociendo el Rev. Padre Furlong—, que cuando estalló la Revolución de Mayo, el ambiente rioplatense, salvo muy pocas excepciones, fuese sano espiritualmente, y sus ciudadanos de principios bien cristianos.

La etapa de la independencia nacional explicada por el Dr. Luis María Baliña, la de la unión con Roma por el Dr. Gaspar Ferrer Moyano, la de la reorganización nacional (en la que brilla la figura sin par de Fray Mamerto Esquiú) relatada por el Dr. José Antonio Allende, y la de la consolidación nacional analizada por el joven difusor vicentino Luis A. Ardanaz y el profesor Carlos María Gelly y Obes, nos van mostrando —en forma clara y sucinta— cómo el desarrollo del catolicismo argentino se vió trabado en un comienzo por la falta de unión con la Santa Sede, separación que la intransigencia del rey de España, Fernando VII, hizo prolongar durante más de veinte años. Y cómo tuvo que sufrir múltiples trastornos, no sólo por causa de esa separación de hecho, sino también debido al regalismo "herejía administrativa" —como la llamó Menéndez y Pelayo— que la Madre Patria nos legó por triste herencia.

Al mismo tiempo, los nombrados expositores nos hacen ver, en esas etapas, el esfuerzo de los católicos que trabajan y se sacrifican para superar las dificultades de su época: de nuevo quedamos unidos a la Santa Sede; volvemos a tener obispos; la jerarquía eclesiástica es restablecida y también lo es la Compañía de Jesús; el clero y los fieles enfrentan al regalismo de gobernantes despóticos y prepotentes, y, luego, luchan en el Parlamento contra la corriente laicista que, en la etapa de la consolidación nacional, amenaza inundar a la República con una ola de incredulidad, destacándose en esa lucha parlamentaria las figuras de grandes católicos laicos: Félix Frías, José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Tristán Achával Rodríguez y Manuel Demetrio Pizarro.

Por fin, llegamos a la última etapa del catolicismo argentino (en la cual alcanza su máxima grandeza) explicada, con brillo y erudición, por el Dr. Lucas F. Ayarragaray. Asistimos, entonces, a las infatigables campañas sociales desplegadas en el siglo XX por Lamarca, Navarro Viola, Bas y Caferatta, a los elocuentes debates para impedir la ley del divorcio, en los cuales se distinguió el Dr. Ernesto Padilla, y vemos crecer e intensificarse las obras caritativas de las Conferencias Vicentinas impulsadas por hombres como Solari, Ayerza, Bourdieu y Scapino. El Dr. Ayarragaray nos hace, también, comprender las razones que motivaron la fundación de los Círculos de Obreros de la Liga democrática cristiana, de la Unión Popular Católica y de la Acción Católica Argentina; y nos hace admirar la obra de difusión de los principios sociales de la Iglesia emprendida con singular acierto por eximios sacerdotes tales como Mons. Dr. Miguel de Andrea y Mons. Gustavo J. Franceschi; el aumento de las diócesis y los dignísimos obispos que las rigen haciendo progresar al catolicismo en todo el país, y la realización en Buenos Aires del maravilloso XXXII Congreso Eucarístico Internacional en el cual tuvo destacada actuación su organizador Mons. Dr. Daniel Figueroa, y que presidió en calidad de legado pontificio el Cardenal Eugenio Pacelli, hoy S. S. Pío XII.

Concluye el Dr. Ayarragaray por cerrar la etapa del siglo XX, con la mención del honor que le cupo al episcopado argentino al ser dos de sus miembros elevados a la púrpura cardenalicia: primero el Excmo. y Rvmo. Arzobispo de Buenos Aires, Dr. Santiago Luis Copello, en 1935 y después el Excmo. y Rvmo. Obispo de Rosario, Antonio Caggiano, en 1946.

El catolicismo argentino desarrollado, pues, durante el siglo XIX en medio de grandes trabajos e incesantes dificultades, y fuerte con todos los triunfos obtenidos durante la primera mitad de la centuria en que vivimos, puede mirar el porvenir con entereza y confianza. En su pasado nada malo ni vergonzoso hay que se le pueda enrostrar, como lo demuestran los inteligentes expositores que acabamos de nombrar. En cambio desde el Plata hasta los Andes ha brillado siempre la fe cristiana con vivido fulgor. Y es, precisamente, por la excelencia de los hombres que defendieron e impulsaron nuestro catolicismo, que la Argentina jamás fué manchada con la sangre ni las blasfemias de una persecución religiosa. Ese pasado limpio y fructífero garantiza nuestro presente, y nos hace augurar un futuro feliz con nuevos triunfos y nuevas glorias. Todo lo cual surge de este libro de divulgación

histórica que comentamos, y cuya lectura, fácil y amena, se recomienda a todos los argentinos.

Ambrosio Romero Carranza

EL MICO, por François Mauriac. Emecé editores.

Con el título de **El mico** acaba de ver la luz la versión castellana de **Le sagouin**, una de las últimas producciones novelísticas de François Mauriac. En su oportunidad, al aparecer la edición francesa, nos hemos ocupado con detenimiento, en las páginas centrales de **CRITERIO**, acerca de su contenido. Es, recordémoslo, la historia de un pobre niño enfermizo y de repugnante aspecto, hijo de cierta aventurera y de un noble degenerado. El apodo cruel, pero gráfico, de "mico" aplicado a la criatura es triste "trouvaille" de la propia madre que vive avergonzada de su condición.

Nadie en la comarca, salvo la criada que le amamantó y sirve en el castillo familiar, siente simpatía ni siquiera compasión por el niño; pues un preceptor que tiene trato amable con él un solo día, se desembaraza del mico prontamente arrojándole "como a esos perritos perdidos, a quienes sólo damos calor por un instante".

Abandonado el chico a su miserable suerte, arrumbado en terrible soledad por la malquerencia de quienes le rodean, hallará compañía, la de su pobre padre, apenas en la hora final de su oscuro existir, unidos ambos en la partida definitiva.

Esta sombría narración donde una pintura escueta de las lacras sociales corre paralela al toque psicológico magistral, y bien que en segundo plano, al cuidado detallista en el hacer artístico, señala claramente, como en pocas de sus obras, las características del pensamiento y el arte de Mauriac.

—¿Dónde está en tan dolorosa historia de miserias humanas el escritor católico?— se preguntará más de un desconcertado lector. ¿Dónde? El propio Mauriac lo indicó hace ya tiempo a raíz de ciertas censuras de que fué objeto, por parte de un sector de la crítica católica de su país, con ocasión de publicarse alguna de sus principales obras: "En mis próximas novelas el catolicismo figurará cada vez menos junto a mis personajes, y ello implicará, sin embargo, hacer obra católica pues demostraré así que la ausencia de catolicismo acarrea consecuencias lamentables. Basta exhibir seres desprovistos de toda idea religiosa para que se descubra el vacío de las almas". Pues bien, en **El mico** están patentes dichos conceptos. La presencia de Dios, de la Gracia, de la Fe, se explican, si vale la expresión, por su ausencia. ¿No hay un manifiesto simbolismo en eso de que la capilla familiar, a causa de haberlo prohibido la autoridad diocesana, había sido privada de sus funciones? El mismo mico lo intuye cuando observa un gorrión que sale de la iglesia por el agujero del vitral: "Dios no está allí"... Era una de esas cosas que decía Mamie: "Se han llevado a Dios". No está más que en el cielo..." Modo indirecto, a mi juicio particularmente eficaz —también peligroso si lo aprovechan plumas negadas— de realizar obra católica. Es una opinión, claro está, y puede aceptarse o no. Pero lo que de todos modos importa es no reprochar a Mauriac porque pueda cometer errores en su interpretación artística de la Verdad de la Iglesia como ocurre a menudo con el autor de **Genitrix**. No debe mirarse en él al teólogo sino al novelista, y por tanto no ha de pedírsele ninguna orientación religiosa ni moral que a él no corresponde proporcionar. Los directores de conciencia están en los confesonarios, no en las obras de imaginación.

Emecé Editores merece felicitaciones por el acierto en haber seleccionado una novela de las calidades de **Le sagouin** para darla a conocer al público de habla española.

En lo que respecta a la versión castellana —escrupulosamente fiel al original— Susana Newton demuestra su destreza no ya en el oficio sino en el arte de traducir.

E. A. Dughera

LA COSECHA DEL DRAGON. UN MUNDO QUE GANAR. Por Upton Sinclair. Editorial Claridad.

Dos interminables novelas de espionaje, con pretensiones a "historia novelada", pero que presentan más bien las cualidades y defectos típicos de la novela histórica. Se trata del V y VII vol. de la serie de "Lannie Budd", de este autor, que viene publicando Ed. Claridad. Esta serie, épica al menos en su largo y en la magnitud de sus temas, narra las aventuras del tal Mr. Budd, un rico americano y agente secreto de Franklin Roosevelt. El héroe tiene como profesión aparente la de "perito artístico" o sea entendido en cuadros, ocupación que lo pone en contacto con los grandes coleccionistas, entre los que se hallan los hombres más poderosos de Europa; y que le es por consiguiente muy útil para el desempeño de su verdadera misión. La acción de "La Cosecha del Dragón" nos lleva desde las semanas que siguieron a Munich hasta después de la caída de Francia: "Un Mundo que Ganar", que llega hasta el año 1942, transcurre casi enteramente en el Extremo Oriente y en Rusia.

Estas novelas no dejan de tener un interés histórico considerable. No nos enseñan en realidad nada nuevo, en cuanto a los hechos se refiere; el interés reside en las vividas evocaciones, no sólo de personajes y lugares, sino también de la atmósfera espiritual en que se vivieron ciertos momentos de la historia contemporánea. Además de los retratos de Laval, Roosevelt, Stalin, Rudolf Hess, etc., Sinclair nos ofrece el cuadro de un mundo que existió hace sólo diez o doce años y que ya casi hemos olvidado: un mundo en que "los malos" del argumento solían ser los Nazis, y donde el comunismo representaba, para la inmensa mayoría de los liberales de buena fe, una simple incógnita contemplada sin fascinaciones ni odios histéricos. El cuadro resulta a veces muy instructivo, e interesa de todos modos por su vividez.

Este mismo sentido de lo pintoresco y dramático en la historia, esta vividez de actualización de personas y hechos, constituyen, como ya lo demostró Dumas, la típica cualidad del novelista histórico. Su defecto más flagrante empero, viene a ser el reverso de la misma medalla: puede definirsele como una cierta falta de seriedad. También estas novelas, pese a sus grandes pretensiones, o quizá hasta a causa de ellas, padecen de este defecto. En primer lugar, Sinclair es un "snob" de los más ingenuos. Sus convicciones izquierdistas no le impiden sentir cierta satisfacción incrédula al verse de pronto en compañía de tantos personajes ricos, bien nacidos e importante. Le es necesario recordarnos constantemente que sus protagonistas son millonarios, gobernantes y damas de la más alta sociedad; mencionar la suntuosidad de los ambientes y la exclusividad de las reuniones. Esta característica no es en sí antipática, pero hace difícil tomar en serio tanto al autor como a sus obras.

Tampoco tienen estas novelas la autoridad que les conferiría un estilo verdaderamente digno y sobrio. Es difícil escapar a la impresión que, aun en el original, estos libros están escritos bastante a la ligera. Están llenos de esas citaciones a mitad digeridas con que los escritores ingleses y norteamericanos de segunda categoría suelen sobrecargar su prosa. Estas citaciones, naturalmente, dificultan mucho la traducción, que es por otra parte bastante indiferente. Demasiadas veces me vi obligada a reconstruir mentalmente el original inglés para comprender de lleno alguna frase o alusión. Aparte de esto, las novelas son fáciles de leer, aunque fatiga un poco la extremada lentitud con que se desenvuelve la acción —defecto este último de que no deberían padecer las novelas históricas, ni tampoco las de espionaje—. Se trata, en una palabra, de dos relatos interesantes aunque demasiado largos, y que hubiesen sido mejores con menos pretensiones.

Eva Krapf

TESTIGOS DE CRISTO. Colección de Manuales de formación religiosa compuestos por profesores de la Compañía de Jesús. Primera versión sudamericana en lengua española. Edit. Mosca Hnos., Montevideo.

De la comprobación de un hecho lamentable: los magros resultados obtenidos por la enseñanza de la Religión, muchos son los esfuerzos realizados para encontrar la manera de

mejor poner remedio a esa separación de la doctrina con la vida que caracteriza la conducta personal de gran número de jóvenes educados en esta disciplina. Entre otros factores, ¿error de método o falta de capacidad en los maestros? A nuestro juicio, en muchos casos, ambos a la vez.

Para subsanar lo primero, inteligentes, madurados intentos se vienen manifestando en todos los países, donde la preocupación dominante es volver a reunir la religión con la vida, o más y mejor todavía, hacer como debe ser, de la religión fuente de vida.

De esta preocupación han nacido los manuales "Témoins du Christ" para la enseñanza media que tuvieron por principal animador al P. J. Delcuve, quien ha anotado que el descubrimiento de la verdad es obra no sólo de la inteligencia, sino del hombre todo entero, con su sensibilidad y su voluntad; y que para ayudarlo, en consecuencia a mejor comprender los dogmas importa manifestar sus aspectos auténticamente religiosos capaces de conmover el alma de los alumnos.

Adaptados a los métodos de la enseñanza de las escuelas de Bélgica y de Francia, esta serie de manuales desarrolla la exposición de la doctrina cristiana, en contextos diferentes para cada año, en ciclos concéntricos alrededor de la persona de Cristo, lo que permite una profundización progresiva que corresponde a la psicología cambiante de los adolescentes.

Puestos a anotar sus características principales, debemos destacar tres preocupaciones dominantes, a nuestro juicio, ampliamente realizadas: Ofrecer a los educandos de las escuelas secundarias un comentario adaptado a sus capacidades intelectuales y morales que los lleve a la convicción reflexiva y estimule la vida religiosa personal; presentar una exposición doctrinaria profunda y matizada, en la que Cristo se muestra siempre como el vínculo orgánico del dogma y de la vida cristiana; por último, reunir en la lección la claridad de las fórmulas con la riqueza de las palabras del Evangelio colocadas en su contexto histórico. La presentación de las lecciones, además, atiende a evidentes progresos pedagógicos y didácticos.

Componen la colección en castellano un primer grupo: I "Jesucristo nuestra vida"; II "Jesucristo luz del mundo"; III "Jesucristo nuestro jefe"; III "Jesucristo nuestro maestro" que es una adaptación del anterior para las jóvenes. "La Iglesia nuestra Madre", con "Jesucristo nuestro salvador" (en preparación) constituye un segundo grupo de manuales de exposición apologética concerniente a la Iglesia, a Jesucristo y a Dios.

La versión castellana, la primera en Sud América, es inobjetable, porque ha logrado trasladar a nuestra lengua en forma correctísima —lo que es muy importante para la cultura de los estudiantes—, toda la riqueza de las exposiciones originales. Pocas ilustraciones, pero en general de buen gusto y perfecto simbolismo completan la buena presentación tipográfica.

Por no responder "totalmente, punto por punto", al programa vigente en nuestras escuelas, como suelen rezar los manuales en uso, estos textos de la colección Testigos de Cristo no son directamente recomendables a nuestros alumnos. Es una lástima. Eso sí, quienes ganarían mucho para la mejor preparación de sus lecciones serían nuestros maestros y profesores, porque encontrarían en ellos enfoques, aspectos, sugerencias, reflexiones, ejemplos, síntesis no comunes y de gran utilidad y de influencia indudable sobre las almas juveniles confiadas a su cargo. **Juan Julio Costa**

LORENZO EL MAGNIFICO, por Jorge Máximo Rohde (Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1952).

Una evocación, sentida y poética, de Florencia —la ciudad maravillosa— con su belleza sin par, y sus dramas ocultos, con sus luchas fratricidas, y sus ensueños creadores: ("**En el puente Viejo se diría que el Arno nos mece con el suave rumor de sus aguas, donde hay cantos de nodriza, tremendas elegías, himnos apolíneos. En la voz fluvial se interpreta la historia de la ciudad niña en el misterio de su destino, de la ciudad adolescente en las luchas civiles que la desgarran y de la ciudad adulta en la redención del arte**"). Un vistazo, a vuelo de pájaro, sobre esa generación de grandes señores-comerciantes, que entre sus varias figuras, todas ellas de potente relieve, ha dado al mundo ésta de Lorenzo, apodado el Magnífico, que se destaca con brillo propio y bien particular, aureolado por su magnificencia, como gema de reflejos multicolores dentro del resplandor renacentista. Y el estudio, concienzudo, comprensivo, cariñoso podríamos decir, del hombre aquél ascendiente directo del hombre moderno por su espíritu de empresa, su ductilidad, su visión rápida y certera, discípulo enamorado de la antigüedad clásica, en quien, sin embargo se adivina, pujante, la fuerte raigambre medioeval; personalidad interesantísima, tallada en diversas facetas, cada cual con su interés especial — político astuto y sagaz, gobernante progresista, poeta de infinita delicadeza, hijo, hermano y padre de profundo sentimiento familiar, y, ante todo, y sobre todo, mecenas, propulsor, inspirador de obras de arte, paladín de la Belleza que erige en reina de su corte.

Jorge Máximo Rohde abunda en descripciones hermosas, elaboradas en esa prosa tan suya, con sus giros redondeados, sus ribetes de preciosismo, su terminología a la vez extraña, precisa y expresiva. Quizás lamentemos —lo que es ya de por sí un elogio al autor— lo reducido de la obra, que no penetre más hondo en la psicología del personaje, en el complejo nudo de intrigas de la vida florentina, en los sinuosos conflictos de sentimientos y ambiciones —propios y ajenos— que jalonan la existencia singularmente movida del Magnífico. Pero no busquemos acá lo que encontraremos en otras de las varias biografías por él inspiradas.

Trátase en el libro que tenemos a la vista, principalmente de un estudio, prolijo y serio, del artista que hubo en Lorenzo, hecho por el artista que hay en Rohde. Este se detiene amorosamente en los versos de aquél, destacando sus figuras ,sus armónicas sonoridades, explicando el motivo inspirador de tal o cual poesía; detalla con entusiasmo los lienzos, frescos o estatuas que representan al héroe o a algún miembro de su familia, relata con fruición las obras de arte que él hace ejecutar, los libros, muebles, gemas el boato que lo rodea, la corte de poetas, pintores, escultores,

filósofos, que agrupa a su derredor, la atmósfera de extraordinaria pujanza intelectual que irradia y propaga el padre adoptivo de Miguel Angel, típico y verdaderamente **magnífico** ejemplar del Renacimiento.

En Florencia cada piedra nos trae a la memoria el nombre de los Médicis, y en especial, el de Lorenzo. Quien haya visitado a Florencia, o quien desee hacerlo, el que la sueñe con el sueño esperanzado del viajero en potencia, o el que la sueñe en el mágico embeleso del recuerdo que siempre deja la ciudad encantada, hará bien en leer este libro.

Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz

LEGA-BARTOCCETTI. Commentarius in iudicia ecclesiastica iuxta C. I. C. ed. 2ª, Romae 1950; 3 vv.: I y II, 1043 p., III, 763 p.

En la literatura procesal canónica no abundan ciertamente, si exceptuamos los tratados generales que comentan todo el Codex y las monografías que ahondan en determinados puntos, las obras especializadas en explicar únicamente el Libro IV. Las de lengua latina apenas si pasan de las publicadas por Noval, Muñiz, Roberti y esta la del Cardenal Lega.

I. La reedición de **Commentarius in iudicia ecclesiastica** tiende a llenar esa ausencia bibliográfica.

Se trata, eso sí, de una obra ya clásica en la materia y que se considera también como la obra maestra del extinto Cardenal. Su doctrina es sólida y clara la exégesis. Como que fué escrita por quien estaba indiscutiblemente capacitado para elaborarla. El Card. Lega ya antes del Codex había tratado por extenso los procesos eclesiásticos ("Praelectiones in textum iuris canonici. De iudiciis ecclesiasticis", 1ª ed. Romae 1898-1899; 2ª ed., 1905, 4 vv.); intervino activamente en la redacción del Libro IV del actual Codex; fué distinguido profesor de la materia en el Pontificio Seminario Romano de San Apolinar; actuó, además, como subsecretario de la S. C. del Concilio, cargo que acredita una experiencia insuperable en el manejo del derecho vivo. Por entonces redactó sus comentarios que a pocos años de su muerte (1935) vieron la primera luz (1938), bajo la experta dirección de Mons. Bartoccetti.

Esta reedición es una reproducción "ad litteram" de la primera. El respeto al eximio maestro así lo aconsejaba. Pero precisamente esa fidelidad al maestro y a su doctrina —en nuestra opinión— estanca a la obra u obliga, al menos, a manejarla con tiento.

En efecto, tanto la doctrina como la interpretación y jurisprudencia del Derecho, en cualquiera de sus provincias (no excluida, por tanto, la procesal), ha avanzado aceleradamente en los últimos tiempos. La doctrina ha abierto nuevos horizontes no sólo respecto del "iure condendo" sino también del "iure condito", o sea exegético; la interpretación ha declarado auténticamente el sentido de no pocas prescripciones legales. Ahora bien, siempre es menester destacar el carácter de autenticidad en las interpretaciones auténticas, para diferenciarlas, de esa manera, de la mera interpretación doctrinal.

Uno y otro aspecto encuentro desatendidos en la obra que nos ocupa. Baste alegar sendos ejemplos. Sobre la cuestión aquella a quién hay que apelar contra la sentencia del Juez delegado, va ganando terreno entre los canonistas la sustitución del viejo axioma **A delegato ad delegantem** (opinión que defiende Lega, vol. I, p. 198) por este otro **A delegato ad superiorem delegantis**. La Comisión Intérprete declaró contenerse entre las causas que no pasan a cosa juzgada la separación de los cónyuges, circunstancia que no especifica Lega (vol. III, p. 8), lo cual podría inducir al lector desprevenido a considerar a la interpretación como meramente doctrinal, etc. Los avances de la doctrina y las fuentes interpretativas pudieron recogerse siquiera al pie. De esta manera y sin violarse el texto, conservaría la obra su actualidad y practicidad. Máxime cuando el del Card. Lega no es un tratado meramente especulativo sino exegético, que tiende a facilitar y asegurar la praxis procesal.

Mas, como estos defectos no son insuperables, muy relativamente desmerecen a estos ya consagrados comentarios.

II. Material enteramente nuevo que en esta edición se agrega (vol. III, p. 344) a los antedichos comentarios es la tractación que Mons. Bartoccetti hace sobre el tit. XX del Libro IV, título que el Card. Lega dejara inexplanado. Mejor diríamos que el A. comenta una Instrucción de la S. C. de Sacramentos, cuyos artículos subrogan —así digamos— los cann. 1960-1992 correspondientes al tit. XX (AAS, 28 (1936) 313-372).

Desde la publicación de dicha Instrucción (hace 15 años) el derecho procesal matrimonial ha evolucionado notablemente. Tantas han sido a este propósito las orientaciones pontificias, las interpretaciones auténticas, las continuas jurisprudencias, las nuevas teorías. Mons. Bartoccetti con criterio fino y no pocas veces personal, orientado siempre por esa experiencia que se adquiere sólo con el manejo del derecho vivo (pues, es subsecretario en la Sgda. Congr. de Sacramentos) ha sabido captar todo ese progreso habido y refundirlo con solidez, claridad y oportunidad en su fluctuante tratado **De causis matrimonialibus.**

Sus comentarios siguen el orden de la citada Instrucción, artículo por artículo. Las explicaciones se dan conforme a la importancia y dificultad intrínseca de los artículos. Así, por ejemplo, dado el particular interés y relieve que adquiere el Promotor de la Justicia y el Defensor del Vínculo en los procesos matrimoniales, se detiene el A. en los art. 15-16 (pp. 52-60); valiosos puntos de vista personal para esclarecer la doctrina acerca de la acusación del matrimonio (cuestión vitalísima) expone al comentar los artículos pertinentes 34-42 (pp. 73-109), no descuida, sin embargo, los aspectos históricos y prácticos del proceso matrimonial.

La frecuencia con que se remite a las normas del proceso contencioso común, tales como éstas se explican en los precedentes comentarios reeditados, hace que el tratado de Bartoccetti forme un todo homogéneo con el de Lega. Homogéneo por la riqueza de doctrina y claridad de exposición, también.

P. Dr Ramón Iribarne, O. de M.

CRITERIO

Aparece dos veces al mes

AÑO XXV — 15 de Diciembre de 1952 — Nos. 1177-78

ES PROHIBIDA LA REPRODUCCION PARCIAL O TOTAL DE LA PRESENTE EDICION DE CRITERIO, AMPARADA POR LA LEY 11.723

Registro de la Propiedad Intelectual Nº 288.246

TARIFA DE SUSCRIPCION (Renovación)

Anual	$ 50.—
Semestral	„ 35.—
Número suelto	„ 3.—
Número atrasado	„ 4.—

SUSCRIPCIONES DE AYUDA

Vitalicia	$ 1.000 una sola vez
De protección	500 anuales

Abono especial de solidaridad (Renovación) $ 60 ó 100 por este año
Suscripción NUEVA ..... $ 100.— por año

Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas, si bien se estimará debidamente toda contribución espontánea para cualquiera de las secciones de la Revista.
Horario de oficina: De lunes a viernes, de 13 a 19

ALSINA 840 — BUENOS AIRES — T. E. 34-1309

Regalos prácticos
Es en los regalos donde más se revela la delicadeza de quienes los hacen. Por eso Casa Argentina Scherrer, ofrece siempre la calidad, buen gusto y distinción que exigen esas atenciones espirituales y afectivas.
Antes de comprar sus regalos visite
CASA ARGENTINA
Scherrer
SUIPACHA Y CANGALLO

CORREO Argentino Central (B.)
FRANQUEO PAGADO
Concesión Nº 231
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 476

Sábanas Grafa

La marca está en el orillo

Editorial CRITERIO S. R. L.
Cap. m$n. 50.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1309 - Bs. As.

$ 10.—

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso
15 DICIEMBRE 1952